



Para transformar la sociedad

Las izquierdas
democratizadoras de
inspiración socialista

Rodrigo Arcena



PARA TRANSFORMAR LA SOCIEDAD



Arocena, Rodrigo

Para transformar la sociedad : las Izquierdas democratizadoras de inspiración
Socialista / Rodrigo Arocena. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF - (Temas)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-773-4

1. Análisis Político. 2. Democracia. I. Título.

CDD 320.5315

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Democracia / Izquierdas / Socialismo / Marxismo / Revolución /
Neoliberalismo/ Globalización / Sociedad del Conocimiento / Estado /
América Latina

Arte de tapa: Clara Díez

Diseño de interior: Paula D'Amico

Corrección de estilo: Melina Di Miro

PARA TRANSFORMAR LA SOCIEDAD

**LAS IZQUIERDAS DEMOCRATIZADORAS DE
INSPIRACIÓN SOCIALISTA**

RODRIGO AROCENA

 **CLACSO**



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-987-722-773-4

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Palabras preliminares	11
Introducción general	13
En diálogo con el marxismo	14
Una hoja de ruta	16
Itinerario	20
Capítulo I. Los valores como punto de partida	25
La inspiración socialista y la “estrella polar” de las izquierdas.....	25
Acercas de la felicidad	32
Capítulo II. Elementos para un marco teórico	35
Sobre el camino que va de los valores a las propuestas	35
Una visión de la realidad.....	37
La cuestión del poder y el papel del saber	43
Más acá de la utopía	51
Capítulo III. Sobre hechos y procesos, una mirada a vuelo de pájaro a la emergencia de la sociedad capitalista del conocimiento	55
Industrialización capitalista y dominio mundial de Occidente.....	56
Revoluciones y reacciones contra el capitalismo imperial	58
La era de los tres mundos.....	61
La implosión del socialismo de Estado	66

Regulación y desregulación del capitalismo	70
La segunda globalización a dominante ideológica neoliberal	74
La reaparición en América Latina de alternativas periféricas	76
Nota sobre los principales movimientos de transformación social	79
La reacción antiglobalizadora en el Oeste	81
Un orden complicado	84
Capítulo IV. Sobre tendencias, cuando la transición de sociedad vuelve al primer plano	87
Ciertos procesos a tener en cuenta al escudriñar el futuro	88
La tensión decisiva	92
Un escenario tendencial que hundiría sus propios cimientos	98
La mutación de sociedad retorna a escena	106
Los desafíos que signan el rumbo de la transformación social	118
Capítulo V. De los valores a (ciertas sugerencias para) las propuestas	129
Elementos de referencia	130
Un eje orientador de resistencias y avances	132
Las políticas sociales y la inspiración socialista	152
Educación y conocimiento en un desarrollo de nuevo tipo	164
Revisando estrategias en horas oscuras	179
Recapitulación: ¿pueden tomar cuerpo proyectos mayores?	191
Epílogo: la discusión y la acción	193
Bibliografía	195
Sobre el autor	201

Para Judith

PALABRAS PRELIMINARES

El socialismo del siglo XIX fue el proyecto de transformación social solidaria, laica y racional con mayor gravitación en la historia.

En el siglo XX, el desencuentro entre el socialismo y la libertad fue el más grande fracaso de las izquierdas.

Sin embargo, los valores socialistas siguen teniendo vigencia en las búsquedas y en los alegatos que apuntan a mejorar la calidad de vida colectiva.

Vale la pena pues explorar el potencial ético y movilizador de la inspiración socialista ante los desafíos mayúsculos que afronta la Humanidad.

En el siglo XXI las izquierdas, si forjan militancias entusiastas a la vez que racionales y plurales, reverdecerán sus proyectos fundacionales.

He escrito este texto como militante y como estudioso que he sido durante medio siglo largo, muy modestamente en ambos casos, pero siempre con la vocación de vincular las dos tareas. A esta altura, creo haber captado bastante bien las inmensas dificultades de una militancia que pretenda basarse en el estudio de la realidad, en ciertos valores y en la coherencia. Pero no he dejado de creer que la tradición socialista encierra un valor, para vivir y para actuar, que merece la pena volver a buscar. Quizás su mejor hora esté por venir en la lucha por la sustentabilidad, la democracia y la igualdad en la que se encuentra en juego el destino de la Humanidad.

Cuestiones mayores están ausentes en las páginas siguientes. No hay en ellas pretensión alguna de completitud; reflejan sí la convicción de que los asuntos tratados son relevantes y también la esperanza

de contribuir a que ese conjunto temático sea mucho mejor encarado por otra gente.

En aras a la brevedad limitaré a tres los muchos agradecimientos que aquí debiera consignar. Gerardo Caetano leyó un fragmento preliminar, lo elogió, contribuyó a mejorarlo e impulsó su presentación como libro. La ocasión es propicia para expresarle mi reconocimiento por una colaboración variada y larga. CLACSO me honró aceptando mi propuesta inicial y ofreciéndome la estimulante perspectiva de publicar un libro en sus difundidas series.

Judith Sutz revisó el texto; varios de sus temas reflejan lo que me ha enseñado. Las preocupaciones que lo inspiran han estado siempre presentes en nuestra vida compartida durante cincuenta años, mi mayor fuente de felicidad. A ella está dedicado.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Este texto parte de un hecho y dos conjeturas. Es un dato de la realidad el debilitamiento bastante generalizado de las izquierdas, en términos políticos y más aún en términos ideológicos. Semejante proceso va de la mano con la expansión de la desigualdad en casi todo el mundo y el auge de las derechas que se registra en tantos lados. Ante esos rasgos objetivos y mayores del acontecer contemporáneo, se conjetura que, primero, difícilmente se invierta el giro reaccionario y “desigualitario” sin revitalizar a las izquierdas y, segundo, que esto último requiere formulaciones nuevas e integrales de sus proyectos.

Las izquierdas se caracterizan por el compromiso ético con la militancia en pro de la libertad, la igualdad y la solidaridad, apuntando a ampliar las posibilidades de la gente para buscar la felicidad individual y colectiva. Aparecen en la historia como el proyecto colectivo de transformar deliberadamente la sociedad, a través de vías muy diferentes, pero apuntando todas a la construcción racional de formas de vida signadas por la justicia. Semejante proyecto cobró fuerza durante el siglo XIX, orientó procesos mayores del siglo XX y casi ha desaparecido de la escena mundial a comienzos del siglo XXI.

En semejante contexto se propone la noción de *socialismo hoy*. La misma se plantea con dos propósitos entreteljidos. Por un lado, se busca colaborar con la resistencia a la plutocracia crecientemente autoritaria que, bajo formas diversas, en buena medida gobierna el mundo.

Por otro lado, se apunta a la ampliación de espacios para vidas más valiosas, en el futuro pero también en el presente.

Aquí no se entiende viable ni deseable intentar revivir estrategias para la implantación de sociedades armónicas, transparentes y desprovistas de conflictos. La viabilidad de tales intenciones no tiene sustento en la experiencia histórica o en el estudio de la sociedad, los cuales, por el contrario, sugieren que tamañas pretensiones operan en los hechos como cobertura ideológica de autoritarismos generadores de catástrofes, al estilo de las que signaron la experiencia del llamado “socialismo real”. Esas catástrofes, consumadas en varios lugares y a inmensa escala en la desaparecida Unión Soviética y en China, ayudan a entender el apoyo escaso que al presente tienen en general las alternativas de izquierda. Si todo ello se ignora, difícilmente mejore el panorama: hay que encarar de frente las consecuencias de grandes fracasos.

Lo que se plantea en este texto es que alternativas renovadas de izquierda, con inspiración socialista, son necesarias para afrontar las fuertes tendencias a la degradación de la calidad de vida colectiva, hoy y más aún mañana. La discusión de semejante afirmación no puede sino ser de índole pragmática: hay que elaborar sus contenidos, formular claramente las propuestas resultantes y contrastarlas con la realidad.

Se trata pues de renovar los esfuerzos teóricos y prácticos en pro de la transformación social, pero sin asumir que se logrará implantar la sociedad justa, ni siquiera que se avanzará en dirección a ella de manera, en general, ascendente e irreversible. La primera asunción era afirmada por los sectores “revolucionarios” en los debates clásicos de la II Internacional hacia 1900, mientras que la segunda era sostenido por sus adversarios, “revisionistas” o “reformistas”. Hoy, desdichadamente, es más razonable asumir que el futuro no ofrece garantías, ni siquiera la de que los “progresos” superarán en algún sentido claro a los “retrocesos”. Lo que sí parece viable es concretar cambios deseables, incluso mayores, los que difícilmente dejen de generar nuevos conflictos y aún reacciones que lleven a retrocesos.

Los esfuerzos transformadores debieran apuntar a colaborar con las próximas generaciones en sus luchas por mejorar la calidad de vida material y espiritual, así como, simultáneamente, a avanzar en esa dirección ya en el presente. Esto es lo que busca subrayar la noción de *socialismo hoy*.

EN DIÁLOGO CON EL MARXISMO

¿Cómo retomar los esfuerzos por transformar la sociedad? En su más que famosa “Tesis XI sobre Feuerbach”, Marx afirmó que los

filósofos se han dedicado a interpretar el mundo cuando lo que hace falta es transformarlo. Ello puede sonar como un llamado al activismo práctico sin perder tiempo en elucubraciones teóricas. Pero no es lo que Marx realmente hizo, pues dedicó un inmenso esfuerzo a construir una interpretación del mundo que sirviera de cimiento para las luchas en pro de su transformación. En sus formulaciones más ambiciosas, el marxismo puede caracterizarse por la pretensión de haber descubierto las leyes que rigen la evolución social, de las que se deducirían bastante directamente las estrategias para la transformación.

Esta concepción grandiosa –uno de los más conspicuos ejemplos de la ambición, el vuelo y la ingenuidad del optimismo propio del racionalismo científico del siglo XIX– tiene implicaciones de procedimiento cuya discusión puede ayudar a reconstruir perspectivas, seguramente más modestas pero quizás también más realistas.

La teoría de la historia de Marx sostiene que las dinámicas profundas de la evolución social garantizan el tránsito del “reino de la necesidad”, en el cual ha vivido y sufrido la humanidad hasta el presente, al “reino de la libertad”, o sea, la sociedad comunista que permitirá la plena realización de la condición humana. Una implicación no siempre explicitada de tal teoría es que no vale la pena prestar demasiada atención a dilucidar qué constituye la justicia o la buena sociedad, pues esta tendrá los rasgos que el ineluctable acontecer de la historia pondrá oportunamente en evidencia. Por consiguiente, de lo que se trata es de estudiar y actuar, profundizando la interpretación del mundo para captar mejor las estrategias adecuadas para acelerar su transformación.

Conviene ahondar en lo antedicho, pues la aproximación que aquí se propone a la cuestión de la transformación social puede clarificarse enfatizando lo que se quiere conservar del marxismo y también lo que parece imprescindible descartar. En tiempos de un nuevo descreimiento en la razón humana, es imprescindible subrayar que los esfuerzos por impulsar cambios sociales deseables tienen que abreviar en las interpretaciones de las dinámicas sociales con la mayor cuota posible de sólidos fundamentos empíricos y racionales, vale decir, científicos en el buen y modesto sentido de la palabra. Pero lo prescriptivo –o sea, el conjunto de afirmaciones sobre lo que se debe hacer– no puede reducirse a las estrategias y propuestas para los cambios, sino que tiene que prestar máxima atención a los valores que han de estar en la raíz de los compromisos militantes. Son los valores los que deben orientar ante todo estrategias y propuestas, cuyos resultados prácticos deberán, a su vez, ser evaluados a la luz de los compromisos éticos asumidos. En suma, los cambios a impulsar tienen que ser a la vez

deseables y viables: serán deseables en la medida de su adecuación a los valores profesados; serán viables en la medida en que se sustenten en una comprensión profunda del acontecer social.

Cabe pues recordar que la subordinación de todo análisis normativo del accionar presente a la evaluación de su supuesta eficacia para el logro de las metas de largo plazo –en breve, la noción de que el fin justifica los medios–, aliada a menudo a la mera ignorancia, ha conducido a que mucha gente bien intencionada avale monstruosidades, tales como el terror stalinista o la revolución cultural maoísta. Siempre habrá quienes justifiquen versiones más o menos reducidas de semejantes horrores, pero las explicaciones de dichas tesis van apuntando cada vez más a los propios intereses. Parecería que ingenuos van quedando pocos. Para que gente bien intencionada y capaz se involucre en los esfuerzos colectivos para los cambios, estos tienen que ser éticamente deseables y racionalmente viables.

UNA HOJA DE RUTA

En este texto se procura, según lo indicado antes, combinar sin confundir aspectos interpretativos, que apuntan a la comprensión de la realidad, y aspectos prescriptivos, que sugieren vías para transformar esa realidad con el fin de mejorar la calidad de vida material y espiritual de la gente. Esa doble tarea es encarada aquí bajo el signo de la modestia: los análisis de la realidad y las propuestas para mejorarla serán a la vez muy parciales y bastante elementales. Gran parte de lo importante quedará afuera y es apenas embrionaria la elaboración de lo que efectivamente se tiene en cuenta. En ese entendido, algunas cuestiones mayores son consideradas.

Lo prescriptivo debe incluir un enfoque normativo y un enfoque propositivo. El primero se relaciona con lo considerado bueno, el segundo con las sugerencias para la acción. Como los valores deben constituir el cimiento de la definición de las izquierdas, el enfoque normativo tiene que ser el punto de partida. En cambio, el enfoque propositivo debe ser, en cierto sentido, el punto de llegada o culminación de una concepción de izquierdas. Y ello, ante todo, porque de la calidad de las propuestas depende su potencial contribución a la transformación social. Además, y fundamentalmente, porque la formulación de propuestas de modo tal que contribuya a su discusión racional y a decisiones eficaces ha de tener en cuenta tanto los valores profesados como la interpretación de la realidad. Por consiguiente, entre el enfoque normativo, que debe ser el punto de partida del análisis, y el enfoque propositivo, que constituye su conclusión, tienen que intercalarse las consideraciones interpretativas.

A su vez, cabe distinguir, en el intento de interpretar el acontecer social, tres momentos o enfoque sucesivos: uno teórico, otro de tipo fáctico y uno tercero de índole prospectiva. Los tres han de combinarse mediante una serie de criterios para la elaboración de propuestas a partir de una interpretación de la realidad. El primer enfoque consiste en elaborar un marco conceptual mínimo, el segundo en usar tal marco para la observación de los hechos, y el tercero en ponerlo a valer para escudriñar tendencias. Los tres enfoques están obviamente interconectados y podría proponerse otra clasificación de las labores interpretativas, pero en cualquier caso hay que atender a teorías, hechos y tendencias. Tal secuencia y la permanente revisión de resultados pueden ayudar a tener en cuenta a la vez el corto y el largo plazo. Ello implica que no se avanza por una calle de una sola mano: la teoría, siempre provisional, orienta la mirada a hechos y tendencias, pero lo que se observa lleva a revisar y profundizar la teoría.

Parece imprescindible encarar la tarea con una buena dosis de “realismo interpretativo”, entendido como un filtro frente al optimismo ingenuo (o “idealismo” en sentido usual) que a menudo ha impregnado el pensamiento de izquierdas, tanto en relación con los móviles que gobiernan la conducta de las mayorías o del “pueblo” como con respecto al grado en que los seres humanos podemos alcanzar un conocimiento objetivo (sea de la sociedad, sea de la naturaleza) que permita dirigir su evolución. Marx combinó un realismo interpretativo de extraordinaria profundidad pero muy parcial con un optimismo ingenuo deslumbrante, mezcla que contribuye a explicar el atractivo inmenso de su pensamiento y, también, el fracaso neto de los intentos más decididos de llevarlo a la práctica.

Cualquier mirada a la realidad presupone la adopción, explícita o implícita, de un ángulo de observación –palabra que da cuenta del significado original de *teoría*– desde el cual algunos hechos aparecen destacados a la vez que interpretados de cierta manera, mientras que otros son relegados o permanecen en la penumbra. No parece que los seres humanos podamos captar directamente el conjunto de todos los hechos: la teoría orienta lo que vemos y cómo lo vemos, o interpretamos. A su vez, para que esa interpretación pueda tener alguna validez y fecundidad, la misma ha de basarse, tanto como sea posible, en el análisis objetivo y racional del acontecer histórico. El enfoque teórico que aquí se esbozará centra la atención en la cuestión del poder social, en el entendido de que la muy asimétrica distribución del poder constituye un obstáculo mayor para impulsar los valores de libertad, igualdad y solidaridad que vertebran el enfoque normativo. La centralidad fáctica del poder conducirá, a su vez, a articular el enfoque propositivo en la búsqueda de variadas formas de la democratización.

La noción original de democracia fue planteada como gobierno que favorece no a los pocos, sino a los muchos. Una ampliación natural de esa noción la constituye la democratización, concebida en sentido amplio como el conjunto de actividades que apuntan simultáneamente a reducir las disparidades de poder entre grupos humanos y a mejorar la calidad de vida de la gente. Metas estas que deben y pueden apoyarse mutuamente. Implica un doble proceso que ha de favorecer a los de abajo relativa y absolutamente, vale decir, combatiendo las diferencias que los separan de los de arriba y mejorando su situación objetiva. Un igualitarismo catastrófico, que nivele las condiciones de vida de la gran mayoría sometiéndola al autoritarismo y/o a las privaciones generalizadas poco tiene que ver con la democracia deseable o con la inspiración socialista original.

Con la motivación antedicha, se propone un enfoque teórico vertebrado por lo que puede ser denominado *esquema Marx Mann*, puesto que combina la concepción materialista de la historia –una parte del pensamiento marxista que bastante bien ha resistido a la crítica y al paso del tiempo– con la teoría del poder social de Michael Mann, la cual se basa en una profunda investigación de la evolución de la humanidad desde sus orígenes hasta comienzos del siglo en curso. En ese esquema conceptual el poder a gran escala surge, sobre todo, de las influencias mutuas o interacciones entre cambio tecnológico y relaciones sociales, principalmente las de índole económica, militar, política e ideológica.

El enfoque fáctico ensayará una interpretación, a partir del esquema Marx Mann, de ciertos procesos fundamentales de nuestra época. Entre los más gravitantes figura la (segunda) globalización, motorizada a partir de la década de 1990 por el capitalismo triunfante a escala mundial, que aprovecha y controla en medida sustantiva la expansión del conocimiento científico y tecnológico más avanzado. La globalización fomenta el gobierno de los más ricos, la plutocracia, que se va afirmando en distintas geografías. Sus modalidades políticas e ideológicas son variadas; más lo son las que asumen las distintas reacciones a la globalización. Este enfoque fáctico pone sobre todo de manifiesto la cuantía del poder radicado en los vínculos entre las cumbres del capitalismo y el conocimiento de punta, cuya contracara es la lejanía entre tal conocimiento y los sectores sociales más o menos postergados. Esa es la realidad que se enmarca en la principal configuración actual del poder, a la que cabe denominar *sociedad capitalista del conocimiento*.

La labor interpretativa no debiera concluir con el enfoque fáctico, por (al menos) dos motivos. En primer lugar, cabe sostener que es demasiado pobre la comprensión que se tiene de una cierta

situación si no incluye una noción de las posibles evoluciones de la misma, de los principales futuros alternativos que el presente encierra. En segundo lugar, si el esfuerzo de interpretación pretende contribuir a las tareas de transformación en lo que tiene que ver con la elaboración de propuestas para la acción, cabe subrayar lo obvio: las propuestas a construir no serán implementadas estrictamente hoy, sino en un mañana más o menos próximo. Por consiguiente, no basta atender a los hechos, es necesario también prestar atención a las tendencias, a los futuros que ellas posibilitan o dificultan. En ese sentido, conviene complementar el enfoque fáctico con un enfoque prospectivo.

En este texto, este último enfoque se articulará alrededor de la discusión de tres grandes tendencias entrelazadas: la que apunta al deterioro del ambiente hasta el punto de hacer altamente posible una catástrofe climática, la que sugiere que el auge de la desigualdad en las últimas décadas puede ser un fenómeno de largo alcance, y la que se refleja en la degradación de la democracia. En aras a la brevedad, nos referiremos a dichas tendencias como, respectivamente, *des-sustentabilidad*, *desigualdad* y *des-democratización*. Los enfoques teórico y fáctico llevarán a construir el enfoque prospectivo haciendo hincapié en las conexiones de tales tendencias con el creciente peso objetivo del conocimiento avanzado en la vida de todas las personas, así como con las modalidades predominantes de generación y uso de tal conocimiento.

La entrada en el Antropoceno –o sea, el inicio de una etapa en la historia de la Tierra que se caracteriza por el impacto ambiental del accionar humano– parece asegurar que la transformación de la sociedad ha vuelto al orden del día: es difícil imaginar que las condiciones de vida no cambien profundamente de aquí a medio siglo, vistos los impactos actuales y potenciales de la des-sustentabilidad. Pero, si cambios mayores lucen altamente probables, cosa muy distinta es anticipar su signo y contenido. Probablemente nunca la incertidumbre ha llegado a los niveles de hoy. Quizás sea esta la ocasión para que los valores libertarios, igualitarios y solidarios de las izquierdas reaparezcan con fuerza en la historia: si ellos no desempeñan un papel objetivo relevante, la prospectiva sugiere que la des-sustentabilidad será afrontada de modo desigualitario, bastante autoritario y poco eficiente.

El enfoque propositivo –parcial como todos los que aquí se presentan– planteará algunas sugerencias para impulsar, en diferentes esferas del quehacer social, procesos vinculados con la democratización, entendida –según ya se apuntó– como combinación del incremento de poder de la gente para vivir vidas valiosas con la disminución de los diferenciales de poder entre grupos sociales diferentes.

En tal combinación, lo segundo se vincula directamente con la disminución de la desigualdad, mientras que lo primero se liga con la famosa caracterización, debida a Amartya Sen (2000), del desarrollo como expansión de las capacidades y libertades para vivir vidas que se tengan motivos para considerar valiosas, viendo a la gente no como pacientes, sino como agentes. Semejante caracterización resulta afín al ideario socialista en una interpretación, a la vez, pluralista –que reconoce la validez de distintas opciones vitales– y activista, en la cual se subrayan los protagonismos colectivos y, especialmente, los que constituyen a los sectores postergados en actores principales de los distintos procesos democratizadores. Al impulsar estos últimos, será necesario practicar sistemáticamente la modestia propositiva. Así lo aconseja el realismo interpretativo en lo que se refiere a las limitaciones inherentes al conocimiento humano. Este es siempre frágil y parcial, por lo cual no cabe en modo alguno concebirlo como el libreto de la práctica. La transformación social deseable y viable no puede consistir en aplicar una interpretación filosófica del mundo. El enfoque normativo y el enfoque fáctico –los valores y la experiencia– coinciden en la importancia primordial de la gente entendida como agentes. Interpretaciones y prescripciones tienen que promover ese papel, no limitarlo.

ITINERARIO

Todo lo que antecede puede ser resumido diciendo que se apunta a explorar las perspectivas, en un mundo que oscurece, de *izquierdas democratizadoras de inspiración socialista*.

En esta propuesta esa tarea se elabora a lo largo de cinco capítulos que corresponden a los cinco enfoques –normativo, teórico, fáctico, prospectivo y propositivo– recién caracterizados. Pero, por supuesto, no se trata de compartimentos estancos: cada enfoque orienta a los que le siguen en esa secuencia, pero también retroalimenta a los que lo preceden, y ninguno es independiente de los demás. Así por ejemplo, aunque los valores o principios éticos vengan al comienzo, su formulación no puede ser ajena a lo que la realidad permite conseguir: la dicha eterna y permanente no parece un valor a reivindicar razonablemente. Y, en la otra punta de la secuencia, pensar en propuestas cuando las tendencias sugieren que una mutación de la sociedad puede tomar cuerpo lleva a reconsiderar el marco teórico en lo que tiene que ver con los mecanismos de cambio social. En ese entendido, cabe sintetizar el contenido de este libro.

El capítulo I procura afinar sumariamente una caracterización de las izquierdas en términos de sus valores. La inspiración socialista se presenta a partir de la vinculación esencial entre libertad, igualdad

y solidaridad, considerando al mismo nivel las tres reivindicaciones surgidas de la Gran Revolución. Los vínculos entre ellas llevan a entender la militancia transformadora como una combinación de derechos y deberes. Tal enfoque es relacionado con la famosa formulación de Norberto Bobbio acerca de la igualdad como “estrella polar” de la izquierda. El socialismo apareció en la historia cuando recién había sido planteada como derecho la búsqueda de la felicidad en esta vida. Cabe conectar su reivindicación actual con “la felicidad de la búsqueda”, al decir de Hirschman (1998), que lleva la atención a la calidad de vida espiritual que puede surgir de los esfuerzos colectivos en pro de mejorar la sociedad, idea que es parte fundamental de la noción de *socialismo hoy*.

El capítulo II inicia el análisis –procurando ser todo lo objetivo que sea posible– que ha de intercalarse entre los valores y las propuestas. Se enfoca la atención, de manera por cierto muy tentativa y preliminar, sobre la difícil compatibilidad de los ideales de las izquierdas con los fines que gobiernan el comportamiento real de los seres humanos, en los cuales es muy grande la incidencia de los intereses materiales, las pasiones y las pulsiones, pero también de los sentimientos de reciprocidad solidaria. El enfoque teórico se centra en el análisis del poder, vale decir, de los medios de los que disponen los seres humanos para perseguir sus fines. Como ya se indicó, el cimiento de tal análisis lo constituye el *esquema Marx-Mann*, según el cual el poder social, sobre todo a la escala “macro” de las grandes agrupaciones de gente, tiene especialmente que ver con: (i) las tecnologías; (ii) las relaciones económicas, militares, políticas e ideológicas; (iii) las interacciones entre estas relaciones y las tecnologías. Este enfoque teórico destaca el papel rápidamente creciente del saber especializado en la expansión y distribución del poder. Ello se ejemplifica, adelantando el enfoque fáctico, mediante la caracterización de la sociedad capitalista del conocimiento, que emergió en el Norte a fines del siglo XX y hoy constituye la principal estructura de dominación a escala planetaria. Especial atención se presta en este capítulo a lo que tal concepción del poder implica para la utopía socialista y, en general, para calibrar las posibilidades transformadoras del accionar de las izquierdas.

El capítulo III presenta, como enfoque fáctico, una (por cierto muy tentativa) aproximación histórica a la realidad contemporánea del poder. Su emergencia a lo largo de un extenso siglo es vista desde los conflictos generados por la afirmación y expansión mundial del Oeste industrial y las reacciones que suscitó –esto es, luchas “internas” contra el capitalismo y luchas “externas” contra el imperialismo–. La combinación de unas y otras generó el ciclo revolucionario del socialismo de Estado, surgido en un borde del centro capitalista

de la economía mundial y rápidamente extendido a buena parte de la periferia. En casi toda esta última, la dominación colonial directa sería erradicada. Paralelamente, en los países centrales el temor a la revolución y el vigor del movimiento obrero posibilitaron avances más o menos significativos hacia la limitación del poder capitalista por instituciones de tipo socialdemócrata. Tendía a creerse que el mundo marchaba hacia el socialismo. En todo caso, cuando se entraba en la segunda mitad del siglo XX, las distintas combinaciones de industria y relaciones sociales llevaban a hablar de un “primer mundo” capitalista industrial, un “segundo mundo” estatista, que en medida considerable se había industrializado aceleradamente, y un “tercer mundo” que aspiraba a hacerlo y se veía trabado por la persistencia de las estructuras creadas por el imperialismo occidental. En tal contexto, una mutación mayor fue desplegándose en el mundo capitalista, donde la base tecnológica fundamental pasó de la industria al conocimiento científico de punta. En el primer mundo, esa revolución tecnológica favoreció la reafirmación del poder del capital sobre el trabajo y también sobre el Estado, abriendo camino a la desregulación y a la erosión del estado de bienestar. En el tercer mundo esa mutación en la gravitación social del saber técnico disminuyó drásticamente el poder de negociación ligado a la producción primaria y reafirmó las relaciones de dependencia. Las trabas que a la expansión de esta nueva base tecnológica opusieron las relaciones sociales características del socialismo de Estado llevaron a su implosión en casi todo el segundo mundo, con o sin pérdida del poder político por los partidos únicos que lo crearon. El panorama quedó despejado para que el siglo XX concluyera con la afirmación de la globalización, forjada por la sociedad capitalista del conocimiento con centro en el Norte, y con la dominante ideológica neoliberal. Pero, dentro y fuera del centro, los movimientos cuestionadores del orden mundial no han dejado de gravitar. En buena parte del mundo, las mayores transformaciones sociales recientes vinculadas a los ideales de izquierda han sido protagonizadas por los movimientos feministas y defensores de la diversidad sexual. Los movimientos tercermundistas tuvieron una original reaparición durante el ciclo progresista latinoamericano. Pero el capitalismo basado en el conocimiento domina al mundo y las luchas por la hegemonía se dan en su interior. Cuestionar esa dominación exige tener en cuenta las lecciones de la historia a la que recién se hizo muy breve alusión.

El capítulo IV ensaya un enfoque prospectivo, Se recapitulan algunas tendencias que no pueden ser ignoradas cuando se intenta es-cudriñar el futuro, tarea que pandemia y crisis han hecho a la vez más difícil y más urgente. Se sugiere que la tensión decisiva que condicio-na los futuros posibles es la que está planteada entre el crecimiento

económico en las modalidades prevalecientes y la protección del ambiente. Se argumenta que el primero tiende a prevalecer sobre la segunda, con consecuencias tan grandes que una mutación de la sociedad con alcances imprevisibles se hace realmente posible. Ella se verá configurada, en gran medida, por las respuestas a los desafíos mayores de la falta de sustentabilidad, la desigualdad y el auge del autoritarismo. Los mismos se ven hoy agravados por la reacción chovinista de derechas contra la globalización en el propio Norte que Trump ha encabezado. La posibilidad de mutaciones distintas y mayores hace imperioso volver a pensar cómo cambian las sociedades. Las izquierdas pueden tener por delante grandes responsabilidades.

El capítulo V incursiona en algunos aspectos del enfoque propositivo. Se argumenta que el futuro de las izquierdas dependerá en grado considerable de sus aportes al enfrentamiento en relación con los tres desafíos recién evocados. Analizar las perspectivas al respecto lleva a revisar la caracterización del capitalismo, la experiencia del socialismo y las alternativas de cambio social. Ello, a su vez, exige revisar también el lugar del Estado como arena de conflictos, instrumento de dominación y potencial agente de progreso. En tal contexto, se elabora algo más la noción de *socialismo hoy* como guía ética y política para el accionar colectivo “aquí y ahora”. La misma inspira, en particular, ciertas pistas democratizadoras en distintos ámbitos de la sociedad. Ese eje propositivo tiene que dar la talla en los difíciles terrenos de la economía y el conocimiento, respecto de los cuales se busca ejemplificar lo que significa la solidaridad eficiente como clave de transformación. Dicha clave es considerada específicamente en relación con las políticas sociales, para lo cual se discuten ciertas propuestas de Thomas Piketty. Por este camino se retorna a la tensión decisiva entre crecimiento económico y protección ambiental, sugiriendo afrontarla mediante una vinculación entre sectores populares y conocimiento avanzado que permita cambiar las pautas productivas. La conjugación de trabajo, educación y conocimiento es presentada como un cimiento para transformaciones solidarias. Desde tal perspectiva, se incursiona en las estrategias de izquierdas. Para ello se analizan las posiciones políticas más gravitantes atendiendo a la vez a intereses y a ideas. Esta hora difícil exige por igual impulsar convergencias amplias para frenar a las derechas antidemocráticas y renovar coaliciones igualitarias con mayor potencial para plasmar cambios. Esto, a su turno, requiere que el Estado sea tanto escudo de los débiles como impulsor de la agencia de los sectores postergados.

Capítulo I

LOS VALORES COMO PUNTO DE PARTIDA

Un hilo conductor de este texto puede resumirse así: *las izquierdas, en plural y plurales, deben definirse ante todo a partir de valores, valores que impulsen a intentar mejorar las condiciones de vida de la gente, para hacer lo cual de manera sostenida hace falta comprender la realidad en medida significativa.*

La primera parte de la afirmación antedicha establece que los principios fundamentales –los que hacen a la identidad misma de las izquierdas– deben formularse en términos de los fines normativos, vale decir, de lo que se considera “bueno” tratar de lograr. A ello está dedicado este capítulo.

LA INSPIRACIÓN SOCIALISTA Y LA “ESTRELLA POLAR” DE LAS IZQUIERDAS

En las páginas siguientes se busca elaborar la noción de “socialismo hoy” como una *inspiración* para el trabajo colectivo caracterizado por el doble propósito de que el mundo devenga menos injusto y sea posible vivir vidas mejores. Si no se puede hacer nada por lo primero, lo segundo resulta bastante difícil en términos prácticos y éticos, incluso a nivel individual. A la inversa, aquí se asume que el involucramiento en ese tipo de trabajo colectivo puede constituir una dimensión, entre otras, de lo que cabe entender como “la vida buena”, la que es a un tiempo éticamente valiosa y fuente de felicidad tanto grupal como personal.

Junto a esta idea fuerza se plantea también otra, según la cual las metas planteadas requieren no solo reivindicar derechos, sino también combinarlos con la afirmación de deberes. En esta perspectiva, la militancia tiene que ser crítica y reivindicativa, pero también, y por lo menos al mismo grado, propositiva y constructora de alternativas.

Para avanzar a partir de la esquemática formulación precedente, se asume que la izquierda –o, preferentemente y en clave pluralista, las izquierdas– constituye un haz de proyectos definidos por ciertos valores comunes. Entre ellos, figura en primer lugar la adhesión a la triple consigna de la Gran Revolución: *libertad, igualdad, fraternidad o solidaridad*. Las tres consignas tienen carácter fundacional, son entendidas en sentido amplio, valoradas al mismo nivel y ubicadas al tope de la agenda. Este es el punto de partida del enfoque normativo, por el cual hay que comenzar para reconstruir propuestas de izquierda deseables y viables con inspiración socialista.

La izquierda hace su aparición en la historia con la Revolución francesa. Y ello no solo porque es en su curso que se empiezan a usar las nociones de derecha e izquierda, sino también, y sobre todo, porque por entonces la transformación de la sociedad se convierte en propósito práctico y colectivo, susceptible de ser racionalmente orientado: suena la hora de la militancia. Así, ha afirmado Bobbio:

La Revolución francesa había hecho aparecer como posible por primera vez en la historia de la humanidad esa transformación radical, esa renovación ab imis fundamentis, que hasta entonces sólo había sido imaginada por los profetas, por los rebeldes mistificantes, por los utopistas doctrinarios; había llevado a creer que si hasta entonces los filósofos habían descrito la ciudad ideal, comenzando por Platón, ahora se podía realizar por medio de un esfuerzo consciente, racional y colectivo. (2009, p. 587)

Esa fue la primera tentativa histórica de crear un orden social y político fundado en la igualdad de derechos dentro de una comunidad de gran tamaño. El campesinado francés será más libre después que antes de la Revolución, aun si solo se tiene en cuenta que deja de estar sometido a la arbitrariedad señorial tradicional. Pero la concentración de la fortuna en Francia era más elevada en vísperas de la Primera Guerra Mundial que en la época de la Revolución (Piketty, 2019, pp. 143, 145, 148). Lo anotado basta para justificar la postura en la tradición socialista de quienes a la vez reivindicaban el proceso simbolizado por el 14 de julio –en ese día de 1889 se fundó la II Internacional– y consideraban que la igualdad proyectada estaba lejos de concretarse.

La libertad es el derecho al conjunto de libertades necesarias para que la gente pueda vivir –en la formulación ya mencionada de Amartya

Sen-vidas que consideren valiosas y tengan motivos para ello. Incluye tanto las “libertades negativas” como las “libertades positivas”. Tal distinción la hizo famosa un texto de Isaiah Berlin (2004). Las primeras son las libertades de no ser objeto de imposiciones y opresiones; las segundas son libertades para procurar la realización personal y social. Ambas resultan en los hechos generalmente limitadas en grado alto o muy alto. Por consiguiente, la libertad puede ser pensada como el derecho a reclamar la expansión de libertades negativas y positivas, así como el deber de contribuir a tal expansión.

El liberalismo asigna prioridad a la libertad respecto a la igualdad, así como a las libertades negativas respecto a las positivas. La inspiración socialista, en la forma que aquí se la interpreta, reivindica el mismo valor no solo para las tres consignas primeras, sino también para ambos tipos de libertades: expandir las libertades negativas requiere cultivar ciertas libertades positivas.

La igualdad, como la libertad, tiene más bien poca presencia en la esfera de la realidad, donde lo que se comprueba son sobre todo múltiples formas y grados de la desigualdad. No todas esas formas son susceptibles de erradicación. La igualdad puede, pues, ser entendida como el derecho a que se supriman o disminuyan las disparidades entre las personas y a que sean paliadas sus consecuencias, así como el deber de contribuir a todo ello, sobre todo para quienes están mejor situados en las escalas de la desigualdad.

En una visión de izquierdas, relegar la igualdad ante la libertad conduce a que unos tengan muchas menos libertades que otros. Lo que se reclama es igual libertad para todos. La inspiración socialista es igualitaria desde su raíz. Pero, a la inversa, relegar la libertad para priorizar (alguna dimensión de) la igualdad implica, ya desde el primer momento, la desigualdad política entre los que se arrogan la potestad de decidir al respecto y todos los demás, desigualdad que –la experiencia confirma lo que la razón elemental anticipa– se va extendiendo a otras dimensiones. La inspiración socialista es libertaria; todo autoritarismo le es ajeno, particularmente el socialismo sin libertad, que, de hecho, niega también la igualdad y la solidaridad (particularmente con los que él mismo persigue).

El compromiso con la libertad y la igualdad –consideradas de igual valor y estrechamente interconectadas– puede ser una precisa, amplia y fecunda definición de las izquierdas en general. Implica directamente el compromiso también con la democracia y el pluralismo. Respecto a la primera, no se está haciendo referencia aquí a algunas de sus formas, sino al ideal democrático según el cual lo que a todos concierne por todos debe ser resuelto en las condiciones menos asimétricas posibles. Tal ideal, como orientación normativa, se

deduce directamente del compromiso con la igualdad. A su vez, este último no se restringe al ámbito electoral o político en general, sino que, a partir de su afirmación en tal ámbito, debe extenderse al conjunto de las actividades colectivas. En síntesis, la igualdad apunta a la democratización de todas las relaciones sociales.

El compromiso con la libertad implica que la democracia no puede restringirse al poder de decisión de las mayorías, sino que debe siempre incluir el respeto a los derechos, valores y propuestas de las minorías. La igualdad no es tal sin igualdad de derechos, cuyo libre ejercicio debe ser independiente de si las personas involucradas sustentan posiciones mayoritarias o minoritarias. Ese respeto es tanto más relevante cuanto más amplios sean los ámbitos en los que se impulsa la democratización. De lo contrario, ella se degradará en imposición generalizada. Lo que cabe resolver por mayoría son los cursos de acción, no la validez de sostener ideas alternativas. En suma, las izquierdas de la libertad y la igualdad están comprometidas con la democracia pluralista. Un corolario evidente y fundamental de ello es que la batalla primera tiene que ser siempre la defensa de los derechos humanos –todos los derechos humanos–.

A fines del siglo XVIII se abre una era de revoluciones que llegará a alumbrar los ideales socialistas. En tales intentos de cambiar la sociedad se registran inspiraciones democráticas y racionalistas, las cuales van de la mano. Crear consensos amplios, que hagan a la vez legítimos y viables los proyectos transformadores, es inherente a la democracia. Se trata de que personas que tienen entre sí a la vez similitudes y diferencias puedan compartir ciertos acuerdos para la acción, sin someterse a autoridades impuestas ni renunciar a tener puntos de vista propios. Ello exige cultivar los diálogos plurales y tolerantes para que la razón humana, al servicio de los grandes valores compartidos, pueda desempeñar su papel insustituible en los acuerdos intersubjetivos libres e igualitarios.

La caracterización de las izquierdas en términos de valores implica que no pueden sino ser pluralistas. La libertad es ante todo libertad para quien no piensa como uno (algo así le reclamaba Rosa Luxemburgo a Lenin). Lo contrario no es igual libertad. Los hechos muestran que hay formas variadas de la desigualdad. No es viable ni deseable afrontarlas procurando la uniformidad. Tiene pues que haber maneras distintas de buscar la combinación de libertad e igualdad, lo que lleva a la reivindicación de la democracia y de los valores del pluralismo. Todo ello es inherente a los valores fundacionales de las izquierdas y, en especial, a lo que aquí se entiende por inspiración socialista.

El compromiso ético con la democracia no debe ignorar sus limitaciones fácticas. La democracia, en tanto “gobierno del pueblo, para

el pueblo y por el pueblo”, no ha existido nunca y presumiblemente nunca existirá. Así lo sugieren varias razones, algunas de las cuales serán discutidas al elaborar el enfoque teórico. Trabajar por expandir “el poder del pueblo”, que es lo que democracia significa, supone enfrentar las desigualdades y las restricciones a las libertades involucradas en las distintas formas de poder. Por consiguiente, el compromiso con la libertad y la igualdad lleva a impulsar *izquierdas democratizadoras*. En la tarea cardinal de defender y profundizar las siempre insuficientes y débiles modalidades de la democracia se juega la calidad espiritual de las izquierdas con pretensión transformadora.

La argumentación precedente lleva directamente a realizar la tercera consigna fundacional: *la fraternidad o solidaridad*. Para mostrarlo, conviene intercalar una breve consideración de método. En el resumen introductorio se planteó trabajar con diferentes enfoques, sin confundirlos pero combinándolos. En especial, el enfoque normativo –relativo al “deber ser”– es diferente pero no independiente de las conclusiones provenientes de los esfuerzos por interpretar la realidad. Tales esfuerzos sugieren no solo que no se alcanzará una sociedad armoniosa y completamente justa, de libertad e igualdad absolutas, sino que tampoco se llegará a institucionalizar regímenes que ofrezcan altos grados de libertad e igualdad de manera estable. Las dinámicas de la vida social parecen cada vez más desestabilizadoras, en general e incluso cuando se han conformado distribuciones del poder poco desiguales contra las cuales suelen reaccionar las minorías que han perdido (parte de) sus privilegios.

La combinación de democracia representativa y estado de bienestar brindó, en las sociedades escandinavas de la segunda mitad del siglo XX, niveles de libertad e igualdad sin duda imperfectos, pero los más altos que se hayan conocido en la historia. Esos logros notables de la socialdemocracia nórdica no resultaron permanentes ni podían serlo. Siempre han surgido y surgirán cada vez más rápido nuevos problemas y tensiones, que generan asimetrías diversas y restringen libertades de variados grupos. La democratización, en tanto enfrentamiento a las disparidades de poder y a sus consecuencias para los más postergados, es tarea a la vez cambiante y permanente. Sus posibilidades son escasas sin las sumas de innovaciones y esfuerzos colectivos que inspira el sentimiento de solidaridad.

La solidaridad como deber es condición necesaria para impulsar la libertad y la igualdad como derechos. Aquí aparece con todo su vigor el activismo colectivo propio de la mejor tradición socialista. En la bandera tricolor surgida de la Revolución francesa el azul representa a la libertad, el blanco a la igualdad y el rojo a la fraternidad o solidaridad. Este último es el color del movimiento obrero y socialista, que

hace del accionar colectivo la palanca esencial para el progreso social. Se constata así la convergencia con la concepción de Amartya Sen, quien propone una caracterización normativa del desarrollo como expansión de las libertades y capacidades, con la gente desempeñando el papel no de pacientes, sino de agentes.

El socialismo clásico, en sus mejores versiones, incluía el énfasis en la agencia, pero iba más allá: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos, afirmaba la I Internacional en la década de 1860. Pelear contra la injusticia con esta perspectiva pasa porque “los más infelices sean los más privilegiados” y, además, porque sean *los de abajo principales protagonistas* en la ampliación de espacios para vivir vidas más valiosas. Si no es así, los avances serán bastante escasos, difíciles de ampliar y aún de defender. Más aún, quizás vayan en direcciones diferentes a las que los de abajo quisieran. Algo más corresponde subrayar: en el corazón de la inspiración socialista se encuentra la afirmación de que el involucramiento colectivo y solidario en la mejora de la sociedad –la militancia, en suma– puede ser en sí mismo una dimensión relevante de las vidas valiosas. Sobre esto se volverá en este capítulo y en otros.

Conviene destacar cuáles son, en la perspectiva que aquí se presenta, algunas de las diferencias fundamentales entre las éticas de derechas y las de izquierdas. Suele decirse que la derecha reivindica la libertad y la izquierda, la igualdad. Respecto a lo segundo, es elocuente la afirmación de que “el ideal de la igualdad siempre ha sido la estrella polar” de la izquierda (Bobbio, 1995, p. 170). Aquí esta será una clave prescriptiva mayor, tanto para la argumentación ética como para la construcción de propuestas. Pero esa clave resulta desvirtuada, según ya se subrayó, cuando se afirma que expandir la igualdad pasa por restringir la libertad. Cuando algunos –frecuentemente pocos– se arrogan la potestad de decidir qué grados de libertad tendrán los otros, lo que se establece ante todo es una gran desigualdad. La historia enseña que las disparidades en materia de decisión política se extienden a otros ámbitos, incluyendo los económicos. En suma, no hay real igualdad sin libertad. Al respecto, la opción ética de izquierdas tiene que apuntar a la igual libertad para todos. Por allí se va a tener en cuenta no solo la libertad política, sino también las libertades en otros terrenos.

Conviene todavía señalar que las formas alternativas de entender la libertad y la igualdad están en el centro de las diferencias entre liberalismo y socialismo. En la concepción de Norberto Bobbio, el liberalismo y la teoría democrática entienden la libertad de maneras diferentes. Para el primero, la libertad es autodeterminación individual ante todo, lo que Bobbio llama “la libertad como no impedimento”,

como no estar sujeto a imposiciones, particularmente por el Estado. Para la teoría democrática, en la libertad se destaca la “exigencia de límites a cualquier forma de legislación impuesta desde arriba” para constituirse como autodeterminación colectiva o autonomía. Ahora bien, la libertad como autonomía “presupone una situación de libertad como no impedimento”. Más aún, “una deliberación autónoma sólo puede formarse en una atmósfera de libertad como no impedimento” (Bobbio, 2009, pp. 115, 307-308). No hay autodeterminación colectiva genuina sin libertad individual. Es una lección que la historia confirma hasta la saciedad. Las izquierdas no pueden ignorarla. Tienen que reivindicar a la vez la libertad individual y la autodeterminación colectiva.

Desde tal reivindicación, las izquierdas han de confrontar su concepción de la igualdad con la muy diferente de las derechas y del liberalismo. Los seres humanos son diferentes en muchos sentidos, varios de los cuales implican disparidades grandes en las condiciones de vida; surgen de la genética, la inserción social, la formación, las relaciones, las oportunidades, la suerte. La igualdad no es ni puede ser, en sentido estricto, una situación de hecho: las personas no son, ni nunca serán, todas iguales. Reivindicar la igualdad es afirmar el derecho a que las diversas desigualdades sean permanentemente enfrentadas, apuntando a suprimirlas o, al menos, a paliarlas. Tal derecho se afirma en la igual dignidad de todas las personas. En los dichos al menos muchos lo aceptan, pero a partir de allí los caminos se bifurcan. Para el liberalismo, el derecho a la igualdad se establece ante todo fijando reglas iguales para todos; las diferencias de capacidades justifican la disparidad de resultados, o sea, la existencia de vencedores y vencidos en los juegos de la vida. Para la concepción igualitaria de las izquierdas, el derecho a la igualdad implica el deber de contribuir a paliar las diferencias apuntando justamente a que no haya vencedores y vencidos dentro de la comunidad. Subrayar ese deber pone de manifiesto el lugar central de la solidaridad en la ética de izquierdas. Dado que nunca habrá igualdad, ni siquiera aproximada, de situaciones objetivas, la solidaridad con los más desfavorecidos será siempre imprescindible para que la sociedad sea menos injusta.

Las diferencias de capacidades, en lugar de justificar diferencias de derechos, implican para las izquierdas diferencias de deberes: “de cada uno según sus capacidades” es una característica central de la sociedad socialista, según escribieron Marx y Engels en la *Crítica del Programa de Gotha* (1875). Vale decir: “para la doctrina liberal el criterio menos igualitario, el de la capacidad, se invoca para justificar la desigualdad de fortunas, en la doctrina igualitaria este mismo criterio se invoca para justificar la desigualdad de deberes de cada uno frente a la sociedad” (Bobbio, 2009, p. 327). Más explícitamente:

la diferencia entre una concepción individualista y pluralista, y una concepción solidaria y comunitaria de la sociedad [es que según] la primera, es suficiente con que sean comunes las reglas del juego y con que todos estén en condiciones de poder participar en él [... mientras que según] la otra, es justamente el que haya un vencedor y un vencido lo que es preciso evitar. (Bobbio, 2009, pp. 327-328)

Cabría recapitular esta sección volviendo a la afirmación famosa de Bobbio para sostener que el ideal de conjugar libertad, igualdad y solidaridad, reivindicando tanto derechos como deberes, debería ser siempre la estrella polar de las izquierdas. En semejante visión, la ética y la historia sugieren impulsar *izquierdas democratizadoras de inspiración socialista*. Explorar sus perspectivas es, como ya se anotó, el propósito de estas páginas.

ACERCA DE LA FELICIDAD

Si izquierdas del tipo planteado cobraran envergadura, ¿en qué medida podrían transformar las sociedades existentes? Algunas observaciones no demasiado optimistas han sido consignadas antes, pues no cabe formular, ni siquiera inicialmente, un enfoque normativo sin mayor referencia a lo que la realidad puede o no permitir. Pero una discusión algo más pausada, acerca de las relaciones entre valores profesados y espacios para plasmarlos en hechos, deberá ser abordada luego de esbozado el enfoque teórico.

Para completar lo presentado en este capítulo, de manera por cierto bastante elemental, cabe recurrir a otra famosa formulación de la era de las revoluciones de fines del siglo XVIII. En 1776 la Declaración de Independencia de Estados Unidos sostuvo, en su párrafo inicial, que constituyen verdades de por sí evidentes que todos los seres humanos han sido creados iguales y con derechos inalienables que incluyen los derechos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad.

Divide aguas la afirmación de que los seres humanos –como quiera que hayan aparecido en la Tierra– son iguales en términos de derechos fundamentales, que incluyen los mencionados. Su fundamentación, para una perspectiva pluralista, puede tener diversos sostenes válidos. Cabe encontrarla en diversas concepciones religiosas o filosóficas, por ejemplo, asumiendo que el mundo tiene un sentido trascendente o que el sentido de la vida lo forjan las opciones fundamentales de los seres humanos. Como quiera que sea, el compromiso con tal afirmación constituye un mojón de inmensa relevancia.

La interpretación más habitual del enunciado que se evocó recién de 1776 (y tal vez más compatible con las intenciones de quienes lo aprobaron) parece ser en términos de derechos individuales,

particularmente cuando establece el derecho a la búsqueda de la felicidad. Además, en términos estrictos, solo afirma que los seres humanos son creados iguales, no que tengan derecho a la igualdad. Por el contrario, en el atardecer de la Revolución francesa, la llamada “Conspiración de los Iguales” –en la cual algunos ubican el origen del movimiento socialista– proclamó a la igualdad como el camino que, postergando temporalmente la libertad, conduce a la felicidad colectiva.

Largo camino ha hecho la contraposición de la izquierda igualitaria y colectivista con la derecha liberal e individualista, que prioriza las llamadas “libertades negativas” (los derechos de cada individuo a no ser objeto de imposiciones). Los hechos, hablando a través de la experiencia histórica, cuestionan la contraposición misma. Desatender la igualdad suele llevar a que los más postergados estén en una situación de dependencia que limita seriamente sus libertades. Postergar la libertad concentra de tal modo el poder que genera serias desigualdades.

Aquella formulación de 1776 no incluye la fraternidad o solidaridad, ni abre directamente el camino, como la triple consigna revolucionaria, a combinar derechos con deberes. Pero explicita el derecho a la búsqueda de la felicidad como meta para vidas valiosas. El texto –más allá de cuáles hayan sido las intenciones de sus redactores– tiene dimensiones individuales y también colectivas, como lo ha puesto de manifiesto Albert Hirschman al subrayar la potencial *felicidad de la búsqueda* que ofrece el involucramiento colectivo en los esfuerzos por mejorar la calidad material y espiritual de vida.

Aunque esa expresión sea ajena a la tradición socialista, puede vincularse con los valores que la inspiran y, más todavía, con las etapas más incentivadoras de la práctica vinculada, cuando variados colectivos conocieron la felicidad de luchar y trabajar solidariamente por más libertad e igualdad. Aparece así la sugerencia de que una perspectiva transformadora requiere a la vez fomentar la militancia y hacerlo de maneras que incluyan alguna medida de “felicidad de la búsqueda”.

En esta perspectiva, la triple consigna caracteriza los fines normativos y también los principales medios de las izquierdas democratizadoras de inspiración socialista: se amplía la libertad, la igualdad y la solidaridad apostando a ellas. Esa debe ser la orientación general para construir agrupamientos e instituciones sociales que posibiliten *la búsqueda de la felicidad* hoy y mañana, incluyendo la felicidad de la búsqueda, particularmente como una dimensión de la militancia colectiva que puede contribuir a la vida buena.

Capítulo II

ELEMENTOS PARA UN MARCO TEÓRICO

SOBRE EL CAMINO QUE VA DE LOS VALORES A LAS PROPUESTAS

¿Qué viabilidad tienen, en el mundo de la realidad, aspiraciones éticas como las planteadas antes? El marxismo, en sus formulaciones más optimistas, daba una respuesta tajante: la interpretación correcta de la historia asegura que, a cierta altura de la evolución social, la humanidad habrá transitado del reino de la necesidad al reino de la libertad. En palabras del *Manifiesto comunista*, en lugar de la sociedad burguesa con sus antagonismos de clase, “surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos” (1848/1974, p. 130.). En esa asociación –de acuerdo con la caracterización del comunismo por la *Crítica del Programa de Gotha*– cada uno aporta al colectivo según sus capacidades y recibe según sus necesidades. Todas las formas de explotación y opresión habrán desaparecido.

Sin compartir necesariamente tamaño optimismo, hasta hace no tantas décadas mucha gente pensaba que “el mundo marcha hacia el socialismo”, en algún sentido u otro. Hoy, en cambio, la fecundidad práctica de los valores de izquierdas dista de ser evidente. En tal contexto, hay que volver a considerar si valen la pena los esfuerzos por transformar en profundidad a la sociedad. Es objetivo que por ello trabajaron y lucharon muchísimas personas durante mucho tiempo en múltiples lugares. Los resultados están lejos de la utopía marxista,

pero no son menores. Por ejemplo, afirma Piketty (2019) que “rupturas y revoluciones” consiguieron avances relevantes, entre los cuales “las cuatro instituciones más preciosas” son “el sufragio universal, la escuela gratuita y obligatoria, el seguro de salud universal, el impuesto progresivo” (pp. 20-21). Son logros democratizadores, que contribuyen a expandir la libertad y la igualdad, así como a forjar condiciones de vida menos difíciles para la búsqueda de la felicidad. ¿Se los podrá afianzar, profundizar, ampliar?

Analizar posibilidades y dificultades reales puede ensayarse, por ejemplo, en una secuencia de tres pasos. Una secuencia que empiece esbozando un marco teórico para el estudio de ciertas dinámicas sociales fundamentales, que siga por el examen de hechos particularmente gravitantes de nuestro tiempo a la luz de dicho marco conceptual, y que luego haga lo propio con un haz de tendencias que parecen llamadas a tener gran incidencia en los tiempos por venir.

Los esfuerzos militantes tienen que ser coherentes con los principios éticos asumidos. Eso significa que tales esfuerzos deben ser “racionales con arreglo a valores”. La vinculación racional entre valores y acciones es la vía para que quienes militan juntos lo hagan a partir de decisiones éticas compartidas y comprendidas. Esa es condición necesaria para la agencia colectiva, que se ha planteado como dimensión imprescindible del enfoque normativo. La noción fuerte de agencia es incompatible con delegar a unos pocos la comprensión y definición de lo que está bien o mal, cuestión que debe estar al alcance de todos los involucrados.

La inspiración socialista no apunta solo a dar testimonio de ciertos valores, sino también a traducirlos en propuestas concretas que puedan dar lugar a cambios reales. Lo que se hace tiene que ser coherente con lo que se propone. En otras palabras, los esfuerzos militantes tienen que ser racionales con arreglo a propuestas. Así, quienes trabajan juntos pueden hacerlo a partir de decisiones prácticas compartidas y colectivamente comprendidas. Otra vez, ello es imprescindible para la agencia, y especialmente para su interpretación en términos del protagonismo de los de abajo, que es incompatible con su subordinación a caudillos mesiánicos o vanguardias autoritarias. Semejante subordinación es lo contrario de la democratización y, además, ya no se puede alegar en su favor desde el pragmatismo, pues ha gestado algunas de las mayores catástrofes de la historia, así como muchas otras de menores dimensiones.

Propuestas deseables y viables para la transformación de la realidad han de basarse en la interpretación de la misma, bajo formas de conocimiento susceptibles de ser colectivamente discutidas y así convertidas en fundamentos compartidos del accionar conjunto. Para

ello los seres humanos disponemos ante todo de la capacidad para construir *descripciones razonadas de la naturaleza y la historia*. La primera lección que brinda la experiencia en la materia alude a la *modestia* respecto a nuestras posibilidades para conocer el mundo. En esa dirección apunta –parecería– el panorama cambiante de las ciencias de la naturaleza y de la sociedad. El pensamiento de izquierdas debe sustentarse en el conocimiento científico, como lo intentó el marxismo, pero, a diferencia suya, no debe suponer que de allí resultarán certezas. Ya no es posible creer que la ciencia las ofrece sin lugar a dudas. Las izquierdas no pueden basar su accionar en una concepción integral de la sociedad, sino en todo caso en teorías parciales, aproximaciones tentativas y provisionales, pistas o conjeturas más o menos fuertes.

UNA VISIÓN DE LA REALIDAD

¿Qué puede impulsar a los seres humanos a moverse en la dirección que marca “la estrella polar” de la libertad, la igualdad y la solidaridad? El estudio de la naturaleza y la historia parece recomendar fuertemente lo que cabría denominar un *realismo interpretativo* con respecto a la condición humana. Ello supone, en especial, no asumir que el enfoque normativo puede ser integralmente implementado en los hechos. El caso de la igualdad –justificadamente cardinal para las izquierdas– lo ilustra. Entendida como derecho, no cabe esperar que llegue a traducirse en la realidad como una completa igualdad entre los seres humanos. El azar no dejará de incidir diferencialmente en sus condiciones de vida. Las diferencias de capacidades pueden sin duda ser grandemente atenuadas mediante acciones adecuadas y sostenidas, pero difícilmente desaparezcan. El enfoque propositivo ha de tener entre sus metas centrales expandir capacidades con vocación igualitaria, así como paliar las consecuencias de las desigualdades.

Un texto marxista ya citado ofrece pistas para lo que se trata en estos párrafos. “De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”: la formulación incluye un realismo fáctico –las capacidades no serán iguales ni siquiera en el comunismo visto como culminación de la historia– a la vez que una fuerte afirmación respecto a los deberes. En efecto, en la sociedad ideal todos tendrían el deber de contribuir según sus respectivas capacidades. El mismo texto que incluye la formulación antedicha incluye otra, que caracterizaría al socialismo entendido como etapa inferior y previa al comunismo: “de cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo”. Sustituyendo eventualmente “trabajo” por “esfuerzo”, la afirmación sobre los deberes resultantes de las capacidades diferentes se ve complementada por otra sobre los derechos generados por los esfuerzos.

La perspectiva no es meritocrática, sino genuinamente igualitaria: no se restringe a la igualdad de oportunidades, donde azares y capacidades diferenciales generan desigualdades incluso muy amplias, sino que apunta a la igualdad a partir de lo que en principio todos podemos aportar, nuestros esfuerzos.

Lo dicho sugiere que no es imposible combinar el enfoque normativo con una buena cuota de realismo interpretativo. Este último orienta las embrionarias reflexiones sobre cuestiones mayores que se plantean a continuación.

El potencial de la especie humana para conocer lo verdadero y hacer lo bueno luce muy exagerado en la antigua suposición de que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Una pista más adecuada la ofrece la notable frase según la cual “no somos ángeles caídos, sino antropoides eruidos”.

Para vincular ideas normativas con propuestas para la acción puede ser fecunda una breve recapitulación de formulaciones clásicas acerca de los móviles de la gente. Un punto de partida ajeno a la ingenuidad es una tesis de Max Weber, que viene a decir lo siguiente: no son las ideas las que gobiernan el comportamiento de los seres humanos, sino sus intereses materiales e ideales, sin desmedro de lo cual en ciertas etapas de viraje en la historia son las ideas las que marcan los caminos por los que se despliega la dinámica de los intereses (ver Gerth y Mills, 1958, p. 280).

Erik Olin Wright (2015) muestra que tanto Weber como Marx atribuían predominancia en los hechos a los intereses materiales objetivamente definidos. De modo tal que, si bien las motivaciones ideológicas pueden ser importantes, no cabe esperar que ellas de por sí impulsen de manera estable el accionar masivo (pp. 36-37).

Weber no anticipaba ni deseaba una transformación social exitosamente orientada por los ideales de izquierda. Marx la deseaba y anunciaba a partir de una concepción de la evolución social donde los intereses materiales de la clase obrera la convierten en el actor decisivo de la emancipación signada por el pasaje del “reino de la necesidad” al “reino de la libertad”.

Lenin, al escribir el *Qué hacer*, realmente no parece creer que los intereses materiales del proletariado alcancen para asegurarle ese inmenso rol histórico. Argumenta que, para cumplirlo, necesita además ser dirigido por el partido de vanguardia, caracterizado por su compromiso ideológico con el marxismo. Sin ello, el proletariado nunca irá más allá del “*tradeunionismo*” o sindicalismo.

Parece claro que los intereses materiales de los trabajadores pueden impulsarlos frecuentemente a integrar sindicatos, movilizarse, hacer huelgas, respaldar partidos socialistas o laboristas. ¿Pero

alcanzan tales intereses para involucrarlos duraderamente en los azares del accionar revolucionario? Mann (1993) anota que no es claro que los intereses materiales sean suficientes para impulsar el tipo de acción previsto por Marx y se pregunta si conviene al trabajador individual arriesgarse a las represalias de patrones y estados al organizar sindicatos, levantar barricadas o atacar a los cosacos (p. 31). La respuesta que la propia pregunta sugiere pasa por atender no al interés del trabajador individual, sino al interés colectivo de clase. Pero ello a su vez plantea otro interrogante: ¿puede el comportamiento de un conjunto muy grande de personas que se supone se mantiene a lo largo del tiempo por varias generaciones ser interpretado solo en términos de intereses materiales? Parecería más bien que las clases son frecuentemente grandes actores del acontecer histórico porque, además de los intereses materiales que las definen, “comparten normas y pasiones que las impulsan a la temeridad, el sacrificio y la crueldad. Ello las ayuda a superar la diversidad económica de sus integrantes para generar un comportamiento colectivo apasionado” (Mann, 1993, p. 31; traducción propia).

Cabe pues asumir la enorme gravitación de los intereses materiales, pero sin considerar que ellos alcanzan para dar cuenta de la dinámica conflictiva del acontecer histórico, donde otros factores también pueden incidir en mayor o menor grado.

Bastante similar a la visión de Weber, acerca del papel decisivo de los intereses materiales e ideales en el comportamiento de los seres humanos, era la visión de Bobbio (2009): en “las relaciones sociales prevalecen las pasiones y los intereses particulares por encima de las razones generales” (p. 60).

El interés, la pasión y la razón son los tres elementos que Elster (2015, pp. 67-68) comenta de manera sugestiva para lo que se considera en esta sección. En especial, se refiere a la razón en lo que hace al deseo de promover el bien común, más bien que los fines privados, y también en relación con la prioridad de las motivaciones de largo plazo frente a las de corto plazo. Cabe reformular lo antedicho mediante la distinción entre razón sustancial y razón instrumental. La primera se refiere al bien público pensado –en términos de Weber– de forma racional con arreglo a valores. La razón instrumental alude a las formas eficientes de promover los valores escogidos, lo que incluye la atención no solo a corto plazo, sino también a largo plazo, y es afín a lo que Weber llamaba “acción racional con arreglo a fines”.

En ese entendido, cabe consignar algunas reflexiones adicionales sobre intereses y pasiones. En su espléndido libro sobre el tema, Hirschman destaca ciertos antecedentes mayores en la historia del pensamiento. Según Rousseau, todos los esfuerzos de los seres

humanos se ven impulsados por solo dos factores: el “amor de sí”, que se satisface mediante bienes, y el “amor propio”, que lo hace a partir de la aprobación y la admiración de otros (Hirschman, 1978, pp. 114-115). Lo primero corresponde directamente a los intereses materiales y lo segundo a las pasiones o a lo que Weber denominaba “intereses ideales”. En esta última dimensión seguramente corresponde incluir el deseo de tener influencia en la distribución del poder y disfrutar del prestigio con el cual suele estar vinculada. Más variado es el conjunto de factores que tiene en cuenta Adam Smith. En su *Teoría de los sentimientos morales* se ocupa “de un conjunto amplio de sentimientos y pasiones humanos, pero también se convence de que, en lo referente a ‘la gran masa de la humanidad’, los principales impulsos humanos terminan por motivar al hombre para mejorar su bienestar material” (Hirschman, 1978, p. 115).

Simpatía era una noción clave para Adam Smith, que de alguna manera hace necesaria para cada uno la felicidad de los demás. Las pasiones agradables se disfrutaban sin más, pero las emociones dolorosas requieren la simpatía de otros. En su perspectiva, la aspiración al reconocimiento ocupa una posición prominente; la Humanidad comparte con todos los animales las aspiraciones a la propia preservación y a la propagación de la especie, hacia las cuales la empujan instintos, el hambre, la sed, las pasiones que unen a los sexos, el amor al placer y el temor al dolor (Smith, 2009 [1759], pp. 13, 20, 250, 294).

Así, ciertos clásicos tienden a señalar la duradera prioridad de los intereses materiales, pero, en general, indican que suele combinarse con móviles de otra índole, de diverso tipo y gravitación. Una formulación próxima es la de Elster (2015), según la cual todas las personas parte del tiempo, y algunas todo el tiempo, son *egoístas*, motivadas solo por sus intereses privados materiales, mientras que muchas son *egocéntricas*, motivadas por ese tipo de intereses, pero también por la vanidad y el deseo de auto-aprobación (p. 93).

La última mención de lo que Adam Smith escribió hace más de dos siglos y medio sugiere pensar los fines o móviles de la especie humana en el contexto de los que la Naturaleza ha asignado a los animales en su conjunto. La evolución llama a la puerta. Según Singer (1994, pp. 6, 19, 45), en Darwin se encuentra una explicación de la primacía de los intereses materiales propia de la teoría de Marx, que la amplía al incluir también pasiones e impulsos, pues el comportamiento humano está conformado por los instintos heredados de los antepasados no humanos, por lo cual es de esperar que las personas compitan entre sí por comida, sexo y estatus.

A su vez, Weber (1977) equipara la incidencia de la sexualidad con la de los intereses cuando se refiere al “amor sexual, la componente

fundamental más universal, junto a los ‘verdaderos’ intereses o intereses económicos y a los de poderío y prestigio sociales, del curso real de la vida social humana” (p. 469). Afirmaba también que el amor sexual es la mayor fuerza irracional de la vida (ver Gerth y Mills, 1958, p. 343).

Por aquí corresponde ir de Darwin y Marx a Freud. Hay que prestar relevante atención a los impulsos, lo que incluye a la sexualidad y también a la agresividad, tan a menudo evidente en los comportamientos individuales y colectivos. Freud (1979) escribió que...

parece verosímil que deban admitirse dos variedades de pulsiones, [... unas] persiguen la meta de conducir el ser vivo hasta la muerte, por lo cual merecerían el nombre de “*pulsiones de muerte*”, y saldrían a la luz [...] como tendencias de *destrucción* o de *agresión*. Las otras serían las pulsiones libidinosas sexuales o de vida [...]; su propósito sería configurar a partir de la sustancia viva unidades cada vez mayores, para obtener así la perduración de la vida y conducirla a desarrollos cada vez más altos. (p. 253)

Así “la vida consistiría en las exteriorizaciones del conflicto o de la interferencia de ambas clases de pulsiones, y aportaría al individuo el triunfo de las pulsiones de destrucción por la muerte, pero también el triunfo del Eros por la reproducción” (ibíd., p. 253). No hace falta suscribir semejante visión para tenerla presente, aunque solo sea en tanto metáfora que recuerda la relevancia objetiva tanto de las pulsiones sexuales como de las pulsiones agresivas.

La elaboración primaria que antecede sugiere la conveniencia de que el enfoque interpretativo asuma tentativamente –como metáfora orientadora– que vivimos en *un mundo Darwin-Marx-Freud*.

La denominación, aunque peque de grandilocuente, puede no ser inútil para transmitir sintéticamente ciertas hipótesis básicas: a) las capacidades y pautas de conducta predominantes de la especie humana han sido forjadas por la evolución biológica a lo largo de la cual esa especie emergió; b) en lo que hacen y dicen (y hasta piensan) los seres humanos desempeñan un papel por lo general muy gravitante sus intereses materiales, entendidos en un sentido amplio; c) esos intereses se entretajan, para condicionar el comportamiento de las personas, con razones y pasiones que incluyen sus deseos o pulsiones más o menos inconscientes; d) las acciones que los seres humanos emprenden para alcanzar sus propósitos resultan afectadas por sus limitaciones para captar y analizar información, al punto tal que los errores de apreciación juegan un papel por lo general grande en la determinación de lo que se hace.

La perspectiva esbozada es distinta de la que ha caracterizado, en gran medida, al socialismo clásico y a sus continuadores; su visión de la condición humana ha sido bastante más positiva u optimista. Muy esquemáticamente, en esa visión el advenimiento de las sociedades clasistas habría afectado los valores de cooperación y armonía de las comunidades primitivas, los que serían restaurados con el desmantelamiento de los antagonismos de clase en el comunismo, entonces a un nivel de producción tal que permitiría brindar “a cada uno según sus necesidades”. La investigación contemporánea ofrece importantes elementos de juicio para sostener que las comunidades de cazadores y recolectores eran más igualitarias y tenían un mejor nivel de vida que los agrupamientos de campesinos surgidos de la Revolución agrícola, la cual abrió camino a la generación de apreciables excedentes económicos, a la división en clases, la explotación multiplicada y la creación de estados. Pero ello no implica que aquellas comunidades carecieran de contradicciones y conflictos; ni, tampoco, que unas y otros vayan a desdibujarse más o menos rápidamente en sociedades post capitalistas.

En todo caso, esas cuestiones relativas a un lejano ayer o a un hipotético mañana lucen mucho menos urgentes que esta otra: ¿qué vigencia tiene hoy la inspiración socialista y su “estrella polar” en un mundo Darwin-Marx-Freud?

Cabe admitir que las motivaciones que moldean el comportamiento de los seres humanos tienen, entre sus principales raíces, las necesidades básicas de supervivencia y los tipos de comportamiento seleccionados adaptativamente en el curso de la evolución de la especie. Darwin atribuía causas evolutivas a la simpatía, que consideraba como el cimiento del instinto social, en tanto tendencia del ser humano a defender su grupo concertándose con los demás integrantes y como disposición a ayudarlos, en toda la medida que no afecte grandemente su bienestar o sus deseos fuertes (Singer, 1994, p. 47).

Por aquí se abre una puerta a la incidencia de las pasiones ligadas a la solidaridad o, al menos, a la reciprocidad. Sin ella no se puede entender la historia. La reciprocidad alimenta la cooperación, la cual, sin embargo, no existe de por sí. La condiciona y limita una permanente tendencia al egoísmo individual y grupal. Así lo afirma Barrington Moore en su estudio sobre la injusticia y las bases sociales de la obediencia y la revuelta. La reciprocidad y la cooperación, salvo eventualmente en grupos muy pequeños, no se desenvuelven espontáneamente, sino que deben ser permanentemente creadas y recreadas (Moore, 1978, p. 507).

Como conclusión tentativa y muy sumaria, tras esta recorrida más bien superficial por cuestiones de gran calado, se podría decir

que los móviles más gravitantes en la conducta de los seres humanos no abren demasiados espacios a los ideales de las izquierdas, pero que no es ajeno al realismo considerar que tales espacios existen y pueden ser ampliados a partir del cultivo de la solidaridad.

Para caminar en esa dirección, la recapitulación que antecede destaca asimismo que obstáculos grandes surgirán una y otra vez debido a los conflictos entre intereses, pasiones y razones. En especial, entre intereses sectoriales y razones generales se plantea una contradicción más o menos permanente en la que por lo general predominan los primeros sobre las segundas. Para la acción colectiva racionalmente orientada al bien general, ello supone un problema tan conocido como grande. Cuando se trata de afrontarlo, conviene tener en memoria esta afirmación: “nothing is easier for interest than to overcome reason, *except when reason allies itself with passion*” (Elster, 2015, p. 438).¹ La conjetura que orienta este texto dice que la inspiración socialista puede forjar una alianza de razón y pasión.

En cualquier caso, las motivaciones de los seres humanos que han sido destacadas se entretajan, se influyen mutuamente y tienen incidencia cambiante con las situaciones, las personas y sus interacciones. Las posibilidades de hacer realidad en alguna medida los ideales de izquierdas, en particular la reciprocidad solidaria, dependen de esas motivaciones y también, en gran medida, de lo que los seres humanos pueden o no hacer efectivamente, a partir de sus necesidades y aspiraciones, colaborando y disputando entre sí. En otras palabras: de las dinámicas del poder.

LA CUESTIÓN DEL PODER Y EL PAPEL DEL SABER

Para pensar proyectos viables hace falta elaborar concepciones de las dinámicas colectivas que tengan carácter científico y, en especial, que sean relativamente independientes de los fines normativos a los que se pretende servir. Una visión prudente o modesta de la ciencia la ve no tanto como conocimiento objetivo, sino más bien como conocimiento validable intersubjetivamente. Ello no ignora las limitaciones inherentes a los seres humanos en lo que hace a la profundidad y la solidez del conocimiento que pueden forjar. Pero asume que las capacidades de los seres humanos y las similitudes entre ellos –en particular, la aparente semejanza de las experiencias con las que toman contacto, el manejo del lenguaje, el grado en que usan la razón, la elaboración o comprensión de conceptos– les permite comparar nociones y concepciones del mundo de modos que llevan a refinarlas hasta el punto que,

¹ Traducción propia: “nada es más sencillo para el interés que derrotar a la razón, *excepto cuando la razón se alía con la pasión*”.

en ciertos casos, pueden devenir guías fecundas para la acción, susceptibles de ser enriquecidas en el curso de las prácticas vinculadas.

En ese entendido, ¿cuál puede ser el punto de partida para abordar un enfoque teórico que sea parte del “puente” entre el enfoque normativo antes esbozado y un enfoque propositivo viable y deseable en grado significativo?

Al inicio de su obra sobre las fuentes del poder social, Michael Mann (1986) argumenta que los propósitos o fines de los seres humanos son demasiado variados y complicados para tomarlos como punto de partida de la teorización. Propone, en cambio, abordar esta última a partir de los medios con que cuentan los seres humanos para perseguir sus múltiples fines. Los seres humanos disponen de una cuota limitada pero significativa de razón instrumental, que les permite traducir sus móviles en propósitos relativamente específicos, sin desmedro de los errores de apreciación que suelen cometer en la elección de medios y en su uso. La satisfacción de los propósitos de personas o grupos dependerá en gran medida de su poder. Siguiendo a Mann, aquí el poder es entendido como el grado de control sobre su entorno natural y social.

El poder involucra otros procesos y ha sido teorizado de múltiples maneras. En este trabajo se usa la caracterización precedente sin pretensión alguna de exclusividad. Mann destaca que el poder es un medio general para el logro de muy variados propósitos, por lo cual se transforma en un fin en sí mismo: conseguir poder es un móvil común de gran parte de los comportamientos de los seres humanos.

El realismo interpretativo invocado antes sugiere que los proyectos de las izquierdas viven o mueren en las realidades del poder. Por consiguiente, aquí se seguirá hasta donde sea posible la opción de Mann consistente en priorizar la cuestión del poder y sus fuentes como camino para la teorización de las dinámicas sociales. Sin desmedro de ello, si el enfoque teórico ha de ser un paso en el camino hacia el enfoque propositivo y si este ha de sintonizar en medida apreciable con lo que la gente quiere, hace falta considerar los móviles del accionar humano por complicado que ello sea. A tal asunto difícil se dedicó la sección anterior.

Las izquierdas se refieren a valores, a las necesidades profundas de la gente y a sus posibilidades de satisfacerlas. En general, para lograr sus fines los seres humanos procuran ampliar su control del entorno social y natural –que es, como se dijo, lo que aquí se denomina poder–. Para ello disponen de dos grandes estrategias, habitualmente interconectadas: una, coordinar el accionar de varias personas (lo cual genera organización); otra, incidir materialmente en la naturaleza (lo que genera tecnología). Así surgen ciertas relaciones sociales

fundamentales y, también, las herramientas y las armas. En la medida en que organización y tecnología son medios para el control del entorno, cabe hablar de poder organizacional y poder tecnológico. Por lo general la combinación de uno y otro es lo realmente gravitante. Individuos que cazan no aisladamente ni con las manos desnudas, sino con lanzas y actuando como una banda ejemplifican esta noción, que puede ser elemental, pero seguramente no es trivial.

Es importante subrayar la convergencia respecto al concepto del poder entre la apreciación de Mann, desde la sociología histórica, y la de Bobbio, desde la teoría política. Según esta última, hace falta complementar el concepto “con la definición del poder como los medios (de los que los dos principales son el dominio sobre otros hombres y el dominio sobre la naturaleza) que permiten conseguir lo que los seres humanos procuran” (Bobbio, 2009, p. 177).

Una banda organizada y provista de armas que sale a cazar o a atacar a otra gente ilustra lo que se denomina *poder colectivo*: el control o dominio que un grupo humano tiene sobre la naturaleza o sobre otros grupos. Se llama *poder distributivo* al dominio que tienen en un grupo organizado los que lo dirigen y controlan sobre los restantes integrantes del grupo en cuestión. El vínculo entre las dimensiones colectivas y distributivas del poder es tema fundamental, según más abajo se pone de manifiesto.

La teoría de la historia de Marx, con diferentes énfasis en distintos textos, ofrece una interpretación profunda de la evolución humana que destaca el papel de las fuerzas o tecnologías productivas, las relaciones organizadas de producción y las interacciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción. De las diversas lecturas de esa teoría, parece especialmente fecunda la que no considera que las fuerzas productivas (ejemplo notable de tecnologías materiales) determinan las relaciones de producción (ejemplo no menos notable de organización humana), ni a la inversa, sino que unas y otras son susceptibles de evolucionar con cierto grado de independencia e inciden, sobre todo a través de sus interacciones, en lo que puede ser entendido como un proceso de co-evolución.

Conviene no entender de modo restrictivo las tecnologías productivas: tienen que ver con la producción de bienes y servicios en general. Las tecnologías de la salud se cuentan entre las de más rápida expansión y mayor repercusión. Sin disminuir un ápice la relevancia de las fuerzas o tecnologías productivas, conviene tener en cuenta también el notable papel histórico de otras tecnologías, como aquellas destructivas o militares. Ejemplo asimismo relevante es el de las tecnologías de comunicación y transporte, a las que se considera en conjunto como tecnologías conectivas. No corresponde establecer

fronteras precisas entre los ejemplos considerados: las tecnologías de la energía y de la información constituyen partes esenciales de la producción, la conexión y la destrucción. En suma, aquí se hablará, pues, de tecnología en sentido amplio.

Al respecto, cabe destacar que el cambio acumulativo mayor que registra la historia de la humanidad es la expansión de las fuerzas productivas y destructivas. Es decir, el incremento de los recursos para, a la vez: (i) producir bienes y servicios, (ii) destruir gentes y entornos. Proceso este acelerado por la expansión del conocimiento científico y tecnológico, que trastoca rutinas, ocupaciones e instituciones. Dicha dinámica puede ser caracterizada como la acumulación desestabilizadora de conocimiento tecnológico. La ilustran dos observaciones que desgraciadamente han devenido obvias: el conocimiento orientado a la destrucción ha puesto al mundo desde 1945 ante los riesgos de catástrofe nuclear; la multiplicación de la producción basada en el conocimiento ha impulsado el deterioro ambiental y la posibilidad de una catástrofe climática.

Las relaciones sociales de producción responden a necesidades fundamentales de los seres humanos y dan lugar a redes organizadas que pueden acometer no solo las tareas que las originaron, sino también otras. La organización de los campesinos de una aldea para las tareas agrícolas puede servir también para la defensa de esa aldea, para regular o gobernar la convivencia de sus miembros y hasta para cumplir funciones de culto.

En su teorización y en su narrativa razonada de la historia, Mann (1986, 1993, 2012, 2013) asigna relevancia fundamental a las que denomina las fuentes del poder social: las relaciones económicas, políticas, militares e ideológicas. Estas cuatro relaciones permiten encarar necesidades fundamentales de los seres humanos y todas ellas lo hacen mediante niveles de organización que pueden llegar a ser muy altos. Lo que tales relaciones tienen en común es, pues, su poder organizacional. En efecto, las redes de cada uno de esos cuatro tipos, al coordinar la actividad de diversas personas para realizar actividades de permanente y relevante incidencia en la vida de la gente, posibilitan un grado alto de control del entorno y de satisfacción a los que dirigen cada una de dichas redes. Clases y empresas, ejércitos, iglesias, estados y partidos, son protagonistas destacados del acontecer social.

Redes organizadas de cada uno de esos cuatro tipos permiten a menudo cumplir tareas que desbordan al campo que les dio origen. Cuando su capacidad organizativa es grande, una red militar como un ejército puede organizar formas de la producción, una red ideológica como una iglesia puede hacer la guerra, una red política como un

Estado puede asumir tareas ideológicas y productivas. A este fenómeno Mann lo denomina “promiscuidad” de las organizaciones.

Así pues, en esta interpretación las relaciones sociales más gravitantes en un proceso dado son las que brinden los mayores grados de organización. La teoría de las fuentes del poder social elaborada por Mann es presentada como una teoría del poder organizacional. La interpretación que permite esa teoría de la historia humana, desde sus orígenes hasta comienzos del siglo XXI, evidencia su fecundidad.

El énfasis en lo organizacional es clave para calibrar las perspectivas de cambio social. Con tal propósito conviene recordar una distinción ya consignada entre dos formas de poder: se llama poder colectivo al de un grupo sobre la naturaleza o sobre otra gente, mientras que poder distributivo es el que tienen, en una red u organización, los que ocupan las posiciones de dirección y control sobre los demás integrantes (que pueden serlo con carácter más o menos voluntario e incluso del todo involuntario). El uso de las potestades de dirección y control deviene en abuso con mucha frecuencia; pero en general no deriva solo de la fuerza. Tiene que ver también con las dificultades inherentes a la coordinación de lo que hacen diversos seres humanos, tarea que se complica progresivamente con la expansión de las organizaciones y de su uso de las tecnologías. La supresión de las actividades de conducción, en la economía o en la política, por ejemplo, llevaría a la degradación de la producción y del Estado. Por este camino, la teoría del poder de Mann y, sobre todo, la interpretación de la historia que el autor hace a la luz de esa teoría implican una lección fundamental que puede resumirse como sigue: no hay poder colectivo sin organización; no hay organización sin poder distributivo. Una conclusión mayor para la práctica es la siguiente: se puede disminuir las disparidades de poder, pero no eliminarlas.

El poder distributivo puede sin duda modificarse y aun disminuirse, pero no suprimirse. En especial, los intentos de alterar drásticamente y violentamente la distribución del poder político requieren –como Lenin lo argumentó en textos célebres– grandes cuotas de poder organizacional. Si tienen éxito, por lo general afirman una nueva y más fuerte forma de poder distributivo, a menudo con notoria “promiscuidad”.

La estrategia marxista para coadyuvar al advenimiento del comunismo pasa por incrementar y concentrar el poder del Estado, dirigido por la dictadura revolucionaria del proletariado, de modo de impulsar la expansión de las fuerzas productivas y suprimir tanto la explotación como las diferencias de clase, posibilitando así la desaparición misma del Estado. En el comunismo se habrá pasado “del gobierno de los hombres a la administración de las cosas”. Pues bien, nada así es

viable si la interpretación de la sociedad que estamos sumariamente recapitulando tiene asidero.

La desaparición eventual de todo poder distributivo conduciría a la desorganización, que en general erosiona el poder colectivo. La administración de las cosas no es asunto que puede reducirse a lo puramente técnico; exige coordinar las actividades de la gente involucrada. En otras palabras, demanda organización, lo que de por sí genera poder distributivo, vale decir, distribución asimétrica del poder.

Quizás se podría sostener una reformulación a la baja de la estrategia marxista recién evocada, argumentando que quienes controlarán las cimas del Estado en representación del proletariado no dejarán de contar con cuotas diferenciales de poder, pero lo usarán sistemática e igualitariamente en beneficio de todos. La teoría del poder organizacional no parece proscribir tal posibilidad, que sin embargo la historia descarta. Esta lección de la experiencia puede formularse a partir de otra clave interpretativa propuesta antes: en un mundo Darwin-Marx-Freud un grupo que concentra la suma del poder en cierto conjunto social podrá mostrar cuotas no menores de altruismo, solidaridad y desprendimiento; pero no cabe esperar que tales actitudes dominen todo el panorama todo el tiempo.

La coordinación de lo que hace gente diversa parece inherentemente conflictiva, pues distintos “intereses materiales e ideales” están en juego. Esa conflictividad no luce susceptible de ser erradicada por algún dispositivo institucional de formulación sencilla y alcance universal, como por ejemplo la supresión de la propiedad privada y su sustitución por la propiedad estatal o cooperativa. Al respecto, vale la pena consignar una observación que hace Amartya Sen (2009) al comentar la teoría de la justicia de John Rawls. La considera como ejemplo notable de lo que denomina “institucionalismo trascendental”, entendiendo por tal la creencia en que un cierto diseño institucional puede asegurar la justicia social. Sen no comparte esa creencia; ella resulta demasiado optimista a la luz de la concepción del poder aquí esbozada. La relevancia del poder, las inevitables asimetrías en su distribución y las disparidades de intereses no permiten resolver los problemas de manera perfecta y definitiva mediante alguna institucionalización estable de las relaciones sociales. Lo que sí resulta viable en esta perspectiva es mejorar o “desempeorar” las cosas.

Para calibrar teóricamente las posibilidades aludidas, puede ser útil explicitar la combinación de las visiones de Marx y Mann que se ha venido manejando hasta aquí. Ello se hará de manera muy sintética, pues ha sido abordado con cierta extensión en un libro (Arocena, 2018) cuya parte I se titula “Hacia un esquema conceptual Marx Mann para el estudio del poder social, tecnológico y organizacional”. Allí se

resume la teoría de Mann acerca de “las fuentes del poder social” y se analiza su débil tratamiento del conocimiento científico y tecnológico. Para encarar esta carencia mayor se recurre a la concepción materialista de la historia, especialmente a su visión de las influencias mutuas entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sin presuponer la primacía de unas u otras, como ya se anotó. Por este camino, elaborando con algún cuidado observaciones formuladas aquí antes de manera muy breve, se llega a proponer lo que cabe denominar un esquema Marx Mann para el estudio del poder.

Dicho esquema destaca:

- a) La base material del poder tecnológico, ejemplificada por las tecnologías de producción, destrucción o conexión.
- b) Las relaciones económicas, militares, políticas e ideológicas que generan las mayores cuotas de poder organizacional.
- c) Las interacciones entre las relaciones sociales recién destacadas y las tecnologías.

Combinar las concepciones de Marx y Mann ayuda a comprender cómo el poder colectivo y el poder distributivo evolucionan en interacción (o co-evolucionan) con la tecnología. Ello será ejemplificado en relación con la generación y el uso del conocimiento avanzado, asunto al que es fundamental prestar atención para actualizar las perspectivas de las izquierdas.

Para avanzar en esa dirección, se comentarán ciertas afirmaciones que permiten afinar la caracterización del poder y su vinculación con el saber. Dice Bobbio (2009): “Existen diferentes formas de poder del hombre sobre el hombre. El poder político no es más que una de ellas” (p. 177). Ambas afirmaciones parecen inobjetables. La primera puede sugerir, empero, una atención exclusiva al poder distributivo, susceptible incluso de dificultar la comprensión de esa forma del poder. En efecto, una red con mayores capacidades tecnológicas y organizacionales que otras conseguirá en general mayor poder colectivo –vale decir, de ella misma sobre gente de afuera y/o sobre la naturaleza–, lo que incrementará en general el poder de sus élites dirigentes, frecuentemente incluso sobre gente de adentro. Considerar tanto el poder colectivo como el distributivo contribuye, además, a no ver el poder como algo necesariamente “de suma cero”; la suma puede ser también positiva o negativa en más de un sentido. Por ejemplo, si el poder colectivo crece, aunque su distribución se haga más desigual, suele también crecer el apoyo a las élites dirigentes, aunque sean

reaccionarias. Si el poder colectivo decrece, suele hacerlo asimismo el apoyo a tales élites, aunque sean progresistas.

Dice también Bobbio (2009) que “podemos distinguir tres grandes clases en el ámbito del concepto amplísimo de poder [...]: el poder económico, el poder ideológico y el poder político” (p. 178). Esta visión tripartita es más usual que la de Mann, quien ha sido criticado por considerar además el poder militar, distinguiéndolo del poder político. Lo habitual es considerarlos en conjunto, aludiendo frecuentemente a la famosa caracterización que hace Weber del Estado a partir del monopolio de la violencia legítima. La importancia de entender las especificidades del poder militar –particularmente en América Latina, donde tanto se ha sufrido sus daños, los que pueden reaparecer en medio de la curiosa incompreensión de ciertas izquierdas– lleva a considerar más fecunda la visión cuatripartita. Pero este no es el lugar para ahondar en el asunto, sino para aprovechar ciertos elementos que ofrece Bobbio de modo tal de profundizar la conceptualización esbozada del poder.

El saber tiene estrecha relación con la expansión y la distribución del poder en general. En particular, el poder ideológico lo tiene como basamento:

El poder ideológico se basa en la posesión de ciertas formas de saber inaccesibles para la mayoría, de doctrinas, conocimientos, incluso sólo de información o de códigos de conducta, para ejercer una influencia en la conducta ajena e inducir el comportamiento del grupo para actuar de una forma en lugar de otra. De esta condición proviene la importancia social de quienes saben, sean éstos los sacerdotes de las sociedades tradicionales, sean los literatos, sean los científicos, los técnicos, los llamados intelectuales en las sociedades secularizadas. (Bobbio, 2009, p. 242)

Un saber vinculado con la explicación y previsión de las regularidades de la Naturaleza se incrementó notablemente a partir de la Revolución Científica del siglo XVII. Ideológicamente alimentó a la Ilustración. Esta promovió en particular una nueva actitud de valorar las prácticas productivas y de sistematizar el conocimiento de las técnicas. De esa manera, en especial influyó en la inmensa expansión del poder tecnológico que fue la Revolución Industrial iniciada en el siglo XVIII. La misma surgió en el contexto de los cambios económicos ligados al auge del capitalismo. La interacción entre tecnología y economía abrió el camino a una transformación social mayor, la emergencia del capitalismo industrial. Dos clases sociales cobraron protagonismo nuevo: la distribución del poder político se fue modificando en favor del empresariado industrial; el proletariado industrial lo desafió y se

convirtió en el primer actor de los muy conflictivos procesos. Tales procesos, de alguna forma, disminuyeron las asimetrías de poder, por ejemplo, mediante la limitación de la jornada de trabajo, la expansión del sufragio y los avances en los cometidos sociales del Estado. En la segunda mitad del siglo XIX, la riqueza creada por el capitalismo industrial financió la convergencia de la tecnología, hasta entonces de base primordialmente empírica, con el saber teóricamente fundado de la ciencia. Esta convergencia ha sido adecuadamente bautizada como el matrimonio de la ciencia y la tecnología. La innovación técnico-productiva ascendió a una velocidad superior; el empresariado, como su principal protagonista, multiplicó su gravitación.

Europa afirmó su poder colectivo que se incrementó de manera realmente exponencial, como se hace evidente considerando tres medidas de tal poder: la capacidad para movilizar grandes contingentes de gente, la capacidad para extraer energía de la naturaleza y la capacidad de la civilización occidental para explotar a las demás (Mann, 1993, pp. 12-13).

El imperialismo occidental, fuertemente basado desde el siglo XVI en el poder militar, multiplicó durante el siglo XIX mediante nuevas tecnologías su superioridad productiva y destructiva sobre el resto del planeta. A comienzos del siglo XX llega a su apogeo la primera globalización, a través de la cual el Oeste capitalista e industrial afirmó su dominio mundial. Cien años después las cosas han cambiado mucho. Pero las posiciones predominantes siguen en manos de quienes mejor manejan los principales medios del poder, o sea, “el dominio sobre otros hombres y el dominio sobre la naturaleza”, en frase ya citada de Bobbio. Hoy la combinación de conocimiento avanzado y gran capital, surgida en el Norte e impulsora de la segunda globalización, es la principal configuración del poder a escala del planeta entero. Cabe denominarla: sociedad capitalista del conocimiento.

MÁS ACÁ DE LA UTOPIA

El marco teórico tentativo que se ha presentado lleva a descartar toda realización de la utopía, entendida como plano o proyecto de una sociedad idealmente justa e igualitaria, en la cual se dispone de soluciones para todos los grandes problemas. Ese plano puede ser muy detallado o muy poco. Lo es bastante en la magnífica obra de la segunda década del siglo XVI con la cual Tomás Moro creó la palabra. Tan o más detallados eran los proyectos incluidos por Engels bajo el título “socialismo utópico”, algunos de cuyos autores pretendían que la perfección del plano convenciera a los poderosos de implementarlo. Apenas esbozados estaban en cambio los rasgos del futuro anticipado por el “socialismo científico” de Marx y Engels, justamente

porque en su visión la sociedad justa –el comunismo– no debiera ser una construcción de gabinete, sino el resultado mismo de la dinámica histórica. Aun así, tales rasgos resultaban poderosamente elocuentes: una asociación libre de productores iguales, en la cual no existe la propiedad privada ni las clases sociales, el gobierno de los hombres ha sido sustituido por la administración de las cosas y cada persona aporta al colectivo según sus capacidades, recibiendo de acuerdo a sus necesidades.

En cualquier caso, la utopía, como plano de la sociedad perfecta a construir, ha sido entendida como un punto de llegada efectivamente alcanzable –en la segunda mitad del siglo XX la Unión Soviética anunció que arribaría al comunismo bastante antes del año 2000– o, en versiones atenuadas, un punto inalcanzable pero orientador hacia el cual caminar, quizás acercándose a él “asintóticamente”. Ahora bien, semejante punto de llegada no existe. Lo que sabemos de la sociedad, que no es mucho y que siempre será más bien poco, no solo no asegura el arribo a una fase de la historia sin conflictos mayores y con relaciones transparentes entre los seres humanos, sino que, antes bien, asegura lo contrario.

Comentarios como los precedentes, con sólida base en la experiencia, debieran constituir una *vacuna contra las ilusiones fáciles* y sus manipulaciones por las (contra) élites, combinación letal que ha contribuido a las desventuras del socialismo durante los últimos cien años. Hay que afinar el balance del socialismo de Estado, tragedia del siglo XX, desgraciadamente prolongada en ese naufragio penoso de la izquierda latinoamericana que ha sido el “socialismo del siglo XXI” en Venezuela.

Volvamos a la consideración conjunta de tecnología y organización como grandes medios para construir poder. La sumaria evocación precedente de las teorías de Marx y Mann llevó a combinarlas –en lo que se denominó esquema interpretativo Marx-Mann– planteando que grandes cuotas de poder en la sociedad surgen de tres fenómenos: (i) la tecnología (productiva, destructiva, conectiva, etc.); (ii) la organización generada por las relaciones sociales de tipo económico, político, militar e ideológico; (iii) las interacciones e influencias recíprocas entre tecnología y relaciones sociales.

No es sencillo, pero tampoco necesario para lo que aquí nos ocupa, determinar si la tecnología o las relaciones sociales tienen primacía. Esa cuestión se emparenta con el debate marxista acerca de si el motor principal de la historia lo constituye el desarrollo de las fuerzas productivas o la lucha de clases. Si se adopta una visión determinista de la evolución de las fuerzas productivas, según la cual ese desarrollo sigue un camino necesario en el que nunca se abren alternativas

mayores, entonces las posibles inflexiones de la historia dependen de las relaciones sociales y quienes quieran cambiar el curso de las cosas han de concentrar sus esfuerzos en el poder organizacional. Por el contrario, al hacer énfasis, como aquí, en las influencias recíprocas entre tecnología y relaciones sociales se descarta que la evolución de la primera o de las últimas esté de alguna manera predeterminada. En especial, no se supone que haya una sola solución para cada problema tecnológico y que la misma esté determinada por factores puramente técnicos. A diferencia de ello, en general existen soluciones alternativas, cuya adopción o descarte dependen de elementos materiales y sociales entretreídos. Por consiguiente, la construcción de alternativas a las configuraciones de poder dominante requiere prestar atención tanto a las dimensiones organizacionales como a las dimensiones tecnológicas del poder. Hay que ocuparse prioritariamente de las relaciones sociales de tipo económico, político, militar e ideológico, pero también de las fuentes del cambio tecnológico, de su control y su orientación.

La afirmación precedente constituye una guía fundamental que el enfoque teórico ofrece para la elaboración del enfoque propositivo. Merece pues alguna consideración adicional. Mann destaca, como una explicación cardinal del dominio de los de arriba, particularmente en el campo de la producción, su superioridad organizativa. Casi por definición, quienes concentran el poder distributivo –los que dirigen y controlan– están organizados y frecuentemente “desbordan” organizativamente a los dirigidos y controlados. Logro histórico del movimiento sindical ha sido disminuir en mayor o menor medida esa diferencia de poder organizacional. Precisamente, el debilitamiento relativo de los sindicatos generado por la globalización productiva tiene no poco que ver con el hecho de que la expansión geográfica del ámbito productivo de una empresa dada, que llega a involucrar distintos países con diferentes culturas y variados marcos regulatorios, dificulta especialmente la organización de los trabajadores. Puede hacerse un cierto paralelo de lo dicho con la superioridad de poder tecnológico de quienes están en lugares de control y dirección: conocen mejor la tecnología y sus posibilidades; pueden controlar en grado no menor su generación y su uso, orientándolo en especial a debilitar la organización de los trabajadores –meta clásicamente subrayada por Marx de la introducción de nuevas máquinas–. Esa superioridad tecnológica se ha visto acrecentada con el pasaje del capitalismo de base industrial al capitalismo basado en la ciencia y la tecnología de punta. Las posibilidades que este último tiene para diversificar, flexibilizar e individualizar las modalidades de producción han erosionado grandemente el poder organizado de los grandes sindicatos de industria. En

suma, ellos han sido grandes perdedores en la globalización capitalista basada en el conocimiento avanzado.

La pista antes señalada, que el enfoque teórico brinda al enfoque propositivo, lleva a priorizar las formas de luchar por la igualdad que se basan en la expansión de las capacidades organizacionales y cognitivas de los sectores subordinados. La expansión de ambos tipos de capacidades tiende a ampliar la agencia de tales sectores y así no se agota en logros coyunturales, sino que construye los cimientos para seguir avanzando en el enfrentamiento a la desigualdad.

Ese avance, aún en el mejor de los casos, no puede tener fin. Ni siquiera en teoría puede existir un plano de la sociedad perfecta, desprovista de contradicciones. Esa es una ilusión “monista”, que supone la existencia de una, y una sola, solución integral para la problemática social en su conjunto. Cuando se consideran las diversas facetas de tal problemática y las inevitables contradicciones entre las maneras de afrontarlas, aquella ilusión se disipa. La pluralidad de contradicciones propias de las sociedades humanas puede ser temporariamente ocultada, no suprimida; las mejores soluciones para los desafíos que se van planteando y reformulando a lo largo del tiempo son parciales y también temporales. Por lo tanto, la utopía tampoco puede ser considerada como un punto inalcanzable, pero claramente marcado en el horizonte, que orienta a quienes caminan hacia él.

Más que utopías lo que hacen falta son fuentes de inspiración, que ayuden a pensar el mañana, pero también y sobre todo el hoy; que orienten la acción a nivel macro, meso y micro; que incluyan tanto aspectos descriptivos e interpretativos –qué pasa y qué puede pasar en la realidad– como aspectos prescriptivos –qué es lo bueno y qué es lo que hay que hacer. En este sentido, intentamos mostrar que si el socialismo ha perdido vigencia como utopía, la conserva como inspiración.

Capítulo III

SOBRE HECHOS Y PROCESOS, UNA MIRADA A VUELO DE PÁJARO A LA EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA DEL CONOCIMIENTO

El socialismo cobró fuerza durante el siglo XIX como un haz de proyectos que compartían el propósito de sustituir al capitalismo. Durante el siglo XX uno de esos proyectos –que cabe denominar socialismo de Estado– planteó un desafío mayúsculo al capitalismo e incluso hizo pensar a muchos que lo derrocaría. Antes de que ese siglo concluyera, el socialismo de Estado había casi desaparecido del mapa y el capitalismo dominaba el mundo sin oposición a la vista. Esto es un hecho. Sin asumirlo y sin intentar comprender algo del proceso que lo gestó, parece hartamente difícil que se pueda revitalizar perspectivas socialistas.

El socialismo clásico tuvo como gran cimiento ideológico el análisis marxista del por entonces emergente capitalismo industrial y de las posibilidades que abría a la acción obrera organizada. Sin un análisis de comparable envergadura de la transformación del capitalismo y de la implosión del socialismo de Estado, es más que probable que esta última sea considerada –fuera de pequeños ámbitos irreductibles pero congelados– como el desvanecimiento a secas de toda propuesta socialista. No debiera ser así. Lo que ha fracasado es un proyecto que, en sus propios términos, cabría bautizar como socialismo dictatorial: el marxismo leninismo apostó, como herramienta mayor para la transformación de la sociedad, a la dictadura del proletariado ejercida por su partido, ungido por la historia para la tarea. Bizantinismos a un lado, la ejerció en múltiples casos de manera indudablemente

dictatorial y, desde el punto de vista de su propia meta –la construcción de una sociedad distinta y superior al capitalismo–, fracasó claramente. No se deduce de ello que la inspiración socialista haya perdido toda vigencia. Pero parece difícil calibrarla sin analizar la emergencia y expansión de la sociedad capitalista del conocimiento sobre las ruinas del socialismo dictatorial.

Aquí se consignarán algunos elementos que podrían colaborar a tal tarea, ensayando –de manera esquemática y sin pretensiones de completitud o profundidad– una sumaria descripción narrativa de ciertos procesos que se consideran fundamentales para intentar comprender nuestra época.

INDUSTRIALIZACIÓN CAPITALISTA Y DOMINIO MUNDIAL DE OCCIDENTE

Cabe tomar como punto de partida el afianzamiento del capitalismo de base industrial en Europa del noroeste durante la primera parte del siglo XIX. Ese capitalismo fue modelado por las interacciones entre dos procesos que, aunque entretreídos, pueden ser distinguidos a los efectos del análisis. Por un lado, la revolucionaria expansión en las capacidades de comprender y manipular la naturaleza, la cual tuvo lugar sobre todo en Occidente y constituyó uno de los grandes cimientos de su poder sobre el resto del mundo. Por otro lado, el largo proceso de aparición y ampliación de relaciones de tipo capitalista en el seno de las sociedades europeas de “antiguo régimen”. Este dio lugar a la primacía del capitalismo comercial durante el siglo XVIII, particularmente en Gran Bretaña donde, al mismo tiempo y de manera interconectada, tenía lugar la Revolución Industrial. Pocas décadas después, ese país había evidenciado ser la cuna del capitalismo industrial. Según Marx, les mostraba a los otros países lo que sería su futuro. En cualquier caso, la máquina de vapor anunciaba una nueva era.

La industrialización capitalista, y particularmente la superioridad tecnológica, multiplicaron el poder colectivo del Oeste y su gravitación mundial. Su expansión, ya notable desde comienzos del siglo XVI, aprovechó una larga tradición militarista. La superioridad en lo organizacional y en las tecnologías destructivas le permitió conquistar América, establecerse en las costas de África y ganar cada vez más poder en la India, Indonesia, Filipinas y otras tierras. Pero su influencia se vio contrarrestada en sociedades de antigua civilización y notable organización, como la China de la dinastía Ming o el Japón del shogunato Tokugawa. Las cosas cambiaron con la industrialización, que significó un gran salto en el poder de las tecnologías productivas y destructivas. Barcos metálicos movidos a vapor aplastaron a la flota china en las Guerras del Opio hacia 1840 e impusieron la apertura de

Japón en la década de 1850. Por su parte, la tecnología sanitaria llegó a ser capaz de afrontar las enfermedades que hasta entonces habían mantenido a los europeos más bien fuera del interior de África. En el llamado congreso de Berlín de 1884-1885, convocado por Bismarck, el continente fue repartido entre las potencias industriales europeas (Diogo y Van Laak, 2016, p. 51).

Con la expansión rápida de las fuerzas productivas y la transformación asociada de las relaciones de producción, reflejadas en la emergencia de la fábrica moderna, ascendieron al primer plano dos clases llamadas a hacer historia: el empresariado industrial y el proletariado industrial. El primero sería el mayor protagonista del cambio técnico; el segundo, del cuestionamiento al orden existente y del impulso al socialismo. El proletariado se convirtió en movimiento obrero construyendo un notable poder organizacional de raíces económicas, ideológicas y políticas. Los sindicatos se afianzaron en la lucha, a nivel de fábrica, por sus reivindicaciones económicas y de mejora de las condiciones de trabajo. Impulsaron una cierta democratización fabril, ideológicamente orientada y promovida por concepciones socialistas, anarquistas, sindicalistas, entre las cuales tendió a primar la vertiente marxista, con su interpretación global de la historia y del papel central de la clase obrera. Las luchas a nivel de empresa se ampliaron al campo de la política, en el cual reivindicaron en especial la limitación legal de la jornada de trabajo y respaldaron la creación de partidos obreros, así como de la II Internacional (fundada al cumplirse cien años de la Revolución francesa). Sindicatos y partidos obreros confluyeron con otros sectores en las movilizaciones por el sufragio universal masculino, jalón mayor de la democratización política durante el siglo XIX y comienzos del XX.

Hacia 1900 Occidente domina en mayor o menor medida a casi todo el resto del mundo. Su potencial militar desborda al de los demás. Sus imperios coloniales han establecido una amplísima dominación política directa, que se complementa con la más bien informal que ejerce Occidente en otros ámbitos, particularmente en Latinoamérica. En 1914, si deja de lado la Antártida y las tierras del Ártico, más de las cuatro quintas partes de la superficie terrestre estaban bajo banderas europeas o de países colonizados por Europa y, del resto, solo Japón, Etiopía y Siam tenían autonomía real (Roberts, 2002, p. 822).

El racismo es una ideología común de esos imperios. Tal ideología afirma la superioridad de la raza blanca europea, preferentemente aria, y la “carga del hombre blanco”, que, según Rudyard Kipling, implica la responsabilidad de conducir a las otras razas hacia la civilización.

A nivel económico, comparando las producciones manufactureras del Oeste y las del resto del mundo en 1800 y en 1900, resulta impactante cuánto se ha expandido la primera mientras la segunda, más bien, retrocedía. Esa superioridad refleja lo que ha sido denominado como el “matrimonio de la ciencia y la tecnología” de la segunda mitad del siglo XIX, que viene a ser la conversión de la ciencia en fuerza productiva (y destructiva) directa. Culmina así un proceso secular cuyos grandes jalones previos fueron la Revolución Científica y la Revolución Industrial. A esa altura, aprovechando mejor la ciencia, Alemania y Estados Unidos superan en lo productivo a Gran Bretaña. Ese “matrimonio” constituye la base tecnológica del poder de Occidente, que forja el sistema mundial “centro-periferia” y da lugar a la primera globalización. Por entonces, la desigualdad interna en los países centrales ha llegado a ser muy grande, pero mucho mayores son las disparidades en las condiciones de vida entre centros y periferias.

REVOLUCIONES Y REACCIONES CONTRA EL CAPITALISMO IMPERIAL

La primera globalización se caracterizó por el más rápido crecimiento económico que el mundo hubiera conocido hasta entonces, entre 2 y 2,5 % anual de 1870 a 1913 (McNeill y McNeill, 2003, p. 262). Ella naufragó en la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Territorialmente, Gran Bretaña y Francia fueron los grandes ganadores de la contienda, tras la cual expandieron significativamente sus posesiones imperiales, a las que seguían viendo como cimiento de su futura prosperidad (Kershaw, 2015). Pero su poder real ya estaba muy debilitado. La guerra inauguró la gran crisis de Occidente. Dicha crisis, con un impacto necesariamente mundial, que se extendió por tres largas décadas, puso en duda la supervivencia del capitalismo durante la Gran Depresión de los años treinta y llegó a su paroxismo con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En 1950 el planeta humano era muy distinto del de 1900. Lo que aconteció durante ese período puede ser visto, desde un enfoque seguramente parcial pero sugerente, como una serie encadenada de reacciones internas y externas contra las cúpulas dominantes del capitalismo imperial de Occidente. Algunas se evocan a continuación.

A comienzos del siglo XX cobraron vigor las revoluciones antimperialistas del mundo periférico, que cuestionaban tanto la estructura del poder interno, favorable a la dominación central, como la dependencia externa. Así lo hicieron tempranamente la Revolución mexicana de 1910, adelantada de la lucha antioligárquica en América Latina, y la Revolución china de 1911, que derribó a un imperio milenarista

pero ya incapaz de resistir al Occidente. Estas reacciones contra el dominio del Oeste imperial, variadas y heterogéneas, signarían el acontecer mundial durante varias décadas. Después de la Segunda Guerra Mundial, acabarían con la dominación política colonial y marcarían el perfil de lo que se conocería como el “tercer mundo”.

En las postrimerías de la Primera Guerra Mundial se expandieron las reacciones de los pueblos europeos contra los gobiernos que los habían llevado a la masacre. Revoluciones que llegaron a ser encabezadas por las izquierdas derribaron a los imperios alemán, austro-húngaro y ruso, los más debilitados por la sangría bélica. Ellas tuvieron su apogeo en la Revolución soviética de 1917. El Partido Bolchevique, con su arraigo en una minoría significativa de la pequeña, pero muy concentrada, clase obrera rusa, fue un factor decisivo en el desenlace, que podría, por ejemplo, haber sido la implantación de una dictadura derechista (Harman, 2008, p. 418).

Para muchos, tales alzamientos anunciaban el inicio de la transformación socialista en el mundo capitalista. Pero las revoluciones europeas fueron netamente derrotadas al oeste de Rusia. Ya no volverían a tener mayor vigencia en el capitalismo industrial de Occidente. Por el contrario, la contrarrevolución apoyada por una masiva intervención extranjera fue derrotada en el inmenso territorio del viejo imperio zarista. Allí se conformó un nuevo Estado, la Unión Soviética, que llegó a controlar una nueva Internacional y a forjar un sistema social diferente que constituiría la mayor amenaza para el sistema capitalista en toda su historia.

La contrarrevolución fascista fue muy exitosa en Alemania, Italia y otros países de Europa. Constituyó una reacción nacionalista de derechas con base popular e inmenso poder organizacional de raíz ideológica y política. Fue dirigida contra las izquierdas que en esa amplia región parecían capaces de asaltar el poder. Fue dirigida también contra los imperios occidentales que, ubicados en el bando vencedor en la Primera Guerra Mundial, pudieron afianzar su predominio europeo y mundial. El final de esa conflagración dejó sembrada la siguiente. El Tratado de Versalles de 1919, que pretendió establecer un orden de posguerra, fue calificado en su momento por el mariscal francés Foch no como una paz, sino como un armisticio para veinte años (Kershaw, 2015). En 1939 se inició la Segunda Guerra Mundial.

El fascismo europeo llegó a aliarse con el militarismo japonés, dotado de gran poder por otra exitosa y muy temprana reacción contra el Oeste imperial. Poco después que este le impusiera con amenazas militares la apertura económica al Japón, la llamada restauración Meiji de 1868 inició una transformación integral del país. Tal transformación puede caracterizarse muy sintéticamente por el propósito

de emular el poderío económico y militar occidental, en especial construyendo una base tecnológica moderna, para mantener su independencia política e ideológica. El ascenso japonés se hizo evidente ya al derrotar a China en 1895, lograr la revocación de los “tratados desiguales” con el Oeste en 1898 y derrotar a Rusia en 1905 (Diogo y Van Laak, 2016, pp. 195, 199). Ese proyecto pareció hundirse con la derrota japonesa de 1945, pero ha reaparecido bajo formas renovadas en el marco del ascendente poder del Asia Oriental que está trastocando al mundo de hoy.

La conformación del Eje Alemania-Italia-Japón desencadenó la Segunda Guerra Mundial, contra la hegemonía de los imperios occidentales y contra el comunismo, apuntando a imponer un imperialismo de reemplazo, al menos tan brutal en lo externo como los precedentes y mucho más en lo interno. Sus enemigos, el Oeste atlántico y la Unión Soviética, llegaron a aliarse pese a sus opuestos intereses por una cuestión de supervivencia. Quizás en última instancia su superioridad demográfica y productiva de conjunto fue lo que otorgó la victoria a los aliados.

Si la contienda de 1914 dejó en ciernes la Segunda Guerra Mundial, esta dio lugar a la Guerra Fría. En la segunda postguerra los imperios británico y francés, que cubrían gran parte del mapa del mundo hacia 1930, se desvanecieron con relativa rapidez. Emergió un mundo bipolar signado por el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La aparición de la bomba atómica, el más impresionante fruto del matrimonio de la ciencia y la tecnología, dio lugar al mundo MAD (Mutually Assured Destruction), en el que cada uno de los grandes contendientes podía desencadenar la mutua destrucción. MAD implantó un equilibrio del terror que evitó una Tercera Guerra Mundial abierta. La Guerra Fría fue desdichadamente muy caliente para muchos pueblos, ya desde el comienzo. “La guerra de Corea y sus consecuencias fueron probablemente el mayor desastre de la Guerra Fría” (Westad, 2018, p. 175) Pero no se llegó al enfrentamiento directo entre los dos únicos imperios remanentes.

A lo largo de las grandes confrontaciones mundiales, el cuestionamiento al capitalismo fue variando su eje. De la derrota de la revolución en Alemania después de la Primera Guerra a la victoria de la revolución en China (que culminó en 1949 ya en plena Guerra Fría), la perspectiva marxista de la transformación socialista experimentó un giro copernicano. El centro de gravedad se fue desplazando del accionar obrero en el capitalismo industrial de mayor nivel tecnológico a la insurgencia campesina, nacionalista y anticolonial, en las periferias agrarias. Ese desplazamiento ya se evidenció en alguna medida durante el curso de la Revolución bolchevique, pero adquirió

máxima fuerza en la trayectoria del comunismo chino, en el cual el ascenso del maoísmo suele ligarse a la sustitución de las insurrecciones obreras en las ciudades por la guerra prolongada en el mundo rural. La revolución, a diferencia de lo previsto por Marx, no triunfaría en los países productivamente más adelantados, sino en otros bastante o muy atrasados en ese sentido. Pero, como sí lo previó Marx al considerar tal eventualidad, el socialismo en el atraso sería incapaz de crear una sociedad en todo sentido mejor al capitalismo. En particular, el protagonismo en la expansión del poder tecnológico seguiría radicado en los países capitalistas centrales. Así, al concluir lo que Hobsbawm (1995) denominó la era de las catástrofes, que se sucedieron de 1914 a 1945, se había llegado a una suerte de empate. Por un lado, el capitalismo había sobrevivido a revoluciones y depresiones para ostentar –en Estados Unidos, su nuevo país líder– un poder sin parangón en la historia. Por otro lado, el socialismo revolucionario había sobrevivido a su derrota en los países centrales, convirtiéndose bajo la forma de socialismo de Estado en el régimen dominante de un bloque geográfico enorme –que se extendía desde el medio de Europa hasta el Pacífico y desde el Océano Ártico hasta el medio de Asia–, desde el cual apuntaba a aliarse con el conjunto de las reacciones periféricas contra el dominio del capitalismo occidental.

LA ERA DE LOS TRES MUNDOS

En la década de 1950 hizo fortuna una denominación que evocaba la de los Tres Órdenes que constituían la sociedad en la Francia del Antiguo Régimen. Ahora se hablaba de un “primer mundo” capitalista e industrial, un “segundo mundo” socialista y un “tercer mundo” que incluía a todo el resto. Con trazo grueso, la clasificación permite comprender bastante de la estructura de poder de la época y de su evolución hasta la década de 1980. Reflejaba ciertas consecuencias mayores de la industrialización capitalista en ese rincón del globo denominado el Oeste, su expansión imperial hasta llegar a dominar casi todo el planeta, la oposición generalizada al orden mundial capitalista, la ruptura revolucionaria con ese orden en los territorios del socialismo de Estado y la primacía duradera del capitalismo industrial en lo técnico-productivo.

En la reacción del tercer mundo contra el primer mundo, la cuestión racial desempeñó un papel central. “El colonialismo era sobre todo un proyecto racista, y la falta de apoyo de Estados Unidos a una descolonización total venía a recordarles a muchos dirigentes del Tercer Mundo la opresión racial que sufrían los afroamericanos en Estados Unidos” (Westad, 2018, p. 294).

El abigarrado y enormemente heterogéneo tercer mundo encontraba cierta unidad en que no era la industria lo característico de sus estructuras productivas, en que se encontraba en una situación periférica de subordinación a los centros de la economía mundial y, también, en que casi todos sus territorios eran todavía (o habían sido hacía más o menos tiempo) colonias occidentales. Si el segundo mundo se definía por criterios políticos o ideológicos, China pertenecía a él; pero no ocurría lo mismo si a este se lo consideraba como la región del mundo que se había industrializado por vía no capitalista, sorprendente y rápida transformación acontecida en la URSS que le permitió resistir al nazismo y luego desafiar al orden mundial, con centro en Estados Unidos, que se conformó en la segunda posguerra. La cuestión no era menor: tenía que ver en especial con pronósticos y con estrategias mayores. Hacer hincapié en lo técnico productivo llevaba a ver a la oposición entre naciones industriales y naciones agrarias como la principal divisoria de la época, y hasta a prever una convergencia sistémica entre primer y segundo mundo, propulsada por dinámicas eventualmente similares de las sociedades de base industrial. Alternativamente, concebir al segundo mundo como la opción socialista realmente existente al dominio capitalista sugería una estrategia para enfrentar a este último, a partir de la confluencia reivindicada por la URSS de los movimientos obreros del capitalismo avanzado, los países socialistas y los gobiernos o movimientos de liberación nacional del tercer mundo.

Una estrategia específica, propiamente tercermundista, fue impulsada desde Asia, África y más tarde también América Latina. La elevó al primer plano de la atención mundial la conferencia afro-asiática de Bandung, Indonesia, que en 1955 reunió a los gobiernos de veintinueve países, China incluida, “que representaban en conjunto cerca de dos tercios de la población mundial” (Fontana, 2011, 147). El proceso, como observa Fontana:

iba a culminar en el movimiento de los países no alineados, que celebró su primera conferencia en Belgrado en 1960, y que inspiraría también la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), creada en Bagdad en setiembre de 1960 como respuesta al intento de las grandes petroleras, las “siete hermanas”, de reducir unilateralmente el precio del crudo, a costa de los países productores. (Fontana, 2011, pp. 147-148)

Hacia donde fuera el tercer mundo podría decidir quién triunfaría en la Guerra Fría. La cuestión de cómo afrontar su atraso devino pues políticamente central. Un muy amplio consenso apuntaba a la industrialización como vía maestra para el desarrollo, lo que parecía la

lección obvia de la historia contemporánea. Se aceptaba que el Estado debía tener un papel significativo. Pero un primer disenso, destinado a perdurar, versaba acerca de si ese papel tenía que ser dominante –y en qué medida– o si tal posición le correspondía al mercado. También suscitaba amplias coincidencias la noción de que el desarrollo debía verse como un camino o ascenso hacia un lugar conocido. Pero, por supuesto, el disenso reaparecía con extremo vigor cuando se discutía acerca de si el lugar de llegada lo prefiguraba el primer mundo o el segundo mundo, las economías ricas de mercado o las economías socialistas de Estado. La primera opción, predominante por lo general en la academia, consideraba que tales economías eran características de lo que se convenía en llamar “países desarrollados”, a cuyo nivel se llegaría por un proceso identificado en gran medida con el crecimiento económico, que permitiría superar el atraso.

Un debate muy vinculado a los mencionados tenía que ver con las posibilidades del desarrollo dentro del sistema centro-periferia, que englobaba a la mayor parte del tercer mundo. Una posición neta, reivindicada en especial por ciertos intelectuales marxistas del mundo periférico, sostenía que este último debía desvincularse (*delink*) de los centros, pues dentro del sistema no había perspectivas de avance real. El pensamiento latinoamericano clásico acerca del desarrollo presentó una gama de posturas más matizadas. Al menos en su formulación originaria desde la CEPAL (Comisión Económica para América Latina de la ONU) en Chile, aceptaba el objetivo de alcanzar a los países desarrollados, pero argumentaba que el peso y la especificidad de la condición periférica eran tales que el desarrollo no se lograría solo mediante el crecimiento, sino que exigiría estrategias heterodoxas en las cuales el Estado debía promover, además de la industrialización, un proceso de cambio estructural. A medida que en ese pensamiento latinoamericano fue tomando cuerpo la teoría de la dependencia, las vías y las metas del desarrollo fueron presentándose de manera más radical y próxima a la revolución y el socialismo.

Pero en las concepciones principales acerca del desarrollo, muy diversas como lo destaca la brevísima evocación precedente, las especificidades de los procesos sociales de cambio técnico-productivo recibieron poca atención. Parecía aceptarse, al menos implícitamente, la noción de que la construcción de una base económica industrial garantizaría de por sí el dinamismo innovador. Esa ilusión “economicista” parece simétrica de la ilusión “cientificista” –contemporánea pero mucho menos influyente– según la cual la innovación y el desarrollo en general quedan asegurados por la construcción de una base científica. Ninguna de las dos tenía ni tiene mayor soporte fáctico. Por supuesto, hubo elaboraciones conceptuales mucho más ricas acerca

de las relaciones entre ciencia, tecnología y desarrollo –como la impulsada desde América Latina por Jorge Sabato–, pero su incidencia fue realmente escasa. Los procesos orientados por algunas de las concepciones aludidas tuvieron resultados dispares, alcanzando en ciertos casos niveles apreciables de industrialización. Pero en ningún caso lograron escapar a la subordinación típica de la condición periférica.

La emergencia del tercer mundo tuvo lugar en el contexto de ese fenómeno mayor de la segunda posguerra que fue la descolonización. En pocas décadas los viejos imperios europeos, construidos a lo largo de siglos, prácticamente se desvanecieron del mapa mundial que habían teñido con sus colores en inmensas zonas. Las influencias que mantuvieron las viejas metrópolis en los países recién independizados fue variada, pero en conjunto grande, pues la superioridad técnico-productiva y económica garantizó la vigencia del neocolonialismo, a menudo afianzado por vía militar. Sin desmedro de ello, las esperanzas suscitadas por la descolonización fueron inmensas, y por lo general poco corroboradas por el acontecer posterior, particularmente en África. En cualquier caso, el proceso alimentó la confianza en el tercermundismo como desafío a las estructuras globales de poder a partir de las revoluciones en el mundo del atraso, incluso con protagonismo de los que Franz Fanon (1961/2018) llamó “los condenados de la tierra”.

En ciertos casos, América Latina en especial, el tercermundismo devino tercerismo: “Ni Washington ni Moscú. Tercera Posición”. Expresaba el rechazo tanto al imperialismo yanqui como al stalinismo; lo ejemplificó en 1956 la condena simultánea de las invasiones a Egipto y a Hungría. El tercerismo latinoamericano perdió toda gravitación con la Revolución cubana, proceso capital de la historia contemporánea de la región y con notable influencia, pese a la pequeñez de la isla, en buena parte del tercer mundo. En 1954 el proceso transformador progresista, pacífico y democrático de Guatemala fue frustrado por una invasión pergeñada por Estados Unidos; se iniciaría en ese sufrido país una tragedia que realmente aún no ha terminado. En 1961 una invasión similar a Cuba fue derrotada por el gobierno revolucionario, ya para entonces sólidamente aliado con la Unión Soviética. La lección parecía clara. La puso de manifiesto la Conferencia Tricontinental de La Habana en 1966: se apuntaba a la confluencia de los movimientos de liberación nacional del tercer mundo para derrotar al imperialismo norteamericano. Lo expresó memorablemente el mensaje del Che a la conferencia: “crear dos, tres, muchos Vietnam”.

Ya por entonces el proceso vietnamita ejemplificaba notablemente el desplazamiento del marxismo leninismo desde la insurgencia

obrero en los centros a los movimientos de liberación nacional en las periferias. Contaba con relevante apoyo material soviético y chino. Sin desmedro de ello, su capacidad política e ideológica para afrontar militarmente a la inmensa superioridad tecnológica y económica de Estados Unidos fue simplemente extraordinaria. Su resistencia a la violencia tan sofisticada como bárbara conmovió al mundo, movilizó solidariamente a muchos y probablemente ganó la guerra en el estado de ánimo de la población adversaria. Una lucha casi ininterrumpida –iniciada en 1947 contra el Imperio francés al que derrotó en 1954 haciendo famoso el nombre de la batalla de Dien Bien Phu, y proseguida luego contra Estados Unidos– hizo de la victoria vietnamita de 1975 el punto más alto de la revolución en el tercer mundo. Cuando la caída de Saigón en abril de ese año, se llegó a creer que Estados Unidos había pasado de la omnipotencia a la impotencia (Westad, 2018, p. 499). Pero otras dinámicas estaban también en juego.

Lo que aconteció en Indochina tras su liberación del imperialismo yanqui confirmó que la conversión de las victorias marxista-leninistas en socialismo dictatorial no era una aberración del stalinismo –propia quizás de la falta de experiencia previa–, sino más bien la regla. Una regla que se manifestaría con mayores o menores cuotas de autoritarismo, pero que podía incluir catástrofes humanitarias como el “Gran salto adelante” maoísta o el genocidio en Camboya.

En general, los regímenes surgidos de la descolonización –al menos cuando esta tuvo lugar a partir de guerras– no se mostraron muy propicios para la democracia política y el respeto a las libertades públicas. Su desempeño gubernamental fue muy a menudo poco eficiente. Lo fáctico –las condiciones en que debieron desempeñarse y las historias previas–, así como lo teórico –el enfoque centrado en el poder esbozado antes, ayudan a comprender tales evoluciones.

Particularmente gravitante y extendido fue el hecho de que los países del tercer mundo –sin desmedro de inmensas diferencias políticas e ideológicas– apenas si lograron superar la condición periférica que los ubicaba como proveedores de materias primas en el sistema mundial dominado por los países capitalistas productores de bienes industriales. En la década de 1970, gran parte de aquellos países, a partir del alza de los precios primarios que en el caso del petróleo se multiplicó por cuatro, intentaron aprovechar su redoblado poder de negociación para imponer la aceptación de un “Nuevo Orden Económico Internacional” que estabilizara los precios primarios, garantizara la transferencia de tecnología de los centros a las periferias, e incluso estableciera ciertos “códigos de conducta” para las empresas transnacionales. Con la oposición frontal de Estados Unidos, el “Nuevo Orden Económico Internacional” fue aprobado por la Asamblea General de

las Naciones Unidas en 1974 (Westad, 2018, p. 413). Poco tiempo después tal reivindicación había perdido casi toda su fuerza. Entre las causas que explican esa evolución no debiera olvidarse la aceleración contemporánea del cambio técnico que disminuyó sensiblemente la importancia relativa de las materias primas y, por ende, el poder negociador de los países de economía primario-exportadora.

LA IMPLOSIÓN DEL SOCIALISMO DE ESTADO

Hacia fines de la década de 1970 el socialismo de Estado, tras su victoria en Indochina, llegaba a su apogeo en cuanto a la extensión territorial del sistema y, también, en el temor que suscitaba en las élites capitalistas. Pero, como bloque, hacía tiempo que se había resquebrajado, de lo cual ejemplo mayor fue la crisis en el relacionamiento sino-soviético. El resquebrajamiento llegó al enfrentamiento militar abierto con la invasión de Vietnam a Camboya y la breve guerra entre China y Vietnam. Para entonces también había quedado atrás el apogeo económico de la URSS, la metrópoli antaño más o menos incuestionada del sistema.

La industrialización de la Unión Soviética, impulsada a tambor batiente desde fines de la década de 1920 con los sucesivos Planes Quinquenales y entrelazada con la colectivización de la agricultura, fue un proceso impresionante y trágico. Muchísima gente sufrió muchísimo, el campesinado en máxima medida. La agricultura soviética nunca se recuperaría de semejante trauma; se le impusieron unas relaciones de producción asfixiantes que bloquearon la expansión de las fuerzas productivas en el agro. Paralelamente, una nación esencialmente agraria se transformó en una potencia industrial. En la construcción desde el atraso de una base industrial moderna, la planificación centralizada se reveló eficiente, como en el manejo del esfuerzo bélico. Probablemente, el mayor éxito técnico-productivo soviético radicó en la edificación de un complejo militar-industrial que le permitió resistir al nazismo y aterrorizó a Occidente con sus éxitos espaciales desde el lanzamiento del primer satélite artificial en 1957. Un complejo que, quizás, muestra su duradera vigencia en el armamento que ostenta la Rusia de Putin.

Pero las cosas son bastante distintas cuando se trata de avanzar más allá de lo específicamente militar, sobre todo cuando se han superado las etapas menos complicadas de la industrialización, cuando la réplica de procedimientos conocidos va siendo cada vez menos suficiente y cada vez más necesaria la innovación. Y ello aún más si esta última ha ingresado en una etapa de notable aceleración en las potencias adversarias, como sucedió particularmente en Estados Unidos desde los setenta. El predominio de lo militar, visto como imprescindible para

la supervivencia del régimen soviético, garantizó el poderío en ese terreno, pero desangró a la producción civil. Una ideología única, impuesta desde el vértice, bastante basta y con pretensiones por momentos delirantes de establecer cuál es la buena ciencia no fomentaba su combinación con la tecnología. Esta combinación exige –como lo pone de manifiesto la concepción evolucionista del cambio técnico– la apertura amplia de posibilidades a la experimentación que multipliquen las mutaciones o innovaciones de modo tal que se amplíe la gama de posibilidades entre las cuales las dinámicas productivas y sociales harán una selección. La multiplicación de posibilidades y la atención a diversas necesidades no es lo que fomenta una estructura de poder político que recompensa sobre todo la obediencia y bloquea la expresión de reivindicaciones o alternativas. La expansión cualitativa y cuantitativa de la producción no es lo que fomenta una estructura de poder económico que no deja lugar casi a la expresión de demandas en el mercado y pretende planificarlo casi todo desde el centro.

Las relaciones económicas, militares, políticas e ideológicas características de la URSS favorecieron inicialmente la construcción de una base tecnológica industrial y su duradera expansión en el terreno de las fuerzas destructivas, pero tendieron a bloquear al conjunto de las fuerzas productivas, en la medida en que estas se iban haciendo más sofisticadas y su expansión requería cuotas mayores de innovación. Sin desmedro de sus carencias varias y de la restricción de las libertades, los regímenes comunistas de Europa Oriental mejoraron considerablemente la situación de la gran mayoría de la población respecto a la de antes de la Segunda Guerra Mundial, particularmente en lo referido a la desigualdad profunda y la extrema pobreza (Kershaw, 2018). Pero las relaciones sociales constriñeron cada vez más a la innovación tecnológica: el estancamiento relativo al Oeste fue la consecuencia. En la década de 1980 el liderazgo soviético ya no pudo seguir ocultándose a sí mismo que ello caracterizaba a su país y a sus satélites, donde las poblaciones aspiraban a niveles de consumo al alza y comparables a los que cada vez más sabían que eran accesibles del otro lado del “telón de acero”. Ensayaron entonces una reestructura con transparencia –*perestroika* más *glasnost*–, que vino a ser como si un centro que hasta el momento ha dirigido casi todo mostrara que no va a ser capaz de dirigir casi nada. Primó un sálvese quien pueda. Quienes mejor se salvaron fueron las burocracias económicas que dirigían industrias, las cuales se transformaron en cleptocracias propietarias de esas mismas industrias, y las burocracias políticas, que pasaron del comunismo al nacionalismo para seguir dirigiendo de manera no menos opresiva antiguas zonas de la URSS convertidas en estados independientes.

En Europa Oriental, dos siglos después de la toma de la Bastilla, grandes revoluciones, por lo general pacíficas, barrieron con el autoritarismo. El sistema soviético implosionó. El derrumbe ideológico abrió camino al neoliberalismo, la ideología polarmente opuesta a la hasta entonces dominante y a la cual se atribuía el éxito capitalista. El predominio irrestricto del mercado abrió el camino hacia una verdadera catástrofe. Tuvo lugar “el asalto del siglo [...] la privatización de la industria rusa y de sus recursos naturales” (Westad, 2018, p. 640). La transición al capitalismo en Rusia generó en unos pocos años una sociedad criminalizada (Kershaw, 2018). La miseria se multiplicó y la desigualdad se disparó.

Si el derrumbe del socialismo de Estado en la URSS ha tenido un inmenso impacto, su conversión al capitalismo con preservación del poder político del Partido Comunista en China no lo tuvo menos. Pocos años después de la victoria revolucionaria, el gobierno chino ensayó con el denominado Gran Salto Adelante una industrialización acelerada, de muy bajo nivel tecnológico y grandes ineficiencias, dañando al conjunto de la economía y provocando una catastrófica baja en la producción de alimentos y la muerte de millones de personas por hambre (Harman, 2008, pp. 573-574). El desastre llevó a “la gran hambruna de los ‘tres años amargos’ de 1959-1962, la mayor y más amplia de la historia de China” (Fontana, 2011, p. 413). Los sufrimientos y el número de víctimas volvieron a ser muy grandes durante el caos y la violencia de la llamada Revolución Cultural de la década de 1960. El liderazgo comunista chino que sobrevivió a Mao parece haber tenido claro que las bases económicas de su poder político y militar eran frágiles: las relaciones de producción de tipo estatista absolutamente dominantes no favorecían la expansión de las fuerzas productivas.

A fines de la década de 1970, se iniciaba la descolectivización de la agricultura que, en ese inmenso país agrario, multiplicaba la producción y prefiguraba una transformación mayor. La mucho mayor disponibilidad de alimentos sustentó la expansión de industrias livianas produciendo tanto para el mercado interno como para el mercado mundial. Tuvo lugar un crecimiento rápido e “increíblemente despaño” (Harman, 2008, p. 596).

De manera tentativa, experimental, conflictiva, con idas y venidas, se fueron abriendo vías a la inversión extranjera y a nuevas formas de propiedad, como las empresas de gobiernos locales. Para el capital transnacional, la enorme mano de obra china –con niveles de educación y salud altos para el tercer mundo, dispuesta a trabajar por salarios muy bajos y fuertemente regimentada por un gobierno que proscribía la actividad sindical independiente– era una oportunidad extraordinaria. En lo que el gobierno no experimentó en absoluto fue

en materia de apertura política. La masacre de Tian An Men, en junio de 1989, mostró hasta dónde estaba dispuesto a ir para no perder el control. El orden político, que se resquebrajaba en la URSS, se afirmaba en China. La inversión extranjera recibía seguridades. Con el auge de la globalización en la década de 1990, la sorprendente alianza entre el gobierno comunista chino y el capital transnacional pondría en marcha el proceso industrializador de mayor dimensión en toda la historia. La economía creció al 9,7 % anual entre 1978 y 2005. En paralelo, se registró “el aumento de las desigualdades sociales y el enriquecimiento de un sector de la burocracia que se benefició de las ventas de las empresas estatales” (Fontana, 2011, p. 893). Pero, al mismo tiempo, ese “crecimiento ha permitido eliminar la pobreza rural en una escala nunca conocida con anterioridad en ningún otro lugar” (ibíd., p. 893).

El ciclo de las revoluciones marxista-leninistas, de Petrogrado en 1917 a Saigón en 1975, constituyó un proceso extraordinariamente original y propio del siglo XX. Marcó el cenit del poder alcanzado en nombre (de uno de los proyectos) del socialismo forjado durante el siglo XIX. Si una revolución es –en la sucinta formulación de Jacques Barzun (2000)– una transformación violenta de la propiedad y del poder político en nombre de una idea, nunca hubo ejemplo más perfecto de revolución que las que conformaron este ciclo. Ni más gravitante. Constituyó por lejos el mayor desafío al capitalismo en toda su historia. Forjó un extraordinario poder político y militar. Pero fracasó sin remedio, primero en términos éticos y luego en términos fácticos. Suscitó inmensas esperanzas en el advenimiento de sociedades justas, las aplastó bajo un orden despótico, provocó descomunales sufrimientos. Aunque demoró más en ponerlo en evidencia, tampoco justificó las expectativas de constituir un orden social superior en lo técnico-productivo. En relación con la interpretación de las dinámicas sociales, el ciclo del socialismo de Estado confirma que no basta tener en cuenta el poder que surge de las relaciones sociales, sino que debe prestarse atención también al poder que surge de la tecnología y a las influencias mutuas (o co-evolución) entre ambas formas de poder. El destino diferencial de los dos grandes componentes de lo que era en la década de 1950 el extenso segundo mundo –el derrumbe del régimen en la URSS y sus satélites, su mutación al capitalismo en China, seguida particularmente por Vietnam– ejemplifica las “bifurcaciones” que en la evolución de regímenes con “estructuras” socio-económicas comparables pueden generar las “superestructuras” políticas. En cualquier caso, la desaparición virtual del socialismo de Estado dejó sin adversario mayor al capitalismo.

REGULACIÓN Y DESREGULACIÓN DEL CAPITALISMO

También el capitalismo occidental conoció un período de auge tras la Segunda Guerra Mundial. Duró (casi) treinta años, por lo cual, aludiendo a un episodio de la historia de Francia, se le denominó “las treinta gloriosas”. Fue la gloria del capitalismo regulado, capaz de combinar alto crecimiento con importante redistribución y la creación de un potente “estado de bienestar”. El manejo keynesiano de la economía evitó recesiones serias y la negociación sistemática entre el capital, el Estado y el trabajo previno mayores conflictos. En perspectiva, esa etapa de socialdemocracia keynesiana aparece como una edad de oro. A sus logros no fue ajena la Guerra Fría, que impulsaba –más en Europa que en Estados Unidos– los acuerdos con los sindicatos para contrarrestar el influjo del comunismo entre los trabajadores. A partir del poder económico que les daba su organización en las fábricas de tipo fordista, los sindicatos construyeron poder político en convergencia con partidos de izquierda. Negociaron así desde posiciones bastante fuertes. Pero esa fortaleza debió poco a su involucramiento directo en la dirección de los procesos productivos, aun en los países en que se expandió considerablemente el sector público, como en Francia y Gran Bretaña. No menos gravitante para el futuro sería que el capitalismo conservaba en sus manos el control de la generación del conocimiento de punta y de la orientación de sus usos para modificar las formas de producción. Sectores de trabajadores y técnicos promovieron, particularmente en Suecia, intentos de cuestionar semejante monopolio de clase; no tuvieron mayor éxito.

El cuestionamiento ideológico al sistema capitalista en auge tuvo un punto alto en la insurrección estudiantil de 1968 en Europa y América. Combinó trazos generales con específicos de cada región o país. Entre los primeros se destacaron un sentimiento generacional –que recuerda lo que aconteció justo medio siglo antes a escala latinoamericana a partir de la Reforma Universitaria de Córdoba– y, con gran vigor, la generosa solidaridad juvenil con el pueblo vietnamita, quizás lo más movilizador en Estados Unidos. En América Latina tuvo significativo impulso la resistencia contra los autoritarismos, incluso de dictaduras ya consolidadas como la brasileña o apenas en ciernes como la uruguaya. En agosto de ese mismo año, la intervención soviética en Checoslovaquia extendió a ese país la protesta estudiantil. En su teatro más famoso, París, el 68 no fue la revolución que en cierto momento algunos desearon o temieron. En conjunto, los impactos más profundos del movimiento se reflejaron en la liberalización de las costumbres, en la cultura y la ideología. El 68 tuvo no poco que ver con los orígenes de los movimientos sociales más gravitantes en Occidente durante el último medio siglo, el segundo feminismo y el ambientalismo.

La década de los setenta marcó el fin del auge del capitalismo regulado. Seguramente las causas de ello no se redujeron a la súbita alza del precio del petróleo, pero su cuadruplicación le anunció bruscamente a Occidente que estaba en cuestión su prosperidad. Para no pocos, esta la representaba el acceso a uno o más automóviles por familia con costos de combustible poco significativos. Las preocupaciones se multiplicaron. Entre ellas cobró fuerza la inquietud por el medio ambiente y el agotamiento de los recursos naturales. Para el capital se hizo más urgente ampliar su tasa de ganancia. La época (bastante) socialdemócrata tocaba a su fin. En el horizonte se alzaba una reacción de envergadura. La revolución de la información y la comunicación, que por entonces se aceleraba, la dotaría de considerable poder de base tecnológica. El primer mundo capitalista no demoraría en recomponer su hegemonía a escala global.

La década de 1970 significó tal vez el punto más alto de la influencia de la clase obrera en el capitalismo del Oeste y el apogeo de las sociedades socialdemócratas, especialmente en Escandinavia. El poder organizacional de los trabajadores, a través de sus sindicatos y los partidos afines, fue fundamental para la concreción de una pauta de conflictos limitados a través de los cuales se revisaban y renovaban acuerdos entre capital, Estado y trabajo. Tales acuerdos afirmaron el capitalismo regulado, posibilitaron un significativo crecimiento económico y llevaron a los mayores logros del estado de bienestar. Esa contribución figura al tope de los éxitos históricos del movimiento socialista y fue decisiva para la construcción de una sociedad repleta de carencias, pero que –en materia de libertad, igualdad, solidaridad y calidad material de vida– no parece superada por ninguna otra que realmente haya existido.

Desde tales bases se intentó retomar un camino hacia el socialismo, por ejemplo, a través del frustrado fondo de salarios en Suecia que preveía una gradual transferencia de la propiedad empresarial a los trabajadores.

Una propuesta distinta en similar dirección fue el programa del Partido Socialista francés que planteaba “superar al capitalismo”. Programa elaborado para la elección de 1981 que llevó a Mitterand a la presidencia, se tradujo en una ambiciosa serie de nacionalizaciones de grandes empresas. También en un intento de profundizar las políticas keynesianas, que pronto fueron sustituidas por el rigor presupuestal. El gran viraje de los ochenta apuntaba inequívocamente a derecha en el Oeste industrial avanzado.

Al comenzar los noventa, Halperin Donghi (1992) resumió lo que había acontecido durante los años precedentes como la victoria del capital sobre el trabajo y aun sobre el Estado. Subyacía a esa victoria

la revolución tecnológica de las TICs, que trastocaba las relaciones de producción en la industria al hacer posible la diversificación, flexibilización e individualización de tareas. En el corazón del capitalismo, la expansión de la producción ya no se basaba en la multiplicación de labores similares, que estaban en la raíz de la unidad de la clase obrera y de su poder organizacional, el cual se veía horadado rápidamente. Las relaciones económicas se fueron reestructurando a favor de los capitalistas. En Estados Unidos y Gran Bretaña sonaba la hora de la reacción, contra el New Deal, el keynesianismo y la gravitación de los trabajadores organizados. A nivel político, el viraje lo puso en evidencia la victoria de Thatcher en 1979 y de Reagan en 1980. En Estados Unidos –frescas aún las heridas de la derrota en Indochina y agravadas por la toma de su embajada en Teherán a comienzos de la Revolución islámica–, la ideología nacionalista y militarista fue esgrimida por la reacción para revivir la Guerra Fría, lo que agravó las dificultades económicas del bloque soviético. Su derrumbe confirmaba que la victoria del reestructurado capitalismo central tenía alcance global. El neoliberalismo, que lo acompañaba y orientaba, desplazaba a las concepciones más solidarias para devenir la ideología dominante de la década de 1990.

La hegemonía externa del capitalismo occidental como dominante ideológica neoliberal se afianzaría durante la década de 1980 también por el debilitamiento del poder relativo del tercer mundo. Su acrecido poder negociador, debido a los altos precios de las materias primas durante los setenta, fue de corta duración. Lo perjudicaría duraderamente lo que fue a menudo descrito como el auge de la economía de lo inmaterial, lo cual se refiere al descenso relativo de los insumos materiales en el precio de un conjunto en expansión de productos, mientras crece la parte que corresponde a actividades de investigación, desarrollo, diseño, mercadeo. Ello va en paralelo con la pérdida de importancia relativa de la mano de obra poco calificada y el ascenso de la gravitación de las altas calificaciones. En la perspectiva del sistema centro-periferia, un nuevo auge del papel del conocimiento avanzado en la producción de bienes y servicios tendía a debilitar las posiciones de los productores primarios. Retomando la frase de Halperin, cabe destacar la afirmación del poder de los capitales de los centros sobre los Estados y los trabajadores de las periferias.

En la década de 1970, caracterizada por el crédito fácil motorizado por la abundancia de petrodólares, numerosos países del tercer mundo recurrieron al financiamiento externo, en particular para apuntalar su más o menos limitado proceso industrializador. El abrupto cambio en las condiciones crediticias a comienzos de la siguiente década tuvo consecuencias catastróficas. En América Latina

los ochenta constituyeron la “década perdida” para el desarrollo económico y social. Por entonces llegó a su fin el período durante el cual fue mayor la autonomía relativa de la región, la etapa denominada del crecimiento hacia adentro, signada por la industrialización dirigida por el Estado (Bértola y Ocampo, 2013). Atenazada coyunturalmente por la enorme deuda externa y condicionada más profundamente por lo que Fajnzylber (1984) ha conceptualizado como su industrialización trunca, América Latina se vio impulsada a procurar una mayor inserción externa de base primario-exportadora. La búsqueda de modalidades del desarrollo autónomo perdía fuerza en el conjunto del tercer mundo. En el campo de las ideas se consolidaba la denominada “contrarrevolución en el desarrollo”. El énfasis pasaba con escasos matices del Estado al mercado. La formulación llegaría a decantarse en el Consenso de Washington, la mini Biblia ideológicamente dominante durante los noventa para la conducción de la economía y la política.

El capitalismo triunfante ya no era solo occidental. Japón había retomado por vía necesariamente no militar el ascenso hacia el poder a escala mundial que iniciara a fines del siglo XIX y naufragara en la Segunda Guerra Mundial. No mucho después de concluida esta, y favorecido por su alianza con Estados Unidos, ya mostraba un impactante ascenso técnico-productivo y económico.

El proceso se iba a extender a países que en los años cincuenta figuraban entre los de gran atraso, como Corea del Sur y Taiwán. También favorecidos por su clara inserción en la órbita de Occidente, fueron capaces de llevar adelante estrategias de transformación productiva y crecimiento económico profundamente heterodoxas. Sus Estados impulsaron una especialización en sectores de alto contenido tecnológico, a través de un proteccionismo exigente que, expandiendo la investigación y la alta calificación, apuntaba a lo que Alice Amsden (2007) denominó el “modo aprendizaje” de desarrollo, por oposición al “modo ortodoxo” basado en la primacía del mercado. Así, esos países, en lugar de verse perjudicados en términos de poder relativo por la aceleración del cambio técnico, pudieron sacar partido de la Revolución de las TICs para transformarse en los inesperados protagonistas de un fenómeno inusual, la superación de la condición periférica.

En buena medida, para comprender los procesos de Japón, Corea del Sur y Taiwán se elaboró, en el marco de la economía del cambio técnico, la teoría de los sistemas de innovación. Dicha teoría apunta a interpretar la generación y uso productivo de conocimiento avanzado como resultado de las interacciones entre diversos actores. El poder relativo de cada uno de ellos orienta las prioridades y direcciones de la

innovación técnico-productiva; los resultados de esta última pueden ser variados, pero, si no es impulsada a gran escala, la condición periférica no es realmente superada.

Los procesos nacionales recién aludidos anticipaban el ascenso del Asia Oriental en su conjunto, fenómeno mayor de las primeras décadas del siglo XXI.

Hacia el 2000 la configuración de poder dominante a escala mundial era, sin lugar a dudas, la sociedad capitalista del conocimiento surgida en Occidente, que ya por entonces había hecho realidad una segunda globalización, comparable, aunque más profunda y también bastante diferente, a la que signaba al planeta hacia 1900.

El poder tecnológico en esa sociedad tiene como núcleo al conocimiento científico y tecnológico de punta. Las dinámicas asociadas a ese conocimiento han sustituido a las dinámicas industriales como principal factor de cambio y desestabilización a escala de la producción y de la ocupación en general. Ello se registra a nivel de la generación de bienes y servicios, incluidos muy especialmente los de salud, y a nivel de la información y la comunicación, de las técnicas de control y coacción. En esos ámbitos –al igual que en las transacciones entre personas y grupos, la gestión, la coordinación y el manejo de conflictos–, la preparación especializada de nivel terciario es cada vez más requerida. Ella es también clave cada vez más relevante de la desigualdad de ingresos y de la estratificación social en general. Nivel educativo e incidencia política tienden a ir juntos. El conocimiento y la educación de carácter avanzado tienen relevancia creciente para las relaciones de poder económico, político, militar e ideológico. Abundante sustento fáctico tiene la afirmación de que la llamada economía basada en el conocimiento y motorizada por la innovación es parte de un conjunto más amplio, la sociedad del conocimiento.

Su carácter capitalista es también difícilmente discutible. Ello no significa que el mercado actúe en solitario. En los países del Oeste rico, el Estado capta y maneja una proporción muy grande de la producción nacional, que puede estar cerca de la mitad del total. Pero ello no pone en cuestión, sino que más bien afirma en varias actividades, la primacía de las lógicas del capitalismo y la posición dominante del capital sobre el trabajo y aun sobre el Estado.

LA SEGUNDA GLOBALIZACIÓN CON DOMINANTE IDEOLÓGICA NEOLIBERAL

De los tres mundos de los que se hablaba décadas atrás se ha pasado a considerar, en el cambio de milenio, más bien una dicotomía, obviamente muy esquematizada, entre Norte y Sur Global. Este último es un conjunto heterogéneo que tiene en común no, como la periferia de

ayer, el no ser sociedades industriales, sino el no ser sociedades basadas en el conocimiento, característica de la periferia de hoy. El viejo Oeste sigue siendo gran parte del Norte, pero quizás esté dejando de serlo rápidamente y ya hace tiempo que no lo es en soledad. El sistema centro-periferia combina permanencia y modificaciones mayores. El Sur Global sigue siendo proveedor a gran escala de materias primas y muchos de sus países enfrentan, cuando tratan de diversificar y elevar el nivel de sus economías, la activa hostilidad de los del Norte, sus capitalistas y las organizaciones internacionales que responden a unos y a otros. Pero la segunda globalización está también impulsando una acelerada industrialización a escala de gran parte del planeta. Esa industrialización va desde las actividades rutinarias tipo maquila, que para tantos países del Sur configuran una inserción neoperiférica en el mercado mundial, hasta actividades manufactureras complejas con alto contenido de conocimiento e innovación. En China se puede encontrar toda la gama. Hace algunos años había quien sostenía que allí la industria no alcanzaría los niveles tecnológicos más altos, respecto de los cuales seguiría dependiendo de Occidente. La evolución de las cosas ha desmentido tal pronóstico.

Una diferencia mayor entre las dos globalizaciones radica en que durante la segunda, a través de las llamadas cadenas globales de valor y apoyándose directamente en las TICs, las grandes empresas capitalistas han reorganizado sus actividades productivas distribuyéndolas entre variadas geografías. Esa “deslocalización” comenzó con las tareas menos calificadas, en las cuales se podía sacar directo partido de los bajos salarios de los países pobres. Pero no permaneció allí. El proceso parece estar rediseñando las relaciones de las empresas multinacionales (EMN) con diversos tipos de países. Frente a los periféricos y débiles, afirma su poder, pues la radicación en esos países de segmentos importantes de las cadenas globales de valor es la única vía que suele considerarse viable para acceder a inversiones, financiamiento y tecnología. Con relación a sus países de origen, no pocas EMN tienden a debilitar sus lazos, pues allí producen e invierten menos a la vez que disminuyen sus tributos, en particular a través de sus vínculos con las actividades financieras, cuya desregulación masiva constituyó un puntal de la segunda globalización. De esta manera, se acentúa la “secesión de la nación” que ciertos sectores muy ricos practican en el Norte. Con respecto a países que ofrecen ventajas como las de China –masiva mano de obra educada, barata y regimentada en primer lugar–, pero que también tienen capacidades de exigir contrapartidas, las EMN toman y dan, particularmente saber técnico y organizacional. Los segmentos de sus cadenas globales de valor allí radicados se vinculan con empresas nacionales; estas crecen y llegan

a ser, a su vez, en algunos casos, multinacionales de notable poder técnico-económico.

En gran parte del Sur Global crecen las expectativas de lograr alcanzar económicamente al mundo rico (“*catch up*”). En la ruta abierta por Japón, primero, Corea del Sur y Taiwán, después, buena parte del Asia Oriental parece tener posibilidades de lograrlo en medida significativa, con China como nuevo prototipo en esta carrera hacia el Norte.

El dominio de la ideología neoliberal se destacaba en el mundo del año 2000 cuando la segunda globalización llegaba a su apogeo. Muy atrás habían quedado los valores más o menos socialdemócratas que informaban los compromisos de postguerra en el capitalismo regulado del Oeste. El neoliberalismo impulsó la reversión del impuesto progresivo, la restricción del gasto social y la desregulación sistemática. Primer beneficiario de esto último fue el capital financiero, que dejó de estar sujeto a los controles y restricciones característicos de las décadas de oro de alto crecimiento productivo, las cuales limitaban en especial su circulación por encima de las fronteras nacionales. La globalización financiera fue, en cierto sentido, el adelantado de la segunda globalización, de la cual constituye una dimensión esencial, junto a la dimensión productiva y a la comunicacional. Las tres se asientan sólidamente en la Revolución de las TICs y en la desregulación de sus respectivos ámbitos. Las tres se complementan para afirmar el predominio del gran capital.

En el capitalismo reestructurado de Occidente, y particularmente en sus modalidades anglosajonas, la gravitación al alza de las finanzas ha sido enfáticamente señalada. Esta creciente “financiarización” de la economía parece ligada, al menos en parte, con las complicaciones inherentes al seguimiento de procesos en espacios cada vez más extendidos, a velocidades que tienden a cero. Ello da ventajas a los especialistas en el manejo de la información acerca de las oportunidades de ganancia, de los dineros para intentar aprovecharlas, de las pericias administrativas legales e ilegales para hacerlas realidad.

LA REPARICIÓN EN AMÉRICA LATINA DE ALTERNATIVAS PERIFÉRICAS

La afirmación de la sociedad capitalista del conocimiento, como clave de bóveda de las configuraciones del poder en nuestra época, ha traído consigo reacciones y cuestionamientos de variada índole, en los centros y en las periferias.

Al comienzo del milenio, en esa caja de sorpresas que suele ser América Latina, se asistió a una suerte de reaparición del tercermundismo revolucionario, con alto contenido simbólico, que constituía una neta respuesta a la globalización neoliberal. Esta tiene su evento

celebratorio anual en el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza. Suscitó un movimiento de cuestionamiento “altermundialista” de alcance internacional. Dio lugar a un “contraevento”, el Foro Social Mundial inaugurado en Porto Alegre, ciudad que el gobierno municipal del Partido de los Trabajadores de Brasil hizo famosa por su “presupuesto participativo”.

El neoliberalismo tuvo profundo impacto en América Latina durante los noventa, al punto tal que cabe designar como su gobernante representativo de esa década al presidente argentino de entonces, Carlos Menem, quien hizo del peronismo, ejemplo por antonomasia de los movimientos nacional populares de la región, el instrumento de la aplicación integral en ella del Consenso de Washington. Este generó grandes resistencias sociales y dio lugar a una crisis extendida, el conjunto de lo cual impulsó hacia el gobierno a fuerzas políticas ligadas a tales resistencias. Poco tiempo después del año 2000, Argentina, Brasil, Venezuela, Uruguay, Bolivia, Ecuador, El Salvador y Nicaragua tenían gobiernos que, sin desmedro de su diversidad, se consideraban y eran considerados como parte de un gran “giro progresista” de la región. Paraguay participó fugazmente del proceso y, por un instante, incluso Honduras. La Concertación que ejerció el Poder Ejecutivo en Chile de 1990 a 2010 y sobre todo su reformulación más a izquierda por el segundo gobierno de Michelle Bachelet (2014-2018) tenían significativos puntos de contacto con ese progresismo.

Llegados al gobierno en buena medida por la insatisfacción exacerbada debido a las crisis asociadas al neoliberalismo, los regímenes en cuestión se encontraron con un súbito y drástico cambio de panorama gracias al “boom de las *commodities*”, propiciado en parte significativa por la demanda de China en rápido crecimiento. Tamaña conjunción favorable de lo económico y lo político posibilitó un grado importante de innovación en los desempeños gubernamentales progresistas. Orientaciones, retóricas, acciones y resultados fueron muy diversos, según cabía prever en una gama tan variada de países como los mencionados. Ciertos rasgos comunes y mayores se destacan sin embargo. El Estado recobró un protagonismo grande –que había abandonado durante la “década perdida” de los ochenta– en la promoción del crecimiento económico; apostó a vincularlo fuertemente con la redistribución; lo hizo mediante una amplia batería de políticas sociales. De ellas, las que alcanzaron más repercusión internacional fueron las ejecutadas en Brasil. Reactivación económica y redistribución se conjugaron, incluso más allá de los países del giro progresista. América Latina, la región más desigual del mundo, era considerada a fines de la primera década del siglo como la excepción en el proceso

de alza de la desigualdad que se vivía (y se vive) desde hace tiempo en casi todos los países del globo.

Diversas izquierdas del mundo confiaron por entonces en que las alicaídas esperanzas de transformación de la sociedad reaparecieran en el mismo continente en el cual Cuba durante los sesenta había anunciado “la revolución en la revolución”. La esperanza se personalizó considerablemente en Hugo Chávez, conductor de la “Revolución bolivariana”, que en el Foro de Porto Alegre llegó a ser proclamado “el nuevo Libertador”. Su carisma y su talento comunicacional abrieron camino a una táctica genial: combinar en su prédica la vigorosa tradición nacional popular latinoamericana –ante todo la del peronismo, del varguismo brasileño y del cardenismo mexicano– con la herencia de la Revolución cubana, con cuyo gobierno se alió brindándole apoyo material relevante. Pero el “socialismo del siglo XXI” chavista no superó las máculas del socialismo de Estado del siglo XX y le agregó las propias de reiterados ciclos venezolanos que, sustentados en un alza grande pero transitoria de los precios del petróleo, han incluido redistribución significativa, importantes políticas sociales, gran despilfarro y desbordante corrupción. El régimen estatizó de manera tan amplia como irresponsable e ineficiente. Cuando la caída de los precios del petróleo limitó seriamente sus márgenes de maniobra, su torpeza y autoritarismo hundieron a Venezuela en una profunda crisis económica y más en general humanitaria, mientras que su desprestigio afectó seriamente a las izquierdas, en América Latina y más allá.

La reversión del ciclo progresista fue casi tan abrupta como su irrupción. Pero lo que viene después no está claro y corresponde, en realidad, al enfoque prospectivo. Con el agotamiento hacia 2014 del “súper ciclo de las *commodities*”, los triunfos electorales de Macri (2015) y Piñera (en 2018, por segunda vez), y la destitución de Dilma Rousseff (2016) pareció que el péndulo retornaba del extremo del Estado al del mercado. En 2019 los casos probablemente más exitosos del ciclo progresista, Bolivia y Uruguay, eran también sus “aldeas de Asterix”; ambas cayeron, aunque de maneras muy distintas.

El ciclo encabezado por Evo Morales constituyó la mayor transformación social, étnica y cultural que la región haya conocido en largo tiempo. La ideología indigenista, que a través del “buen vivir” o “vivir bien” tuvo significativa incidencia en ciertas franjas del progresismo, alcanzó sus mayores triunfos políticos en Bolivia.

En Uruguay se alcanzaron los menores niveles de desigualdad, pero también en las condiciones comparativamente menos malas, en materia tanto social como de historia política. Los quince años de gobierno de la izquierda revivieron y ampliaron gran parte de lo mejor de la democracia social construida en el país por los regímenes

“batllistas”, a la vez que avanzaron notablemente en la “nueva agenda de derechos” sexuales, reproductivos y de la diversidad en general.

En cualquier caso, la región, durante un período excepcionalmente favorable apenas si disminuyó su condición periférica. Cambios progresistas fueron impulsados con apoyos considerables de los sectores postergados. Pero los programas orientadores no hicieron mayor lugar a la transformación profunda de la estructura productiva a través de la apuesta al conocimiento y la educación de alto nivel. La desatención a las raíces de los grandes cambios del mundo durante el último medio siglo y la endebles de ideologías bastante anquilosadas (o la despreocupación propia de “políticos prácticos” por las ideas) cobraron un alto precio. Después del boom de las *commodities*, América Latina se encuentra en la disyuntiva de si su perdurable condición primario-exportadora y la difícilmente esquivable apuesta al extractivismo la ubican en la dependencia más bien del capitalismo estadounidense o del chino. En un sistema mundial cuyos centros ejemplifican lo que es la sociedad capitalista del conocimiento, la región se mantiene en una posición claramente subordinada.

Pero 2019 no marcó solo desplazamientos a derecha. La notable velocidad con la cual el neoliberalismo a la Macri llevó a la Argentina a otra inmensa crisis generó un cambio de signo político apreciable, la vuelta al gobierno del peronismo en su quinta encarnación histórica, que tal vez tenga que diferir bastante de las anteriores. Aún más inesperada fue la explosión antineoliberal en Chile, aparente ejemplo a escala mundial del éxito económico, político e ideológico del neoliberalismo. Lo radical del cuestionamiento masivo al sistema, junto a la inexistencia de alternativas claras, abren una seria incertidumbre cuyos avatares probablemente incidan considerablemente en la evolución próxima de América Latina. Allí y en el conjunto del continente será decisivo si se logra o no conformar grandes coaliciones progresistas y democratizadoras, con proyectos que les permitan retomar avances hacia la igualdad, con mayor calado y solidez que a comienzos del milenio, cuando la gran originalidad latinoamericana a escala mundial era que la desigualdad disminuía. Sobre esto se volverá al plantear el enfoque propositivo.

NOTA SOBRE LOS PRINCIPALES MOVIMIENTOS DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

En el mundo de hoy los más gravitantes factores de cuestionamiento progresista al orden establecido son, objetivamente, los movimientos sociales vertebrados por el feminismo y el ambientalismo. Ambos impulsan alteraciones muy profundas de las relaciones de los seres humanos entre sí y con la Naturaleza. Lo que acontezca con

las condiciones de vida en el mundo global dominando por el capitalismo de base cognitiva tendrá mucho que ver con los encuentros y desencuentros de esos movimientos con las alternativas políticas al neoliberalismo. Analizar la cuestión desborda por completo las capacidades de quien esto escribe, pero alguna observación cabe insertar en la sumaria mirada a parte de la historia contemporánea que es el tema de este capítulo.

El patriarcado ha sido considerado como la estructura de poder más antigua y resiliente. Su retroalimentación con las relaciones de poder militar, económico, político e ideológico ha sido bastante evidente a lo largo de la historia. Poner al patriarcado en tela de juicio fue realmente revolucionario. Hacia 1900 las reivindicaciones feministas en Europa y Estados Unidos cuestionaban suposiciones y actitudes que tenían por detrás no siglos sino milenios de institucionalización; a algunas personas las preocupaban más que las amenazas de la revolución social o la democracia política (Roberts, 2002, p. 869).

En tal perspectiva, lucen realmente notables los cambios que han tenido lugar en ciertas regiones del mundo durante las últimas décadas. En Occidente, el incremento a partir de los setenta de la representación política de las mujeres promovió una mayor atención a las cuestiones que les eran especialmente importantes, como las guarderías, los anticonceptivos, el aborto y el derecho al divorcio (Westad, 2018).

Es habitual y no poco justificado destacar las diferencias entre el mundo de hoy y el de un cercano ayer que responden a la innovación tecnológica. No menos gravitante parece la innovación en las relaciones sociales y en la organización de la vida de la gente ejemplificada por la masiva incorporación de las mujeres al mundo del trabajo remunerado, su acceso a cargos dirigentes –en ámbitos políticos, económicos, ideológicos y aún militares–, la relativa disminución de la discriminación por opciones sexuales, el matrimonio igualitario o la legalización del aborto.

Aunque de manera desapareja, durante el ciclo progresista latinoamericano se avanzó no poco en la nueva agenda de derechos, especialmente la impulsada por los movimientos feministas y de la diversidad sexual. Uruguay se ha ubicado en los primeros lugares de tal avance.

El proceso conoce sus alzas y bajas, apenas si ha comenzado en amplias regiones y sin duda está lejos de haber llegado a la plena igualdad entre los sexos. Pero si se compara –particularmente en Europa Occidental, pero también en otros lugares– la situación de hoy en aspectos como los señalados con la de medio siglo atrás, la profundidad del cambio social es muy grande e incluso estimulante. La angustiante violencia contra las mujeres, ejemplificada por algo también nuevo

como el calificativo de femicidio, quizás esté midiendo la reacción del patriarcado ante la erosión de su poder. En cualquier caso, el feminismo ha venido siendo, en una parte significativa del mundo, el movimiento social con mayor poder transformador en sentido libertario e igualitario. Es sugerente que ese empoderamiento de las mujeres para cambiar valores y pautas organizativas de la sociedad vaya de la mano con su acceso al poder del conocimiento y de la educación superior. En varios de los países donde más han avanzado las reivindicaciones feministas, las mujeres ya tienen niveles educativos en promedio superiores a los de los hombres.

El otro gran movimiento social transformador en sentido progresista de esta época, el ambientalismo, tuvo incidencia comparativamente menor en el ciclo progresista latinoamericano, salvo a través del indigenismo en Ecuador y sobre todo en Bolivia. En el primer caso, y de alguna manera también en el segundo, entró en conflicto con las estrategias gubernamentales para el crecimiento económico y afectó en mayor o menor grado a la coalición impulsora de cambios. La contraposición entre tales estrategias y las reivindicaciones ambientales, visibles o no tanto, permeó a todo el ciclo progresista. Pero se hizo mucho más grave cuando los gobiernos de ese signo fueron reemplazados por otros de signo opuesto, como Brasil lo ejemplifica a escala que asusta e impacta mundialmente.

Corresponderá retomar este asunto con cierta detención como eje del enfoque prospectivo. Cabe en efecto sospechar que las evoluciones que pueda conocer la tensión entre crecimiento económico y protección ambiental condicionarán en grado sumo, para mal o para bien, la dirección y la entidad de las dinámicas sociales durante el siglo en curso. La historia reciente en regiones como América Latina y también Europa muestran que esa tensión incide poderosamente en la mayor o menor sintonía entre movimientos ambientalistas y coaliciones progresistas, y hasta en la existencia misma de tales coaliciones, que no tienen mayor destino si no logran combinar el enfrentamiento a la desigualdad con la protección efectiva de la sustentabilidad.

LA REACCIÓN ANTIGLOBALIZADORA EN EL OESTE

Los movimientos altermundialistas, más allá de sus notables despliegues militantes y de algunas victorias simbólicas, no modificaron significativamente el curso de la globalización ni la expansión de la mercantilización.

Tampoco lo lograron las reacciones identitarias al cosmopolitismo occidental, entre las cuales alcanzaron máximo impacto los desafíos yihadistas.

Una reacción diferente y más súbita emergería en 2016 con la elección de Trump, máximo evento de una serie en la que figuran el Brexit y el auge en varios países europeos de fuerzas políticas nacionalistas de derecha.

Vale la pena relacionar la temática con un proceso de largo plazo, al que Estefanía (2018) denomina “la revolución conservadora en el Oeste”, cuyo inicio ubica en 1979 y sigue hoy en pleno curso. Dicha revolución ha condicionado relevantes aspectos políticos, ideológicos y militares de la segunda globalización y también lo está haciendo en la actual encrucijada a la que ese proceso ha arribado. Se esboza a continuación una síntesis muy apretada de esta revolución, sugiriendo que se ha desplegado en tres etapas.

Antes, es sugestivo señalar que tal proceso ha sido visto como una contrarrevolución orientada ideológicamente en gran medida contra los valores asociados a la insurgencia juvenil del 68. Aunque los movimientos de los sesenta que pretendían cambiar el mundo obviamente fracasaron, los cambios que impulsaron fueron de gran importancia, en particular “en el mundo occidental las mujeres ganaron espacios de libertad” y “el movimiento ecologista tomó una fuerza que no ha hecho más que aumentar desde entonces” (Fontana, 2011, p. 397). Diversos avances en materia de derechos y expresión de reivindicaciones indican “que las revoluciones de los años sesenta no fueron totalmente estériles. Lo que explica que, para combatir su herencia, se organizase a partir de los setenta una contrarrevolución conservadora que sigue hoy [...] en plena vigencia” (Fontana, 2011, pp. 397, 405).

Una primera etapa de neoliberalismo globalizante en la revolución conservadora fue desencadenada por las victorias electorales de Thatcher y Reagan en 1979 y 1980, respectivamente. Tuvo como máximo jalón la victoria del capitalismo sobre el socialismo de Estado, con la cual concluyó la Guerra Fría y se hizo posible la gran aceleración que la segunda globalización experimentó en los años noventa. Fue probablemente la edad dorada del neoliberalismo, ideología dominante de las últimas cuatro décadas.

Una segunda etapa de neoconservatismo militarista fue acelerada por los acontecimientos de setiembre de 2001. Una nueva ola de imperialismo agresivo se abrió paso, favorecida por la extrema debilidad de las oposiciones al capitalismo. La situación también fue aprovechada por la gran finanza. Ella fue la principal responsable de la Gran Recesión Neoliberal de 2008. La desigualdad en el Oeste rico fue agravada tanto por la crisis económica como por las políticas con que en general se las manejó. Las élites globalizadoras propiciaron no la reducción del gasto público, sino, invocando la austeridad, su desplazamiento en desmedro de sectores no privilegiados hacia el salvataje

de grandes bancos y afines, en nombre de la preservación del sistema. Se agravó así la situación de mucha gente, ya comprometida por la amplia desindustrialización del Oeste que muchas de sus propias corporaciones impulsaron a favor de la globalización.

Una tercera etapa saltó a escena con los ya mencionados “terremotos políticos” de 2016 (Hodgson, 2018), la victoria electoral de Trump y el Brexit. Los perjudicados por la globalización en los viejos países centrales, en un contexto dificultado aún más por la Gran Recesión y lo que vino después, se rebelaron contra las élites y enarbolaron banderas chovinistas que están pavimentando el camino al autoritarismo.

Se ha configurado en el corazón de Occidente una corriente reaccionaria, antielitista y chovinista que tiene enorme apoyo en los sectores perdedores de la globalización, particularmente trabajadores con escaso nivel educativo y magras posibilidades laborales. Ellos se han visto afectados por el proceso de desindustrialización en los centros, impulsado en especial por la deslocalización hacia las periferias de actividades industriales que forman parte de las cadenas globales de valor de las empresas transnacionales occidentales. Consideran que las migraciones afectan sus posibilidades laborales, disminuyen los apoyos que pueden brindarles sus sistemas de protección social, erosionan las identidades nacionales y ponen en cuestión sus valores comunitarios. Cuestionan a las élites globalizadoras y cosmopolitas a las que ven como responsables de deslocalizaciones, aperturas a la inmigración y políticas afines, así como, en muchos casos, como impulsoras de “la falsa ciencia del cambio climático”, cuyo verdadero propósito sería someter a sus países a marcos reglamentarios internacionales y debilitar actividades mineras e industriales que son importantes para los empleos de sectores como los mencionados. Ideológicamente, son profundamente antiambientalistas y, seguramente más aún, opuestos al feminismo y a la diversidad sexual.

Sorprendentemente, pues, el más vigoroso desafío a la globalización ha surgido en el Oeste globalizador y neoliberal como reacción de derechas antiliberal. Sus perspectivas pueden ser diversas. Es muy posible que, a través de su asociación con políticas de disminución de los impuestos y de ciertas actividades públicas, perjudique significativamente a los sectores postergados que la apoyan. Puede afectar no poco diversos aspectos del endeble ordenamiento internacional, al que cuestiona en general desde su reivindicación nacionalista al tiempo que ataca en particular su dimensión comercial. Alimenta ya no pocos conflictos nacionales e internacionales en el marco del orden capitalista, pero no lo pone en cuestión. Más bien apunta a su afianzamiento autoritario.

UN ORDEN COMPLICADO

En lo que va del siglo XXI, el orden capitalista que domina al mundo no ha sido amenazado como tal, pero ha abierto posibilidades de transformación considerables. Algunas ya están en curso, como la evocada en la sección precedente. La reacción en el corazón del capitalismo contra la globalización dio lugar a la apresurada convocatoria de la China formalmente comunista para que la defendiera en Davos. Su lucha por la hegemonía con Estados Unidos amplió así su espectro ideológico.

Ya durante la presidencia de Obama, Estados Unidos asignó prioridad a su confrontación geopolítica con China. El retorno del antiguo Imperio del Centro a las cimas del poder se apoya en las dinámicas de un tipo de capitalismo políticamente monocrático e ideológicamente nacionalista. Su desafío a la hegemonía estadounidense ha alcanzado el terreno del conocimiento avanzado; China está realizando enormes esfuerzos, con no pocos resultados, en los campos entretejidos de la educación superior, la investigación científica y la innovación tecnológica. Parece en plena marcha hacia su conversión en miembro conspicuo de la sociedad capitalista del conocimiento. Así, dentro de la configuración de poder dominante, se perfila la confrontación entre dos tipos de capitalismo que caracterizan a las dos hiperpotencias económicas y militares del presente. Ninguna de las dos se preocupa por los derechos humanos, aunque seguramente hoy China los viola a mayor escala todavía que Estados Unidos.

El enfrentamiento se juega en todas las dimensiones del poder y, como ya se subrayó, muy particularmente en las que tienen que ver con el conocimiento de punta. Así lo confirman las noticias cotidianas. Y eso es lo que sugiere la historia. De la mano de la Revolución Industrial, Gran Bretaña se afirmó como potencia dominante a escala global durante el siglo XIX. Cuando este tocaba a su fin, esa hegemonía estaba siendo cuestionada por las dos potencias que mayor partido sacaron del “matrimonio de la ciencia y la tecnología”, Alemania y Estados Unidos. Diversas facetas del poder se vieron involucradas en las alianzas y enfrentamientos consiguientes, que desembocaron en la Gran Guerra donde se hundió la primera globalización.

Las confrontaciones por la hegemonía entre las grandes potencias alteran el tipo de capitalismo en el que se desenvuelven. El orden capitalista que se fue configurando a partir de la victoria en 1945 de las potencias atlánticas era bastante distinto del capitalismo anterior a 1914; seguramente no lo hubiera sido menos, aunque bajo otras formas, si la victoria hubiera correspondido a Alemania. Lo que realmente aconteció fue decisivamente configurado por la alianza que derrotó al nazismo y por la posterior Guerra Fría entre capitalismo y

comunismo, que se saldó a fines del siglo XX con el triunfo del primero y la consiguiente afirmación de la segunda globalización.

Muy diferentes pueden ser los marcos institucionales e ideológicos según cuáles sean las potencias predominantes. Se ha señalado que allí donde el Estado se reserva un papel relevante, en la conducción cotidiana de la economía y en su orientación estratégica (como en China), el capital financiero encuentra menos facilidades para desenvolverse. Tampoco cabe asumir que en casos como ese el neoliberalismo predomine sin mayores adversarios a nivel ideológico. Ambas cuestiones merecen especial atención al estudiar el nuevo tipo de capitalismo que podría estarse afirmando de la mano del ascenso económico del Asia Oriental.

El capitalismo que propulsó la globalización podía ser considerado poliárquico en lo político y seguramente neoliberal en lo ideológico. Ahora bien, la agudización de la desigualdad económica ha ido a la par en Estados Unidos con el incremento de la influencia de la riqueza en la política, a tal punto que cabe hablar de un tránsito de la poliarquía –con su relativa dispersión de cumbres políticas dirigentes– a la plutocracia –con su concentración en los más ricos del poder de decisión en lo que se relaciona con el Estado–. China, por su parte, va definiendo una combinación muy específica de plutocracia y autoritarismo, tal vez con cambiante balance de poder entre ambos polos.

En suma, lo que resalta en el mundo del 2020 –sobre todo para quienes lo miran con valores socialistas– es que el poder del capitalismo no conoce desafíos de significación, pero, también, que está tan lejos o más que siempre de configurar un orden estable o un régimen sujeto a una evolución previsible.

Cabe concluir este esbozo de enfoque fáctico, presentado como una narrativa comentada, aludiendo a un fenómeno que podría ser clave para el enfoque prospectivo. Parece digno de atención el hecho de que el incremento explosivo de la gravitación social del conocimiento avanzado es fuente de desestabilización generalizada y de lo que podría llamarse la creciente *complicación* de la vida contemporánea. Ello se manifiesta al menos en tres dimensiones: (i) espacial, hay que prestar atención a lo que pasa y a lo que se sabe hacer en ámbitos geográficos cada vez más vastos; (ii) temporal, hay que intentar seguir procesos que se aceleran y diversifican constantemente; (iii) de profundidad o propiamente cognitiva, la competencia en cualquier terreno y aun la mera supervivencia en una cierta posición exigen conocer mucho más acerca de lo que incide en la propia vida. En líneas generales, todo eso es prácticamente imposible, por lo cual la adaptación a la complicación pasa por la segmentación, e incluso la parcelación, de la atención, de los interlocutores, de lo que se tiene

en cuenta. La segmentación se ubica en el corazón de las dificultades teórico-prácticas para impulsar transformaciones que mejoren la convivencia; impulsa la multiplicación de demandas sectoriales, y aun monotemáticas, con reivindicaciones del tipo “esto es fundamental por lo cual debe ser financiado por el Estado”. Consiguientemente, la “gobernanza” se dificulta y se ve favorecida la emergencia de movimientos opositores que no pueden gobernar con mínima perspectiva de conjunto, lo que se suple con demagogias y autoritarismos. Esa dificultad para elaborar una perspectiva que de alguna manera trascienda a lo sectorial es especialmente grave para la vocación transformadora de las izquierdas.

Capítulo IV

SOBRE TENDENCIAS, CUANDO LA TRANSICIÓN DE SOCIEDAD VUELVE AL PRIMER PLANO

Para pensar lo que puede deparar el mañana, aquí se procederá en cuatro pasos. Primero, se ensayará –aun repitiendo consideraciones anteriores– una síntesis que incluye tendencias fuertes, potenciales “escenarios de colisión” y encrucijadas probablemente gravitantes. Segundo, se describirá lo que puede ser vista como la tensión central de la época. Tercero, se discutirá un “escenario tendencial” y sus posibles evoluciones. Finalmente, se fijará una vez más la atención en los grandes desafíos que configuran la transformación social, presumiblemente grande pero incierta, que se alza en el futuro próximo de la Humanidad.

Ensayar un enfoque prospectivo en tiempos de coronavirus es todavía mucho más riesgoso que en períodos menos inusuales. Quizás también más necesario. El fenómeno ha multiplicado las inquietudes que los avatares de la globalización ya venían suscitando aun en sus más entusiastas panegiristas. Según McNeill y McNeill (2003, p. 295), la vuelta a casa de las tropas que pelearon en la Primera Guerra Mundial desató la primera pandemia verdaderamente global de la historia, la influenza de 1918-1919, la cual mató a unos cuarenta millones de personas, muchas más que la propia guerra en la que encalló la globalización precedente. Esta nueva pandemia, también global, seguramente complique las tendencias que a continuación se destacan. Tal vez, además, acelere su curso.

CIERTOS PROCESOS A TENER EN CUENTA AL ESCUDRIÑAR EL FUTURO

ALGUNAS TENDENCIAS

Después de la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar varios “milagros” de crecimiento económico acelerado, el más impactante de los cuales a largo plazo resultará tal vez ser el desplegado en China. Con semejante telón de fondo, a veces se pasa por alto que, sin desmedro de la probable desaceleración del crecimiento, una tendencia mayor de cara al futuro es *el incremento promedio sostenido y la diversificación de la producción y sobre todo del consumo*.

Varios estudios, entre los cuales el debido a Piketty (2014), subrayan la tendencia al crecimiento lento. Sin embargo, no debe perderse de vista que la “lentitud” aparece como tal por comparación a los “milagros” mencionados, y particularmente a las tasas de incremento de la producción en el Oeste en las tres décadas que terminaron a mediados de los años setenta.

Seguramente más importante que el crecimiento cuantitativo de la producción es su diversificación cualitativa con cada vez mayor sofisticación tecnológica, que se refleja desde el instrumental médico hasta las armas. Ese proceso incluye, en particular, no solo el avance técnico, sino también el abaratamiento de no pocos objetos altamente demandados. Así, aun en la hipótesis de una economía cuasi estacionaria –medida por el PBI–, puede anticiparse una tendencia fuerte a la diversificación de la producción y a la expansión del consumo. Esto podría involucrar a una proporción significativa, que viene aumentando, de la población mundial y, al mismo tiempo, dejar al margen a mucha gente, como también está ocurriendo.

Sin ignorar por un momento la incertidumbre añadida por la pandemia, puede conjeturarse que la recesión que la misma está generando y las alteraciones en las condiciones de vida acentuarán las demandas de incrementar y diversificar la producción.

La primera tendencia señalada, en relación a la expansión de la producción y el consumo, encuentra un obstáculo de gran envergadura en la segunda tendencia mayor que corresponde anotar, de la que es causa principal: *la gravísima degradación ambiental*. Corresponde evitar una eventual confusión respecto a la coexistencia posible entre ambas tendencias: si, como es de desear, se llega a “medir” habitualmente la producción de modo que no solo se sume su incremento, sino que también se reste las pérdidas de patrimonio natural que genera, aun en el caso de que el balance resulte negativo (lo que cabe interpretar como caída neta de la producción), puede seguir multiplicándose la producción, por ejemplo de autos, y el consumo, por ejemplo de energía no renovable.

La crisis desatada por el covid-19 ha disminuido la carga sobre la naturaleza. Cada año se venía llegando antes al momento en que la Humanidad habría consumido todos los recursos naturales que pueden generarse durante el año en curso. Se estima que en el 2020 la recesión ha postergado esa fecha en unas tres semanas, de fines de julio a la segunda quincena de agosto. Pero, si la pandemia no se prolonga mucho, esa reversión será probablemente temporaria, y hasta podría suceder que la demanda multiplicada por la recesión lleve a disminuir controles ambientales.

La tercera tendencia que parece necesario volver a subrayar es *la afirmación de la desigualdad en la mayor parte de los países y regiones*. También en este caso lo dicho se refiere a promedios en el tiempo y en el espacio. En ese entendido, desde hace treinta o cuarenta años la desigualdad tiende a crecer en los “viejos países centrales”, así como en China muy notablemente, en otros grandes “países emergentes” y en casi todo el resto del planeta. El fenómeno parece empíricamente bien establecido. Y las preocupaciones por sus consecuencias han alcanzado recientemente a entidades poco cuestionables por su sensibilidad exagerada, incluyendo al propio FMI. Esta cuestión mayor será considerada con alguna detención más abajo, prestando atención incluso a una evolución de signo opuesto: durante las últimas décadas la aceleración del crecimiento en regiones muy pobres ha disminuido la desigualdad a escala mundial a la vez que se aceleraba dentro de la mayor parte de los países.

La cuarta tendencia que es imprescindible resaltar la constituye *el peso creciente del conocimiento en el conjunto de las relaciones sociales*. Se refleja en la conformación, reconocida desde hace más de dos décadas, de una economía basada en el conocimiento y motorizada por la innovación. Tiene como núcleo más dinámico y “desestabilizador” a las ciencias y tecnologías de la naturaleza. Gravita cada vez más no solo en la producción material, sino también en la salud, la guerra, la comunicación. Se manifiesta tanto en la creación como en la eliminación de puestos de trabajo, en un proceso que por cierto no es simétrico, particularmente porque suelen ser personas distintas las que pierden su empleo debido al cambio técnico y las que acceden a las nuevas ocupaciones generadas por ese mismo cambio. El conocimiento avanzado es hoy la base técnica fundamental de las relaciones de poder, como en un ayer todavía cercano lo fue la industria.

La quinta tendencia que retendremos en esta aproximación sumaria es, dentro del predominio global del capitalismo sin cuestionamientos de significación, *el poder del capital financiero*. El mismo parece crecer en la política nacional, en las relaciones internacionales y hasta en las maneras de pensar. La mercantilización en expansión de

las actividades sociales y su imbricación en las lógicas de la ganancia tienen lugar, puede decirse, como dominante financiera. Ello se refleja en la multiplicación de las actividades de las finanzas, en su directa incidencia en el manejo gubernamental de la economía, en las ganancias de los grandes bancos y las retribuciones de sus altos funcionarios, en el apoyo estatal que reciben cuando incurren en pérdidas generadas por su propia actividad especulativa (socialización de las pérdidas), en las acciones delictivas que cometen famosas instituciones financieras y en las moderadísimas sanciones que a lo sumo reciben.

Haber anotado las cinco tendencias arriba comentadas no implica que otras no tengan importancia, pero refleja la conjetura de que ellas son las más gravitantes, particularmente en su compleja interacción. El orden en que esas tendencias han sido consignadas, si bien podría haber sido otro, tiene cierta lógica. La sostenida expansión promedio de la producción sintoniza con la masiva aspiración a la expansión del consumo, que se refleja muy directamente en la solidez o debilidad de los gobiernos en función de las tasas de crecimiento y constituye así una condicionante económica mayor de la evolución política. Esa primera tendencia es la causa principal de la segunda, la acentuación del daño ambiental. La tercera tendencia, la que apunta al incremento de la desigualdad, tiene que ver sobre todo con la dispar distribución de los beneficios generados por la primera y también de los perjuicios causados por la segunda. Probablemente, la constatación de que no pocos logran mejorar rápidamente sus condiciones materiales de vida induce expectativas que, cuando en muchos casos no son satisfechas, dan lugar a reacciones drásticas de variado tenor. La cuarta tendencia, el peso creciente del conocimiento avanzado, es la causa principal de la expansión productiva y, por esa vía indirecta, de la problemática ecológica, en la que también incide más directamente a través de los perjuicios que generan actividades tecnológicamente sofisticadas, como la generación de energía nuclear. Además, esta cuarta tendencia tiene gran relevancia en la tercera, pues tiende a expandirse la desigualdad ligada al conocimiento. La quinta tendencia –que podría denominarse *financionalización*– propulsa el consumismo, hace (por ello mismo) más difícil la preservación ambiental, impulsa la desigualdad y, además, parece tener creciente control sobre qué conocimiento se genera y cómo se usa, de maneras que por cierto no fomentan la igualdad.

POSIBLES COLISIONES Y DESBORDES

Dos potenciales *escenarios de colisión* se reconocen en el horizonte. Desde hace ya muchos años, estudios variados y serios han puesto sobre el tapete la probabilidad nada menor de que la tendencia a la

degradación ambiental llegue a convertirse lisa y llanamente en catástrofe climática. Bastante antes irrumpió otro posible escenario de colisión, la catástrofe de una guerra nuclear. Semejante eventualidad, que en algún momento pareció bastante probable, no se ha desvanecido y hasta se ha hecho más amenazante. Aun así, conviene no perder de vista que haberla evitado durante más de setenta años no es algo que pudiera *a priori* darse por descontado ni que no haya implicado una expansión muy novedosa de las instituciones y regulaciones internacionales.

La posibilidad de una catástrofe climática realza la tensión que, como se discutirá con algo más de detalle en la próxima sección, constituye la más gravitante de las encrucijadas a las que se asoma la evolución de la humanidad. Son caminos que se bifurcan: el crecimiento económico como se ha conocido hasta el presente y la preservación ambiental. Esta última no puede ser minimizada sin deteriorar de manera mayúscula las condiciones de vida de la humanidad en su conjunto. Pero, por otro lado, es fortísima la aspiración a los beneficios que ofrece el crecimiento económico, al punto tal que en ese terreno se juega a menudo la continuidad de los regímenes políticos. Exagerando quizás no demasiado, cabría sintetizar esta encrucijada diciendo que la supervivencia de la humanidad exige medidas que hacen improbable la supervivencia de los gobiernos que las adopten.

Las tendencias anotadas antes son, en medida considerable, consecuencia de la afirmación del capitalismo basado en el conocimiento avanzado y sin mayores oposiciones a la vista. Esto ha llevado a lo que suele considerarse como el “desborde” del capitalismo. Tal fenómeno se registra en la extensión de las lógicas del funcionamiento capitalista –apropiación privada, mercantilización, las ganancias como principales incentivos, *financiarización*– a muy variados ámbitos de la sociedad, en el pasado condicionados más bien por lógicas diferentes. Varios analistas del capitalismo han subrayado que su funcionamiento eficiente requiere que ciertas actividades sociales relevantes estén regidas por pautas no propiamente capitalistas. Según Hodgson (2015), se trata de “impurezas” necesarias, cuya disolución perjudica gravemente al “sistema”. Cuando el poder del dinero rige sin obstáculos mayores en la política, la administración, la policía, la justicia, la comunicación, la educación o la salud, deviene bastante deficiente el funcionamiento de esos ámbitos y de otros que de ellos dependen, como la producción y comercialización de bienes y servicios. El desborde del capitalismo tiende a erosionar los cimientos no capitalistas, particularmente normativos, en los que el sistema se apoya.

Semejante “desborde” ha hecho reaparecer la contradicción entre democracia política y economía capitalista, que fue notoria antes de la

Segunda Guerra Mundial y se desdibujó en Occidente en tiempos de la Guerra Fría combinada con el auge de la producción y la distribución. El desborde del capitalismo puede convertir a esa contradicción en otra encrucijada. Quizás impulse la conversión de sistemas afines a la democracia liberal en combinaciones variadas de plutocracia y autocracia.

LA TENSIÓN DECISIVA

La “era dorada” del capitalismo occidental en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial generó gran prosperidad y, también, un serio agravamiento del deterioro ambiental vinculado en particular con el uso de productos químicos en la agricultura y con las emisiones de carbono. La cuestión solo devino relevante políticamente a partir de 1970 y aun así con dificultades para interesar a la mayoría de la población. En el curso de la globalización, la atención a las expectativas crecientes de mejores niveles de vida implicó por lo general que la protección ambiental tuviera menos prioridad que la continuidad del crecimiento económico (Kershaw, 2018).

ENTRE PRODUCCIÓN Y PROTECCIÓN

A comienzos del siglo XXI la mirada al futuro llegó a estar dominada por la amenaza del cambio climático. La Humanidad ha arribado a tamaña situación debido a la impresionante expansión de las actividades productivas que las aspiraciones de los seres humanos han estimulado y que el conocimiento científico y tecnológico ha posibilitado. Probablemente aquí está la cruz de los caminos: un momento de la historia en que las evoluciones posibles se hacen muy diferentes. Cabe así tomar como eje para escudriñar escenarios alternativos a la tensión entre producción y protección o entre crecimiento económico y degradación ambiental. En pocas palabras, las formas predominantes del crecimiento económico son incompatibles con la sustentabilidad, pero satisfacen en mayor o menor medida tan vastos intereses materiales que concitan amplios apoyos del poder político.

Tres aspectos de la mencionada tensión lucen tan evidentes como relevantes: (i) conciliar las dinámicas contrapuestas no es quizás imposible, pero seguramente muy difícil; (ii) ambas dinámicas son poderosas; (iii) la dinámica que lleva a la expansión de la producción aparece hoy predominando sobre la protección del ambiente.

Lo primero surge directamente del hecho conocido de que los países que más han mejorado las condiciones de existencia de su

población –en el sentido, por ejemplo, del desarrollo humano– son los que más impactos negativos han generado en el ambiente (Stewart, Ranis y Samman, 2018, p. 228). Por cierto, esos impactos ya están afectando directa y visiblemente la calidad de vida, pero tales perjuicios no han suscitado un cuestionamiento generalizado y mayoritario a las pautas prevalecientes de producción y consumo. Ello evidencia lo arraigado de tales pautas, así como las dificultades objetivas para modificarlas de modo tal de hacerlas compatibles con la protección del entorno natural.

No son pocos los cambios –en materia por ejemplo de regulaciones, tecnologías y costumbres– que dan cuenta del vigor de la preocupación ambiental y de los movimientos que la han puesto en los primeros lugares de la atención pública. Aún más notorio es el vigor de los impulsos a la expansión de la producción de bienes y servicios que, de maneras muy desparejas, viene cambiando rápidamente las condiciones materiales de vida de gran parte de la Humanidad, brindando a muchas personas posibilidades inéditas y muchísimas ocasiones para escapar de la pobreza abyecta. Ninguna de las dos dinámicas que configuran la tensión fundamental es débil.

Ahora bien, no solo es un hecho que hasta ahora la producción prevalece sobre la protección –el crecimiento sigue y el ambiente se degrada–, sino que además lo más probable es que tal pauta se mantenga en los tiempos por venir. Esta afirmación merece una justificación algo más pausada.

OPCIÓN DIFÍCIL

Si bien el crecimiento económico no garantiza en modo alguno la mejora de las condiciones materiales de vida de las mayorías, el decrecimiento económico casi siempre las empeora.

Conviene recordar que hace medio siglo estudios impulsados por el Club de Roma respaldaron la afirmación de que era imperioso un “alto al crecimiento” para evitar que el agotamiento de los recursos naturales llevara al mundo a una catástrofe. Frente al modelo que apuntaba en esa dirección, el equipo coordinado por Amílcar Herrera que elaboró el “Modelo Mundial Latinoamericano”, publicado en 1976 por primera vez, sostuvo que un manejo alternativo de los recursos materiales permitiría disponer de ellos en el grado necesario para atender el problema fundamental de las condiciones de vida de la gran mayoría de la gente, que hacían imperioso un sustancial incremento en varias dimensiones de la producción de bienes y servicios. En la revisión treinta años después de esa audaz alternativa latinoamericana, sus autores afirmaron que el Modelo Mundial Latinoamericano surgió “como respuesta a las corrientes de opinión que, sobre todo en

los países desarrollados, postulan que el problema fundamental que enfrenta la humanidad actual es el límite impuesto por el ambiente físico” (Herrera *et al.*, 2004, p. 45). Su tesis central fue “que la catástrofe ya en 1970 estaba instalada, dado que dos tercios de la humanidad se encontraban entonces sumergidos en la exclusión y la pobreza” (ibíd., p. 11). Por ejemplo, se llegó a estimar que de los 3.600 millones de habitantes del planeta en 1970, 2.060 carecían de viviendas adecuadas (ibíd., p. 118).

Hoy, no es el discutible agotamiento futuro de los recursos materiales, sino el indiscutible deterioro ambiental, lo que impone reconsiderar las pautas del crecimiento económico. Al igual que lo destacó ayer el equipo recién citado, lo que no se puede dejar de tener en cuenta es el tipo de vida que realmente padecen inmensos contingentes de seres humanos.

Es un hecho que el acelerado crecimiento de China, India y otros países durante las últimas décadas ha posibilitado la disminución de la pobreza para muchísima gente. Los gobiernos de los más variados signos ideológicos y regímenes políticos se ven en problemas cuando la producción se incrementa muy poco o retrocede; su margen de maniobra para la redistribución y las políticas sociales cae; aumentan los reclamos e insatisfacciones que deben manejar. Así, su legitimidad y aun su continuidad suelen asociarse de manera bastante directa con el crecimiento económico. Los gobiernos en general, y en particular los de los países mayores, invocan la prioridad del crecimiento en desmedro de las regulaciones acerca de la polución (Banerjee y Duflo, 2019). Se agrava, pues, la problemática ambiental y climática.

Hace tiempo que urge invertir el rumbo hacia...

la *alternativa* que se nos impone: la ética de la responsabilidad, que hoy, tras varios siglos de euforia posbaconiana, prometeica (en que también el marxismo tiene su origen), ha de poner freno al desbocado impulso hacia adelante. Dado que de otro modo sería la propia naturaleza la que lo hiciera poco más tarde y de una manera terriblemente más dura, esto no sería más que un dictado de la prudencia juiciosa unido a una simple consideración para con nuestros descendientes. (Jonas, 1995, p. 354)

La alternativa consistente en disminuir la producción –vale decir, en el decrecimiento económico– sería, salvo drástica alteración de la configuración actual del poder, causa directa del incremento de la pobreza y muy probablemente de la desigualdad. Implicaría en particular (como ya se destacó) la disminución de los recursos para las políticas sociales, incluyendo las que tienen que ver con la educación y la salud públicas, así como con la seguridad social. Serían pues

éticamente cuestionables y políticamente muy poco viables. Parece extremadamente difícil que se afronte satisfactoriamente la tensión entre crecimiento económico y sustentabilidad ambiental sin transformaciones profundas en las pautas prevalecientes de la producción, la distribución y el consumo.

Pero esas pautas son simplemente insostenibles por los niveles de deterioro ambiental que han venido generando, con probabilidades altas de desembocar en una catástrofe. Así, las mejoras incluso rápidas en ciertas dimensiones de la calidad de vida coexisten con retrocesos notorios en otras dimensiones, como las ligadas a la contaminación, impresionantes en ciertos lugares y comprobables en el mundo en su conjunto. Si las previsiones de los equipos científicos internacionales que analizan el cambio climático se confirman, entonces los retrocesos tenderán a primar sobre los avances. Ya antes del desencadenamiento de la pandemia 2020, *The Economist* pronosticaba que el mundo de 2050 será, en términos de su PBI, más pobre que el actual.

Para buscar nuevos rumbos son claras las razones generales, pero encontrarlos es cuestión ética y políticamente complicada. Constelaciones diversas de intereses más o menos legítimos lo dificultan.

Los problemas de índole ambiental son muy variados. Algunos tienen carácter concentrado, en el sentido espacial y porque afectan considerablemente a grupos bien definidos. Grupos que tienen, pues, intereses inmediatos en que tales problemas sean resueltos y suelen actuar en tal sentido, a menudo respaldando soluciones viables de tipo localizado. Pero el calentamiento de la atmósfera y el consiguiente perjuicio climático tienen un carácter global, el cual, entre otras cosas, implica que medidas locales tienen mínimo impacto.

Mucha gente cree firmemente que las amenazas ambientales y climáticas son serias y urgentes. Sin embargo, los incentivos materiales inmediatos para que actores privados –en especial individuos por sí mismos o grupos más o menos pequeños– se involucren en los cambios requeridos son en general muy débiles: exigen esfuerzos y gastos concretos que difícilmente redunden en beneficios perceptibles. La contribución de una pequeña ciudad o empresa al calentamiento global puede bajar mucho en términos relativos, pero pasar casi desapercibida tanto en términos absolutos como en los efectos beneficiosos para quienes afrontaron los costos. Así, una más o menos difusa corriente de opinión tiene serias dificultades para construir poder organizado en pro de cambios.

Por el contrario, una poderosa alianza de hacedores de políticas y empresas se opone a transformaciones sustantivas (Geels, 2014, p. 27). Cuentan con el apoyo de la sorprendente cantidad de gente que niega

la realidad del cambio climático. En el Sur y en el Norte la oposición a los cambios de fondo se ve alimentada por las urgencias del crecimiento económico para salir de la pobreza y llegar a la prosperidad.

¿Por qué un grupo o un pequeño país impulsarán reglamentaciones ambientales estrictas que pueden afectar su economía en formas inmediatas y tangibles mientras que sus efectos favorables son casi imperceptibles? Como parece mostrarlo la experiencia, ello acontece por lo general cuando los involucrados combinan alto nivel educativo, que les hace captar mejor los riesgos a largo plazo, con una situación material comparativamente buena que les da margen para restringirla sin mayores penurias. Pero gente con poca formación y escasas oportunidades laborales, si estas se restringen por ejemplo a las que ofrece una mina de carbón próxima, es probable que defiendan la continuidad de su producción, optando por empleos que hoy solucionan los problemas de su familia a cambio de daños presuntos mañana.

Los sectores pobres necesitan ingresos sin demoras. Frecuentemente no tienen alternativas para conseguirlos que no sean trabajar en actividades contaminantes e incluso respaldar su expansión. A la inversa, cuando formas de la polución afectan directamente a ciertos grupos postergados, estos no suelen tener las capacidades organizacionales requeridas para enfrentar a las empresas y gobiernos responsables de tales perjuicios; frecuentemente disponen aún menos de apoyos con capacidades cognitivas para discutir con expertos que defienden los puntos de vista empresariales y gubernamentales. Por lo general, los sectores postergados precisan con urgencia acceder a ciertos resultados de la producción (en particular, salarios), no pueden esperar a que tengan lugar cambios en las pautas productivas, tienen débiles capacidades para apoyarlos. Ante la tensión decisiva entre expandir la producción en sus formas realmente existentes y priorizar la protección ambiental, los intereses directos e inmediatos de los sectores menos privilegiados los llevan frecuentemente a respaldar la primera alternativa frente a la segunda. Para superar esa tensión de manera que atienda a razones generales y a intereses materiales de plazo largo o aun mediano, haría falta producir mejores bienes y servicios para los muchos con menor uso de recursos naturales y mayores controles ambientales.

Para grandes masas de gente muy pobre, cuyos recuerdos familiares se engarzan en historias de miseria que contrastan con la relativa mejora asociada al reciente crecimiento económico acelerado, ¿cuál es la opción previsible entre fomento a la producción y protección del ambiente?

El incremento durante las últimas décadas de la producción de bienes y servicios ha sido muy notable. Así, varios aspectos de las

condiciones materiales de vida de mucha gente han mejorado apreciablemente. Ciertos procesos vinculados de largo plazo se han acelerado, como la disminución de la miseria. Mucha gente ha experimentado pues algún tipo de avance material y/o tiene expectativas de experimentarlo y/o desea que sea mucho mayor, al tiempo que teme que eventuales caídas del crecimiento económico conduzcan a sustituir avances por retrocesos. Las expectativas se multiplican porque la multiplicación de las formas de comunicación hace por demás notorios tanto los altos niveles de consumo de los sectores privilegiados como las inmensas distancias que en la materia los separan incluso de la mayor parte de los que no son pobres.

Por consiguiente, conviene volver a subrayar que el crecimiento económico es clave fundamental para la legitimidad política con estabilidad gubernamental para casi cualquier régimen, sea una democracia más o menos defectuosa o algún tipo de autoritarismo. Una amplia gama de políticas públicas suele pues subordinarse a las recomendaciones habituales para fomentar el crecimiento. Eso, sin embargo, no implica que se tenga éxito; destacados economistas afirman que la incertidumbre respecto a tales recomendaciones es la única lección clara de las últimas décadas en materia de crecimiento (Banerjee y Duflo, 2019). En cualquier caso, mucha gente piensa que la mejora de la calidad de vida depende altamente del crecimiento económico. Así lo afirma la mayoría de los discursos políticos. Semejante apreciación ocupa un lugar destacado en las ideologías prevalecientes en esta época. La economía, la política y la ideología apuntan pues a reforzar las pautas habituales de la producción, la distribución y el consumo.

Si la primera afirmación de esta sección es que la tensión entre producción y protección es un condicionante mayor de los futuros posibles, la segunda afirmación es que, si esa tensión se plantea como contraposición, según tiende a hacerlo, entonces parece un dato de la realidad que el reclamo social en pro de mayor producción prevalece en principio sobre el reclamo ecológico de protección ambiental.

Para posibilitar tanto una mejor y menos despareja atención a las necesidades colectivas como una mejor protección del entorno natural, hacen falta profundas transformaciones en las formas predominantes de la producción, las cuales requieren, a su vez, otras no menos profundas en las maneras prevalecientes de generar y usar conocimiento. Por aquí se llega a una de las cuestiones centrales para escudriñar futuros posibles y tratar de construir algunos más atrayentes que los que se dibujan en el horizonte. Las prioridades de la investigación y del uso de sus resultados están mayormente configuradas, en última instancia, por las demandas de quienes pueden financiarlas. En consecuencia, la contribución a la expansión y diversificación de

la producción de bienes y servicios con alta demanda de mercado es la principal entre las fuerzas que orientan la creación y utilización de conocimiento avanzado.

En suma, la tensión decisiva de la época es asunto de poder y conocimiento.

UN ESCENARIO TENDENCIAL QUE HUNDIRÍA SUS PROPIOS CIMIENTOS

AL DECRECIMIENTO POR EL CRECIMIENTO

En el lenguaje de las discusiones prospectivas, el escenario tendencial no es, en sentido estricto, el más probable, sino el que se configuraría si las principales tendencias puestas de manifiesto en el análisis siguieran predominando y desplegándose como hasta ahora. Las configuraciones predominantes de las relaciones capitalistas y el uso del conocimiento están bloqueando las transiciones a la sustentabilidad. En ese entendido, lo argumentado antes puede reformularse diciendo que el escenario tendencial se caracteriza por la continua centralidad del crecimiento económico signado por pautas de producción y consumo sin alteraciones mayores con respecto a las actuales, con la consiguiente continuidad, asimismo, del deterioro ecológico. En breve, el escenario tendencial es que predomine la producción en la tensión que la opone a la protección ambiental.

Ahora bien, ¿hasta cuándo puede extenderse tal predominio? No corresponde hacer aquí pronósticos a ese respecto, pues el alegado ingreso al Antropoceno –como nuevo período en la historia de la Tierra en el cual las actividades humanas pasan a tener incidencia mayor en la geología y en la biósfera– ha sido caracterizado como un salto a lo desconocido. Sin desmedro de ello, parece haber cierto consenso entre los estudiosos del tema que lleva a prever fenómenos altamente disruptivos. Entre ellos se mencionan la reiteración de olas de calor hasta hace muy poco sin precedentes, la multiplicación de “súper tormentas”, los rendimientos decrecientes de las cosechas y las subas del nivel del mar hasta el punto que algunos países podrían simplemente desaparecer. En suma, este escenario agravaría el deterioro ambiental e impulsaría su conjugación con otros procesos perjudiciales, hasta un punto tal en que se pasaría –incluso con ese indicador tan insatisfactorio que es el PBI– del crecimiento al decrecimiento de la producción de bienes y servicios, quizás de manera catastrófica.

Para considerar las perspectivas del mencionado “escenario tendencial”, una cuestión importante es si la tecnología permitirá un manejo bastante satisfactorio de la tensión decisiva. Vale decir, ¿podrá una constelación de cambios técnicos posibilitar que los niveles de la

producción, así como las pautas de la distribución y el consumo, no experimenten alteraciones mayores a la vez que se conjuran las máximas amenazas ambientales y climáticas? Las respuestas no son unánimes. Sin embargo –hasta donde quien esto escribe puede analizarlas, que es poco–, parece sensato asumir que no hay remedio puramente tecnológico a la disyuntiva que la Humanidad tiene planteada. Más específicamente, como sostienen Banerjee y Duflo (2019), aun con avances tecnológicos sustantivos y llegando a prescindir por completo del carbón, si no se progresa hacia modalidades más sustentables de consumo, el crecimiento económico del futuro tendrá gran impacto en el cambio climático.

Los intereses materiales y las dinámicas políticas que respaldan las formas poco sustentables de consumir y producir hacen difícil lograr acuerdos significativos para afrontar el peligro climático. Cabe pues incluir en el escenario tendencial lo que ya está pasando, o sea, que no se obtienen compromisos internacionales de envergadura suficiente para revertir los daños ambientales.

En tales hipótesis, la transición que realmente tendría lugar no sería hacia la sustentabilidad, sino hacia el agravamiento cualitativamente distinto y mucho mayor de los ya considerables perjuicios de índole ecológica. Un balance que tenga en cuenta no solo lo que se produce, sino también lo que, en el proceso, se deteriora y destruye en materia de recursos naturales, que ya es negativo, lo sería cada vez más. Se aceleraría así un giro, cuyo inicio ya puede detectarse, de las realidades y las expectativas de una creciente prosperidad hacia lo contrario.

Paralelamente, la multiplicación prevista de eventos dañinos ligados al cambio climático demandaría una proporción creciente de recursos decrecientes. El apoyo a los sectores afectados por fenómenos perjudiciales y las políticas sociales en general tenderían a debilitarse. En semejante contexto, la intensidad y la frecuencia de los conflictos también se acelerarían.

Si hoy (y a menos de pandemias recurrentes) lo más probable parece ser la preponderancia del crecimiento económico “más usual” por sobre la protección ambiental, en un mañana impreciso pero difícilmente lejano la *insustentabilidad* ambiental impulsará procesos que harán improbable la continuidad de ese crecimiento. En ese sentido, puede aventurarse que estamos ante un escenario tendencial que llegará más o menos pronto a desvirtuar su característica definitoria. Si ello tuviera lugar, mutaciones sociales mayores son de esperar. Más abajo se prestará atención especial a sus dimensiones políticas.

Antes cabe recapitular provisionalmente lo argumentado en esta sección anotando, sin hacer juegos de palabras, que el escenario tendencial tendería a bloquearse a sí mismo.

TIEMPOS DE CONFRONTACIONES

Esquematisando mucho, si el crecimiento económico y el incremento de los niveles materiales de vida de considerables grupos humanos legitiman las configuraciones de poder político existentes, el eventual decrecimiento económico acompañado de fenómenos tan negativos como los recién evocados puede generar olas de insatisfacción y conflictos que pongan en cuestión a los regímenes prevalecientes. Las protestas masivas que se desplegaron en varias partes del planeta durante 2019 resultarían quizás pequeñas por comparación. Ellas y las reacciones de los sectores dominantes alimentarían confrontaciones generalizadas que tal vez desemboquen en una era de mutaciones sociales mayores y difíciles de anticipar.

Mientras tales mutaciones no trastocuen el tablero del poder en su conjunto, sería probable incluso que el escenario tendencial desembocara en otro signado por el afianzamiento, en lo que hace a ese tablero, de ciertos fenómenos ya notorios al presente y muy perjudiciales.

¿Cómo será un mundo en el que la proporción de la población con expectativas optimistas respecto al crecimiento económico sea significativamente menor que la actual? En una primera instancia, al menos, podría acelerarse un giro a derecha ideológico y político apuntalado por el poder militar.

La desesperanza relativa en lo que hace a las posibilidades de mejorar los niveles de vida podría alimentar las evoluciones ideológicas que apuntan al ya tan notorio fortalecimiento de los fundamentalismos, sean de signo musulmán, cristiano, hindú u otro cualquiera. Fundamentalismos varios ya constituyen rasgos definitorios de las configuraciones dominantes del poder en unos cuantos países y pelean por afirmar su control en algunos de los más influyentes, incluyendo Estados Unidos y la India.

La multiplicación de conflictos, que seguramente acompañaría al decrecimiento económico y al agravamiento de la problemática ambiental, podría robustecer la evolución en curso hacia el autoritarismo. La conflictividad entretejida con desesperanza y confusión suele derivar en gobiernos de un hombre fuerte.

En el apogeo de la globalización, era habitual creer que el capitalismo convertiría a los países del antiguo socialismo real en discípulos de los Estados Unidos de Clinton. Para muchos, en el Oeste la referencia es hoy la China de Xi Jinping.

Una combinación de fundamentalismo religioso, autoritarismo político y protagonismo militar, ejemplificada por el proyecto que impulsa Bolsonaro en Brasil, constituye la versión extrema del escenario “acelerando hacia la derecha” que se viene esbozando en los últimos párrafos.

En tal escenario también se aceleraría la expansión de lo que Zuboff (2018) ha descrito como “capitalismo de vigilancia”. El afianzamiento del autoritarismo y el uso de las tecnologías de la información –la inteligencia artificial en especial– para el control de la población se alimentan mutuamente, ejemplificando dramáticamente las interacciones entre poder organizacional y poder tecnológico.

Podría parecer evidente que, si ese tipo de marcha hacia la derecha caracterizara parte significativa de la realidad, no habría demasiado lugar para el optimismo respecto a la promoción desde arriba de la generación y uso de tecnologías amistosas con el ambiente. Pero la cuestión merece algo más de atención. No tiene por qué ser válido en general que las élites reaccionarias menosprecien la protección de la naturaleza, y menos cuando no hacerlo las afectará también a ellas. No son pocos los que creen que férreas dictaduras con vocación ecológica constituyen la única manera de salvar al planeta de la catástrofe climática. Aquí la ideología parece ser especialmente gravitante. El gobierno chino puede tener poderosos motivos económicos y políticos para postergar preocupaciones ecológicas, pero su ideología manifiesta no los impulsa a esto último. En cambio, Trump y sus émulos han construido una parte no pequeña de su poder mediante la denuncia de las élites liberales, cosmopolitas e ilustradas que proclaman su aprecio por la ciencia: halagaron la añeja tradición fundamentalista estadounidense de denuncia de la teoría darwiniana de la evolución y la extendieron a “la falsa ciencia del cambio climático”, con lo que afinaron su sintonía con sectores empresariales y de trabajadores vinculados a la energía del carbón y del petróleo, así como, más en general, con grupos y personas cuyos intereses se ligan a actividades contaminantes. Por razones como las evocadas y otras, entre los gobiernos autoritarios, a medida que los daños ambientales se multipliquen, podría configurarse alguna divisoria significativa en lo que hace a la sustentabilidad. Sin desmedro de ello, todos esos gobiernos tratarán seguramente con dureza las reivindicaciones ecológicas que provengan de la sociedad civil. Y, dada la magnitud de las transformaciones requeridas para afrontar con posibilidades de éxito la amenaza climática, es de temer que en todos los casos las medidas relacionadas sean altamente insuficientes o por lo menos tardías.

Por cierto, en un contexto de menor disponibilidad de recursos materiales, problemas sociales al alza, limitación de libertades para el accionar autónomo de la sociedad civil y consolidación del autoritarismo, el incremento de la desigualdad durante el siglo XXI –que con tanta repercusión predijo Piketty (2014)– tendría abundante corroboración en los hechos.

En otras palabras, el escenario tendencial agravaría considerablemente la *insustentabilidad*, la desigualdad y la *desdemocratización*.

La aceleración del giro a la derecha que podría configurarse a partir del escenario tendencial muy probablemente impulsaría el desplazamiento del centro de gravedad en el capitalismo desde el poder de mercado al poder político del clientelismo y las conexiones adecuadas. Eso supondría el vigoroso retorno del viejo capitalismo político, lo que por cierto no implicaría novedades para la Rusia de Putin o para varios otros países (Milanovic, 2019). Ese tipo de capitalismo fue denunciado por Adam Smith y estudiado por Max Weber, caracterizándolo justamente por el uso del poder político para obtener beneficios económicos.

Milanovic (2019) recuerda la caracterización de Weber, subraya que en tal régimen se necesita crecimiento para mantener legitimidad y sostiene que dos rasgos caracterizan al capitalismo político exitoso actual: la presencia de una burocracia eficiente, cuyo reclutamiento meritocrático la convierte en una tecnocracia (como lo ejemplificarían China, Malasia, Singapur y Vietnam), y la ausencia de un marco legal restrictivo (p. 91). Las élites no tienen un carácter solo burocrático: estructuradas en “clanes político empresariales” constituyen una “clase político-capitalista” (que también ha sido denominada “clase cuadro-capitalista”). La corrupción de semejante régimen es endémica. El régimen tiene que ser, de derecho o de hecho, de partido único. El mayor atractivo del capitalismo político es su éxito económico, lo que hace de China el país cuyas instituciones económicas y políticas son imitadas por otros, poniendo en tela de juicio la frecuente asociación entre capitalismo y democracia liberal (ibíd., 94, 96, 116, 121, 9)

El capitalismo político en tanto modalidad de regir la economía supone de por sí una alta cuota de autoritarismo gubernamental. Ella podría acentuarse si los regímenes existentes debieran afrontar cuestionamientos múltiples. La concentración del poder político suele ir acompañada, cuando los enfrentamientos se arremolinan y la falta de certidumbres signa el panorama, por su personalización. En esa dirección han avanzado mucho Rusia, Turquía, Filipinas y otros países. En la misma vía se han registrado avances indudables, aunque su destino sea más o menos incierto, en China, India, Brasil y Estados Unidos. El autoritarismo personalizado podría ser un segundo rasgo mayor –junto a la afirmación del “capitalismo político”– del modelo que quizás devenga dominante en un mundo convulsionado por la combinación del deterioro ambiental con el retroceso económico.

Como se discute en el texto recién citado y dado el contexto que se asume –el capitalismo actuando sin rivales y con el predominio ideológico de las aspiraciones al enriquecimiento individual–, un

reforzamiento del capitalismo político podría conducir a la integración de las élites propias de las distintas formas de poder en esencialmente una única élite. Semejante proceso se podría estar configurando a lo largo de dos caminos distintos: en el capitalismo liberal la ruta de la plutocracia significa que el poder económico es usado para conquistar poder político, mientras que este último es usado en el capitalismo político para conquistar poder económico (Milanovic, 2019, p. 217).

Hace bastante más de medio siglo, Wright Mills (1956 [1973]) sostuvo que en los Estados Unidos de los años cincuenta las cumbres del poder político, económico y militar estaban confluyendo en una unificada “élite del poder”, que en particular moldeaba los ámbitos donde se configuran las ideologías, como las familias, las iglesias y el sistema educativo. Esa tesis, tan cuestionada en su época, podría tener mayor vigencia en la que se anuncia. Quizás, tanto en Estados Unidos como en China, si bien en grados y modalidades diferentes, las élites económicas, políticas, militares e ideológicas lleguen a tener intereses comunes y actividades compartidas a tal punto que corresponda considerarlas como fracciones de una élite unificada del poder.

Pero, antes o después de esa eventual unificación de las élites, se transitaría del crecimiento al decrecimiento económico en la marcha hacia una inmensa crisis social

Recapitulando, se ha esbozado lo que podría consistir un escenario tendencial caracterizado por el predominio del imperativo del crecimiento económico sobre el de la protección ambiental, y se ha conjeturado que podría trastocarse al hacer inviable la continuidad del crecimiento. En tal escenario, ciertos desafíos mayores resultarían agravados y se asistiría a una sustantiva concentración del poder distributivo. Las dinámicas involucradas apuntan a una catástrofe ecológica inmersa en una serie de agudos conflictos; el poder colectivo de gran parte de las principales organizaciones y de la Humanidad en su conjunto caería abruptamente. En tales hipótesis luce improbable un grado apreciable de estabilidad en las relaciones sociales; variadas mutaciones habrían gestado un mundo imposible de anticipar, pero seguramente muy distinto del de hoy. El escenario tendencial desembocaría en una transformación de sociedad.

SOBRE LAS DIMENSIONES IDEOLÓGICAS DEL ESCENARIO TENDENCIAL

El escenario tendencial tiene como cimiento principal el dominio global del capitalismo que, como tal, no tiene por delante oposiciones de algún vigor. Conviene detenerse brevemente en sus aspectos ideológicos y en las conexiones de los mismos con las otras dimensiones del poder que aquí se consideran especialmente.

Milanovic (2019) sostiene que el no cuestionado dominio del capitalismo como modo de producción tiene como contrapartida la tampoco cuestionada ideología de que ganar dinero es no solo un objetivo respetable, sino el más importante en la vida de la gente (p. 3). La segunda afirmación, aunque bastante menos sólida empíricamente que la primera, merece atención. Para examinarla, la reformulamos a la baja como la conjetura de que ganar dinero es el eje de la ideología asociada a la sociedad capitalista del conocimiento. Seguramente tiene gran gravitación, pero su énfasis en lo individual la hace probablemente insuficiente para desempeñar el papel sugerido. En Estados Unidos parece complementarse en especial con el liberalismo cosmopolita o con una combinación de chovinismo y fundamentalismo. En China, con un nacionalismo de imperio en plena resurrección.

Estados Unidos, ejemplo por antonomasia de la sociedad capitalista del conocimiento –como Inglaterra lo era para Marx de la sociedad burguesa industrial–, sigue siendo la primera potencia del mundo. La segunda, China, también es realmente capitalista. “La Noruega capitalista tiene más empresas públicas que la China socialista. Y en términos de PIB, el porcentaje de gasto público de Suecia es el doble que el de China” (Westad, 2018, p. 645). El resurgente Imperio del Centro va camino rápidamente a tener en el conocimiento avanzado su base fundamental. Parecería que Estados Unidos está en transición política de la poliarquía a la plutocracia, mientras que ideológicamente el liberalismo retrocede ante el fundamentalismo chovinista. Por su parte, China luce en reafirmación imperial, al presente como capitalismo monocrático nacionalista, por ahora muy exitosa combinación de poder económico, político e ideológico que fomenta una rápida expansión del poder militar y, en general, de la base cognitiva avanzada del poder.

En cualquier caso, corresponde subrayar el vínculo entre el dominio escasamente cuestionado del capitalismo y la ideología que prioriza la ganancia individual. Hablando de América Latina, pero seguramente con vigencia aún mucho más amplia, Calderón y Castells (2019) sostienen que el individualismo es impulsado por procesos como “la fragmentación del hábitat metropolitano; la individualización de las relaciones laborales; la emergencia de una sociedad en red a partir de la conexión de personas en redes digitales” (pp. 275-276). Ello realza la importancia de la ganancia, pues la “atomización social creciente es reforzada por [...] la ideología neoliberal, que legitima al mercado y a la lógica de la ganancia y la acumulación personal por encima de cualquier valor colectivo” (ibíd., p. 276). El éxito en ese terreno se evidencia en el consumismo que, a su vez, condiciona la “satisfacción de aspiraciones personales en la medida en que el éxito en la vida se

materializa en el acceso a bienes y servicios deseados, en una espiral inacabable” (ibíd., p. 276). Así se promueve la competitividad propia del capitalismo, como lo destaca el enfoque de Milanovic antes evocado. En un mundo de consumo conspicuo que la flagrante desigualdad permite solo a minorías, la ideología que prioriza la ganancia individual alimenta la violencia:

La competitividad al servicio del consumismo como pauta de conducta tiene una derivación de extraordinaria importancia: la violencia cotidiana, porque hay una contradicción entre el deseo expansivo de consumir y la realidad de los escasos recursos con que cuenta la mayoría de la población. (Ibíd., p. 276)

De este modo, rasgos ideológicos relevantes del “escenario tendencial” apuntan también a poner en entredicho su continuidad.

Ahora bien, en el terreno de los valores propios de tal escenario cabría incluir además el nacionalismo exacerbado, el cual ya tiene hoy en día amplísima presencia y que la historia muestra como recurso frecuente de regímenes en dificultades que apuestan a soluciones autoritarias. Gobernantes ultranacionalistas o directamente chovinistas se ubican hoy al tope de Estados tan variados y poderosos como Estados Unidos, China, India, Rusia, Brasil o Gran Bretaña.

El panorama esbozado recién sería también conflictivo en la dimensión geopolítica. Las reacciones nacionalistas a tiempos económicos difíciles suelen apuntar en esa dirección. Ya el régimen de Trump ha afectado sensiblemente la estructura de acuerdos internacionales entre las potencias mayores y medias. La problemática ambiental en sus múltiples variantes tiende de por sí a multiplicar los asuntos contenciosos a escala global.

Así pues, una caracterización revisada del “escenario tendencial” podría plantearse sumariamente en lo económico, político e ideológico como la combinación, bastante conflictiva a escala global, del capitalismo político, el autoritarismo personalizado y el nacionalismo exacerbado. Sus especímenes tecnológicamente más poderosos serían variantes de la sociedad capitalista del conocimiento, con una dimensión especialmente cultivada del ya mencionado “capitalismo de vigilancia”: se trata del uso de las más avanzadas variantes de las TICs y la inteligencia artificial para acceder a los datos personales más diversos, que pueden ser usados para fines comerciales y sobre todo para el control de la población que, en un contexto conflictivo, poco pluralista y muy autoritario, adquiriría relevancia mayor. El despotismo tendría un cimiento tecnológico sin parangón histórico. Se trata, en su conjunto, de un escenario distópico que ya China permite contemplar.

Recapitulando, el capitalismo crecientemente descontrolado afirmó su predominio a escala mundial prácticamente sin rivales desde fines del siglo XX; alimenta su expansión una bastante generalizada y muy gravitante aspiración al enriquecimiento; la misma se manifiesta por canales más o menos legales o directamente ilegales, estos últimos ligados en especial al auge de la economía criminal organizada. Se configura así el escenario tendencial en el cual la multiplicación de las actividades productivas da lugar tanto a cada vez más graves problemas ambientales como a cierta altura a la clara disminución de la producción neta. El consiguiente deterioro de los niveles de vida de mucha gente multiplica los conflictos sociales, las actividades ilícitas y las violencias varias; la reacción ante todo ello de los poderes existentes podría acelerar el tránsito del capitalismo neoliberal al capitalismo autoritario.

Un panorama afín a lo recién descrito podría hacerse realidad –vale la pena señalarlo una vez más– si la protección ambiental resulta derrotada en la contraposición con el incremento de la producción. En tal caso, el panorama del capitalismo occidental globalizado a dominante neoliberal del año 2000 sería por lo menos tan diferente del escenario resultante para el futuro como el capitalismo liberal de la *Belle Époque*, global y expansivo, lo fue del Oeste de la década de 1930, signada por la depresión económica, la proliferación de regímenes autoritarios y la conflictividad generalizada que desembocó en la Segunda Guerra Mundial.

Cabe notar que el conjeturado auge del autoritarismo personalizado no implica necesariamente el incremento del poder del Estado en su conjunto, sino tan solo de su poder despótico, que probablemente iría de la mano del debilitamiento de su poder infraestructural (entendido como la capacidad de incidir profundamente en el funcionamiento de la sociedad). En un contexto de producción efectiva a la baja y de problemas ambientales al alza, un sentimiento colectivo de “sálvese quien pueda” a través de alternativas localizadas podría fomentar una suerte de neofeudalismo, más que una eficaz centralización a gran escala.

En suma, si algo parecido al escenario descrito se concreta, balizará la ruta hacia la decadencia ambiental y social. Si el conjunto de cambios apuntados no supone una mutación o transformación de sociedad, no está lejos.

LA MUTACIÓN DE SOCIEDAD RETORNA A ESCENA

La conclusión de la sección precedente constituye una primera justificación de la hipótesis que da su título a esta. El escenario de pesadilla antes esbozado no necesariamente se hará realidad, por cierto. Pero

incluso versiones atenuadas y parciales del mismo traerían consigo cambios profundos. Si realmente hemos entrado en el Antropoceno, en tanto período nuevo en la evolución del planeta que se caracteriza por el impacto considerable de las actividades humanas en la biósfera, las tendencias predominantes difícilmente podrían seguir actuando como hasta ahora.

¿UNA NUEVA ETAPA DE LA HISTORIA?

Si se ingresa a un período de duradera disminución anual del PBI en la mayor parte de las regiones, aun dejando de lado los fenómenos que podrían acompañar esa disminución, según se sugirió en la sección anterior, el mundo se verá trastocado. Las aspiraciones y valoraciones centradas en el éxito económico individual evidenciado por el consumo al alza chocarán con la realidad de la prosperidad a la baja. Buena parte de los gobiernos tambalearán. Los conflictos distributivos pasarán a niveles mucho más altos de encono y aun de violencia abierta. Una etapa larga en la historia de la Humanidad habría concluido. Hace más de doscientos años apareció en un rincón de la Europa del Noroeste, junto con la industrialización, el llamado crecimiento económico moderno. La aspiración a alcanzarlo se extendió a todo el planeta y, en buena medida, también el logro efectivo de semejante propósito, como lo ejemplifica la impresionante industrialización de gran parte del Asia durante las últimas décadas.

Más allá de conjeturas prospectivas, la transición relativamente rápida de un mundo caracterizado por el crecimiento económico alto –sobre todo por comparación con toda la historia anterior– y el incremento de la prosperidad en sectores bastante grandes de la población a otro mundo caracterizado por el estancamiento (o aun por la permanente depresión económica combinada con el deterioro ambiental) significará, sin duda, una transformación de la sociedad.

Si nada menos que lo antes evocado puede que suceda en el caso de que la protección ambiental pierda la partida, nada menos que algo de signo totalmente opuesto, pero de similar o mayor envergadura en materia de profundidad de los cambios involucrados, es necesario para evitar la catástrofe climática. En suma, sea como sea que evolucione la tensión decisiva entre producción y protección, cabe conjeturar que asistimos a la reaparición en la agenda colectiva de la transformación de la sociedad.

La que se levanta hacia el futuro tiene otro signo, pero quizás consecuencias no menos profundas que la transformación asociada al advenimiento y difusión de la industria moderna.

En una perspectiva comparable, destacados estudiosos de las interacciones entre cambios técnicos y cambios sociales hablan de la

“Primera y la Segunda Transición Profunda”. La primera designa la transformación, desplegada a lo largo de los últimos dos siglos y medio, de una sociedad de base agraria a una sociedad de base industrial y científica. La segunda transición de profundidad comparable es la que tendría que tener lugar para poder afrontar los problemas fundamentales de nuestra época. La Primera Transición Profunda alimentó el doble desafío de la degradación ambiental y la desigualdad social, ante el cual la Segunda Transición Profunda podría emerger como respuesta (Schot y Langer, 2018). En esta perspectiva, la desigualdad es un desafío a la altura de la problemática ambiental y climática. Ambas (re)plantean la cuestión de una transformación de sociedad deliberada y deseable. La “Segunda Transición Profunda” supondría la concreción de un escenario sustancialmente opuesto al escenario tendencial previamente discutido. Como transformación de sociedad sería no menos grande y probablemente bastante más.

Aquí no se tiene la pretensión –ni tampoco la capacidad– de abordar un enfoque prospectivo refinado, que considere una variedad de escenarios distintos. Atendiendo a la tensión decisiva, se considerará como “escenario alternativo” al conjunto de todas las posibilidades en las que no se configura el “escenario tendencial”, se llegue o no a configurar una “Segunda Transición Profunda”. O sea, el escenario alternativo se caracteriza porque la protección ambiental no es subordinada a los imperativos del crecimiento económico tal como predomina en el mundo de hoy. ¿Cuáles son sus requisitos mínimos de viabilidad?

Algunos problemas ambientales destacados en los años setenta y ochenta han sido bastante bien manejados con cambios incrementales a tecnologías más limpias, pero los problemas actuales requieren transformaciones a mucha mayor escala (Geels, 2010, p. 495). Y ello particularmente en relación con los sistemas socio-técnicos de provisión de alimentos, energía, uso de materiales, cuidado de la salud (Schot y Steinmueller, 2016, p. 16).

En otras palabras, encarar el desafío ambiental y climático con perspectivas no insignificantes de éxito supone una constelación de cambios sociales y tecnológicos en diversos ámbitos que incluyen los sistemas que proveen a las necesidades fundamentales de los seres humanos. Ello exigiría esfuerzos económicos y convergencias políticas de gran amplitud. Habría que alterar, sostenida y gradualmente, las formas y las medidas en que se atienden a los diversos intereses materiales. Se trataría de superar las oposiciones de ciertos grupos privilegiados a quienes benefician actividades contrarias al interés general, de ofrecer alternativas a sectores no privilegiados que dependen de actividades semejantes, de transitar hacia formas productivas ambientalmente sustentables que brinden a las mayorías postergadas

bienes y servicios por lo menos equivalentes a los que les proporciona hoy el crecimiento económico como lo hemos conocido. Solo compromisos de amplio espectro, hoy ausentes, podrían generar confianza extendida e involucramientos significativos en los procesos de cambio. Estos últimos tendrán que ser, pues, muy profundos no solo a nivel económico y político, sino también ideológico. Si la afirmación del escenario tendencial apunta a una mutación de sociedad, su reversión parecería demandar una transformación, por cierto, muy distinta, pero de envergadura comparable. En uno u otro caso, cabe conjeturar que el mundo después de 2040 o 2050 será bien distinto del de antes del 2020.

Arnold Toynbee describió y ejemplificó los procesos de desafío-y-respuesta como un mecanismo general de cambio social. Modificaciones en el entorno natural y social de ciertos grupos humanos pueden constituir desafíos tales para sus formas habituales de vivir que para sobrevivir deben alterarlas profundamente. En su visión, un cambio ambiental puede vincularse a la emergencia misma de ciertas civilizaciones. Su argumentación –aparentemente confirmada en alguna medida por la historiografía posterior– es que una tendencia secular a la multiplicación de las sequías en una región que comprendía Egipto y Mesopotamia podría haber impulsado la agricultura de regadío posibilitada por grandes innovaciones sociales y tecnológicas. El clima fue el primer gran “marcapasos” del cambio en la evolución de la Humanidad, que desde hace unos diez mil años vive en el período cálido abierto tras el final de la última glaciación, (Roberts, 2002, pp. 4-5). Probablemente los historiadores del futuro presten gran atención a las mutaciones inducidas por las respuestas (o falta de respuestas) a los desafíos contemporáneos del cambio climático y de los procesos vinculados.

En cualquier caso, la cuestión de la transformación de la sociedad, que hace tres décadas pareció eliminada de la agenda de la Humanidad, ha vuelto a ella. La acompaña un interrogante espinoso, formulado de alguna manera por el enfoque prospectivo a los enfoques teórico y fáctico; tal interrogante da su título a lo que sigue.

¿CÓMO CAMBIAN LAS SOCIEDADES?

Plantear la pregunta no implica saber la respuesta, sino tan solo subrayar la renovada centralidad de la cuestión. Recientemente se ha planteado una pequeña discusión acerca de si la crisis del coronavirus desembocará en un “comunismo renovado” o, como parece tanto más probable, en la expansión del “capitalismo de vigilancia”. Que la primera tesis tenga alguna audiencia es un indicio más de la debilidad interpretativa y prescriptiva de las izquierdas. Justamente por eso

es que –según se repite como “*boutade*” cuando debiera ser contrita autocrítica– es más fácil pensar en el fin del mundo que en el fin del capitalismo. La frase es un balance tan ajustado como negativo de la trayectoria del anticapitalismo durante los últimos cien años. Cuando la historia vuelve a poner sobre el tapete la posibilidad combinada con la urgencia de la transformación de la sociedad, una seriedad modesta debiera orientar los esfuerzos para estar a la altura de las circunstancias. Esperando conocer pronto elaboraciones que permitan descartar estos apuntes, su planteo al menos puede ayudar a pensar la cuestión.

Una posibilidad es pensar la transformación profunda de la sociedad como el resultado de ciertas dinámicas de carácter estructural, por comparación con las cuales resulta menor la incidencia de la agencia humana. Algo así parece haber caracterizado al marxismo ortodoxo que predominó en la II Internacional: la dinámica contradictoria de las fuerzas productivas y las relaciones de producción (particularmente cuando la permanencia de estas choca con la expansión de aquellas y las traba) garantiza el tránsito del capitalismo al socialismo en el cual nuevas relaciones de producción no limitarán, sino que, por el contrario, impulsarán el desarrollo de las fuerzas productivas. En tal visión, no es realmente necesario, sino más bien contraproducente, organizar la revolución. Esta última era, por supuesto, la prioridad en torno a la cual los bolcheviques crearon la III Internacional. En su visión –que por cierto expresaban con otros términos–, la agencia colectiva era decisiva para definir cuál primaría entre las diferentes y aun contrapuestas posibilidades abiertas por las dinámicas estructurales.

Está condenada al fracaso “la revolución”, entendida como alteración violenta de la distribución del poder político para crear un Estado de nuevo tipo, que concentre las diversas formas del poder y proceda a la abrupta transformación de la sociedad, para transitar del reino de la necesidad al reino de la libertad. La experiencia muestra hasta la saciedad que semejante proyecto es inviable. Intentarlo es indeseable. Preconizarlo solo verbalmente es menos dañino, pero no sirve sino a intereses y pasiones grupales de carácter circunstancial. Sin desmedro de todo ello, el papel en la transformación social de la agencia colectiva, que busca combinar pasión y razón al servicio del interés general, debe ser revisado, pero no para minimizarlo, sino para realzarlo. Las dinámicas de carácter estructural no deben ser subestimadas, sino muy estudiadas y tenidas en cuenta. Pero ellas no condujeron a la sociedad justa durante el siglo pasado y, si no son profundamente condicionadas por una agencia del tipo recién indicado, conducirán en este siglo a algo afín a lo que antes se describió como escenario tendencial.

Si esto sucede, más allá de las diferencias de opinión sobre lo que pueda ser el progreso, la mutación de la sociedad constituirá un retroceso difícil de negar. Las condiciones de vida de la (gran mayoría de la) gente empeorarán visiblemente. Sucedería más bien lo contrario de lo que Amartya Sen caracteriza como desarrollo en términos normativos, vale decir, la expansión de las capacidades y libertades de la gente para vivir vidas que tengan motivos para considerar valiosas. En términos fácticos ese escenario puede ser visto como una disminución grande del poder colectivo de la Humanidad. Ética y fácticamente, no eran esas las perspectivas que enmarcaban la reflexión tradicional de las izquierdas acerca de la transformación social. Sin ceder a optimismos que a esta altura de la historia se han hecho muy difíciles, lo que interesa estudiar son las posibilidades de transformación que no impliquen una visible desmejora de la situación de la gente. Se trata de restringir la pregunta que encabeza esta parte, considerando cómo las sociedades cambian de maneras no catastróficas.

En la teoría de Mann, los cambios sociales son interpretados mediante una dialéctica entre *institucionalización* y *emergencia intersticial* de nuevas redes de poder. Lo primero refiere a la conformación relativamente estable de una red dominante que involucra a distintas fuentes del poder. Lo segundo al surgimiento de redes contrapuestas a las dominantes. Vale la pena citar en extenso esta interpretación:

Las tendencias a la formación de una sola red obedecen a la necesidad de *institucionalizar* las relaciones sociales. Las cuestiones de producción económica, de significado, de defensa armada y de solución judicial no son del todo independientes las unas de las otras. Es probable que el carácter de cada una de ellas esté influido por el carácter de todas, y todas son necesarias para cada una. Un conjunto dado de relaciones de producción exigirá unos supuestos ideológicos y normativos comunes, así como la defensa y una regulación judicial. Cuanto más institucionalizadas se hallen esas relaciones, más irán convergiendo las diversas redes de poder hacia una sociedad unitaria.

[...]

Pero debemos recordar la dinámica inicial. La fuerza impulsora de la sociedad humana no es la institucionalización. La historia obedece a impulsos inconstantes que generan las diversas redes de relaciones extensivas e intensivas de poder. Esas redes guardan una relación más directa que la institucionalización con el logro de objetivos. En la persecución de sus objetivos, los seres humanos siguen desarrollando esas redes y superando el nivel existente de institucionalización. Esto puede ocurrir como desafío directo a las instituciones existentes o sin intención e “intersticialmente” – entre sus intersticios y en torno a sus márgenes– y creando nuevas relaciones e instituciones que tienen consecuencias imprevistas para las antiguas.

[...]

En particular: existen ciertos procesos, como el del surgimiento de la burguesía en los intersticios de la sociedad feudal, calificables de “surgimientos intersticiales”. Son resultado del traslado de objetivos humanos a medios de organización. Las sociedades nunca han estado lo bastante organizadas como para impedir la emergencia intersticial. Los seres humanos no crean sociedades unitarias, sino una diversidad de redes de interacción social que se intersectan entre sí. Las más importantes de esas redes se forman de manera relativamente estable en torno a las cuatro fuentes de poder en cualquier espacio social dado. Pero, por debajo, los seres humanos siguen excavando para alcanzar sus objetivos, formando redes nuevas, ampliando las antiguas y emergiendo con toda claridad ante nosotros con las configuraciones rivales de una o más de las principales redes de poder. (Mann, 1991, pp. 32-34)

La noción de intersticio en Mann se inspira en la descripción que hace Marx de la emergencia de la sociedad burguesa entre los “poros” de la sociedad feudales. Esa dialéctica del cambio social, presentada con cierta extensión en las citas precedentes, puede sintetizarse como sigue a continuación.

Nunca están completamente institucionalizadas las configuraciones de poder; tampoco están aisladas de influencias “intersticiales” que pueden surgir en las “grietas” entre ellas; los cambios sociales resultan de la dialéctica entre la institucionalización de ciertas redes de poder y la emergencia intersticial de otras (Mann, 2006, p. 343). Los intersticios constituyen espacios sociales o redes que no están en una situación de subordinación a las configuraciones de poder dominantes; las interacciones de índole intersticial pueden generar eventualmente una red emergente diferente y más poderosa. En tal caso, inducen una reorganización de la vida en sociedad y una nueva configuración dominante; así se despliega el proceso histórico (Mann, 1986, p. 30).

La institucionalización estabiliza la distribución del poder. La emergencia intersticial la cuestiona; su alcance dependerá del poder colectivo que construyan las redes emergentes, en general combinando poder tecnológico y poder organizacional.

En la Inglaterra del siglo XVIII las “fábricas modernas”, movidas por máquinas a vapor y donde empresarios a menudo innovadores coordinaban el trabajo de contingentes crecientes de trabajadores, aparecieron en la industria textil, en la cual fueron más bien la excepción por bastante tiempo. Más aún si se considera el conjunto de la manufactura y mucho más si se piensa en el conjunto de las actividades productivas en las cuales la agricultura era mayoritaria. En esa sociedad, donde el capitalismo comercial ya tenía gran peso en la

economía, mientras que en la política y la ideología todavía dominaba un tipo de “antiguo régimen”, el potencial tecnológico y organizacional de aquellas “fábricas modernas” prefiguraba el surgimiento del capitalismo industrial. En este, dos clases emergentes desempeñarían papeles protagónicos: el empresariado industrial (que sería el gran impulsor de la institucionalización de un nuevo régimen con preponderancia claramente burguesa) y el proletariado industrial, su mayor opositor, sin desmedro de que las relaciones entre ambas clases combinaran cooperación y conflicto. La red de poder dominante institucionalizada en torno al capitalismo industrial, con altibajos, se iría afirmando en el curso de la “Primera Transición Profunda”. En las décadas recientes se fue convirtiendo desde el capitalismo de base industrial hacia un capitalismo basado en el conocimiento científico y tecnológico más avanzado.

La “perspectiva multinivel” (Geels, 2010; Geels y Schot, 2010) distingue tres niveles para analizar los procesos de cambio. El nivel micro consiste en los que denomina nichos, los que en ciertos casos constituyen intersticios en el sentido de Mann. Un segundo nivel consiste en los regímenes socio-técnicos, entendidos como el conjunto de prácticas establecidas y reglas asociadas que proporcionan estabilidad a las formas existentes de desempeñar funciones como el transporte, la energía o la producción de alimentos (Geels, 2011, p. 21). El cambio de un régimen a otro implica una “transición profunda” pues tiene lugar a la vez en la tecnología, la economía, las regulaciones y la cultura. El tercer nivel consiste en el contexto más amplio (o panorama general, “*landscape*”) que constituye el marco de tipo macro donde se despliegan las configuraciones de poder dominantes.

Tentativamente, se podrían ejemplificar como sigue dichos tres niveles en el tránsito de la sociedad feudal a la burguesa.

En el mundo abrumadoramente rural de la Edad Media, las redes dominantes eran la Iglesia y la aristocracia, de tipo ideológico y militar respectivamente; la burguesía inició su emergencia intersticial en los nichos constituidos por las pequeñas comunas urbanas de Italia y Flandes. En tales comunas fueron cobrando fuerza nuevas relaciones económicas y políticas. Como lo destaca Weber, la ciudad productiva medieval fue una gran innovación con respecto a la polis clásica; en ella resurgió una tendencia al autogobierno mediante su configuración en repúblicas.

En la emergencia del capitalismo moderno se ha atribuido gran importancia a la transformación del sector agrícola. En Holanda, y después en Inglaterra, se fue desarrollando una agricultura más tecnificada y con formas organizativas más eficientes. En el siglo XVIII la misma había alcanzado niveles de producción que multiplicaba la

oferta de alimentos, así como la demanda solvente de bienes manufacturados. Se ha destacado el papel de semejante evolución sectorial en la capacidad de alimentar a la población británica en rápida expansión, particularmente a las ciudades y a los trabajadores de la industria, a cuyos productos una agricultura más próspera ofrecía mercados ampliados.

A nivel macro, probablemente no hay ejemplo mejor que el de la Revolución francesa como tránsito –que en realidad empezó antes y siguió bastante después–, en términos de Piketty (2019), desde una sociedad de órdenes, dominada ideológica y políticamente todavía por el clero y la aristocracia, a una sociedad de propietarios, en la cual la burguesía afirma su dominio económico y más allá.

Es momento de ensayar una breve recapitulación que conecte la temática de esta sección con lo elaborado previamente y con lo que viene a continuación.

Las dinámicas alimentadas por los intereses materiales e ideales (Weber) –o el entretrejimiento de *intereses, pasiones y razones*– caracterizan el acontecer social. Sus derroteros están altamente condicionados por el poder tecnológico y por el poder organizacional que surge de las relaciones económicas, políticas, militares e ideológicas, así como por las interacciones entre ambas formas del poder.

Una sociedad se transforma en profundidad cuando la emergencia intersticial de nuevas relaciones de poder no puede ser contenida por la configuración institucionalizada que hasta entonces constituía la estructura dominante. Cuando la capacidad de respuesta de esta última resulta desbordada por ciertos grandes desafíos, modificaciones sustantivas y a veces rápidas de la distribución del poder tienen lugar.

Modificaciones semejantes pueden ser duraderas y dar lugar a una transformación profunda de la sociedad en la medida en que reflejen un proceso, desplegado en “la larga duración”, de emergencia intersticial de relaciones sociales distintas. Relaciones sociales que alcancen niveles de poder colectivo mayores que lo alcanzado por las antes predominantes, particularmente en lo relativo a la eficiencia de los regímenes socio-técnicos principales.

Una transformación profunda tenderá a afianzarse cuando la nueva configuración del poder distributivo sintonice con la expansión del poder colectivo para dar respuestas diferentes a las previas ante los desafíos que hayan desbordado a la institucionalidad preexistente.

SOBRE LAS ALTERNATIVAS

¿Qué contenido específico puede tener la transformación social deseable o “segunda transición profunda” en el mundo de la primera mitad del siglo XXI y cuáles son sus posibilidades? En el enfoque teórico

manejado en estas páginas, semejante transformación tiene que tener lugar, de manera más o menos simultánea y a gran profundidad, en las siguientes instancias: (i) la generación y uso de conocimiento científico y tecnológico; (ii) las relaciones sociales ligadas a la economía, la política, las ideas y los valores; (iii) las interacciones entre conocimiento y relaciones sociales.

Una transformación de tamaño envergadura implica un cuestionamiento a las lógicas del capitalismo, principalmente en sus variantes hoy predominantes. Ante todo, ampliar la sustentabilidad ambiental luce improbable cuando predominan los valores que exaltan el consumo más allá de cualquier medida razonable; proteger y restaurar el ambiente pasa por cultivar éticas de la frugalidad. Para que las mismas no sean arrasadas por las demandas de mayor calidad material de vida, en buena medida muy legítimas, tienen que inspirar cambios muy profundos en las relaciones sociales que moldean la generación y uso de conocimiento, así como en los tipos de conocimiento que se producen y en los modos de emplearlo. En otras palabras, la investigación científica y la innovación tecnológica dominadas ante todo por los poderes económico y militar –como es y no puede sino ser la realidad en el capitalismo descontrolado– no contribuyen a más sustentabilidad y menos desigualdad, sino al contrario.

Estas someras observaciones son quizás suficientes para tener presente, al explorar el escenario de las transiciones deseables, que las mismas requieren transformaciones aún mayores que las que conformaron el capitalismo regulado con impronta socialdemócrata en el Oeste tras la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuáles son sus perspectivas?

Recapitulando lo dicho antes, vale la pena subrayar que las transiciones a la sustentabilidad resultan bloqueadas en medida considerable por la falta de alternativas a la situación actual que sean creíbles para muchos, por los fuertes prejuicios de no pocos, por los múltiples intereses creados que los cambios necesarios afectarían, y también por diferentes tipos de inercia que no sería razonable subestimar. Una cuestión que conviene tener en cuenta sistemáticamente es la de cuáles pueden ser los apoyos a distintos niveles para transiciones profundas hacia mayor sustentabilidad y menor desigualdad. Hipotéticamente, un escenario global deseable, contrapuesto al descrito más arriba como escenario tendencial, podría tener el apoyo generalizado suscitado por el miedo creciente a la catástrofe climática. Pero la afirmación de una alternativa global deseable no parece viable, al menos todavía: luce muy grande el desnivel dentro de la tensión decisiva a favor de la continuidad *grosso modo* de las formas de producción y consumo prevaletes. Muchas personas tienen conciencia de los desafíos contemporáneos. Gran parte de ellas tienen una

predisposición favorable a las políticas orientadas a la protección ambiental. Minorías activas las impulsan decididamente. Pero bastante más frecuente parece ser un sentimiento difuso de apoyo con escasas consecuencias concretas en el respaldo a cambios. Parecen hacer falta ejemplos fuertes y convincentes de alternativas viables.

Se conjetura que trayectorias de innovación sustentable pueden ser apoyadas mediante la creación de nichos tecnológicos, entendidos como espacios protegidos donde cabe ensayar e impulsar nuevas combinaciones de tecnología, prácticas de usuarios y estructuras de regulación (Geels y Schot, 2010, p. 80).

Cuando la tensión decisiva parece apuntar a la continuidad del *statu quo* –en el corto plazo, quizás en el mediano, pero probablemente no en el largo–, los nichos o intersticios merecen especial atención, como refugios para valores y prácticas diferentes de lo predominante y aun como potenciales gérmenes de cambio.

Habría ya algunos cambios en las políticas, que reflejarían modificaciones de valores y perspectivas al dejar de hacer énfasis unilateral en el crecimiento de la producción. Un ejemplo sería el giro en la Política Agraria Común de la Unión Europea hacia la protección ambiental y el bienestar animal, que posibilitaría la supervivencia de pequeñas granjas artesanales, la producción de alta calidad y la preservación del paisaje (Banerjee y Duflo, 2019).

¿Está emergiendo de manera intersticial algo parecido a la Segunda Transición Profunda? Afirman Schot y Langer (2018) que algo así ha empezado a desplegarse desde los años setenta, no como una dinámica evolutiva mayor, sino más bien como una corriente subterránea de cambio histórico que se registra en ciertos nichos, como por ejemplo las energías renovables, las prácticas alternativas de producción de alimentos o la emergencia de nuevos servicios de movilidad.

Pero, si bien abundan las iniciativas en pro de mejoras en la protección ambiental, parecen menos sólidas y difundidas las que además se combinan con alternativas para encarar las expectativas prevalentes en materia de acceso a bienes y servicios. La conjetura fuerte que orienta esta pequeña reflexión es que, mientras no se supere tal carencia, el consenso más o menos implícito (pero muy amplio y aún “policlasista”) en torno a la deseabilidad del crecimiento económico más o menos “*as usual*” seguirá primando. Y, por ende, afirmando al escenario tendencial que lleva al deterioro global. ¿Las variadas movilizaciones masivas que han conocido múltiples lugares del planeta durante 2019 sugieren otras posibilidades?

El accionar colectivo ante los distintos desafíos mayores ha cobrado considerables dimensiones. El máximo exponente de la

preocupación masiva generada por la “des-sustentabilidad” probablemente lo constituye la movilización juvenil ambientalista desplegada sobre todo en Europa. La desigualdad viene suscitando numerosas reacciones; al tope de las más enérgicas, masivas e inesperadas se ubica la que sacude a Chile, supuesto oasis neoliberal de fama mundial, al punto tal que parece marcar una inflexión en la historia del país. También los variados pujos “des-democratizadores” están siendo confrontados por significativas movilizaciones con protagonismo juvenil, entre las cuales tiene relevancia notable la desplegada en Hong Kong.

Una transformación global deseable y viable requeriría tal vez una confluencia de los esfuerzos, más bien separados, que afrontan cada uno de los tres desafíos aquí considerados como decisivos. En todo caso, eventuales confluencias de ese tipo podrían abrir nuevas posibilidades. Pero por ahora no se detectan indicios importantes que apunten en tal dirección.

Frente al escenario tendencial parecería pues configurarse, como escenario alternativo principal, una multiplicación de resistencias separadas y más bien regionales, posiblemente centradas cada una de ellas en áreas diferentes del planeta.

Dado el carácter irremisiblemente global del desafío climático, su enfrentamiento con cierta envergadura, pero reducido a algunas regiones, sería altamente insuficiente. No cabe sin embargo descartar que una aceleración de los daños ambientales –la multiplicación a escala de buena parte del globo de catástrofes como el incendio generalizado en Australia, por ejemplo– vigorice algunos consensos mínimos en torno a las pautas del Acuerdo de París. Las convergencias potenciales a partir de un punto de viraje en la percepción de los riesgos y de su inmediatez podrían hacer viable algunas formas de ese “Green New Deal” que hoy tiene aún poca viabilidad, sobre todo a escala mundial.

Menos difícil parece el enfrentamiento a ciertos aspectos de los desafíos mayores en algunos conjuntos de países. Desbordaría ya por completo lo que este texto puede intentar si se adentrara en la consideración de perspectivas geográficas diferentes.

En un panorama de gran heterogeneidad de intereses, la combinación de movilizaciones por la sustentabilidad, la democracia y la igualdad parece requerir tanto muy propicias condiciones específicas –nacionales o regionales– como una inusual capacidad de articulación política. Semejante conjunción puede no ser imposible. Pero aun si ejemplos así cobran vigor, su agregación en procesos globales de transición profunda hacia la sustentabilidad ambiental y el progreso social generalizado constituye un escenario que solo mutaciones enormes de las tendencias al presente dominantes podrían hacer viable.

No es del caso descartarlas, aun en las hipótesis más pesimistas. Recordemos que, en esta tan modesta como arriesgada elucubración prospectiva, el ingrato “escenario tendencial” desembocaba en una era de decadencias ambiental y social. Es difícil que, si ella se hace realidad, no sea también una era de confrontaciones generalizadas. La historia muestra que en tales condiciones suele asistirse a un florecimiento de la creatividad cultural, organizacional y aun tecnológica. A su vez, las trayectorias futuras que en contextos semejantes gestan las dinámicas de intereses contrapuestos dependen en no menor medida de las posibilidades que se hayan venido gestando desde antes en intersticios o ámbitos incluso marginales, como los “poros” de la sociedad feudal en los cuales según Marx emergió la sociedad burguesa.

Independientemente de escenarios y pronósticos, conviene prestar especial atención –como lo preconiza la concepción de la prospectiva largamente elaborada por la revista francesa *Futuribles*– a los “hechos portadores de futuro”. Se trata de pequeños gérmenes de cambio que en circunstancias propicias pueden expandirse desde lo micro a niveles meso y aun macro. Las respuestas creativas a los desafíos de la época pueden en alguna medida anticiparse fijando la atención en el nivel intersticial, en nichos donde puedan cobrar vida configuraciones alternativas de poder tecnológico y organizacional que amplíen las posibilidades de la sustentabilidad, la democracia y la igualdad.

La reflexión prospectiva aquí ensayada lleva a conjeturar que la gravitación futura de las izquierdas dependerá altamente de la medida en que ellas contribuyan –en los distintos niveles de la acción social, en las variadas escalas temporales de los procesos colectivos y en las principales dimensiones del poder– a superar para bien la tensión entre, por un lado, la producción de bienes y servicios a los cuales mucha gente (con razón) aspira y, por otro lado, la protección del ambiente que es necesaria para conjurar las amenazas tremendas que penden sobre las condiciones de vida de la Humanidad.

LOS DESAFÍOS QUE SIGNAN EL RUMBO DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Una transformación deseable tendría que enfrentar los tres desafíos inmensos que plantean las tendencias fuertes a la *des-sustentabilidad*, la *desigualdad* y la *des-democratización*.

Los dos primeros, la decreciente sustentabilidad ambiental y la creciente desigualdad social, son reconocidos por no poca gente y por numerosos estudios como desafíos mayores para el futuro de la Humanidad. Entre tales estudios se encuentran, por ejemplo, UNDP (2019) y Piketty (2019, p. 1156).

La degradación ambiental, aun si no nos lleva a una catástrofe climática, está causando muchas víctimas, incluso mortales. Se calcula que entre 1950 y 2015 la polución del aire mató entre treinta y cuarenta millones de personas, un número similar al total de víctimas de todas las guerras que tuvieron lugar en el mundo desde 1950 (McNeill y Engelke, 2014, p. 24). A la contaminación debida a la industria y al transporte, que ha sido registrada desde ya hace tiempo, ha venido a añadirse la vinculada a la agricultura, debido a factores como su intensidad en energía y productos químicos, así como la deforestación que limita la retención de carbono (Moore, 2015, p. 271).

La decreciente sustentabilidad es un fenómeno propiamente global, que afecta a todo el mundo, aunque de maneras diferentes y, asimismo, con distintas responsabilidades. Esto último lo subraya la “regla 50-10” (Banerjee y Duflo, 2019), según la cual el 10 % más contaminante y también más rico de la población del mundo es responsable por el 50 % de las emisiones de CO₂, mientras que el 50 % menos contaminante contribuye con poco más del 10 %.

La conjetura fundamental presentada antes, acerca de la alta probabilidad de una gran mutación de sociedad, se vincula directamente con la degradación ambiental. En efecto, si la misma no es controlada, alterará en varios aspectos las formas de vida habituales. Y también lo hará si es controlada, aunque de modo muy distinto, pues ello implicará transformaciones profundas de la producción y el consumo, los marcos regulatorios y las pautas ideológicas o culturales.

PROBLEMAS ENTRETEJIDOS

El segundo gran desafío anotado, la desigualdad, tiene como el primero (la falta de sustentabilidad) profundas raíces en las dinámicas de generación y distribución del poder. Sus causas serán consideradas específicamente más adelante. Aquí conviene, sin embargo, recordar que el primer desafío agrava el segundo: el cambio climático no afectará a todos de la misma manera, ni al mismo tiempo ni con similar magnitud; los países y la gente más pobre lo sufrirán antes y con mayor dureza (UNDP, 2019, p. 175). Teniendo en cuenta además lo que expone Piketty (2019, pp. 776-777) se puede afirmar que las disparidades ambientales según la distribución de la riqueza tienen que ver tanto con los daños causados principalmente por los sectores y países más ricos, que son los que más contaminan, como con los daños sufridos, que recaen especialmente sobre sectores y países pobres.

A su vez, la desigualdad impulsa un tercer desafío mayor, la tendencia en plena expansión a redoblar el autoritarismo, que seguramente reaccionará sobre aquella impulsando su agravamiento.

Antes se destacó la deriva hacia el autoritarismo personalizado, en particular notando cómo el “capitalismo de vigilancia” supone el afianzamiento del poder de las cúpulas económicas y políticas a partir del uso masivo de la tecnología de punta. Conviene subrayar que el problema tiene raíces profundas y amplio alcance.

La tendencia a reforzar el autoritarismo gubernamental amenaza a varias de las democracias más o menos defectuosas que realmente existen. Deaton (2013) ya destacó los riesgos de la plutocracia en Estados Unidos (p. 14). Allí el incremento del poder distributivo en la economía de las minorías más ricas ha tenido entre sus efectos más gravitantes el incremento del poder distributivo de tales minorías en la política. Su incidencia se registra particularmente a través del financiamiento de las campañas, cuya contrapartida es la prioridad asignada a sus intereses en la legislación y en diversas resoluciones gubernamentales. Tiende a afirmarse lo que es cada vez más un gobierno de los ricos para los ricos.

La plutocracia podría avanzar por el accionar de minorías económicas privilegiadas que buscan afianzar sus ventajas o evitar que el funcionamiento más o menos habitual de la democracia cuestione desde la política esos privilegios existentes en el ámbito de la economía. Milanovic (2016) sugirió que los ganadores de la globalización podrían querer suprimir la democracia para evitar que los perdedores de la globalización la desafíen desde la política (p. 200).

Al presente, la erosión plutocrática de la democracia política –en el sentido específico de poliarquía (Dahl, 1971)– se ha complicado con una reacción bastante inesperada de grandes contingentes de perdedores de la globalización en el Oeste rico. Por aquí también se ven los efectos de la desigualdad. La globalización basada en el conocimiento e impulsada por el capitalismo perjudicó relativamente y en muchos casos absolutamente a sectores económica y cognitivamente débiles de los propios países occidentales. Muchos perdieron sus empleos por la desindustrialización asociada en tales países al desplazamiento de las plantas productivas al Sur; a ello recurrieron numerosas corporaciones, incluso de los países involucrados y que reciben importantes apoyos de los respectivos estados.

Para quienes en el proceso de desplazamiento de parte de la industria del Oeste al Sur quedaron desocupados, sobre todo cuando se trataba de obreros de la industria, con escasa formación y no poca edad, los daños resultaron grandes. No es realmente de extrañar que muchos reaccionen contra lo extranjero, sean las naciones a donde se han ido las fábricas que ayer les ofrecían empleo relativamente estable y bien remunerado, sean los inmigrantes a quienes ven como intrusos que les quitan oportunidades laborales y apoyos de las políticas

sociales. Banerjee y Duflo (2019) presentan un panorama tremendo de la desindustrialización en Estados Unidos, que complementa el de Sanders (2016) y ayuda a entender el fenómeno Trump.

En buena medida esa gente postergada ha apoyado estrategias demagógicas, que fomentaron ideologías racistas y chovinistas para construir poder político de sesgo autoritario enfrentando a las élites neoliberales, cosmopolitas y globalizadoras. En Estados Unidos y también en varios países de Europa ello constituye la mayor amenaza a la democracia. Gran parte de quienes votaron por Trump en 2016 formaban parte de esa gente postergada; también en 2016 una reacción con amplio contenido popular contra las élites pro europeas dio la victoria al Brexit (Ver Castells, 2018, pp. 45, 57; Piketty, 2019, p. 51). El nacionalismo exacerbado alimenta la lucha de todos contra todos en el plano internacional, combinada en el plano nacional con el endurecimiento identitario y autoritario en perjuicio de las minorías y de los inmigrantes (Piketty, 2019, p. 1189).

Arriesgando repeticiones, corresponde subrayar cuánto agrava este desafío del autoritarismo a los de la *insustentabilidad* y la desigualdad, reconocidos ambos más ampliamente y desde hace más tiempo. El autoritarismo chovinista se basa, como se indicó, en una reacción de derechas con fuerte contenido identitario. Su discurso denuncia, como también se indicó, a las élites neoliberales y a su uso del Estado para rescatar bancos pero, a partir de allí, cuestiona al Estado en su conjunto. Ello le facilita conectar con derechas más tradicionales en su prédica; en su accionar gubernamental le justifica debilitar aún más el estado de bienestar y disminuir los gravámenes a los ricos. Estas élites reaccionarias agravan así la desigualdad. Su rechazo a la globalización se extiende a la cooperación internacional; en particular, dificulta el control de los flujos financieros, favoreciendo la evasión por parte de los más pudientes e incluso las operaciones de la economía criminal. El gobierno de Estados Unidos se ha destacado por encima de todos en su ataque a la endeble institucionalidad internacional vinculada con la prevención de los holocaustos climático y nuclear. Su política externa es, en numerosos casos, un reflejo de su estrategia interna, que cultiva el racismo y el ataque a la ciencia, tan arraigados ambos en la ideología de buena parte de la derecha estadounidense.

Esta reacción de derechas en el Oeste rico está agrietando a la segunda globalización que, en gran medida, la generó. Las instituciones de la globalización protegieron los intereses de las corporaciones en desmedro de los de los trabajadores y consumidores; las grandes farmacéuticas obtuvieron protección para el alto precio de sus medicamentos a expensas de la pérdida de vidas en todo el mundo; las

políticas económicas dominantes a escala internacional afianzaron el poder de las finanzas y orientaron la tecnología de tal modo que perjudicó a muchos trabajadores (Stiglitz, 2019, pp. 99, 238). La globalización sustentada en el control del conocimiento científico y tecnológico afianzó el poder de las grandes corporaciones, erosionó al estado de bienestar y fomentó la exclusión social.

La revolución conservadora en el Oeste ha llegado a ser un enemigo mayor de la sustentabilidad. No está sola en esa postura. Allí se encuentra con grandes potencias emergentes. En la cumbre climática de Madrid en 2019, Estados Unidos, China e India estuvieron representados por delegaciones de bajo nivel. La cuestión no es prioritaria para sus gobiernos. Esa es una tragedia para el mundo.

Desde ubicaciones sociales y geográficas muy distintas, por diversas dinámicas del poder, se pone de manifiesto que la tensión entre crecimiento económico y sustentabilidad ambiental se va definiendo en perjuicio de esta última. Parte significativa de los apoyos de Trump está vinculada a actividades contaminantes, en la minería, la industria, el transporte; regulaciones más estrictas afectan sus intereses económicos inmediatos; ideológicamente las ven o presentan como conspiraciones de élites cosmopolitas que traicionan a Estados Unidos con argumentos científicos falsos. Los gobiernos de China e India basan su legitimidad ideológicamente en formas específicas de nacionalismo y económicamente en el crecimiento productivo que ha sacado a muchísima gente de la pobreza dura y del que se espera mejoras mucho mayores. Si ese crecimiento se reduce, la inestabilidad política podría ser una de las primeras consecuencias.

Los tres desafíos apuntados esbozan la posibilidad de una tormenta perfecta. La desigualdad al alza promueve posturas ideológicas y políticas que la acentúan, a la vez que postergan la atención a la falta de sustentabilidad y abren espacios al autoritarismo. El temor a una catástrofe climática puede ampliar tales espacios y llevar incluso a un caos político (Castells, 2018).

En cualquier caso, cabe señalar que, aun con todas sus limitaciones y disparidades, la democracia representativa o poliárquica ha sido por lo general un régimen bastante frágil. No son muchos los países en los que ha mostrado vigencia ininterrumpida desde por ejemplo antes de la Primera Guerra Mundial. Pero es en sí misma una novedad grande la duda que se cierne sobre su continuidad en Estados Unidos, donde la afirmación de la plutocracia puede estar dando un salto cualitativo a la vez que se entremezcla con el deterioro de las libertades y fenómenos conexos que sugieren un posible “camino Trumpista hacia el autoritarismo”. Más en general, no es evidente que los regímenes de tipo poliárquico sintonicen mejor con las dinámicas del capitalismo

basado en el conocimiento que los regímenes más autoritarios como el chino. La poliarquía, si bien con importantes antecedentes en la historia, es en realidad un fenómeno reciente. Spitz (2019) discute si el “capitalismo democrático” es una excepción histórica que está llegando a su fin. Esa limitada y frágil versión política de la democracia podría ser transitoria o al menos estar destinada a la decadencia. Algo análogo a esto último parece acontecer con el estado de bienestar, una limitada y frágil versión de la democracia social.

Tal conjetura debe manejarse junto con algo que la historia presenta más bien como una certeza: el debilitamiento de la democracia política o poliarquía dificulta la protección de los derechos humanos en general y, a la corta o a la larga, lo hace también específicamente con el derecho a la igualdad.

La tormenta perfecta mencionada poco más arriba se parece mucho al escenario tendencial considerado en una sección anterior. ¿A dónde mirar para escudriñar las posibilidades de alternativas? Afirma Piketty (2019) que, si no se logra reducir las desigualdades y afirmar nociones de justicia social ampliamente compartidas, difícilmente se pueda resolver otros grandes desafíos, como los climáticos y migratorios (p. 36). Un aspecto normativo, la centralidad asignada a la agencia de los sectores desfavorecidos, y un aspecto fáctico, la relevancia reciente de las movilizaciones populares suscitadas en varios países por la conciencia de la desigualdad, sugieren por dónde seguir: puede ser fecundo prestar mayor atención específica al desafío de la desigualdad y a sus causas profundas.

SOBRE LA DESIGUALDAD Y SUS CAUSAS

Dos tendencias diferentes parecen caracterizar la evolución de la desigualdad durante las últimas décadas. Considerando la desigualdad de ingresos monetarios, las dos tendencias aparecen con claridad. Por un lado, si se considera al mundo en su conjunto, los más postergados mejoraron su posición no solo absoluta, sino también relativa, pero mucho más avanzaron en ambos sentidos los miembros del estrato superior de privilegiados. Por otro lado, si se considera cada una de las grandes regiones o naciones por separado, en casi todos los casos se constata un incremento de la desigualdad.

Conviene apresurarse a señalar que las dos tendencias no son lógicamente contradictorias. Para captarlo basta observar que los dos países más poblados del mundo, China e India, hasta hace poco pobresísimos en términos monetarios, han conocido un extraordinario y sostenido crecimiento económico en el curso del cual la desigualdad interna se incrementó notablemente. Esto último ejemplifica la segunda tendencia antes indicada, mientras que la realidad del crecimiento,

al aumentar significativamente los ingresos de los más pobres de esos países, que eran gran parte de los más pobres del mundo, contribuyó a disminuir la desigualdad a escala global. Ello es buena parte de la explicación –como se ha afirmado reiteradamente– de porqué el crecimiento económico tiene tan sólidos apoyos.

Banerjee y Duflo (2019) presentan las dos tendencias antes mencionadas y los grandes beneficiarios de manera concisa, observando que entre 1980 y 2016 los ingresos del 50 % más postergado de la población mundial crecieron mucho más rápido que los del siguiente 49 % de esa población –lo que incluye a casi todo el mundo en Europa y Estados Unidos–, mientras que el grupo al que le fue aún mejor constituye el 1 % superior.

Análoga perspectiva presenta Piketty (2019, pp. 37, 41-42, 766-767, 800). Sus datos ofrecen una elocuente visión de la disparidad de ingresos entre los niveles superiores y el 50 % inferior en Estados Unidos, China, Europa, India y otras partes del mundo. Su perspectiva destaca el “régimen desigualitario neopropietarista” de comienzos del siglo XXI, cuyas características mayores incluyen la vuelta a una “muy fuerte concentración de la propiedad” acompañada por “una gran opacidad financiera”.

Las dos tendencias no son contradictorias, pero inducen dos lecturas contrapuestas: una, la globalización está revirtiendo la divergencia histórica entre países ricos y pobres, disminuyendo así la desigualdad; otra, en prácticamente todas partes las disparidades entre pobres y ricos se acentúan, incrementando así la desigualdad.

Una primera tarea para calibrar la cuestión es ahondar en qué está habiendo convergencia y en qué no la está habiendo. Por supuesto, ello tiene que ver con dimensiones muy variadas. Aquí se centra la atención en las capacidades. Al respecto se puede decir que, en síntesis, hay convergencias en las capacidades más básicas o elementales y divergencias en las capacidades más avanzadas. La mejora general es sensible en el acceso a la enseñanza elemental, en la expansión de la esperanza de vida al nacer –que pasó en promedio ponderado de cuarenta y siete años en la década de 1950 a setenta y dos años en la actualidad– y en el número total de gente viviendo en países de bajo Índice de Desarrollo Humano, que disminuyó de 2.100 millones en 2000 a 923 al presente (UNDP, 2019, pp. 35, 37).

La cobertura de la enseñanza primaria ha progresado mucho y es ya universal en la mayoría de los países, mientras la enseñanza secundaria avanza rápidamente. Las desigualdades entre los países más ricos y los más pobres disminuyen si se las mide por el acceso a la enseñanza primaria, mientras que aumentan si se las mide por el acceso a la enseñanza terciaria. La última afirmación es un resumen,

sin duda parcial pero muy elocuente y significativo, de las tendencias contrapuestas a la convergencia y a la divergencia. Vale la pena conservarla en memoria.

Cabe avanzar pues en la caracterización del estilo predominante en materia de crecimiento económico. Consecuencias mayores del mismo son: (i) el deterioro creciente del ambiente, (ii) la disminución de las desigualdades en lo que se refiere a las capacidades básicas, (iii) el incremento de las desigualdades en lo que se refiere a las capacidades avanzadas.

Una segunda tarea en lo que tiene que ver con el análisis de las desigualdades es notar que la globalización, a diferencia de lo que indica la visión económica predominante, no benefició a todo el mundo, sino que generó las dos tendencias destacadas antes, la que apunta a la disminución de la desigualdad y la que apunta a su incremento. Si la globalización contribuyó a incrementar los ingresos de sectores amplios de trabajadores en países pobres, también afectó negativamente a muchos otros, incluyendo un número considerable de trabajadores en los países ricos, que perdieron sus empleos y no pudieron conseguir otros. Esto último es lo contrario de lo que auguraba la ideología dominante, la cual llevó a culpar por su fracaso a los perdedores de la globalización, ahondando el conflicto con los ganadores (Banerjee y Duflo, 2019).

Habiendo revisado el contenido de las tendencias contrapuestas en materia de desigualdad, hace falta ahondar en la que apunta a su incremento en prácticamente todas las grandes regiones del mundo. Tal proceso se liga de maneras bastante evidentes a la des-democratización.

La obra de Piketty (2014) ha marcado un antes y un después en el estudio histórico y prospectivo de la desigualdad. Su tendencia a incrementarse en la mayoría de los países y regiones aparenta ser un rasgo mayor del futuro probable. Dicha obra y muchas otras han contribuido a explicar el fenómeno. Este aparece como resultado bastante comprensible de las relaciones sociales predominantes a escala mundial, del papel creciente del conocimiento avanzado y de las interacciones entre este y aquellas.

La globalización en líneas generales implica que los distintos países compiten entre sí por ofrecer condiciones sociales y fiscales más convenientes al capital y al trabajo más calificado, lo que incrementa el sesgo favorable a quienes disponen de los mayores activos financieros o educativos (Piketty, 2019, p. 1001).

Lo antedicho se constata incluso en las economías capitalistas más inclusivas, las escandinavas, en la cuales los propios gobiernos socialdemócratas han practicado lo que parece ser “la política

necesaria” a fin de que sus países no dejen de ser atractivos para las empresas que operan por encima de las fronteras nacionales. Tal política afectó la inclusión social, y la desigualdad creció en este milenio más en Escandinavia que en el resto de la OECD (Johnson y Lundvall, 2020, p. 24).

Las formas en que las élites usan su poder económico, político e ideológico conducen directamente a incrementarlo, vale decir, a ampliar su poder distributivo. Ello surge con claridad de diferentes estudios (por ejemplo, OXFAM, 2016; Stiglitz, 2012, 2019; UNDP, 2019).

Los más ricos (como el famosos 1 % de arriba en Estados Unidos) usan su poder económico para, literalmente, “comprar” políticas que amplían sus ganancias –como la rebaja de impuestos a la fortuna o variadas desregulaciones– y lo justifican mediante las ideologías neoliberales y descalificatorias del Estado que dominan.

Las disparidades de poder son también grandemente impulsadas por las formas adoptadas por el cambio tecnológico acelerado; ellas refuerzan la posición del capital frente al trabajo, particularmente allí donde la globalización ha implicado la pérdida de empleos y el debilitamiento de los sindicatos (Stiglitz, 2019, p. 54).

Lo anterior ayuda a comprender, en particular, la tendencia al incremento de la desigualdad de ingreso, sobre todo en los países donde los sindicatos tienen cierto margen de autonomía y, por lo tanto, han jugado o podrían jugar un papel en defensa de la igualdad si su poder no se hubiera erosionado. En el Oeste rico y en muchas otras partes del mundo, las dinámicas conjugadas del cambio tecnológico y de la globalización económica han debilitado el poder organizacional de los trabajadores frente al de los empleadores globales, que en gran medida controlan el cambio técnico y pueden desplazar sus lugares de producción a donde menos dificultades les generen los trabajadores y más ventajas les ofrezcan los gobiernos.

Las direcciones predominantes del cambio tecnológico no solo tienden a acentuar las disparidades de poder entre capitalistas y trabajadores, sino también al interior del propio ámbito empresarial. Ello es así porque se multiplican las situaciones “*winner-takes-all*”, vale decir, aquellas en las cuales una empresa que aventaja aunque sea levemente a sus competidores en el terreno técnico puede ganar el grueso de los contratos en el ramo porque puede replicar sin mayores dificultades ni costos un mismo procedimiento (Brynjolfsson y MacAfee, 2014).

En especial, el cambio tecnológico amplía la brecha de ingresos generada por las diferencias en materia de calificación (Milanovic, 2016, p. 54). Sobre esta cuestión se volverá, dado que es fundamental tanto por su directa imbricación en uno de los grandes procesos de

nuestro tiempo –el incremento del poder basado en el conocimiento avanzado– como porque tiende a crear una profunda polarización de tipo clasista entre los altamente calificados con ingresos considerables y los pobremente calificados con ingresos bajos.

Desde los años ochenta en Estados Unidos la gente sin formación terciaria ha venido siendo desplazada de ocupaciones medianamente calificadas de tipo administrativo a otras de baja calificación, como limpieza y seguridad (Banerjee y Duflo, 2019). A partir de esa época, Estados Unidos ha llegado a ser el país más desigual en el “mundo desarrollado”; en ello ha desempeñado un papel central una estratificación educativa particularmente aguda (Piketty, 2019, p. 609).

En general, la educación tiene un papel central en la historia y en la estructura de las desigualdades socio-económicas, tanto dentro de los distintos países como entre ellos (Piketty, 2019, p. 599).

Acceder al conocimiento multiplica el poder social y viceversa. La gravitación al alza del conocimiento avanzado en las más diversas actividades genera un diferencial de ingresos a favor de quienes acceden a formaciones de alto nivel y prestigio aceptado. Quienes disponen de mayor poder económico y político lo usan para orientar la investigación y la innovación hacia los problemas que más les importan y hacia las soluciones que más les convienen. Todo esto es bastante conocido y puede ser ejemplificado ampliamente. Lo que no está demás subrayar de nuevo es una dinámica específica del conocimiento avanzado que de por sí genera desigualdad: se trata de un recurso con rendimientos crecientes a su uso. Vale la pena detenerse en esto.

Quienes más usan –personas, empresas, grupos, países– el conocimiento avanzado en sus actividades habituales, en particular para resolver problemas complejos de cualquier índole, más aprenden y de más conocimiento disponen. Lo contrario sucede con quienes no tienen oportunidades de estudiar y trabajar a niveles que requieran innovar, los que a menudo pierden por desuso las capacidades cognitivas que pudieran haber adquirido. En ese sentido, el conocimiento es un recurso que tiene retornos crecientes a su uso, y también crecientes perjuicios ligados a su falta de uso. Dado su papel grande y al alza en la sociedad contemporánea, genera directamente una profunda polarización: de un lado queda la gente con oportunidades para estudiar a alto nivel, así como para trabajar en contextos innovadores, y de otro lado la gente sin tales oportunidades. Esa divisoria o brecha del aprendizaje merece atención prioritaria. Allí radica una causa de la insuficiencia de las políticas distributivas para conjurar las tendencias a la desigualdad.

El Informe sobre el Desarrollo Humano 2019, centrado en la cuestión de la desigualdad, presta gran atención a las transformaciones

tecnológicas en curso. Señala que la historia muestra ejemplos de revoluciones tecnológicas que forjaron desigualdades profundas y persistentes. Recuerda que la Revolución Industrial abrió caminos hacia mejoras sin precedentes en el bienestar y, a la vez, hacia la divisoria entre centros y periferias. También, a través del impulso al uso masivo de combustibles fósiles, modeló las trayectorias productivas que han desembocado en la crisis climática. En tal perspectiva, cabe recapitular como sigue lo antedicho: el auge del conocimiento, junto a las formas prevaecientes de generarlo y usarlo en el cuadro actual de relaciones sociales predominantes, tiende a afianzar el escenario tendencial pues acentúa las tres mayores tendencias desafiantes (*des-sustentabilidad, desigualdad y des-democratización*). Este es el nudo problemático que deberán afrontar los que propugnen una transformación de sociedad viable y deseable.

En cualquier caso, las tendencias al incremento de la desigualdad, si bien coexisten con otras de signo contrario, constituyen un factor mayor en los procesos sociales contemporáneos. Impulsan hacia la segmentación que fomenta la violencia, generan reacciones sectarias, degradan la convivencia ciudadana y debilitan las bases de los necesarios acuerdos para la sustentabilidad.

Las desigualdades suelen tener un papel especialmente movilizador. Inesperadamente y como ya se subrayó, en octubre de 2019 estalló en Chile, considerado habitualmente como la estrella exitosa de la economía latinoamericana, una ola de protestas con inédito vigor y radicalismo. El cuestionamiento apuntó a la alta desigualdad y a los bajos niveles de gasto público en seguridad social, salud y educación. Las movilizaciones evidenciaron la endeblez política del régimen y el nivel de rechazo a la ideología dominante. Es difícil anticipar la capacidad existente para convertir todo ello en alternativas viables, cuestión que en ningún caso será fácil de resolver; la irrupción de la pandemia global dejó todo en suspenso. Durante 2019 otras grandes movilizaciones ligadas al rechazo a la desigualdad tuvieron lugar en varios continentes. A la corta o a la larga, podrían inducir cambios políticos de envergadura.

Capítulo V

DE LOS VALORES A (CIERTAS SUGERENCIAS PARA) LAS PROPUESTAS

La elección presidencial de 2020 en Estados Unidos ha ofrecido un elocuente resumen de los grandes desafíos que enfrenta la Humanidad. Escribiendo antes de que se conozcan sus resultados puede decirse que, si en la que es todavía la primera potencia mundial triunfa la reelección, se acelerará su marcha hacia una plutocracia autoritaria, chovinista y negadora del cambio climático. Se agravarán consiguientemente a escala global los tres desafíos mayores de la “des-sustentabilidad”, la desigualdad y la “des-democratización”.

Si el resultado de la elección precedente en ese país fue el mayor terremoto político en décadas, la campaña electoral de 2016 ofreció otra sorpresa de significación: la aparición en Estados Unidos de una opción que justificadamente se definió a sí misma como socialista democrática, tan vigorosa en su dimensión programática como en su respaldo militante, particularmente juvenil. Al final de una obra que fundamenta histórica y teóricamente esa opción, se destaca que el socialismo ha sobrevivido a muchos males, incluyendo la persecución de tiranos y los tiranos que él mismo engendró (Sunkara, 2019, p. 242). Para ir más allá de la supervivencia, hace falta reafirmar que la inspiración socialista es radicalmente opuesta a toda tiranía.

En 2020 esa izquierda socialista democrática encabezada por Sanders, si bien tampoco se abrió camino en las elecciones primarias,

levantó claras alternativas a los tres desafíos fundamentales. Impulsa una transición a la sustentabilidad a partir de la prohibición del *fracking*, la promoción de modalidades productivas con emisión neta nula de gases contaminante y, más en general, un “*Green New Deal*”. Enfrenta a la desigualdad proponiendo revertir drásticamente la disminución impositiva a los más ricos, ampliar los ingresos y los cometidos sociales del Estado, garantizar salud pública para todos y establecer la gratuidad de la educación pública incluso a nivel terciario. Encara la problemática de la democracia en lo que hace a las manipulaciones electorales y la degradación de los derechos a la vez que apunta a democratizar la economía, particularmente mediante la participación de los trabajadores en la propiedad de las grandes empresas y de sus representantes en la dirección de las mismas, así como respaldando financiera y técnicamente a las empresas que sean propiedad de sus empleados.

Se revive así la inspiración de revolucionarios y reformadores a quienes Piketty (2019) asigna un papel fundamental en los cuatro preciosos logros institucionales del sufragio universal, el impuesto progresivo, la salud pública y la educación para todos. Es auspicioso que ello tenga lugar en la nación donde históricamente apenas si el socialismo pudo hacer pie, que fue a lo largo del siglo XX el principal baluarte del capitalismo y donde primero se configuró la sociedad capitalista del conocimiento. Sugiere que la inspiración socialista, repensada con cabeza fresca y desde ubicaciones variadas, puede alumbrar nuevos senderos de transformación social. A ello pueden colaborar las tradiciones éticas de las izquierdas con sus énfasis en lo colectivo, la solidaridad y la cooperación, en la medida en que se conjuguen con el análisis racional y la incorporación de la dimensión científica a la búsqueda de soluciones. Esta puede ser la oportunidad histórica de las izquierdas que revitalicen y reformulen su vocación de cambio, apuntando a dar *respuestas viables y deseables* a los grandes desafíos de la época. Su gravitación dependerá mañana altamente de lo que ellas hagan hoy al respecto, en los distintos niveles de la acción social y atendiendo a las principales dimensiones del poder.

ELEMENTOS DE REFERENCIA

SOCIALISMO HOY

La transformación de la sociedad no puede ser encarada como su reconstrucción integral mediante la implementación por una clase, Estado, partido u otro actor social de un proyecto omnicomprensivo: ello no es viable. Intentarlo desemboca en algo indeseable.

Conviene manejar una suerte de *prólogo a una guía para la acción*:

1. NO puede haber sociedades sin contradicciones, defectos, disparidades de poder e injusticias.
2. Sí hay y puede haber muchos más espacios de alta calidad de vida material y espiritual.
3. Instituciones y proyectos suelen tener contenidos ambiguos, impactos duales, gravitación pendular.
4. Los avances son frecuentemente contingentes y por lo general transitorios, pero casi siempre se puede “desempeorar” o aun mejorar las condiciones de vida.
5. Sin combinar sensatez y audacia para proponerse mucho, se logra demasiado poco o nada.

La transformación de la sociedad –que antes se conjeturó que podría ser realmente grande durante las próximas décadas– emergerá como un haz contradictorio de cambios materiales e institucionales de diverso signo. No están predeterminados y son, en alguna medida, influenciados por el accionar humano deliberado. Se puede contribuir a que tal transformación implique sustantivas transiciones hacia mayor sustentabilidad, menor desigualdad y democratización permanente. Ello requiere trabajar ideas, propuestas y articulaciones para impulsarlas, lo que supone organizaciones múltiples, cambiantes y no necesariamente permanentes.

En ese entendido, quizás sea fecunda la noción de *socialismo hoy*. Podría impulsar exploraciones, teóricas y sobre todo prácticas, para encarar algunos grandes asuntos de interés humano general. Parte de asumir, prospectivamente, la viabilidad limitada pero real de escenarios de reconversión parcial y deseable del orden dominante. Busca reformular la inspiración socialista como orientación para la vida colectiva y la militancia en el presente. Pretende contribuir a enfrentar el predominio actual y combinado del individualismo, el consumismo, la degradación ambiental y la desesperanza. Apunta a impulsar aquí y ahora variados procesos reformadores éticamente fundamentados y racionalmente contruidos. Avances de índole democrática y medianamente sólidos tienen que ser elaborados a partir del intercambio de ideas en los que se promueva la razón, sin olvidar sus limitaciones y falibilidad. Se trata de cultivar la *razón humana modesta* que, por motivos tanto éticos como pragmáticos, debe ir de la mano del

pluralismo. Los valores deben alumbrar tanto los fines como los medios de los procesos transformadores: estos podrán tener resultados significativos y deseables solo si convocan al involucramiento colectivo de mucha gente que encuentra en la propia militancia no ámbitos dominados por reyertas menores disfrazadas de maquiavelismos, sino ciertas dimensiones de la vida valiosa. La reflexión combinada sobre valores, hechos y tendencias lleva a pensar esa noción de *socialismo hoy* como hilo conductor de propuestas, en distintos terrenos y de variada envergadura, que combinen solidaridad, frugalidad y eficiencia. Hay espacio para ello en la producción y el trabajo, el Estado y los servicios públicos, y otros muchos ámbitos de la vida cotidiana.

En cualquier caso, será fundamental el accionar propiamente político de articulación de intereses y planteos que, a la vez, represente en cierta medida la diversidad del colectivo involucrado y lo impulse a comportarse en algún grado como un actor unitario con potencial transformador. La relevancia “teórica” asignada a las interacciones entre poder tecnológico y poder organizacional sugiere no descuidar el trabajo en la “interfase” entre producción de conocimientos y relaciones sociales. Se trata en especial de explorar resistencias y reformas que pueden vertebrarse en torno al propósito de democratizar el conocimiento. De ello un capítulo central e imprescindible pasa por la generalización del acceso efectivo, libre y gratuito a la educación superior. Su reivindicación está jugando gran papel en diversas partes del mundo, desde el cuestionamiento generalizado al orden neoliberal en Chile al significativo vigor del socialismo democrático en Estados Unidos.

En suma, se sugiere explorar la vigencia del socialismo no como promesa utópica para algún futuro, sino como hilo conductor ético y político para (re)construir las búsquedas colectivas de vidas más valiosas en el presente.

UN EJE ORIENTADOR DE RESISTENCIAS Y AVANCES

La conceptualización del poder esquematizada antes debiera contribuir a interpretar hechos y tendencias, pero también, y sobre todo, a un enfoque propositivo vertebrado en torno a la idea de democratización como núcleo de las tareas concretas y viables de hoy.

Weber caracteriza a la democracia como una “minimización del poder” (Gerth y Mills, 1958, p. 60). No dice mínimo, sino minimización: no es un régimen o punto de llegada, sino un proceso. La democracia en sentido estricto no existe ni puede existir: el pueblo todo nunca gobierna nada; participa en mayor o menor grado en decisiones y acciones que pueden ser más o menos asimétricas en sus modalidades y consecuencias. En tal entendido, conviene hablar más

bien de democratización. Corresponde también señalar que lo que se trata de minimizar es el poder distributivo, o sea, las disparidades en la distribución del poder. Pero no necesariamente hay que disminuir el poder colectivo: sí en el caso de una gran corporación, más bien al contrario en el de una cooperativa. En términos generales, las capacidades organizacionales y tecnológicas –o más en general cognitivas– deben potenciarse para que las disparidades sociales disminuyan y la calidad de vida de las mayorías se expanda.

En suma, se entiende por democratización tanto la minimización del poder distributivo, como la expansión del poder colectivo de los sectores menos privilegiados. Se trata pues del tipo de procesos que, en ciertos ámbitos, expanden las capacidades y las libertades a la vez que disminuyen las disparidades de poder y las desigualdades en general; ambas dimensiones se ligan principalmente a través de la promoción de la agencia de los sectores más desfavorecidos. Y la des-democratización se caracteriza por los procesos inversos; no es ocioso señalarlo, pues el avance de la democracia parece más bien una excepción que la regla en la perspectiva de largo plazo. En otras palabras, no hay garantía alguna de que la democracia avance y probablemente la tarea más frecuente de sus partidarios sea evitar retrocesos. Por consiguiente, la democratización en sentido amplio se referirá tanto a los avances del tipo indicado como a las resistencias frente a retrocesos.

Más allá de coyunturas y pronósticos, la experiencia sugiere pensar la promoción de la democracia bajo formas que afirmen la vigencia de los valores reivindicados. Conviene recordar que:

En el siglo XVIII, democracia connotaba muy prioritariamente un régimen político perteneciente a la Antigüedad clásica, una de las tres formas de gobierno junto a la monarquía y a la aristocracia, signada tanto por la idea de la participación popular directa como por su escasa viabilidad práctica y su deriva frecuente en la anarquía. La etapa jacobina de la Revolución francesa no hizo más que profundizar el temor de los conservadores frente a su simple invocación, asociándola al imperio del “tumulto popular”, del despotismo propio del “terror” revolucionario y del radicalismo “demagógico”. (Caetano, 2014, p. 15)

El autor recién citado llama la atención acerca del peligro de una “democracia de militantes” que deje afuera a quienes no militan (G. Caetano, comunicación personal, abril 2020). Al respecto conviene reiterar algunas observaciones de tipo prescriptivo, tanto normativas como propositivas.

La triple consigna *libertad, igualdad y solidaridad* lleva directamente al pluralismo: rechazarlo implica éticamente negar la libertad.

Además, en la medida en que ciertas ideologías sean impuestas en desmedro de otras, la igualdad se ve normativamente comprometida y más aún lo será en la práctica política, pues los mecanismos por los que se proscriben ideas son en sí mismos generadores de mayor desigualdad entre los que mandan y los que deben obedecer.

Amartya Sen destaca que la democracia puede ser pensada como gobierno desde la discusión. Una reformulación en la misma dirección, pero más modesta, lleva a decir que la democratización tiene que ampliar los alcances de la discusión libre e igualitaria. A la inversa, proteger los niveles democráticos alcanzados pasa por evitar que la discusión real se limite a quienes tienen concepciones similares.

La democracia como gobierno desde la discusión exige diversidad, tanto de puntos de vista como de niveles de involucramiento. No es viable ni deseable que todos estén todo el tiempo discutiendo. Aquí se plantea una tensión evidente, que es parte de la realidad por la cual la democracia nunca será sino una aproximación al gobierno del pueblo: por un lado, la democratización en cualquier ámbito requiere participación y aun militancia sistemática; por otro lado, para que la democracia incluya de alguna manera a las mayorías, estas tienen que incidir libremente en las decisiones fundamentales, aun si no han participado en las discusiones relacionadas. Hace falta pues, en cada ámbito y particularmente en el de la república en su conjunto, afirmar instituciones representativas en cuyo marco las agendas emancipadoras puedan ser impulsadas legítimamente pero sin devenir impositivas.

En breve, hay que abrir posibilidades a formas de la democracia participativa, pero en el marco de una democracia representativa estable, provista de “controles y contrapesos” y divisiones del poder que eviten su concentración. En la república democrática, el pluralismo requiere pluripartidismo como una de las garantías contra la concentración del poder. Si solo se autoriza el funcionamiento de una única organización política, su “poder colectivo” hacia afuera oprimirá a la sociedad y el poder de quienes dirigen a esa organización encontrará pocas limitaciones, con lo que el régimen tenderá al despotismo.

La concepción del poder manejada en estas páginas, y mucho más la experiencia histórica, indican que los impulsos a la democracia directa como forma única de adopción de decisiones pueden temporalmente profundizar la participación de bastante gente pero a costa de restringirla más o menos pronto a una democracia de militantes que, desprovista de mecanismos compensatorios, se va convirtiendo, a su vez, en la democracia de una fracción de la militancia, la cual ya no es democracia en sentido serio alguno. Las formas de la democracia directa pueden ser muy valiosas y creativas, pero, sin mecanismos

institucionales de limitación del poder, se derrotan a sí mismas; son además, por lo general, parciales y de muy variable intensidad. Cuando la participación decae, la eficiencia de la democracia participativa también lo hace. Promover las formas de la democracia directa por sus valores éticos y por sus potenciales beneficios prácticos –y no como escalera hacia el poder concentrado de minorías organizadas que destruirán muy particularmente las formas participativas de la democracia– requiere afirmar un marco institucional relativamente estable, ampliamente representativo y dotado de limitaciones a la concentración del poder.

Pero las precauciones del tipo recién indicado no deben llevar a renunciar a impulsar la democratización. Y ello, en particular, porque defender los niveles democráticos alcanzados pasa por afirmar los compromisos con los valores y prácticas asociadas, vale decir, por cultivar formas múltiples de expansión de la democracia. Para tal fin hay varias avenidas posibles.

Dice Bobbio (2009) que las tres formas de poder –económico, ideológico y político– “instituyen y mantienen una sociedad de desiguales, es decir, una sociedad dividida entre ricos y pobres, según la primera; entre sabios e ignorantes, según la segunda; y entre fuertes y débiles, según la tercera. En términos más generales, entre superiores e inferiores” (p. 179). Esto es neto y fundamental.

Cabe proponer una reformulación con análogo lenguaje, según la cual las cuatro formas de poder destacadas por Mann –económico, ideológico, político y militar– instituyen y mantienen una sociedad de desiguales. Es decir, una sociedad dividida entre ricos y pobres, según la primera forma; entre sabios e ignorantes, según la segunda; entre dirigentes y dirigidos, según la tercera; y entre fuertes y débiles (o mejor, armados y desarmados), según la cuarta. En términos más generales, entre superiores e inferiores, o los de arriba y los de abajo.

La relevancia relativa de las divisorias antes mencionadas no ha sido siempre la misma. Destaca Piketty (2019) que el régimen de propiedad constituyó el eje central del conflicto político-ideológico durante los siglos XIX y XX, mientras que solo a fines del siglo XX el régimen educativo adquirió importancia comparable (p. 890). Semejante tesis es un cimiento de la perspectiva presentada en este texto.

Cada una de las cuatro formas anotadas de la desigualdad sugiere, de maneras bastante directas, estrategias para la democratización, algunas con amplia experiencia histórica que incluye por cierto avances y retrocesos. En ciertos períodos y regiones, el impuesto progresivo y el estado social han disminuido las diferencias entre ricos y pobres, la expansión de la educación pública ha disminuido las diferencias entre quienes tienen oportunidades de aprender y quienes no, la ampliación

del sufragio y de ciertas formas de participación ciudadana han disminuido las diferencias entre dirigentes y dirigidos, la limitación de la intrusión del poder militar en la política ha disminuido las diferencias entre armados y desarmados.

Entre avances y retrocesos se registran algunos progresos difícilmente discutibles. En el mundo en su conjunto, la esperanza de vida al nacer en término promedio ha pasado de alrededor de veintiséis años en 1820 a setenta y dos años en 2020; el ingreso medio se ha multiplicado por más de diez en el mismo período de doscientos años (Piketty, 2019, pp. 31, 33, 320). Durante el siglo XX la población creció rápidamente, pasando de unos 1600 millones de personas en 1900 a 6000 en 2000 y, al mismo tiempo, la esperanza de vida pasó de aproximadamente treinta y cinco años a sesenta y siete años (McNeill y McNeill, pp. 279-280). Mucha más gente vivió en promedio vidas bastante más largas. El derecho a la vida se tornó menos vidrioso.

Desde experiencias semejantes debería ser posible avanzar en el enfrentamiento a las desigualdades y en la mejora de la calidad de vida colectiva. Para concretar algunas pequeñas sugerencias al respecto, corresponde tener en cuenta ciertos hechos y tendencias mayores de nuestro tiempo cuya revisión sumaria fue abordada en los dos capítulos precedentes.

Antes se argumentó que una cuestión definitoria para las izquierdas puede sintetizarse así: ¿cómo manejar la tensión entre producción y protección ambiental para enfrentar eficientemente los tres desafíos mayores? Las respuestas han de plantearse en general como vías para la democratización a diferentes niveles y dimensiones del accionar social. Ello significa que el enfoque propositivo tiene que distinguir y combinar –a la vez– tres niveles: lo micro (nichos e intersticios), lo meso (territorios, instituciones, “regímenes socio-técnicos”, tales como la energía, la alimentación, etc.) y lo macro (política a escala nacional y geopolítica). Son ámbitos de militancia distintos, con diferentes posibilidades en lo que hace al cuestionamiento a los poderes existentes y a la “felicidad de la búsqueda”.

Al esbozar un enfoque prospectivo, se conjeturó que, ante el “escenario tendencial” –caracterizado por el agravamiento de la *insustentabilidad*, la desigualdad y el autoritarismo–, la contracara más probable podría conformarse como una multiplicación de resistencias separadas y más bien regionales, posiblemente con energías y características variadas según las áreas del planeta.

Articular resistencias distintas y combinarlas en propuestas alternativas será cometido central de la política de izquierdas. Requiere atender desde lo micro, donde puede gestarse la emergencia intersticial de mejores configuraciones de poder, hasta lo macro, donde

corresponde impulsar las más amplias coaliciones para la defensa y la profundización de la democracia.

En suma: *la contribución fundamental de las izquierdas a la mejora de la calidad de vida colectiva, hoy y también mañana, transcurre por los variados caminos de la democratización.*

LA DIFÍCIL DEMOCRATIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y DEL CONOCIMIENTO

En el contexto del dominio global de la sociedad capitalista del conocimiento, se asiste al avance de la privatización y de la extensión de las lógicas capitalistas a los más diversos ámbitos, lo que ha sido calificado como “desborde del capitalismo”. Ante semejante panorama, la estrategia democratizadora general ha de incluir dos líneas de acción especialmente importantes e interconectadas entre sí. Por un lado, las actividades democratizadoras específicamente enfrentadas a la expansión del dominio capitalista de la economía. Por otro lado, el impulso a la democratización del conocimiento, cuestión más bien desatendida por las izquierdas sociales y políticas, pero que, a la luz de los enfoques ensayados en este texto, parece absolutamente crucial.

Democratizar la economía se ha mostrado muy dificultoso. Tiempo atrás Dahl (1985) afirmó que ello constituye un problema mayor para la democracia en general. Estudiando el fenómeno general de la “des-democratización”, Tilly (2005) ha destacado el peso que tiene en el mismo la combinación del conocimiento avanzado y el capital financiero. En Estados Unidos particularmente, el avance hacia la plutocracia como sistema de gobierno parece bien documentado.

La democratización de la economía necesita procedimientos de decisión que conjuguen cuotas apreciables de eficiencia y representatividad. Sin lo primero, escaso resultará el poder colectivo del país, organización o grupo del que se trate. Y sin lo segundo, la distribución del poder afianzará las posiciones de las minorías dominantes. La concentración extrema del poder inherente a la planificación centralizada de una economía grande y moderna tiende a ser ineficiente e injusta, lo contrario de lo que se persigue con la democratización.

Cuando se busca ampliar el involucramiento real de la gente, la participación ha de enfrentar necesariamente las dificultades de la toma de decisiones. Un sistema sobrecargado de asuntos a resolver fomenta la burocratización, en desmedro tanto de la eficacia como de la participación real. La democratización de la economía pasa por definir cuál es el conjunto de cuestiones a decidir cuyas características permiten un manejo de tipo democrático. El incremento enorme del conocimiento involucrado particularmente en los procesos económicos afecta tanto a la pretensión de planificación integral como a la suposición, cara al individualismo de mercado, de que una persona

conoce todo lo que le conviene para hoy y para mañana (Hodgson, 2001, pp. 11, 51). Las limitadas facultades cognitivas de los seres humanos requieren –en la organización de la sociedad como en la de la ciencia– abrir espacios plurales para la experimentación y los aprendizajes, que nunca dejarán de ser parciales y contingentes.

Lo anotado sugiere a la vez que no cabe hacerse ilusiones fáciles en materia de formas no capitalistas y más democráticas de la vida económica, particularmente de la organización del trabajo, pero que no hay que dejar de impulsarlas. Nos referimos tanto a organismos públicos –en el entendido de que no se busca reproducir en ellos las modalidades más típicas del sector privado– como al conjunto de modalidades autogestionarias y cooperativas.

No parece haber demasiado sustento empírico para argumentar que por esas modalidades se va al socialismo, pero para trabajar en esa dirección hay varios argumentos. El primer lugar, de esa forma se puede contribuir a ponerle límites al capitalismo, a paliar su “desborde” –especialmente en las condiciones de trabajo– en la medida en que no juega solo en la cancha, sino que la gente tiene algunas otras alternativas ocupacionales. En segundo lugar, empresas recuperadas y cooperativas en general constituyen una importante (auto)defensa frente a la desocupación, que apuesta a la agencia de los sectores desfavorecidos, y es en principio preferible en más de un sentido a instrumentos como el seguro de paro que a menudo parecen concebidos más para “pacientes” que para “agentes”. En tercer lugar, y desde un punto de vista bastante diferente, la diversificación de formas de organización de la producción y el trabajo es, para una visión evolucionista de la economía, en sí misma una fuente potencial de resiliencia e innovación. Desde este punto de vista, el pluralismo es tanto cuestión de valores como de pragmatismo.

En cualquier caso –en la economía privada, estatal o social–, las posibilidades de resistir al poder de las élites y eventualmente cuestionarlo serán muy escasas si ellas conservan el virtual control monopólico de hoy sobre el conocimiento avanzado, su manejo y aprovechamiento. Todo este texto está inspirado por una convicción repetida: si no se disminuyen sustancialmente las lejanías entre sectores postergados y conocimiento avanzado, poco se podrá hacer para afrontar los desafíos mayores, y mínima será la contribución a ello de las izquierdas. Si este panorama se afianza, tenderán a ahondarse los padecimientos sociales y ambientales, mientras que el dominio del capitalismo –aunque varíen sus formas prevaecientes– difícilmente se verá afectado.

Respecto a lo antedicho, cabe evocar la lucha, narrada por David Noble (1986), entre dos opciones posibles para la introducción de

máquinas de control numérico en la industria de Estados Unidos: una que preservaba la calificación de los trabajadores (y por ende, una cierta cuota de su poder) y otra que la disminuía drásticamente (y aumentaba el poder de la dirección empresarial). Un sindicalista que militó en esa batalla sacó la siguiente lección: manejar conocimiento del asunto pero no resistir no lleva a ninguna parte, mientras que resistir sin manejar conocimiento es como pelear con una mano atada a la espalda.

Combinar resistencia y conocimiento es necesario. Pero muy difícil. Como ya se subrayó, los sectores menos privilegiados tienen por lo general una posición subordinada en el acceso al conocimiento y en el control de su uso, lo que implica una inferioridad de poder tecnológico. Esta se ha acentuado con la creciente incidencia del conocimiento avanzado en las relaciones sociales. Por otra parte, los grupos dominantes –o sea los ubicados arriba en la distribución del poder en las principales redes de acción colectiva– tienen por lo general una ventaja organizacional sobre el resto de la sociedad, que proviene justamente de su papel dirigente en la coordinación y el control de actividades sociales relevantes. Tal superioridad de poder organizacional se incrementa cuando se expande el ámbito geográfico de algunas relaciones sociales de gran importancia, como ha sucedido particularmente con las de tipo económico durante la globalización. En ese contexto es bastante comprensible que a los sindicatos de una empresa que despliega sus actividades en varios continentes les resulte considerablemente más difícil coordinar sus reclamos y movilizaciones que a la patronal desplegar estrategias diferenciadas pero centralmente planificadas y verticalmente implementadas.

Comparemos brevemente el panorama recién aludido con el que se podía contemplar en tiempos del auge “socialdemócrata” del estado de bienestar en Europa. *Grosso modo*, los capitalistas creaban riqueza y los socialistas trataban de repartirla todo lo posible; el capital tenía la iniciativa y el trabajo reaccionaba (Mann, 1992, p. 231). En la llamada época de oro del capitalismo occidental, era compatible con las dinámicas fundamentales del sistema el que los trabajadores conquistasen mejoras importantes, negociadas a partir de las capacidades organizacionales para el accionar de los sindicatos en las relaciones económicas y de los partidos de izquierda en la esfera política. Tales capacidades se basaban tanto en las formas prevaletentes de la producción, las cuales agrupaban a mucha gente en condiciones análogas que ofrecían posibilidades objetivas para el accionar colectivo solidario, como en el vigor de las motivaciones ideológicas que promovían ese tipo de acción. Partidos y sindicatos evidenciaban en tal contexto un alto nivel de agencia, sustentado en sus capacidades organizacionales.

Pero esas capacidades no eran suficientes para desafiar las formas prevaecientes de organizar la producción y crear riqueza. Algunos intentos, como en los años setenta el proyecto sueco de los fondos de salarios que apuntaban a transferir gradualmente propiedad y poder de decisión en las empresas a sus trabajadores, tropezaron con grandes obstáculos (Brundenius, 2020). Las capacidades organizacionales y cognitivas de los capitalistas dejaban pocas brechas para la emergencia de relaciones económicas diferentes. Sin embargo, amplios grupos organizados de los trabajadores podían obtener avances, que hoy se han hecho considerablemente más difíciles. En efecto, por motivos varios que incluyen algunos ya anotados, las asimetrías de poder cognitivo y organizacional entre capital y trabajo son actualmente bastante mayores que hace medio siglo.

Tales asimetrías de poder son, además, distintas. La gravitación social del conocimiento se ha multiplicado y ha llegado a ser clave en el debilitamiento de las capacidades organizacionales de los trabajadores. Estos últimos ya no pueden confiar solo en tales capacidades para, mediante la incidencia en el Estado y la conflictividad negociadas con los capitalistas, lograr una parcial democratización de la economía consistente en la redistribución del producto, sin gravitar mayormente en cómo se genera tal producto. No parece haber alternativa, por difícil que sea, a la búsqueda de caminos para una intervención ampliada de los trabajadores en la orientación general de la producción. Y ello, a su vez, parece imposible sin combinar capacidades organizacionales y capacidades cognitivas.

En suma, la reafirmación en la economía de las lógicas del capitalismo y su extensión a los más diversos ámbitos de la vida humana –que es lo propio de la sociedad capitalista del conocimiento– solo pueden ser enfrentadas por esfuerzos democratizadores, en la economía y más allá, que no renuncien a pelear también y directamente en los terrenos del conocimiento.

ALTERNATIVAS PARA LA TRANSFORMACIÓN DESDE LA APUESTA A LA SOLIDARIDAD EFICIENTE

¿Qué viabilidad tiene lo planteado en la sección precedente? Un pronóstico más bien pesimista emerge de los hechos que allí se evocan. En efecto, si hasta ahora poco se pudo lograr en materia de democratización de la economía y del conocimiento, todavía menos viable luce en principio avanzar en esa dirección hoy, cuando el panorama general parece más oscuro en casi todas partes de lo que era ayer en el Oeste y en otras partes, por lo menos en dos sentidos importantes. Por un lado, las diferencias de poder entre grupos dominantes y sectores menos favorecidos son bastante mayores. Por otro lado,

la degradación ambiental, el alza de la desigualdad y la debilidad o simple ausencia de espacios de negociación social en marcos democráticos complican considerablemente el logro de mejoras significativas y duraderas. La democratización, en tanto corazón del enfoque propositivo, luce débil.

Para afinar el análisis, cabe retornar por un momento al enfoque prospectivo. Este último, según se apuntó ya más de una vez, tiene como columna vertebral la conjetura de que es muy probable una gran mutación de sociedad, pero que ella puede asumir formas muy diferentes. Cuáles serán las que efectivamente se hagan realidad dependerá crucialmente de la agencia de varios actores; no hay garantías de que se logre disminuir la desigualdad o incidir en el cambio climático de maneras que puedan ser vistas como desarrollo sustentable (Schot y Langer, 2018). Los procesos que configuran la generación y distribución del poder a nivel profundo –persistiendo generalmente más allá de coyunturas y, en ese sentido, modelando las estructuras primordiales de la sociedad– apuntan hacia una transformación social de gran envergadura; pero las formas específicas posibles parecen muy diferentes y hasta opuestas. A riesgo de simplificar demasiado, cabría decir que “la estructura” hace altamente probable una mutación mayor, mientras que “la agencia” será decisiva para delinear sus rasgos.

¿Qué actores y qué acciones pueden impulsar caminos democratizadores hacia más sustentabilidad y menos desigualdad? La pista ética apunta a escudriñar las perspectivas de los grupos postergados. Los tres desafíos generales destacados –(in)sustentabilidad, desigualdad y autoritarismo– parecen confluir en uno decisivo para los sectores populares: el de expandir sus capacidades para actuar en la transformación que se viene de manera tal que no les sea netamente desfavorable, para incidir en su curso más bien que para sufrirlo. La envergadura creciente de las capacidades requeridas –en lo que hace a las potencialidades organizativas como a la tecnología y al conocimiento avanzado en general– justifica denominarlas *capacidades transformativas*. ¿Qué podría impulsar a que grupos suficientemente amplios hicieran el gran esfuerzo requerido para construir las?

Cuando Weber afirma que son los intereses materiales e ideales de los seres humanos los que gobiernan su comportamiento, y no las ideas, anota también que en ciertas circunstancias estas pueden jugar un papel de primera importancia, al definir las vías por las que se despliega la dinámica de los intereses. Para ilustrar esa noción, recurre a la metáfora de los dispositivos que en los ferrocarriles alteran las conexiones entre vías, determinando que un tren tome una dirección y no otra. Durante las últimas décadas las ideas propias del neoliberalismo han incidido grandemente en el trazado de las vías por las que

se despliegan las luchas sociales motorizadas por intereses, pasiones y también razones. En ese período, un papel en conjunto decreciente les ha correspondido a las ideas tradicionales de la izquierda según las cuales gobiernos progresistas aliados con los sindicatos pueden hacer del Estado la herramienta decisiva para una sistemática democratización de la economía, que tenga carácter permanente. La experiencia y la teoría del poder sugieren que esa alternativa, si bien puede llegar a tener los impactos que se registraron en América Latina a comienzos de este siglo, encuentra pronto sus límites y suele desembocar en retrocesos considerables. Pero las ideas neoliberales han impulsado al mundo a recorrer aceleradamente la vía que lleva al desastre del “escenario tendencial”. Cuando las ideas esperanzadoras de ayer han vuelto a mostrar sus limitaciones y las ideas dominantes del presente muestran con creciente claridad su carácter pernicioso, se abren posibilidades de renovación ideológica. Aquí radica la oportunidad y también la responsabilidad de las izquierdas. No sabemos si nuevos proyectos podrán revitalizar las capacidades organizativas y cognitivas de los sectores populares de modo tal que les permita ser reales agentes en procesos democratizadores más profundos que los conocidos hasta ahora. Pero sí sabemos que, sin avances de ese tenor, la mutación de sociedad será altamente perniciosa. Probablemente, cada vez más gente lo vaya comprendiendo. La dinámica misma de los intereses posibilitará nuevas alianzas o confluencias, a diferentes niveles, en pro de mayor sustentabilidad, más igualdad y menos autoritarismo.

En la inmensa crisis de la década de 1930, signada por la Gran Depresión y el ascenso del fascismo, diversas izquierdas y sectores progresistas en distintas partes del mundo levantaron ideas alternativas que marcaron un cambio de vía. A partir de entonces y por casi medio siglo, proyectos de corte socialdemócrata tuvieron no poca incidencia en los cambios sociales. Los desafíos actuales no son menores que los de entonces: el dominio de las ideologías derechistas se está agrietando, como antes. Sin embargo, la conjunción de ideas renovadas y agencias revigorizadas puede marcar una inflexión de rumbos.

Hacia el final de una sección dedicada a registrar ciertos motivos usualmente invocados para explicar el comportamiento de los seres humanos, se hizo alusión a la reciprocidad solidaria. Como lo destaca Barrington Moore, el sentimiento de reciprocidad ha desempeñado un papel en absoluto descartable en la historia. Seguramente ese sentimiento está a flor de piel para mucha gente impactada por los sufrimientos propios y ajenos que se vinculan a la sustentabilidad escasa y a la sobrada desigualdad. Tiende a fomentar el valor de la solidaridad. ¿Los impulsos ligados podrán ser racionalmente implementados de modo tal de atender objetivamente a los intereses justificados de

muchos con prioridad a los más postergados? En la medida en que las respuestas afirmativas se vayan multiplicando, la alianza de las pasiones y las razones podría robustecer el esfuerzo de ciertos sectores populares por construir y usar capacidades transformativas. En otras palabras, la apuesta a *la solidaridad eficiente podría ser una clave de transformación* que propulse la agencia de los de abajo cuando el saber afirma el poder de los de arriba pero la institucionalidad dominante se agrieta rápidamente. Explorar semejante clave será el hilo conductor de la reflexión sobre variados asuntos que se presenta en las próximas páginas.

UNA POSTURA ANTE EL CAPITALISMO

Lo dicho en la sección anterior reafirma en términos propositivos lo que surge de los enfoques previos: no se entiende viable ni deseable apuntar a la sustitución del capitalismo por el socialismo entendido como “modo de producción” caracterizado por el rol determinante del Estado a partir de la propiedad pública de los medios de producción y la planificación centralizada. Surge de ello la urgente necesidad de precisar, en la medida de lo posible, la postura que se sugiere adoptar ante el capitalismo, configuración de poder que domina en solitario el mundo de hoy y que en sus formas predominantes lo impulsa hacia las “tres D”: des-sustentabilidad, desigualdad, des-democratización.

Con tal propósito es necesario consignar qué se entiende por capitalismo. En otra parte (Arocena, 2018) se sintetizaron las visiones al respecto de Hodgson (2015) y Mann (1993), lo que implica tener en cuenta las posturas de Marx, Weber y Schumpeter.

Teniendo como base las obras recién citadas, se propuso la siguiente definición abreviada, que se utilizará en adelante. Una sociedad es de tipo capitalista cuando el sistema de producción predominante se caracteriza por los siguientes elementos: a) la propiedad privada, la cual incluye a los medios de producción y es protegida por un marco institucional que permite comprarla y venderla; b) la producción mercantil de bienes y servicios con el propósito de obtener ganancias; c) el trabajo asalariado; d) mecanismos financieros con bancos y crédito, que incluyen mercados de dinero.

Por mercado se entiende una institución en el marco de la cual múltiples compradores o vendedores intercambian los derechos de propiedad de un número considerable de bienes o servicios de un cierto tipo. El sistema capitalista basado en la propiedad privada y los mercados da lugar a dos sistemas fundamentalmente distintos de coordinar actividades y de generar señales que informen al respecto: por un lado, las interacciones externas entre empresas privadas, particularmente en los mercados; por otro lado, las interacciones

internas a cada empresa, donde se combina autoridad y cooperación (Hodgson, 2015, pp. 138, 145).

La orientación democratizadora general debe definir posiciones ante los componentes fundamentales del capitalismo: a) la propiedad privada; b) los mercados; c) el régimen salarial; d) el sistema financiero. Al respecto se hacen a continuación cinco afirmaciones seguramente polémicas, pero que al menos no esquivan cuestiones medulares.

La primera de estas afirmaciones sostiene que suprimir la propiedad privada es contraproducente desde el punto de vista del poder colectivo y también del poder distributivo: tiende a disminuir la producción en cantidad y calidad, concentra el poder en (la cúpula de) el Estado y hace a la gente más dependiente de su arbitrio. Se trata pues no de suprimir, sino de limitar y regular la propiedad privada: en su tamaño, en lo que puede ser apropiado, en el uso que puede darse a la propiedad.

Afirmaciones como la precedente han llegado a ser bastante aceptadas durante el último medio siglo, en especial porque surgen de una larga y elocuente experiencia. Pero significan un cambio mayor en la historia de las ideas socialistas. La propiedad privada, al decir de Owen, impedía alcanzar “la virtud y la felicidad”; la meta de abolirla caracterizó al socialismo en su conjunto, bastante más allá del marxismo, hasta la década de 1950. Pero la historia y la reflexión acerca de la experiencia sugieren que abolir la propiedad privada no asegura “virtud y felicidad”, y genera problemas nada menores; su combinación con la supresión de los mercados traba la innovación técnico-productiva y afecta a las libertades (Hodgson, 2018, pp. 71, 87, 183).

La cuestión no tiene soluciones simples. Parece imprescindible mantener un papel significativo para la propiedad privada y a la vez regularla considerablemente. El fracaso ostensible de la estatización a ultranza pavimentó la ruta para la privatización masiva que fomenta las “tres D”. Hay que resistirla no mediante formulaciones maniqueas que se quedan en el papel, sino mediante la construcción de opciones que, combinando la propiedad privada, estatal y social de formas variadas, resulten a la vez más eficientes y solidarias. Y esto último abreva en lo más fecundo de la inspiración socialista original; en efecto, por ejemplo para Owen y sus partidarios, la abolición de la propiedad privada era el camino para que la ideología de la cooperación superara al individualismo egoísta. Aunque el camino haya resultado bastante más complicado de lo supuesto hace dos siglos, la meta normativa sigue vigente.

La segunda afirmación de carácter polémico aquí postulada declara que el núcleo ideológico fundacional del socialismo apuntaba

a la abolición tanto de la propiedad privada como de los mercados. Así, en los dinámicos y esperanzados años iniciales del gobierno de la Revolución cubana, el mercado fue prácticamente abolido y se apostó a la planificación centralizada, en la cual el Che en especial veía un rasgo definitorio del socialismo.

El mercado fomenta la competencia desatada, la codicia y la explotación; es fuente de desigualdad. Pero, como sucede con la propiedad privada, la perspectiva de una solución sencilla –mediante la planificación– subestima la complejidad de la realidad, así como de los intereses en juego. También sobrestima el potencial de la razón humana: las izquierdas no pueden sino apelar a ella, pero deben asumir sus limitaciones como herramienta para conocer y actuar.

La experiencia muestra que los mercados contribuyen en medida relevante a coordinar las actividades económicas, a expandir la producción, a diversificarla, a la asignación de recursos de maneras relativamente eficientes en ciertas situaciones, sobre todo por comparación con otras formas de hacerlo. No son sustituibles con ventaja por la planificación total, que además de ser bastante ineficiente limita seriamente las libertades.

Pero los mercados son también generadores de desigualdad y de concentración del poder, así como malos otorgadores de recursos desde ciertos puntos de vista fundamentales, como el interés colectivo, el largo plazo, la preservación ambiental, la cohesión social, el impulso a la cooperación. Su papel en la educación y la salud tiende a ser realmente nocivo.

La limitación –parcial o total– de los ámbitos en los que pueden funcionar los mercados y su regulación son imprescindibles en aras al interés general y, asimismo, para proteger bienes específicos.

En cuanto a la tercera afirmación, ella sostiene que la relación salarial entre capitalistas propietarios de los medios de producción y trabajadores “libres” –tanto por las restricciones de movimiento y contratación típicas de la servidumbre como por no tener la propiedad de las herramientas de labor, típica del artesanado– es característica central del capitalismo, dependiente de los dos componentes previamente anotados, propiedad privada y mercados. Ha sido y sigue siendo causa mayor de la explotación y dominación más o menos irrestricta de muchos por algunos.

En este terreno la primera línea de acción tiene que ser la que forjó inicialmente al movimiento obrero y al sindicalismo, la *resistencia* a las modalidades más agudas de explotación y dominación de los más débiles. No menos necesario sigue siendo combinarla con una segunda línea de acción, la reivindicación de *trabajo digno*, también característica del conjunto del sindicalismo.

La divisoria entre empresarios y obreros tiene su raíz en (la distinta posición ante) la propiedad privada, pero da lugar a otra más compleja, directamente ligada a la organización del trabajo: la que contrapone a quienes dirigen y se encargan de las tareas de tipo intelectual con quienes ejecutan y realizan las tareas manuales y/o rutinarias, con por lo general mínima cooperación entre sí. Esa contraposición, sistematizada por el taylorismo que impulsó el individualismo laboral, degrada las condiciones de trabajo y puede ser contraproducente desde el punto de vista del rendimiento empresarial.

Este es un terreno resbaladizo, pero no por ello merece menos atención una tercera línea de acción que apunta a erosionar esa divisoria, promoviendo la combinación de trabajo en equipo, el enriquecimiento de tareas, la capacitación sistemática e incluso el involucramiento de los trabajadores en la adopción de decisiones.

Esto último se inscribe en la muy difícil labor de democratización de la economía, ya discutida en una sección anterior. Es imprescindible impulsarla, aunque solo fuera para resistir el avance de las tendencias contrarias. Semejante democratización apunta tanto a mejorar la calidad de vida en el trabajo –incluyendo la dimensión de realización personal que este debe y puede tener– como a defender los intereses que una empresa, sus trabajadores y la sociedad tengan en común, intereses relacionados con la mejora cuantitativa y cualitativa de la producción y la ocupación en rubros socialmente valiosos.

Una cuarta línea de acción en torno a la relación salarial se ubica, en realidad, fuera de ella, y por eso será considerada más adelante: es la promoción de modalidades de organización del trabajo diferentes de la propia del capitalismo. Se la menciona aquí porque esas modalidades, si cobran fuerza, fortalecen la posición de los asalariados en marcos capitalistas y las posibilidades de impulsar líneas de acción como las antes mencionadas.

En cuanto a la última de las cinco afirmaciones polémicas que se sostiene en este capítulo, la misma postula que particularmente el sistema financiero parece ocupar una posición a la vez dominante y determinante. Dicho sistema ha sido la punta de lanza en el desmantelamiento de las regulaciones del capitalismo que se afianzaron en el Oeste tras la Segunda Guerra Mundial. Fue determinante en el desencadenamiento de la Gran Recesión iniciada en 2008 y, pese a ello, mantuvo su papel dominante. En esa instancia se evidenció que grandes empresas financieras actúan a menudo como asociaciones para delinquir; Goldman Sachs fue acusada de fraude por vender valores que sabía no eran solventes (Fontana, 2011, p. 936). El capital financiero es así un gran factor de desigualdad e inestabilidad. Es pues bastante posible y muy necesario sumar esfuerzos para resistir sus

avances, (re)regularlo y ofrecer alternativas, particularmente a través de la banca pública.

En esta última dimensión como en las mencionadas antes se trata de tres cuestiones: (i) *resistir* a las manifestaciones más perjudiciales del capitalismo descontrolado; (ii) *explorar* alternativas –a niveles micro, meso y macro– e impulsar posibilidades de escapar en medida menor o mayor a sus lógicas; (iii) promover *reformas* viables y deseables que, mejorando las condiciones de vida de las mayorías, amplíen el campo de lo posible, para resistir, explorar y seguir reformando.

En suma, las izquierdas pueden y tienen que hacer contribuciones propias a una nueva regulación del capitalismo combinando *resistencias, exploraciones y reformas*, con la búsqueda de la *solidaridad eficiente* como orientación común. Quizás así puedan colaborar al eventual ascenso de relaciones sociales distintas de las propias del capitalismo: no hay seguridad alguna de éxito, sí de que serán siempre arduas las tres tareas; tratar de saltarse algunas garantiza el fracaso, para mañana y para hoy.

ACERCA DEL ESTADO

Acciones como las comentadas en la sección anterior involucran directamente al sector estatal. Más en general el Estado ha sido considerado por las corrientes más gravitantes de las izquierdas como la herramienta por excelencia para el progreso y la transformación social. Pero sus limitaciones debieran ser ya evidentes. Para no quedar presas de ellas ni desperdiciar las posibilidades de acción propias del sector público, las izquierdas tienen que afinar su concepción del Estado.

Para contribuir a esa labor, retomando lo ensayado en otro texto (Arocena, 2018), en los próximos párrafos se resume apretadamente la teoría del Estado de Mann, la cual reconoce la directa influencia de Weber. En esa visión los Estados son, por un lado, lugares o arenas de conflicto y, por otro lado, actores dotados de una unidad de acción muy variable y, habitualmente, no demasiado grande. En tanto lugares, los forman varias partes diferentes, entre las cuales la cohesión tiene niveles diversos y los conflictos suelen ser numerosos. En tanto actores, los Estados muestran grados también variables de autonomía, en la medida en que resultan condicionados tanto por otros grandes actores de poder como por necesidades sociales generales.

En general, las teorías sobre el Estado le asignan un carácter unitario más profundo que lo sugerido por los estudios empíricos de proximidad, los cuales ponen de manifiesto, por detrás de una unidad simbólica, más bien la división y la falta de cohesión. Afirma Mann (1986) que, mirados con microscopio, los Estados se balcanizan en departamentos y facciones que compiten entre sí (p. 53). Diversas

secciones del Estado están condicionadas por sus trayectorias específicas, por las luchas y conflictos que las gestaron y enmarcaron históricamente, a partir de lo cual se vinculan más o menos estrechamente a distintos grupos de interés. Distintas redes de poder penetran distintas partes del conjunto estatal. El Estado siempre tiene un papel fundamental en tanto centraliza las relaciones políticas; tiene además su racionalidad interna; pero su cohesión es siempre cuestión problemática y muy variable.

Desde semejante óptica, Mann (1993) considera que el Estado es 1) un conjunto diferenciado de instituciones, organismos y grupos de personas, que 2) constituye el (único) centro de las relaciones políticas, pues estas van desde y hacia él, en 3) un territorio delimitado, donde 4) ejerce cierto grado de autoridad para fijar reglas que deben cumplirse, lo cual 5) se sustenta en una cierta fuerza física organizada (p. 55).

En semejante caracterización, enmarcada en la teoría general del poder de Mann, se destacan tres aspectos entretreídos del Estado que son fundamentales para los proyectos de transformación social. En primer lugar, corresponde repetir que el Estado es una arena de conflictos. En segundo lugar, y ampliando algo también anotado al comienzo de esta sección, el Estado es un actor, lo cual significa que posee una capacidad, en general variable pero que en ciertas circunstancias puede llegar a ser muy grande, para actuar de manera consistente y relativamente autónoma. En tercer lugar, el Estado es una red de poder, colectivo y distributivo; a partir de esa red se establecen relaciones de dominación, más o menos fuertes o débiles, tanto del Estado sobre el resto de la sociedad como de las élites dominantes del Estado sobre todos los demás integrantes de la sociedad en cuestión.

Además de las anotaciones precedentes, al repensar las perspectivas de las izquierdas y el papel que el Estado puede tener en ellas, hay que tener siempre presente que la globalización capitalista, entretreída con la transformación de la base tecnológica, ha fragilizado casi todas las estrategias conocidas para buscar alternativas al capitalismo o al menos intentar limitar su poderío. En particular, se han hecho todavía más débiles que en el período anterior las posibilidades para democratizar la relación salarial en el sentido indicado por las líneas de acción previamente comentadas. Hace falta revisar herramientas de transformación, intentando actualizarlas, así como explorar otras para afrontar los desafíos que supone el tránsito a la sociedad capitalista del conocimiento.

Un punto de partida debiera ser afirmar la perspectiva de la *economía mixta* como marco general de referencia. No se la encara como una etapa transitoria hacia la estatización integral, ni tampoco como

una suerte de reparto de actividades productivas entre el sector privado y el sector público. Se trata de subrayar ciertos cometidos imprescindibles del Estado para, a la vez, paliar asimetrías propias de la producción capitalista (disminuyendo el poder distributivo de las élites) y potenciar la producción sostenible (expandingo el poder colectivo de las mayorías).

La perspectiva de la economía mixta implica relaciones de cooperación y de conflicto entre el empresariado privado y el Estado, en las cuales este último actúa respecto a aquel como contrapeso, como colaborador y como responsable de conjunto.

En economías con amplio accionar de los mercados, para que sus aspectos positivos sean potenciados y los negativos paliados, son imprescindibles políticas públicas en varias áreas, como por ejemplo las siguientes: (i) protección y promoción del trabajo decente, parte de la función potencial del Estado como “escudo de los débiles”; (ii) supervisión, regulación y control de las actividades mercantiles en general, y particularmente de las financieras y/o con posibilidades monopolistas; (iii) prestación pública directa de ciertos servicios –salud y educación ante todo– y presencia relevante en todas las actividades estratégicas; (iv) protagonismo en las actividades decisivas a largo plazo, donde los rendimientos sociales suelen ser distintos a los rendimientos privados, lo que en especial tiene que ver con la protección del ambiente, así como con la generación y uso de conocimiento; (v) impulso al protagonismo de diversos actores colectivos en la economía, particularmente de los que organizan a sectores postergados; (vi) en especial, respaldo a formas cogestionarias, cooperativas y afines de organización del trabajo y la producción. Una clave orientadora general debiera ser la combinación de las políticas sociales con las políticas para la producción, la ocupación, la innovación y la formación.

Una visión del Estado propia de las izquierdas ha de considerarlo a la vez como un conjunto de mecanismos de poder y como una arena de conflictos. Sus posibilidades de desempeñarse en algún terreno como un actor unitario, persiguiendo eficientemente los fines que proclama, son siempre limitadas y en la mayor parte de los casos escasas. Es pasible de “captura externa”, de lo cual entre muchísimos ejemplos uno sobresaliente es el influjo del gran capital financiero en gobiernos tan poderosos como el de Estados Unidos. También es pasible de “instrumentación interna”, vale decir, de su puesta al servicio de grupos de funcionarios públicos, jerarcas de carrera, gremios, etc. No menos gravitante es su condición de botín en las contiendas electorales, cuando estas existen, pues en general mucho más opaca y perjudicial es tal condición cuando la designación de los gobernantes no se hace mediante comicios dignos de tal nombre. La multiplicación de

funciones del Estado ha sumado a esas potenciales deficiencias una complejidad que luce inabarcable.

No hay motivos prácticos o teóricos para asumir *a priori* que el Estado tendrá un comportamiento altamente virtuoso. La terrible experiencia en curso del bolsonarismo debiera subrayar que el fracaso ético en el manejo de la cosa pública contribuyó a barrer del gobierno a la izquierda brasileña, que por cierto no inauguró en su país la corrupción a gran escala como herramienta gubernamental, pero no la adversó y más bien la aprovechó.

Las izquierdas necesitan tener concepciones propias y afinadas sobre cómo procurar que el Estado esté en mejores condiciones para cumplir con sus fines insoslayables. Y también aquí lo primero son los valores que surgen del enfoque normativo.

La gestión pública de las izquierdas tiene que reflejar sus prioridades éticas y políticas. La ofensiva ideológica del capitalismo que vivimos desde hace ya varias décadas no solo ha promovido, en lo que hace al Estado, la retracción de sus actividades y la disminución de su tamaño, sino también la asimilación de la gestión pública a la privada, lo que a menudo se asocia a la privatización de hecho o de derecho de buena parte del aparato estatal. Este ve así seriamente dificultado el cumplimiento de actividades sociales e incluso económicas imprescindibles, que nadie más cumplirá por sí solo –desde la atención a los desposeídos pasando por las salvaguardias ambientales hasta la generación de conocimiento–, con los consiguientes efectos perjudiciales hasta para la producción privada. La economía mixta necesita otras pautas de gestión pública.

¿Se pueden forjar pautas viables que den sustancia en este terreno a las nociones de agencia y solidaridad eficiente?

Las izquierdas suelen apoyar, cuando están en la oposición, las reivindicaciones de los gremios públicos y suelen quedar enfrentadas a ellas, cuando llegan al gobierno. ¿Podrían tener modelos propios para la reforma del Estado? En todo caso, no se entiende por qué quienes reivindican el apoyo a experiencias autogestionarias como pequeñas exploraciones de alternativas en lo privado –cuyos beneficios potenciales pueden ser grandes– no habrían de ensayar también algunas exploraciones alternativas en las relaciones de trabajo en lo público.

Se trata de impulsar reformas del Estado que involucren individual y colectivamente a los funcionarios públicos, en tanto servidores de la comunidad, en la mejora de la gestión, lo que requiere ciertas formas de estimular sus intereses materiales y espirituales. Si tales intereses son considerados de la misma manera que se considera típica de la actividad privada y que se recoge a menudo en las reivindicaciones gremiales –privilegiando lo individual, lo material y

el corto plazo–, entonces la gestión pública será frecuentemente poco eficiente, en sí misma y por comparación con la privada. Esta última, en general, tiene mayores márgenes para usar incentivos diferenciales (positivos y negativos) de tipo material, individual y de corto plazo. Lo específico de la gestión pública debiera ser poner en juego combinaciones distintas de incentivos.

Mejorar dramáticamente la gestión pública, poniendo la cuestión en un lugar central de los programas de las izquierdas, parece imprescindible, en especial, para retomar el camino hacia una estructura más justa y eficiente del impuesto progresivo, en gran medida desmantelada por la revolución conservadora. Las exenciones impositivas promovidas por los sectores pudientes se abren paso frecuentemente en contextos de indiferencia o aun de apoyo por parte de sectores postergados. No parece fácil revertir tan negativo panorama sin mostrar en los hechos que el Estado puede ser un mucho más eficiente y justo “escudo de los débiles”. Han sido presentadas –por ejemplo en Piketty (2019)– muy ambiciosas propuestas para la reformulación progresista, e incluso con inspiración socialista, de la estructura impositiva; se volverá a ellas más adelante. Son imprescindibles para disminuir la desigualdad y ampliar la sustentabilidad. Hace falta construir su apoyo político.

Los programas de las izquierdas para el Estado deberán incluir una interpretación general de lo que este es, una visión normativa y propositiva del papel de los funcionarios públicos como servidores de la comunidad, y reformas específicas para (aspectos bien delimitados de) sus cometidos fundamentales. Las cuestiones a abordar incluyen:

1. La transformación integral de la justicia, transitando desde una concepción de venganza codificada (y disimulada) a otra que combine prevención, resarcimiento, escarmiento y reinserción sin la pretensión de “hacer justicia”.
2. La paulatina erradicación de las Fuerzas Armadas convencionales y la afirmación de fuerzas policiales de seguridad ciudadana altamente profesionalizadas, con cuerpos especializados (incluso para misiones internacionales de paz y particularmente para afrontar el delito organizado) y todo su personal capacitado para avanzar laboralmente dentro o fuera de la institución policial.
3. El papel necesario del Estado en la necesaria economía mixta, ya comentado.

4. El Estado primer “escudo de los débiles” a través de políticas sociales orientadas a la colaboración con la sociedad civil y a fomentar la agencia de los sectores postergados, asunto que se retomará específicamente más adelante.
5. La ya mencionada transformación de la estructura impositiva, para financiar adecuadamente el cumplimiento de los fines fundamentales del Estado, reducir la desigualdad y respaldar las transiciones hacia la sustentabilidad.
6. El Estado como responsable de anticipar el largo plazo y actuar en consecuencia, especialmente en lo que tiene que ver con previsión social en general, medio ambiente, salud, educación, generación y uso de conocimiento.

En suma, las izquierdas deben defender al Estado ante los fundamentalismos privatizadores para que llegue a ser una herramienta de la solidaridad eficiente, lo cual exige tanto enfrentar la captura de ámbitos estatales por intereses grupales como transformar en profundidad la gestión pública.

LAS POLÍTICAS SOCIALES Y LA INSPIRACIÓN SOCIALISTA

Políticas progresistas de tipos variados convergen en asignar prioridad al crecimiento con redistribución mediante políticas sociales orientadas a paliar desigualdades y promover la vigencia efectiva de una gama cada vez más amplia de derechos. Para la concepción de las izquierdas por la cual se aboga en estas páginas, tales políticas han de tener como columna vertebral el impulso a la agencia de los sectores menos favorecidos. Ello constituye una clave mayor de la inspiración socialista.

Enfrentar a la desigualdad se ha hecho cada vez más urgente, pero también más difícil. De tal modo lo muestran los hechos y las tendencias más gravitantes, así como su interpretación en términos de las dinámicas profundas del poder que surgen de las influencias mutuas entre influjo creciente del conocimiento y relaciones sociales prevalecientes.

Experiencias como las que tuvieron lugar en gran parte de América Latina a comienzos de este siglo ilustran acerca de las posibilidades de las políticas de izquierdas para revertir la desigualdad; también, acerca de sus limitaciones y, sobre todo, de las dificultades para profundizarlas. Parece ser que las políticas redistributivas, una vez atendidas las necesidades más elementales y perentorias, suelen afrontar dificultades rápida e incluso inesperadamente crecientes.

Las demandas se multiplican; atenderlas se hace cada vez más caro, a la vez que menos viable sin innovar tecnológica e institucionalmente. Atender la demanda social tiende a complicarse a medida que las mejoras de carácter básico se afirman. No es realmente extraño que así suceda. En todo caso, el fenómeno tiene relevancia objetiva. Para encararlo suele plantearse la estrategia de ampliar la recaudación impositiva para aumentar la redistribución. La importancia de hacer más progresista la estructura impositiva ya fue consignada. Pero las limitaciones económicas y políticas de tal estrategia no pueden ser soslayadas. Más aún, cabe dudar de que ella alcance para encarar esa complicación de la demanda social de mejoras.

El caso de la vivienda puede ilustrar lo que se procura fundamentar. Su centralidad es evidente: sin vivienda familiar digna en un entorno habitacional digno, es realmente difícil encarar con alguna eficacia los problemas de la alimentación, la contaminación, la violencia, la salud, la educación. Las opciones accesibles para la vivienda digna a menudo son poco adecuadas y/o poco financierables. Hace falta innovar tecnológicamente, lo que requiere investigación de alto nivel ligada a las condiciones específicas de los espacios geográficos y sociales considerados. Hace falta innovar institucionalmente, en particular para que los directamente involucrados puedan ser protagonistas en un triple sentido: en la caracterización de los problemas a afrontar, en la elaboración de soluciones a ensayar, en su implementación. Ese triple requisito es necesario en general para que las políticas sociales y democratizadoras impulsen la agencia colectiva. También es necesario en general combinar ambas facetas de la innovación, la técnico-productiva y la socio-organizacional. No se puede avanzar en esa dirección sin una fuerte prioridad de la investigación científica y tecnológica orientada a la inclusión social.

Considerar a la gente como agentes, y no como pacientes, es un compromiso normativo, así como una estrategia fundamental para construir los cimientos que posibiliten seguir avanzando en el enfrentamiento a la desigualdad. En esta perspectiva, el protagonismo primero no corresponde al Estado que redistribuye bienes y servicios, sino a la gente que construye alternativas para enfrentar problemas y desigualdades. En sentido estricto, no se trata de edificar un estado de bienestar, sino de avanzar hacia la democracia social vertebrada por la expansión de las capacidades cognitivas y organizacionales, individuales y colectivas. La historia muestra que aún las soluciones más progresistas a las dificultades que afectan a las comunidades de seres humanas son parciales, frecuentemente transitorias y a menudo generadoras de otras dificultades. No parece factible resolver definitivamente los problemas sociales. Sí resulta viable expandir las

capacidades (técnico-productivas y socio-organizativas) de la gente para afrontarlas, priorizando las de los sectores más desfavorecidos, para que las soluciones ensayadas los tengan realmente en cuenta y no generen disparidades adicionales.

En tiempos de la sociedad capitalista del conocimiento, sin esa doble expansión de las capacidades –como viene a mostrarlo el caso mencionado antes de los sindicalistas que en Estados Unidos impulsaron una alternativa tecnológica y organizativa frente a otra– las élites ganan la partida. Y el capitalismo, en sus variantes ya conocidas u otras incipientes, afirma su poder. Mientras, las desigualdades se multiplican. Para evitarlo, democratizar el conocimiento no es suficiente en absoluto, pero sí absolutamente necesario.

La expansión de las capacidades, en tanto criterio general de las políticas sociales en su conjunto, debiera en especial orientar a las que suelen ser consideradas como su clave de bóveda, las políticas ocupacionales. Se hace muy cuesta arriba mejorar la calidad de vida material y espiritual de la gente pobre que padece desocupación frecuente o latente. Objetivo medular de las políticas públicas de carácter progresista es contribuir a hacer realidad el derecho al trabajo digno. Ello tiene que ver con las condiciones de labor, con las dimensiones creativas y espiritualmente gratificantes del trabajo, con lo que aporta a la independencia y al bienestar material de quienes trabajan y de los suyos, con lo que de esa manera se contribuye a la comunidad. El trabajo digno y socialmente valioso es un derecho ligado a la libertad y la igualdad, así como un deber ligado a la solidaridad.

Esa calidad de trabajo, sobre todo en tiempos de aceleración del cambio técnico y de lo que el conocimiento brinda al poder, es muy poco viable sin el impulso a las capacidades. En especial, las políticas ocupacionales no pueden realmente desligarse de las políticas educacionales. Cada vez habrá menos posibilidades de acceso a ocupaciones dignas para quienes no tengan y aprovechen oportunidades para seguir aprendiendo siempre a alto nivel y en directa conexión con el trabajo creativo, incluyendo la innovación técnico-productiva. Por consiguiente, el conjunto de las políticas sociales debe prestar atención estrecha a las políticas para la educación, la investigación y la innovación, mientras que, recíprocamente, las últimas deben priorizar su contribución a las primeras.

En suma, las políticas sociales de las izquierdas tienen que buscar en cada caso específico formas concretas de basarse en el protagonismo de los directamente involucrados y en la expansión de sus capacidades, con el respaldo de la investigación y la innovación orientadas a la inclusión social.

DESDE LAS “CUATRO INSTITUCIONES PRECIOSAS” Y EL ESTADO FISCAL SOCIAL

La agencia de los sectores menos favorecidos es necesaria para superar estados de bienestar que, más allá de intenciones, los traten como pacientes. Estructuras institucionales de ese tipo son no solo transitorias, como todas, sino además inherentemente frágiles; las golpean tanto la disminución del poder colectivo de la sociedad o nación involucrada como el incremento de las asimetrías en la distribución del poder.

Pero la preocupación reiterada en el párrafo anterior no disminuye el valor de medidas sociales paliativas como, por ejemplo, la transferencia de dinero en beneficio de los más necesitados. No hay soporte empírico para la alegación de que los pobres despilfarran ese dinero; más bien incrementan su gasto en alimentación, educación y salud (Banerjee y Duflo, 2019).

Valorar todo lo que sea disminuir las penurias de la gente más desfavorecida, pero apuntar a ir más allá, sugiere tener en cuenta ciertas enseñanzas de la historia. Como se anotó al comienzo de este texto, Piketty (2019) afirma que las “cuatro instituciones más preciosas” logradas por rupturas y revoluciones son el sufragio universal, la escuela gratuita y obligatoria, el seguro de salud universal y el impuesto progresivo (pp. 20-21).

Son pistas para la democratización. Indican caminos de avance que requieren solidaridad eficiente: impulsar formas de la democracia participativa en el marco de la democracia representativa; reformular en paralelo la fiscalidad progresiva y una gestión pública más eficiente; caminar desde la escuela común obligatoria a la combinación a lo largo de toda la vida de estudio a nivel avanzado con trabajo creativo; afirmar la atención primaria de salud con énfasis en actitudes propias de agentes, expandir el sistema de cuidados que prioriza la capacitación de cuidadores y reorientar de manera vinculada la investigación y la innovación.

Varias de las cuestiones mencionadas recién serán abordadas en esta sección y las siguientes, concentrando la atención en ciertos aspectos y propuestas del enfoque global de Piketty cuya discusión es fundamental para calibrar las posibilidades de transformaciones solidarias. En los próximos párrafos se registran elementos relativos al llamado estado fiscal y social, así como a la transformación caracterizada como emergencia de las sociedades socialdemócratas en el Oeste, en un proceso que empieza a configurarse después de la Primera Guerra Mundial.

Importa subrayar que el período 1870-1914 no apuntaba precisamente en esa dirección, pues, si bien en Europa Occidental se

registraban incrementos de los salarios reales, también se acentuaba la desigualdad ligada a la propiedad y a los ingresos. Pero entre 1914 y 1945 la estructura de las desigualdades a escala mundial conoció la transformación más rápida y profunda de la historia. Semejante transformación se vio acompañada, después de la Segunda Guerra Mundial, por una notable aceleración del crecimiento económico. También, por una caída del valor de mercado de la propiedad privada en Europa Occidental, particularmente notable entre 1914 y la década de 1960 (Piketty, 2019, pp. 499-500, en particular nota 3. Ver también, pp. 490, 493, 502, 505, 508).

En Estados Unidos una modificación de la Constitución y la creación del impuesto federal sobre el ingreso posibilitarían llegar a uno de los regímenes impositivos más progresivos de la historia que permitiría financiar el New Deal y una muy sensible disminución de las desigualdades. La tasa de imposición aplicada al tramo superior de los ingresos más altos fue 81 % en Estados Unidos como promedio de 1932 a 1980. Algo similar sucedía en el Reino Unido. En ambos casos “la ideología dominante” en la segunda posguerra sostenía que las instituciones electorales debían ser complementadas con “instituciones fiscales sólidas” que evitaran la captura de la democracia por “los intereses financieros y oligárquicos”. Más en general, en los países ricos del Oeste se registra, después de la Primera Guerra Mundial y hasta los años ochenta, un crecimiento del “estado fiscal y social”, medido por el porcentaje total captado por el Estado del ingreso nacional, que fue central “en la transformación de las sociedades de propietarios en sociedades socialdemócratas” (Piketty, 2019, p. 534). En este enfoque, tales sociedades se caracterizan ante todo por dicho avance del “estado fiscal y social”. Tal incremento de los ingresos fiscales fue utilizado en medida muy considerable para multiplicar los fondos destinados a educación, salud, jubilaciones y otros gastos sociales (íbid., pp. 1108; 524; 531; 534-537; 569).

Fondos para esos rubros harán cada vez más falta. La renovación de perspectivas pasa por la reconstrucción de un “estado fiscal y social” mejor adaptado a los tiempos que corren y más fuerte, política y económicamente. En lo que sigue se profundiza en esta cuestión.

FISCALIDAD Y AGENCIA

Aquí se sintetizan y discuten brevemente dos propuestas centrales de Piketty de redistribución basada en cambios fiscales, que apuntan a respaldar no solo la mejora de las condiciones de vida de la gente, sino también sus posibilidades de acción.

Dado los costos de las propuestas, antes de abordarlas interesa señalar que, al menos en Francia, las actitudes frente a diferentes tipos

de impuesto parecen bastante estables. Así, el impuesto sobre las herencias es absolutamente impopular, los impuestos anuales sobre el ingreso y la fortuna son relativamente bien aceptados y el impuesto sobre las grandes fortunas tiene apoyo masivo (Piketty, 2019, p. 1125).

La primera de las dos propuestas aludidas consiste en establecer un ingreso mínimo de base. Se sugiere que sea del orden del 60 % del ingreso promedio en el país del que se trate, después del pago de impuestos. Una suma semejante sería asignada a las personas que no tengan otros recursos; si los tienen, la asignación disminuiría en proporción a ellos. Podría alcanzar a un 30 % de la población y costar en total alrededor del 5 % del ingreso nacional. Cabría implementar este ingreso mínimo de base como un complemento a los salarios más bajos. Parte de una visión de la sociedad justa que incluye el acceso a la ocupación como uno de los bienes fundamentales. Difiere de la renta básica universal tanto en los criterios en que se basa como en los costos estimados. Esta última demanda una gran elevación del nivel impositivo e implica recursos tan altos que afectarían seriamente al Estado social. Al ser independiente de los ingresos, ese tipo de renta podría debilitar el vínculo con el trabajo (ibíd., 1153-1154).

En la aproximación que orienta estas páginas, los derechos de los seres humanos están directamente vinculados a sus deberes de contribuir a que tales derechos sean algo más que retórica. La sociedad –parafraseando a *La crítica del programa de Gotha*– tiene derecho a esperar que cada uno contribuya a ella de acuerdo con sus capacidades. Eso exige trabajar, en un sentido muy amplio de la palabra que en absoluto la restringe a la actividad laboral asalariada, material o manufacturera, que está en el centro de la definición de trabajo productivo en la economía política clásica.

La predicción de los economistas de que el trabajo asalariado sustituiría a todas las otras formas de trabajo nunca se concretó, pero su posición se fortaleció en la medida en que esa concepción restringida del trabajo como trabajo asalariado se incorporó a los códigos y a la planificación estatal, así como a las demandas y al imaginario político del movimiento obrero (Kolmosy, 2018). Hay que ir más allá de esta visión restringida. La autora mencionada recién afirma también que las discusiones sobre las actividades vinculadas con el cuidado de la gente y la preservación de la vida han llevado a considerarlos como ejemplo por antonomasia de la realización mediante el trabajo.

Para que la gente pueda y quiera contribuir a la sociedad con su trabajo, este tiene que ser algo digno y deseable, una fuente de realización personal.

El ingreso mínimo de base puede consolidar la posición de trabajadores y trabajadoras en las negociaciones o confrontaciones sobre

salarios, condiciones de labor e incidencia en las decisiones empresariales. Es en sí misma una iniciativa con potencial democratizador. Puede además afianzar la combinación de trabajo y educación, por ejemplo permitiendo que personas subocupadas tengan condiciones materiales que les permitan completar su jornada laboral con horas de formación que ampliarán sus capacidades. Contar con ese ingreso asegurado puede permitir apuestas en otros casos muy arriesgadas, como la de embarcarse en una trayectoria educativa que no sea de corto plazo. Imaginemos todavía que todos los miembros de una incipiente cooperativa pueden contar con que lo que obtiene cada uno de esa labor conjunta no es menor que el ingreso mínimo de base. Podrían eventualmente apostar a la formación avanzada de parte importante de los miembros, lo que a su vez permitirá aprovechar asesoramiento y apoyos para la innovación, con lo cual, cualquiera que sea su rubro, su especialización productiva incluirá entre sus cimientos al conocimiento avanzado.

En suma, el ingreso mínimo de base podría ser un sólido apoyo para combinar *trabajo, educación y conocimiento*, así como, en especial, para la vinculación de sectores populares con el conocimiento avanzado.

Antes de pasar a la segunda de las dos propuestas, consignemos que Piketty (2019) subraya que el ingreso mínimo de base no puede ser visto como una panacea que permitiría obviar el resto de los dispositivos institucionales de las políticas sociales, sino como un elemento del conjunto de tales políticas (p. 1156).

La segunda propuesta que aquí se quiere destacar es la de asignar a cada persona adulta y joven, por ejemplo al cumplir veinticinco años, una dotación de capital, o sea, un monto vertido por una única vez. Sería del orden del 60 % del patrimonio medio por adulto. Costaría alrededor del 5 % del ingreso nacional. Lo financiaría un impuesto progresivo anual sobre la propiedad privada. Todo el resto del gasto público, del orden del 45 % del ingreso nacional con ingreso mínimo de base incluido, sería solventado por el impuesto progresivo anual sobre el ingreso. En el Norte rico –Estados Unidos, Europa Occidental, Japón–, la dotación mencionada de capital sería algo así como ciento veinte mil euros. De hecho, “el sistema constituiría una forma de herencia para todos” (Piketty, 2019, pp. 1129, 1131).

No cabe especular sobre los destinos que se le darían a esas dotaciones de capital. Parece sin embargo previsible que en buena parte se dedicaran a la compra de vivienda, más bien modesta visto los precios de los bienes inmuebles, o a financiar pequeños emprendimientos. Esta propuesta podría respaldar variadas actividades innovadoras, sobre todo si está enmarcada, como se subrayó recién, en el conjunto

de políticas públicas en las que tanto la educación avanzada y permanente como la investigación y la innovación con vocación social debieran tener papel fundamental. En tal supuesto, se multiplicarían en paralelo las capacidades de la gente y las posibilidades para ponerlas a jugar. A partir de ese respaldo público –de modestas dimensiones, cabe repetir–, los potenciales innovadores podrían ser no unos pocos, sino unos cuantos; la agencia se expandiría.

Más en general, la dotación de capital da contenido a la idea de la pequeña propiedad como fuente de cierta independencia y seguridad personal o familiar. Ambas –independencia y seguridad relativas– son bienes a los que todos tenemos derecho a aspirar. Esta es pues una propuesta democratizadora.

SOBRE PROPIEDAD Y PARTICIPACIÓN

Para avanzar en la consideración de ciertos aportes de Piketty, en el marco de los vínculos entre políticas sociales e inspiración socialista, es útil consignar algunos de sus puntos de vista en relación con la propiedad privada. En particular, se complementa así lo argumentado en una sección previa, al esbozar una postura ante el capitalismo.

Por un lado, Piketty entiende que la propiedad privada, si se la redefine correctamente en sus límites y en sus derechos, es parte de las instituciones que permiten a las personas expresar sus diferentes aspiraciones e interactuar constructivamente. Esto es imprescindible para revitalizar propuestas deseables y viables desde la izquierda, pues la historia ha mostrado que, contra una afirmación fundacional del socialismo, la erradicación de la propiedad privada no abre camino a una mayor y mejor distribuida prosperidad, pero sí al despotismo. Afirma Hodgson (2018) que una enseñanza empírica del siglo XX es que la democracia no puede sobrevivir sin el derecho a la propiedad privada (p. 132).

Pero, por otro lado, un orden social basado en el predominio con pocas restricciones de tal derecho es intrínsecamente desigual, ya desde los valores que proclama. En efecto, la institución de la propiedad privada alimenta una ideología antiigualitaria que justifica una forma específica de dominación social. La ideología propietarista afirma que el orden social y político debe apoyarse, ante todo, sobre el derecho a la propiedad privada, tanto por motivos de emancipación individual como de estabilidad social (Piketty, 2019, pp. 156, 231). Un orden semejante posibilita en todo caso la emancipación del reducido grupo de fuertes propietarios; ofrece, a su vez, la estabilidad frecuentemente frágil y siempre indeseable que se apoya en la injusticia.

Es interesante recordar que la ideología liberal que tanto gravitó en las revoluciones de fines del siglo XVIII reivindicaba a la vez

los derechos a la vida, a la libertad y a la propiedad, mientras que Jefferson, en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, mantuvo los dos primeros y sustituyó el tercero por el derecho a la búsqueda de la felicidad. Aquí hay una cuestión medular. La vida, la libertad, la igualdad y la búsqueda de la felicidad son derechos inalienables de los seres humanos. Como tales, forman parte del corazón normativo de las izquierdas. La propiedad y también el mercado son instituciones con sus bemoles, como todas las del mundo real. Absolutizarlas es dañino; suprimirlas también. Se trata de limitarlas y regularlas, apuntando a que contribuyan bastante y perjudiquen poco en lo que hace a la vigencia de los derechos. Esa regulación ha de adoptar formas experimentales, sujetas a revisión y necesariamente cambiantes a medida que se modifican las fuentes del poder y su distribución.

Limitar los potenciales perjuicios y abusos vinculados a la propiedad privada exige que no sea la única forma de propiedad que realmente juega en la cancha grande de la economía. Este es uno de los varios motivos que llevan a la ya destacada necesidad de respaldar otras formas de propiedad. Aquí el accionar indirecto y también muy directo del Estado es imprescindible.

La propiedad pública ha demostrado frecuentemente su superioridad sobre la privada en sectores como, por ejemplo, el transporte, la salud o la educación. Para ello es necesario que la gobernanza de los entes públicos involucrados incluya la transparencia y la capacidad de dar respuesta a las necesidades de la ciudadanía y los usuarios (ibíd., p. 577).

En el enfoque que estamos glosando se asigna especial importancia a la cogestión, entendida como participación de los trabajadores en la dirección de las empresas. La misma ha tenido especial importancia en el sector privado de algunos países europeos. Alemania, Suecia, Austria, Dinamarca y Noruega son los que más han avanzado en la cogestión, considerada como una forma de la propiedad social de las empresas y de división institucionalizada del poder entre asalariados y accionistas. En Alemania, “la gran ley de 1976 sobre la cogestión”, cuyas grandes líneas se han mantenido, generalizó a todas las empresas de quinientos empleados o más *la representación con voto de los asalariados* (ibíd., pp. 578-579).

Lo primero a subrayar es que la cogestión no puede entenderse como panacea, una suerte de alternativa universal a la supuesta panacea de antes, la sustitución integral de la propiedad privada por la propiedad estatal. Las ideas sobre la autogestión suscitaron grandes esperanzas en los setenta, que no se han concretado (ibíd., 2019, p. 598). No podía ser de otra manera si, como se hace en estas páginas y

siguiendo a Amartya Sen, se descrea de todo “institucionalismo trascendental”, vale decir, de la suposición de que un adecuado diseño institucional puede ser solución suficiente para una cierta problemática social. Suele suceder que, adoptando de manera explícita o (más frecuentemente) implícita una suposición de ese tenor, se conciba primero una desmedida esperanza en cierta alternativa institucional y luego se la deje de lado por completo cuando tal expectativa es necesariamente cuestionada por los hechos. Lo último implica que buenas alternativas institucionales son en gran medida desperdiciadas, o quedan de alguna manera encapsuladas.

Lo último parece haber sucedido con la opción que se ha venido considerando para disminuir el poder de la propiedad privada. En 2019 la cogestión seguía reducida básicamente al ámbito de los países germanos y nórdicos, como “marca de fábrica del capitalismo renano y escandinavo” (Piketty, 2019, p. 585). Convendría evaluarla sin ingenuidades respecto a lo que la realidad social permite; no se trata de compararla con una hipotética solución ideal, sino, como primer paso al menos, con las alternativas realmente existentes. Desde ese ángulo, varios elementos merecen destaque.

Sin desmedro de las limitaciones de la cogestión germánica o nórdica, ella habría permitido: (i) cierta disminución de las diferencias de poder entre asalariados y accionistas; (ii) una evolución más armoniosa y en conjunto más eficaz de las empresas involucradas respecto a otras; (iii) un potencial involucramiento informado de los trabajadores en las definiciones estratégicas; (iv) una mayor productividad de conjunto; (v) una limitación del alza vertiginosa de los salarios de los cuadros dirigentes que se ha registrado desde los ochenta y los noventa en los países anglosajones (ibíd., p. 583).

De lo antedicho surge una clara contribución de la cogestión a la democratización de la economía, que incluso permite ejemplificar concretamente esta noción. En los términos que se vienen empleando en este texto, el proceso (i) consignado en el párrafo precedente entraña una disminución del poder distributivo de los sectores privilegiados; el (ii) apunta a la eficiencia que puede surgir de la organización solidaria de los trabajadores; el (iii) a una disminución de las diferencias de poder tecnológico entre dirigentes y dirigidos, presumiblemente pequeña, pero necesaria para avanzar en la expansión de las capacidades cognitivas de los trabajadores; el (iv) tiene que ver también con la potencial eficiencia de las capacidades organizacionales de los trabajadores; el (v) es un ejemplo elocuente de la resistencia a una forma flagrante de des-democratización de la economía.

Una perspectiva comparativa no dejará de anotar que apuestas muy ambiciosas a la transformación de la economía mediante

la nacionalización de gran parte de sus sectores fundamentales no abrieron espacios comparables a la participación de los trabajadores. En períodos de auge, el socialismo francés –que aprobó la gran ley de nacionalización de 1982, la cual incluyó a casi todo el sector bancario y los principales grupos industriales– y el laborismo británico no asignaron lugares en la dirección de los entes públicos a representantes de los asalariados. Parecían considerar que la propiedad estatal de las grandes empresas permitiría, por sí misma, cambiar realmente las relaciones de fuerza y superar el capitalismo (ibíd., 586-588).

La cogestión y la estatización no han balizado alguna “vía real” hacia el socialismo. Tampoco la autogestión, por ejemplo la yugoslava, en la cual no pocas esperanzas se depositaron hace también medio siglo. En este caso, parecería que los intereses sectoriales y a corto plazo de los directamente involucrados en la gestión de cada empresa primaron sobre las razones de índole general y a largo plazo, en desmedro de la inversión, la productividad y la innovación. Cabría decir que la solidaridad fue reducida –a grupos pequeños– y poco eficiente.

No se trata de suprimir la propiedad privada ni de apostar todo a una forma de propiedad alternativa, sino de combinar formas diferentes en el marco de una economía mixta. En ella, la cogestión puede hacer aportes como los recién destacados. Y la propiedad estatal de ciertos servicios públicos puede ser clave, para avances varios y particularmente para evitar retrocesos. Esto último lo ilustra el caso del Uruguay, donde en los noventa se resistió bastante exitosamente a la ola privatizadora que barría por entonces América Latina. Esa resistencia a la des-democratización fue relevante para el avance en la democratización que tuvo lugar en el país durante el gobierno de las izquierdas, de 2005 a 2020; mayor podría haber sido la contribución de las empresas públicas al desarrollo nacional si esas izquierdas, en sus vertientes políticas y sociales, hubieran tenido una más afinada comprensión del poder tecnológico y de la centralidad de las capacidades no solo organizacionales, sino también cognitivas de los sectores populares. En cualquier caso, la reivindicación ideológica y política en el Uruguay del papel de ciertas empresas públicas fue tal que el actual gobierno neoliberal, aunque ferviente partidario de su privatización, apenas si se anima a decirlo.

Cabe retornar al enfoque global que se está glosando. Afirma Piketty (2019) que la Guerra Fría alimentó una polarización entre la extensión indefinida de la propiedad estatal de las empresas y la propiedad privada sin recortes como solución general. La fe en esta última dominó a continuación, pero empieza a mostrar su debilitamiento; hay que volver a pensar acerca de la propiedad y sus formas, a partir de las experiencias cogestionarias germánicas y nórdicas, para

generalizarlas y extenderlas a formas autogestionarias “viables, participativas e innovadoras” (pp. 598-599). Varias otras experiencias han de ser consideradas. Para tener en cuenta las realidades del poder y de los distintos intereses en juego, probablemente habrá que atender de manera diversa a las dinámicas micro, meso y macro, en las que distintas formas de propiedad tienen efectos diferentes. Pero difícilmente se registren avances sustantivos sin perspectivas ideológicas globalmente renovadoras capaces de inspirar la alianza de la pasión con la razón, que puede construir formas concretas de la solidaridad eficiente.

LA PERSPECTIVA DEL SOCIALISMO PARTICIPATIVO

La perspectiva a recapitular aquí se basa en la convicción de que es posible superar el capitalismo y la propiedad privada, delineando los rasgos de un “nuevo socialismo participativo para el siglo XXI”. Para ello se atribuye un papel esencial al sistema educativo, a la propiedad temporaria y al impuesto progresivo; así se puede avanzar hacia una sociedad justa con acceso universal a la salud, la educación, la ocupación y la seguridad social (Piketty, 2019, pp. 1112, 1115, 1154-1155, 1192).

El planteo se apoya en las experiencias germánica y nórdica de definición social de la propiedad y cogestión que fomentaron un modelo más productivo y menos desigual; el mismo constituye un ejemplo mayor de lo que se entiende por propiedad social. Para ir más allá, una de las vías enfatizadas tiene que ver con la circulación del capital y la desconcentración de la propiedad que resultarían del impuesto fuertemente progresivo a la propiedad, al ingreso y a la herencia, así como de la dotación de capital a las personas jóvenes, comentada antes. El impuesto progresivo anual, que debiera tener base constitucional, sería el instrumento central para asegurar la circulación del capital (ibíd., pp. 1119, 1123, 1146). Estas herramientas darían contenido a la noción de propiedad temporaria.

Si la cogestión asigna como se propone la mitad de los votos en la dirección de las empresas a sus asalariados, estos podrían utilizar sus dotaciones de capital para comprar parte de las acciones y llegar a tener la mayoría (ibíd., p. 1119). Esto parece muy similar al famoso “fondo de salarios” propuesto durante los años setenta en el seno de la socialdemocracia sueca justamente para superar al capitalismo; es una experiencia que, tanto por su cuidadosa y ambiciosa elaboración como por la frustración con la que se topó, merece un análisis de conjunto (al respecto ya se sugirió el estudio de Brundenius, 2020).

Recapitulando, los dos pilares esenciales del modelo propuesto de socialismo participativo son: (i) la propiedad social y los derechos de voto de los trabajadores en las empresas; (ii) la propiedad temporaria

y la circulación del capital. Su combinación llevaría a un sistema de propiedad que constituye una real superación del capitalismo. El autor afirma que sus propuestas pueden parecer muy radicales, pero que se sitúan en la línea de una evolución iniciada a fines del siglo XIX y comienzos del XX, interrumpida durante las últimas décadas porque la social democracia no renovó ni internacionalizó en medida suficiente su proyecto y porque el fracaso del comunismo a la soviética llevó a la desregulación sin límites, así como a la renuncia a las aspiraciones igualitarias (Piketty, 2019, p. 1138).

A cuenta de mayor cantidad, dos rápidos comentarios se imponen. En primer lugar, estas propuestas no pueden sino ser realmente muy radicales si de ellas se espera nada menos que la superación del capitalismo; si la misma se concreta, se trataría de la más profunda transformación social deliberadamente planeada e implementada en la historia de la Humanidad. Debiera, pues, ser la referencia por antonomasia de un planteo que vaya a la raíz de las cosas. ¿Será este el caso? En segundo lugar, la explicación causal de por qué se interrumpió aquella evolución hacia la superación del capitalismo iniciada hace más de cien años parece demasiado débil. En términos pedestres: ¿los contrarios no juegan? Las realidades del poder son apenas tenidas en cuenta. El cambio de la sociedad a partir del diseño formal de nuevas instituciones –el “institucionalismo trascendental”, propio de los constructores de sistemas teóricamente perfectos, como los socialistas utópicos– reaparece aquí vertebrado por un rediseño impositivo.

Sin desmedro de lo dicho, y reformulando con cierto realismo las grandes expectativas que acompañan al planteo, las propuestas específicas y ciertos criterios que las informan resultan de gran valor para impulsar procesos democratizadores con inspiración socialista.

En especial, para la centralidad asignada en estas páginas a la democratización del conocimiento, es relevante leer que “la emancipación por la educación y la difusión del saber deben estar en el corazón de todo proyecto de sociedad justa y en particular del socialismo participativo” (ibíd., p. 1159).

EDUCACIÓN Y CONOCIMIENTO EN UN DESARROLLO DE NUEVO TIPO

La pandemia que se descargó sobre el mundo al comenzar el año 2020 ha evidenciado la fragilidad de las instituciones existentes; también ha multiplicado los llamados más o menos imprecisos a sustituirlas por otras. La CEPAL, por ejemplo, afirmó que hace falta un nuevo desarrollo. En América Latina en particular el asunto tiene larga e influyente tradición. Se ha dicho más de una vez que el llamado pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo constituye la mayor contribución

latinoamericana a las ciencias sociales. En todo caso, muy grande fue su relevancia ideológica y política en la región desde comienzos de la década de 1950 hasta comienzos de la de 1980. Más allá de carencias teóricas y prácticas, fue un período en el cual pensar de manera innovadora la propia problemática alimentó dinámicas búsquedas de alternativas. Es una lección a no olvidar. Seguramente en todas partes la reconstrucción de perspectivas ha de ir desde lo mejor de cada tradición a una muy profunda renovación, que en cada caso conjugará rasgos específicos con ciertas ideas generales.

Una contribución mayor de aquel pensamiento generado en buena medida dentro de América Latina fue la concepción del desarrollo que hace falta como una transformación integral de las estructuras dominantes, en nuestros países y a escala internacional. Ello nunca ha sido más necesario que hoy en día. Dicha concepción del desarrollo contribuyó decisivamente a la elaboración original de la noción de subdesarrollo, viendo al fenómeno ante todo como consecuencia del retraso técnico-productivo generado y mantenido por el sistema mundial centro-periferia. Aunque necesitada, sin duda, de una revisión en profundidad, no poca validez conserva esta visión que refleja las influencias mutuas entre poder tecnológico y relaciones sociales a escala geopolítica.

Ahora bien, rescatar aquella tradición de pensamiento autónomo debe ir de la mano con señalar tanto ciertos aspectos mayores en los que ha perdido vigencia como carencias que siempre fueron muy serias. Entre los primeros importa subrayar nada menos que la meta propuesta para los procesos de desarrollo: en la formulación del “estructuralismo cepalino” la heterodoxia era grande respecto a las vías, pero no al punto de llegada, definido mediante la identificación de la situación del desarrollo con la de los países industriales ricos de Occidente. En el siglo XXI esa identificación sigue teniendo amplio respaldo en el pensamiento convencional, hasta por la inercia con que se habla de “países desarrollados”. Pero debiera estar claro que, si la situación de tales países en materia de producción y consumo se hubiera extendido a toda la Humanidad, el desastre ambiental ya habría tenido lugar. En una terminología usada aquí reiteradamente, seguir pensando en términos de completar en el conjunto del planeta la “primera transición profunda” multiplica la falta de sustentabilidad y la desigualdad que son parte de su legado y complica más de lo que ya lo están las posibilidades de avanzar hacia una “segunda transición profunda”, muy distinta, capaz de sobrellevar un legado convertido en gravosa hipoteca para el futuro de la Humanidad.

En el marco del pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo, vías y metas fueron cuestionados por la “teoría de la dependencia”

–en buena medida hija díscola del “estructuralismo cepalino”– que se acercó al camino de la revolución para llegar al socialismo de Estado centralmente planificado. Esa meta se ha esfumado. Se puede tirar al bebé con el agua sucia, descartando junto a las estrategias perimidas el propósito inapreciable del desarrollo en tanto transformación integral de la sociedad; cuando esta última parece ser condición de supervivencia, no parece opción aconsejable. Confíemos en que las izquierdas puedan hacer algo mejor.

Entre las principales carencias de la concepción latinoamericana clásica acerca del desarrollo, una tiene para lo que aquí se trata singular relevancia. En breve, se atribuyó gran importancia al cambio técnico pero, en general, apenas si se consideró sus dinámicas sociales concretas. Ese lastre fue compartido en gran medida con ortodoxias y otras corrientes acerca del desarrollo. En el marco del llamado “consenso industrializador” que prevaleció después de la Segunda Guerra Mundial, parecía asumirse que la industrialización garantizaría de por sí la continuidad de la innovación técnico-productiva (que por entonces apenas si se la llamaba así). La historia ha desmentido sin atenuantes tal suposición. No es ocioso señalar que en la India, donde hacia la misma época se prestó gran atención a las elaboraciones propias en materia de desarrollo, la política asociada al gobierno de Nehru priorizó la problemática tecnológica (Diogo y Van Laak, 2016, pp. 230-233). Cabe hablar al respecto de un “nacionalismo tecnológico”, en un sentido análogo al que Nelson (1993) ha puesto de manifiesto en relación con las estrategias heterodoxas del Asia Oriental que llegaron a tener gran impacto en las décadas finales del siglo XX.

Por cierto, en el marco de ese pensamiento latinoamericano una corriente bastante minoritaria –a la que a veces se denomina “pensamiento latinoamericano en ciencia, tecnología y desarrollo”– aportó una reflexión original, específica y profunda. Una mirada de conjunto la ofrece el volumen colectivo editado por Jorge Sabato (1975). En buena medida esa corriente anticipó varias de las principales facetas de los Sistemas Nacionales de Innovación (Freeman, 1987; Nelson, 1993; Lundvall, 1992), concepción heterodoxa que, a partir de la década de 1990, cobró singular influencia en la reflexión y las políticas del Norte acerca de la ciencia, la tecnología y la innovación. Esta concepción ofrece un marco sugerente para pensar la innovación técnico-productiva como un conjunto de procesos sociales interactivos y potencialmente sistémicos, en los cuales intervienen variados actores. Particularmente en las versiones que exploran la nueva centralidad de los procesos de aprendizaje, tal concepción influencia considerablemente ciertos puntos de vista presentados en estas páginas. Pero ella ha tenido dificultades para pensar la especificidad de la innovación

en el mundo del subdesarrollo, a lo que tanto aportaron Sabato y sus asociados en el volumen ya mencionado, así como para incorporar la cuestión del poder a la reflexión acerca del cambio técnico y para dejar de pensar al desarrollo en términos de “alcanzar” (*catching-up*) a los países capitalistas altamente industrializados. Sin desmedro de ello, en ese marco se ha construido un rico acervo de conocimientos, muy útil para analizar y orientar las transformaciones tecnológicas. Algunos de sus principales teóricos han contribuido grandemente al estudio de la “economía del aprendizaje” y la han vinculado con la problemática del socialismo (Johnson y Lundvall, 2020).

A fines de los años ochenta, desde la CEPAL se intentó reformular su concepción del desarrollo, articulándola en torno a la propuesta de una “transformación productiva con equidad” (CEPAL, 1990). No es del caso ensayar aquí un examen del “neoestructuralismo cepalino”, como se ha denominado a esa corriente de ideas. Pero sí vale la pena señalar que, en ese marco, se prestó bastante más atención que antes a las dinámicas del cambio tecnológico, así como a la cuestión de la educación. Al respecto se destaca la contribución de Fernando Fajnzylber, por ejemplo en la visión amplia que se ofrece en un texto clásico sobre “educación y conocimiento como eje de la transformación productiva con equidad” (CEPAL-UNESCO, 1992). Tales antecedentes escuetamente evocados respaldan la pista de pensar la democratización de la educación y el conocimiento como uno de los ejes de transformaciones solidarias hacia la sustentabilidad y la igualdad. Algunos corolarios se presentan a continuación.

LA “REVOLUCIÓN TERCIARIA” Y MÁS ALLÁ

Marx afirmaba que la sociedad justa del porvenir no sería sino el resultado de una dinámica histórica ineluctable. Una perspectiva ajena a la vez al determinismo y a la suposición de que cualquier cosa puede pasar; al simple enunciado de lo que debería ser o al puro voluntarismo, ha de combinar interpretaciones de la realidad con prescripciones para la acción transformadora, apuntando a incidir para bien mediante la agencia colectiva en los procesos profundos, “estructurales”, que van modificando la configuración de las sociedades y en particular la distribución del poder. Uno de tales procesos es la despereja masificación del acceso a la educación superior, la cual abre una gama de posibilidades que va desde la consolidación de nuevas estructuras fuertes de la desigualdad hasta una democratización efectiva del conocimiento.

La promoción de la agencia y de las capacidades avanzadas de la gente ha de ser pensada cuando al respecto se está procesando un cambio muy grande. En los países ricos en su conjunto, más de la mitad de los jóvenes acceden a la universidad, lo que desde siempre

era un privilegio de clase reservado a minorías; el porcentaje de los graduados de la educación superior en la población adulta se ubica entre el 30 y el 40 % en Estados Unidos y en los países europeos y asiáticos que más han avanzado en esta dirección (Piketty, 2019, pp. 32, 623). En Estados Unidos, una persona nacida hacia 1880 estudiaba en promedio unos siete años en total –completando poco más que la formación elemental–, mientras que otra nacida un siglo después accedía a dos años de educación universitaria (Banerjee y Duflo, 2019).

En la base de tal proceso se halla el rápido avance hacia la universalización de la educación media. En Francia, por ejemplo, completaba el bachillerato en los años ochenta alrededor del 30 % de cada generación, proporción que se aproximó al 80 % en 2018, lo que tiene que ver en particular con el gran crecimiento de los bachilleratos tecnológicos (Piketty, 2019, p. 884).

Se transita de la revolución de la enseñanza primaria y secundaria de períodos anteriores a la revolución de la enseñanza superior; signada por la profunda necesidad de acceder de manera igualitaria a la formación y al conocimiento, necesidad a la que la social democracia no ha logrado responder eficazmente. Esta es una de las grandes cuestiones planteadas al comienzo del siglo XXI (ibíd., pp. 567, 599, 630).

La ampliación diferencial del acceso a la educación terciaria multiplica el poder colectivo de los grupos, regiones y países donde ello tiene lugar en mayor medida, a la vez que modifica profundamente la distribución del poder. Como ya se destacó, conocimiento y formación tienen incidencia cada vez mayor en el mapa de la desigualdad. Nuevas políticas igualitarias son necesarias. Hace falta una agenda comprehensiva que incluya desde la educación inicial hasta el acceso a la formación universitaria para todos sin el lastre de las deudas estudiantiles, afirma Stiglitz (2019, p. 219). Generalizar ese acceso con carácter gratuito está en el centro de las propuestas del renovado socialismo democrático en Estados Unidos.

El énfasis normativo en la agencia de los sectores postergados, la relevancia teórica y fáctica del conocimiento y la visión prospectiva de su influjo en la desigualdad llevan a proponer, como una transformación solidaria mayor, trabajar por la generalización del acceso irrestricto a la educación superior. Ella es imprescindible para avanzar en la tan difícil como necesaria vinculación de los sectores populares con el conocimiento avanzado.

Para que la acelerada ampliación en curso de la formación universitaria no cristalice como una divisoria social mayor entre quienes tienen oportunidades de lograrla y quienes carecen de ellas, hay que lograr que nadie se vea obligado a quedar del lado de abajo en esa divisoria de posibilidades.

Esto tiene una importancia política hoy por hoy que no sabría ser exagerada. En el Oeste rico el mayor apoyo numérico a la galopante reacción de derechas proviene de quienes no cuentan con formación de tipo terciario, que son, en esos países, grandes perdedores de la globalización. Los cabecillas de tal reacción han sabido conjugar el justificado resentimiento de esa gente postergada con machismo, chovinismo y racismo. En Estados Unidos la mayoría de los hombres blancos con escasa preparación formal decían que votarían a Trump todavía en junio de 2020, pese al ya evidentemente catastrófico balance de su presidencia. Las izquierdas tienen no solo que ofrecer paliativos a los postergados, sino también y sobre todo plantear opciones para que salgan de abajo.

Esto tiene directamente que ver con el subdesarrollo, o sea, con la estructura básica de la desigualdad a escala internacional. En términos comentados en una sección anterior, hay que evitar que la tendencia mundial a una mayor igualdad en materia de capacidades quede restringida a las de tipo básico mientras se amplían las desigualdades en lo que hace a las capacidades avanzadas. Quienes tengan formación que no les ayude a ir más allá de labores comparativamente rutinarias no solo ocuparán por lo general posiciones cada vez más desfavorables, sino que serán excluidos con alta probabilidad del mundo de la ocupación relativamente formal.

Se trata en suma de que toda la gente tenga a lo largo de toda la vida oportunidades de (volver a) aprender, a nivel cada vez más alto. La transformación requerida ha de impulsarse de formas variadas ligadas a las preferencias, aptitudes y experiencias de cada persona, sin contraponer educación manual e intelectual, diversificando modalidades y temáticas de la enseñanza.

La viabilidad de tamaña meta surge de lo que está sucediendo efectivamente en el terreno de la educación, así como de los cambios contradictorios, pero considerables, que en ese ámbito tienen lugar, lo cual abre posibilidades de erosionar las diferencias de poder cognitivo entre élites y gente común que vienen desde el fondo de la historia. Aprovechar tales posibilidades requerirá de las izquierdas innovaciones, esfuerzos y luchas mayores.

Habrà por ejemplo que enfrentar a buena parte de los sectores altamente educados, a menudo autodefinidos de izquierda, pero movidos primordialmente por intereses y pasiones que los llevan a tratar de preservar las ventajas materiales y de estatus ligadas a la divisoria entre los universitarios y el resto. Solo se podrá avanzar si amplios sectores populares llegan a considerar que aquí radica un asunto decisivo para su progreso material y espiritual.

Habr  asimismo que desplegar esfuerzos grandes y sobre todo permanentes para horadar inercias y evitar que vuelvan por sus fueros. La gravitaci3n de la inercia es casi una definici3n de las instituciones en general. Ella resulta realizada, en el campo de la enseñanza, por la anacr3nica concepci3n de la educaci3n como transmisi3n de conocimientos, donde el protagonismo se adjudica a los docentes mientras que de los estudiantes se espera más bien la receptividad pasiva. Por causas éticas y pragmáticas, hay que reivindicar lo contrario: enseñar es ante todo ayudar a aprender; proceso en el cual el protagonismo corresponde a quienes aprenden. Ello no es sino la añeja y bien conocida, pero tan a menudo descuidada, caracterizaci3n de la educaci3n activa. Aquí hay margen para cierto optimismo: en el campo de la educaci3n superior se estará transitiendo de una concepci3n centrada en los docentes a otra centrada en los estudiantes (Altbach, Reisberg y Rumbley, 2009).

Habrá que innovar a gran escala. Generalizar la educaci3n avanzada y permanente no significa empujar a todo el mundo dentro de aulas universitarias más o menos convencionales. Eso no es materialmente viable ni educativamente deseable. Hay que apuntar a la generalizaci3n del lazo permanente entre trabajo innovador y aprendizaje avanzado. Esto no tiene nada de original: así se preparan los profesionales de la medicina desde tiempos remotos; lo que será transformador es que ese lazo no quede reservado a la formaci3n de minorías. Para que toda la gente que quiera seguir aprendiendo, pueda siempre hacerlo a nivel cada vez más alto, hay que enseñar en las aulas, pero también y sobre todo fuera de las aulas, en conexi3n con el trabajo, la protecci3n de la calidad de vida cotidiana, el acceso a la cultura y la participaci3n ciudadana. Hay que pensar como *aula potencial* todo ámbito social donde una labor valiosa es eficientemente desempeñada.

También en este caso la mejor tradici3n progresista latinoamericana puede ser fuente de inspiraci3n. En nuestra regi3n alumbr3 un tipo de universidad pública socialmente comprometida; en su historia se destacan, más allá de avances y retrocesos, los vínculos con sectores populares, el protagonismo estudiantil y una cierta vocaci3n reformista. Si esta última se vuelca no hacia la celebraci3n de un pasado de cambios, sino a la construcci3n de un futuro de nuevas transformaciones, la generalizaci3n de la enseñanza avanzada y permanente tendrá un poderoso impulsor (Arocena y Sutz, 2003). Experiencias y propuestas apuntan en distintas regiones del mundo, de formas variadas pero compatibles entre sí, a conectar educaci3n y conocimiento para un desarrollo de nuevo tipo (Arocena, G3ransson y Sutz, 2018).

SOBRE EL MANEJO DE LA TENSIÓN ENTRE PRODUCCIÓN Y PROTECCIÓN AMBIENTAL

Hoy en día la producción de bienes y servicios es inmensa pero está lejos de poder atender a las necesidades fundamentales de la gente y se realiza a costa de una insustentable degradación ambiental. La crisis que apunta a un holocausto climático no tendrá solución puramente tecnológica ni solución puramente ambientalista o regulatoria. Manejar con cierto éxito la tensión decisiva entre producción y protección requiere una verdadera transición de sociedad, vale decir, cambios profundos en lo técnico-productivo, en las relaciones sociales y las instituciones, en los valores y preferencias. Una condición necesaria pero no suficiente para ello es análoga a lo sugerido en el caso de las políticas sociales: en lo ambiental las políticas públicas debieran integrarse estrechamente con las políticas para el conocimiento en sentido amplio (incluyendo educación, formación en general, investigación e innovación).

Esa integración o coordinación estrecha de políticas ambientales y políticas de conocimiento es necesaria para construir soluciones mejores y más accesibles a las necesidades fundamentales de la gente que protejan el ambiente mucho mejor que al presente y hagan un uso mucho menor de los recursos naturales. En breve, hay que multiplicar la innovación de tipo inclusivo y frugal. Para ello corresponde aprovechar la experiencia de sectores desfavorecidos que han logrado hacer cosas nuevas con recursos necesariamente escasos. Allí radica una clave mayor para promover simultáneamente la producción más sustentable y la agencia de los directamente involucrados.

En general, para multiplicar la innovación de tipo inclusivo y frugal, hay que apelar a nuevas estrategias en materia de educación y conocimiento. Se requiere expandir las capacidades cognitivas, por lo cual ello se vincula directamente con lo planteado en la sección anterior sobre la generalización de la enseñanza avanzada y permanente. Se requiere asimismo reorientar la investigación y la innovación en directa conexión con la agencia de los sectores postergados, tema al que se prestará atención específica en una próxima sección.

Producir bienes y servicios de formas ambiental y socialmente más eficientes, tanto en el uso de recursos naturales como en los resultados, involucra aspectos cognitivos y organizacionales. Pero no se reduce a ellos. Sus perspectivas serán más bien escasas si no se liga al cultivo de éticas de la frugalidad. En la materia, las políticas públicas pueden hacer aportes limitados, pero reales, mostrando un uso austero, frugal, eficiente y sustentable de los dineros públicos, particularmente en materia de edificios, cuyo valor de ejemplo puede ser grande. Prácticas y mensajes tienen que promover la solidaridad eficiente conjugada con la frugalidad.

REORIENTAR INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN PARA CONECTAR CON ACTORES POPULARES

Para abordar esta cuestión, hay que reiterar una postura ajena al determinismo tecnológico, según el cual la tecnología evolucionaría a lo largo de una única trayectoria posible. No es esa la conclusión que surge del análisis de la historia. Frente a un problema técnico dado, suele haber más de una solución viable; cuál se adopta depende, de maneras complicadas, de su eficacia material y de los intereses que hay en juego. Más en general, las cuestiones que se priorizan en la agenda de investigación e innovación tienen que ver con las necesidades de ciertos sectores y con su influencia en las decisiones. Reorientar esa agenda no es algo imposible.

Consideremos el caso de la inteligencia artificial. Observan Banerjee y Duflo (2019) que el grueso de los recursos para investigar en ese terreno se dirige a automatizar tareas existentes antes que a generar nuevos productos que, a su vez, podrían favorecer la creación de empleo. Esto puede convenir a las compañías que reemplazan trabajadores por robots, pero desvía el esfuerzo creativo de la búsqueda de innovaciones realmente transformadoras. Así, por la influencia de las empresas aseguradoras de la salud, se prioriza la búsqueda de algoritmos que automaticen los trámites relacionados. Si en vez de ello se diera prioridad a inventar procedimientos que permitan a los trabajadores de la salud apoyar la rehabilitación en sus hogares de quienes han sido sometidos a operaciones, se ahorraría dinero, se crearía empleo y el bienestar de la gente podría aumentar.

No es la dinámica interna de la técnica lo que hace prevalecer la prioridad mencionada, sino una cierta concepción de lo que hay que hacer y, sobre todo, el control de los dineros. En otras palabras, la combinación de poder ideológico y económico condiciona la agenda de creación de conocimientos. Así, una visión ajena al determinismo tecnológico abre posibilidades de reorientar esa agenda y de combinarla con heurísticas de búsqueda de soluciones inspiradas por los valores socialistas. Este planteo es el que se resume a continuación, siguiendo a Sutz (2020). Su hilo conductor es que, si no se acepta para la sociedad en general el mandamiento de Margaret Thatcher TINA (There Is No Alternative, no hay alternativa), tampoco hay que aceptarlo para la tecnología en particular (Sutz, 2020, p. 213).

La cuestión de las heurísticas para la innovación merece especial atención. La heurística en general se refiere al arte del descubrimiento y a las estrategias para ello. Es razonable incluir bajo ese nombre lo que tiene que ver con los problemas a los que se asigna prioridad (¿qué se quiere descubrir?), el tipo de soluciones que se consideran adecuadas (¿qué es resolver un cierto tipo de problemas?), los medios

físicos a emplear (¿con qué recursos se puede contar para construir soluciones), las pistas intelectuales a seguir (¿por dónde explorar?).

La idea orientadora es que construir más sustentabilidad y menos desigualdad tiene entre sus requisitos impulsar heurísticas diferentes a las habituales. Se trata de priorizar problemas que tengan que ver con ambas cuestiones, buscando soluciones que sean inclusivas a la vez que construidas con un uso frugal de recursos naturales.

Es imperioso subrayar que tales heurísticas no hacen necesario un uso menos creativo y sofisticado de conocimiento avanzado que las heurísticas corrientes, sino todo lo contrario. Si se buscan soluciones realmente eficientes, que sean accesibles para los sectores menos favorecidos y que afecten al ambiente lo menos posible, hará falta innovación e investigación del más alto nivel. Algo similar demuestra Schor (2011, pp. 118-123) refiriéndose a actividades a través de las cuales ciertos grupos atienden a sus propias necesidades apelando a tecnologías avanzadas.

Una visión ajena al determinismo tecnológico lleva a asumir, como se anotó, que la innovación está condicionada tanto por las exigencias técnicas –no es fácil construir máquinas que violen las leyes de la termodinámica– como por las interacciones sociales. Estas y aquellas han generado las heurísticas prevalecientes, que corresponden a los estilos de innovación surgidos en los países altamente industrializados. Los problemas a los que se asigna prioridad son sobre todo los del crecimiento económico; las soluciones adecuadas son las que tienen éxito de mercado. Se construyen innovaciones haciendo amplio uso de recursos naturales, dinero y equipo; el “sentido común” técnico está signado por ese contexto de relativa abundancia. Es en tal contexto que la innovación ha generado una inmensidad de nuevos procesos, productos y servicios, frecuentemente posibilitados por cambios tecnológicos radicales. Pero esas heurísticas de innovación en condiciones de abundancia no son adecuadas cuando semejante abundancia está ausente, como es lo habitual en el Sur; ni cuando la sustentabilidad y la igualdad demandan, en el Sur como en el Norte, mejores innovaciones, más baratas y más frugales.

En diversas regiones del Sur la necesidad ha sido la madre de un estilo diferente para hacer cosas nuevas, las “heurísticas de innovación en condiciones de escasez” (Srinivas y Sutz, 2008). Tales heurísticas podrían llegar a ser más adecuadas para el mundo en su conjunto que las hoy predominantes. Estas últimas tienen a su favor el poder de la ideología ampliamente difundida según la cual las buenas soluciones son las provenientes del Norte, mientras que las originadas en el Sur son en el mejor de los casos soluciones provisionales a ser empleadas el tiempo que se aguarda la llegada de las otras. Así se consolida

el círculo vicioso en el cual la dependencia, la falta de innovación y el sentimiento de inferioridad se alimentan mutuamente (Sábato y Botana, 1968, p. 9). Ello siempre fue perjudicial para el Sur; hoy también lo es para el Norte, pues bloquea la expansión de formas de la innovación que podrían ampliar la gama de alternativas disponibles para afrontar los grandes desafíos de la época.

La pandemia del covid-19 ha llevado a visualizar ampliamente el potencial existente (incluso en un país donde ciencia, tecnología e innovación reciben escasa atención política y social como Uruguay) para hacer cosas nuevas, muy eficientes y comparativamente baratas a partir del conocimiento avanzado cultivado a alto nivel intelectual y con pocos recursos materiales.

Expandir las capacidades de innovación en condiciones de escasez se vincula al protagonismo de quienes tienen sus intereses más directamente vinculados a ello, los sectores pudientes. Esas capacidades y esos protagonismos son necesarios para avanzar en tecnologías de inspiración socialista; ello pasa por incorporar a tal proyecto a gente altamente calificada, en especial a través de alianzas con organizaciones de trabajadores y otros sectores subalternos (Sutz, 2020, pp. 217-218).

Las dificultades que semejantes alianzas deberían superar son múltiples. Ya se destacó la lejanía existente entre conocimiento avanzado y sectores populares. También es relevante la posición política e ideológica que suele predominar entre científicos y técnicos, así como el tipo de organización que los caracteriza: hay una batalla a ganar en las mentes y los corazones de la gente técnica y científicamente capacitada, cuyas lealtades han estado mayoritariamente con sus empleadores y que rara vez han tenido los niveles de organización que la dotarían de poder en la orientación de sus esfuerzos (ibíd., p. 220).

La reorientación de las agendas y las heurísticas con el fin de que la investigación y la innovación sirvan mejor a la calidad de vida de todos (incluyendo a los más postergados y sus condiciones de trabajo) requiere ampliar la formación para resolver problemas que es fundamental en la educación superior, de modo tal de incluir tipos de problemas a los que no se suele prestar demasiada atención. Incluir, entonces, no solo la consideración de costos y eficiencia, sino también la expansión de las capacidades de los trabajadores, así como de la calidad tanto de la vida laboral como de los productos desde el punto de vista de los usuarios (ibíd., p. 221).

Las tendencias que combinan los derroteros de la tecnología con las principales estructuras del poder económico y político son muy fuertes, pero existen movimientos globales que las enfrentan. Quizás el ejemplo más amplio y exitoso es el movimiento del *software* libre.

Dicho movimiento ha mostrado que la cooperación abierta y la libertad de diseño pueden combinarse con la excelencia técnica para generar mejoras sistemáticas, así como alternativas eficaces y más baratas que el *software* propietario. Constituye un ejemplo mayor de la solidaridad eficiente.

Grosso modo, las estrategias prevaecientes para el cambio tecnológico no fomentan la agencia de los sectores populares ni la expansión de sus capacidades. Ciertos esfuerzos de cambio técnico apuntan directamente contra la democracia y a favor de los gobiernos autoritarios. Las denuncias de tales propósitos podrían ser puntos de encuentro para sectores diversos, incluyendo trabajadores de empresas de alta tecnología, técnicos, académicos, estudiantes, organizaciones de la sociedad civil. Tales ámbitos podrían constituir nichos de transformación, en los que maduren ideológica y políticamente nuevas alianzas que agreguen a la denuncia la propuesta de cambios tecnológicos democratizadores, orientados al bien general. Ello tendría que incluir experimentos a nivel local y comunitario de alternativas al modo predominante de generar y/o usar conocimiento; las tecnologías de la comunicación y los valores de la cooperación podrían evitar el aislamiento de esos intersticios, promoviendo cambios de amplio alcance cultural (ibíd., pp. 225-226). Por aquí se vuelve, pues, a la cuestión cardinal de los nichos de cambio y de la eventual emergencia intersticial de redes alternativas dotadas de poder cognitivo y organizacional.

UN CIMIENTO DE LAS ESTRATEGIAS TRANSFORMADORAS

En las últimas secciones se han esbozado algunos elementos para afrontar los tres grandes desafíos comentados antes: *insustentabilidad*, desigualdad, autoritarismo. La idea orientadora es apostar a la solidaridad eficiente para promover transformaciones deseables. Ya se subrayó la relevancia actual tanto de la generalización de la educación avanzada como de la vinculación de la generación y uso del conocimiento con los intereses y la agencia de los sectores populares. El énfasis en el aprender y en el innovar lleva directamente al mundo del trabajo: allí se puede aprender permanentemente y a nivel alto, en la medida en que se trate de trabajo digno y creativo, donde resolver problemas sea también actividad permanente. La solidaridad eficiente puede apoyarse en el tríptico *trabajo, educación y conocimiento*.

En ciertas tradiciones de las izquierdas y del movimiento obrero, la valoración del trabajo y su conversión en fuente de realización humana son aspiraciones normativas centrales. La experiencia apunta a que eso es lo que mucha gente quiere, no solo porque necesitan los ingresos, sino también por lo que significa en términos de propósito, pertenencia y dignidad (Banerjee y Duflo, 2019).

En términos propositivos, no se trata de que la gente pueda hipotéticamente vivir sin trabajar, sino de proteger a todos de la desocupación y de colaborar a que todos puedan tener condiciones de trabajo que les resulten gratificantes, por la actividad misma y por lo que con ella se aporta a la sociedad. Ese debe ser el objetivo de herramientas como ingresos básicos garantizados o afines, así como de las políticas laborales activas.

Ciertas experiencias concretas merecen ser tenidas en cuenta, por ejemplo las políticas practicadas en Dinamarca para combinar flexibilidad productiva con seguridad laboral. Autores que hemos citado ampliamente afirman al respecto que ese modelo danés permite plena flexibilidad del mercado al posibilitar que sean dejados cesantes quienes ya no son necesarios, pero brindándoles subsidios de modo tal que no haya una pérdida económica mayor y promoviendo su reincorporación al trabajo, incluso tras una significativa capacitación (Banerjee y Duflo, 2019). Abajo se ensaya una formulación de lo que antecede en términos más acordes con la inspiración que guía esta redacción. Mucho más importante es el énfasis de dichos autores en que la formación asociada a las políticas laborales no debe limitarse a cursos cortos, sino que ha de ofrecer también posibilidades avanzadas, incluso a nivel terciario y con becas completas. Tales autores hacen en este contexto la afirmación central de que el desafío no es simplemente encontrar un empleo, sino más bien encontrar una carrera.

La producción de bienes y servicios de mejor calidad, más accesibles para las mayorías y con menores costos ambientales, tiene que apoyarse sólidamente en las altas calificaciones y en la innovación permanente. Nuevas oportunidades tendrán que ser aprovechadas y nuevas dificultades de diverso tipo surgirán una y otra vez. Oportunidades y dificultades supondrán problemas de nuevo tipo a resolver con base en la educación y el conocimiento, si se quiere preservar y expandir la calidad de vida colectiva.

Ese planteo bastante elemental y presumiblemente consensual tiene corolarios de carácter nada trivial. Tres serán explicitados en los párrafos siguientes.

El primer corolario es que resulta contraproducente, incluso como manera de preservar fuentes laborales, el tratar de mantener sin mayores cambios actividades productivas que han devenido rutinarias y cuyos costos sociales exceden claramente a los beneficios sociales. Por lo general, no se podrá persistir en esa estrategia puramente reactiva a largo o aun a mediano plazo; mientras se siga con ella se perderán recursos públicos que podrían haber tenido mejor destino y se perderá tiempo para construir nuevas opciones para los trabajadores. Son necesarias mejores respuestas. No lo son las que sugieren los cultores del

libre mercado, o sea, dar de baja a los trabajadores cuyas labores los empleadores consideraran no rentables y que busquen otras colocaciones. La alternativa es éticamente insolidaria, políticamente complicada y económicamente equivocada. Cuando la eficiencia productiva –en cualquier acepción razonable de la palabra eficiencia– depende cada vez más de la innovación y de la capacitación de los productores, ¿cómo esperar que los trabajadores dediquen esfuerzos a impulsar mejoras de la producción y de su propia formación si en cualquier momento pueden ser despedidos e incluso tener que buscar empleo en otro tipo de labores?

El modelo danés pretende combinar flexibilidad con seguridad. Por un lado, se busca posibilitar reconversiones productivas relativamente ágiles; por otro lado, se quiere garantizar, a los trabajadores cuyos empleos sean eliminados, que mantendrán ciertos niveles de ingreso y serán respaldados en la búsqueda de nuevos empleos, en particular mediante programas de recapacitación. Esto es lo que señalan Banerjee y Duflo, pero se trata de ir más allá, como ellos lo sugieren. Los programas usuales para la reconversión laboral, en general capacitaciones de corto plazo, son insuficientes; tienen que ser complementados con otros, que ofrezcan formación de nivel terciario, a más largo plazo y con becas completas o ingresos mínimos garantizados. Este es el segundo de los tres corolarios anunciados más arriba. Por aquí volvemos a encontrarnos con la imprescindible vinculación entre trabajo y educación avanzada.

Ahora bien, la manera en que está planteada tal vinculación es insuficiente, en particular porque ella misma luce débil al separar el trabajar del estudiar. Para decirlo brevemente: no se trata de que la gente trabaje sin estudiar mientras tenga ocupación y estudie sin trabajar cuando no la tenga. Este modelo tiene dos carencias: la primera es que estudiar aparece como la actividad por defecto; la segunda, es que no se espera que el trabajar incluya sistemáticamente el aprender. Pero esto último es fundamental, como atención primaria ante los riesgos de desocupación, también para que el trabajo sea fuente permanente de sentido, identidad y dignidad y, asimismo, para que la ocupación sea factor de innovación también permanente y satisfactoria. Separar el trabajo y el estudio desatiende el hecho básico de que se aprende tanto estudiando como trabajando. El tercer corolario anunciado es que hay que vincular mucho más de lo habitual ambas actividades. Si esto parece obvio, conviene notar que lleva a las siguientes propuestas:

1. Reformar la educación media de tal manera que el egreso de la misma llegue a ser universal e implique preparación tanto para acceder al trabajo digno como para seguir estudiando a nivel terciario;

2. Reformar la educación superior de modo tal de generalizar el acceso efectivo a distintas modalidades de la misma, todas de alto nivel, que combinen formación en las aulas con formación en las prácticas sociales valiosas, lo que requiere asociar estrechamente la enseñanza con la investigación y la extensión;
3. Apoyar con políticas y recursos públicos la incorporación de las actividades de formación sistemática y de nivel cada vez más alto a la jornada laboral habitual de todas las personas que tengan interés en ello, en el entendido de que vincular establemente el trabajar con el aprender sirve simultáneamente a los intereses personales y colectivos.

Las sugerencias propositivas que anteceden apuntan a multiplicar los aprendizajes. Ello es parte sustancial de una estrategia alternativa para el desarrollo. Recordemos que, según Amsden (2007), frente a las opciones ortodoxas en la materia, existen otras más eficientes vertebraadas por la protección de los aprendizajes, la cual explica en buena medida los éxitos del Asia Oriental en materia de superación de la condición periférica. La noción está muy cerca de otra, famosa en los estudios latinoamericanos sobre el desarrollo, que Fajnzylber (1984) formuló en términos de “proteccionismo para el aprendizaje”. Cuando está ausente la preocupación por esa cuestión, es fácil perder rápido lo construido lenta y laboriosamente: por ejemplo, cuando un gobierno contrata para una transformación técnico productiva mayor a empresas transnacionales, habiendo empresas y equipos innovadores nacionales capacitadas para ello; o cuando se contrata a universidades del exterior para dictar cursos que universidades nacionales pueden brindar mejor y con menores costos; o cuando trabajadores altamente capacitados quedan cesantes y no se les abren nuevas oportunidades de seguir aportando a la sociedad desde lo que han aprendido.

Desde la vertiente más progresista de la teoría de los Sistemas Nacionales de Innovación –la llamada escuela de Aalborg–, Johnson y Lundvall (1994, 2020) han elaborado la vinculación entre conocimientos y aprendizajes de forma tal que, en la conceptualización presentada en estas páginas, puede resumirse así: cuando el conocimiento avanzado se va convirtiendo en factor fundamental del poder, los procesos sociales de aprendizaje llegan a ser centrales en la orientación y distribución del poder. Esa afirmación –de carácter teórico, fáctico y prospectivo– se combina con el énfasis normativo propio de las izquierdas en la agencia de los sectores postergados para asignar prioridad propositiva a la protección y, más aún, a la multiplicación de los aprendizajes, particularmente en conexión con el mundo del trabajo.

¿Qué significado concreto puede tener todo esto en tiempos de covid-19? En América Latina como en amplias regiones del Sur Global, la ocupación tiene en gran medida carácter informal, alejada de la protección social y más aún del apoyo a los aprendizajes. La pandemia está agravando la informalidad, así como la desocupación lisa y llana. En todos los países hace falta un incremento del gasto social, cuya viabilidad la muestra lo ya hecho en algunos casos. En tamaña crisis, la generalización del ingreso mínimo de base tendría que combinarse con la multiplicación de nuevas oportunidades para aprender.

Entendido como se plantea en los párrafos precedentes, el tríptico *trabajo, educación y conocimiento* puede ser un gran impulsor de la democratización. En primer lugar, expande el poder colectivo de la sociedad o nación que lo construya: podrá producir mejor, disponer de mayores capacidades para atender a las necesidades de su gente, depender menos del exterior, afrontar con mayores posibilidades de éxito la competencia externa y los avatares de la historia. En segundo lugar, los sectores menos favorecidos, combinando conocimiento y organización, tendrán herramientas más fuertes para construir posibilidades ocupacionales dignas, para luchar por sus derechos, para disminuir las disparidades de poder frente a los sectores más privilegiados.

Ese tríptico parece clave para el enfrentamiento de los tres grandes desafíos. Debe ayudar a producir de manera más sustentable, a disminuir las desigualdades ligadas al conocimiento, a fortalecer la agencia autónoma de los grupos postergados que es un gran antídoto contra la demagogia autoritaria. Es pues una clave para las transformaciones solidarias.

REVISANDO ESTRATEGIAS EN HORAS OSCURAS

En las páginas que siguen se sugieren ciertas conexiones entre los elementos analizados hasta aquí y las estrategias políticas de izquierdas. Para empezar, se llama la atención acerca de la evolución de la adhesión a la izquierda de los sectores populares en zonas neurálgicas de la sociedad capitalista del conocimiento.

LAS IZQUIERDAS Y LAS CLASES POPULARES SEGÚN PIKETTY

En Europa Occidental, durante el período que va de los años cincuenta a los ochenta, el conflicto político tenía una estructura básicamente clasista que oponía las clases modestas a las más favorecidas; la propiedad era la gran divisoria. Por entonces, el voto mostraba al conjunto de la izquierda como “el partido de los trabajadores”. Desde los años noventa en adelante aparece más bien como “el partido de los graduados”, o sea, de la gente con título terciario. En este último

período el conflicto político tiende a estructurarse como un “sistema de élites múltiples” que compiten entre sí, con un ala, partido o coalición que concentra el apoyo de las élites intelectuales y culturales (vale decir, del conocimiento y la ideología) y otra ala respaldada por la élite comercial y financiera (o sea, económica). *Grosso modo*, las personas de mayor nivel educativo formal votan a izquierda y las de mayores ingresos a derecha. Se registra una inversión de la relación entre nivel educativo y voto a izquierda: en el primer período, a menor nivel de educación formal, mayor voto a izquierda; en el segundo período, sucede lo contrario (Piketty, 2019, pp. 57-58, 841, 843, 887-888, 997).

Así, en Europa Occidental la izquierda en lo electoral pasó gradualmente de ser en la posguerra el partido de los trabajadores y en especial de los asalariados con baja educación formal a ser el partido de los graduados y en particular de los “cuadros” empresariales y administrativos y de las profesiones intelectuales, partido al que se propone denominar “izquierda brahmán” (ibíd., pp. 843, 867-868 877).

Desde los años ochenta, el voto a la izquierda de los obreros industriales fue disminuyendo en gran medida, mientras que se mantenía o ampliaba el de docentes, profesionales intermedios, cuadros del sector público, gente ocupada en la salud y la cultura. En paralelo, se registra un “retiro de las clases populares”, en el sentido de que su participación electoral pasa a ser cada vez menor en comparación con los sectores más favorecidos (ibíd., pp. 872-873, 862-863).

En esta interpretación, es en paralelo con la globalización que emerge el sistema de élites múltiples. Estas incluyen a una “derecha comerciante” de las élites económicas y una “izquierda brahmán” de las élites intelectuales ligadas al poder del saber. Pueden tener intereses diferentes, por ejemplo respecto a los impuestos para financiar la educación y la cultura; pero comparten la adhesión a la globalización y al sistema económico en vigencia, que las beneficia a ambas (ibíd., pp. 896-897).

Un fenómeno central que se destaca en la interpretación glosada es el divorcio entre clases populares e “izquierda brahmán”, proceso paralelo al del incremento del nivel educativo formal promedio.

Lo afirmado se ilustra comparando el voto en una elección francesa de 1956 con otra de 2012. Cuando tuvo lugar la primera de ellas, el 72 % de los electores no tenía un diploma de estudios superior al primario, situación que era la del 18 % en los comicios que tuvieron lugar cincuenta y seis años después. *Grosso modo*, el voto a la izquierda en el segundo caso es tanto mayor cuanto mayor sea el nivel de educación formal. Esquemáticamente, la mayoría de los votantes de izquierda de 1956 no superaban el nivel educativo primario,

mientras que sus nietos seguían votando a la izquierda en 2012 si tenían nivel terciario, pero habían masivamente dejado de hacerlo si no habían podido ir más allá de la primaria. Los primeros, en buena medida, reconocían el compromiso de las izquierdas con el progreso ligado a la educación. En paralelo, y hablando siempre de Francia, se destaca que, cuando las izquierdas gobernaron, mantuvieron la estratificación de la educación media superior y sobre todo de la enseñanza terciaria, extremadamente jerarquizada con las “grandes escuelas” elitistas y de acceso muy restringido en el vértice (ibíd., pp. 876-880).

En Uruguay se suele cuestionar, con sobrada razón, que los docentes más experimentados y formados no sean asignados a los ámbitos más desfavorecidos, sino al contrario. Pues bien, lo mismo pasa en la mayor parte de los países de la OCDE y particularmente en Francia (ibíd., p. 881). Aquí nos encontramos con sectores cognitivamente fuertes y a menudo con discurso progresista pero que priorizan sus intereses sectoriales.

Volviendo al divorcio entre las clases populares y la “izquierda brahmán”, que se registra por lo menos en Francia y en otros países de Europa Occidental, a partir de las explicaciones que propone Piketty (2019, particularmente en página 1002) cabe sugerir la secuencia causal que se indica a continuación. El peso creciente del conocimiento avanzado en la generación y distribución del poder ha afianzado la relevancia de la estratificación educativa, vale decir, de las asimetrías sociales ligadas al acceso a la educación. Se ha evolucionado desde el predominio de una *élite basada en la propiedad al predominio de las élites de la economía y del saber, con ciertos intereses compartidos*. La globalización capitalista basada en el conocimiento ha impulsado en los viejos países centrales las deslocalizaciones productivas, así como el debilitamiento del estado fiscal social. Así se incrementó la desocupación y se redujo el apoyo a quienes la padecen. Ello afecta sobre todo a los sectores populares con menor nivel educativo; su desconformidad encontró respuestas más bien escasas cuando gobernaron las izquierdas. Estas han pasado de ser ante todo el partido de los más pobres a ser más bien el de los más educados; la desconformidad destacada fue atizada por las derechas nacionalistas que culparon a la inmigración por la pérdida de empleos y de beneficios sociales de aquellos sectores. Por ese camino se fue gestando una reacción chovinista y antielitista de derechas.

ESBOZO DE LAS POSICIONES POLÍTICAS SEGÚN INTERESES E IDEAS

Piketty (2019) destaca las diferencias en las izquierdas entre un centro izquierda partidario del mercado y una izquierda más radical

partidaria de la redistribución, así como las diferencias en las derechas entre un centro derecha pro mercado y una derecha “nativista” y nacionalista (pp. 897-898). Ello lleva a la división del electorado en cuatro cuartos, como se habría registrado en las elecciones francesas de 2017. Esos cuatro bloques son denominados como sigue:

1. Centro izquierda, “internacionalistas y desigualitarios, pro inmigrantes y pro ricos”;
2. Izquierda, “internacionalistas igualitarios, pro inmigrantes y pro pobres”;
3. Centro derecha, “nativistas y desigualitarios, antiinmigrantes y pro ricos”;
4. Derecha, “nativistas y desigualitarios, antiinmigrantes y pro pobres”. (Ibíd., pp. 913-919)

Ese modelo sustituye, o afina, la clasificación de los sectores políticos según una sola dimensión, la ideológica, que da lugar al “segmento” izquierda-centro izquierda-centro derecha-derecha. Tiene en cuenta dos dimensiones, las posiciones frente a la pobreza y a la inmigración.

Pensando en América Latina y eventualmente también en Europa, se podría tomar y reformular tal modelo considerando la dimensión de las ideas políticas, resumidas en izquierdas versus derechas, así como la dimensión de los intereses, de arriba hacia abajo ganadores versus perdedores de la globalización.

Precisamente eso es lo que hace Sanahuja (2016-2017):

Junto a la tradicional divisoria entre izquierda y derecha, centrada en los conflictos distributivos en el ámbito económico, aparece un nuevo eje o clivaje fundamental marcado por las posiciones frente a la globalización, entre cosmopolitismo y nacionalismo, entre “globalistas” y “patriotas”, o entre “abierto” y “cerrado”, que reinterpreta esos conflictos redistributivos, en términos de ganadores y perdedores de la globalización, y los complejiza al introducir elementos de seguridad e identidad. Cruzando los dos ejes –pro y antiglobalización, izquierda y derecha– en un cuadro de doble entrada imaginario, aparecen cuatro grandes matrices de política que, con los correspondientes acentos y mediaciones nacionales, ya están definiendo el escenario de la política y el conflicto social de la globalización tardía. (Pp. 71-72)

Esas cuatro matrices son caracterizadas como sigue:

a) “Davos” o los globalistas de derechas, favorables a la democracia liberal, el libre comercio y la empresa privada, y a profundizar la integración económica global, y partidarios del *status quo* de la globalización. [...] Desde la crisis global experimentan un marcado retroceso electoral.

b) Los “progresistas cosmopolitas”, que incluyen a sectores de la izquierda que pretenden regular la globalización a través de reglas regionales o globales que protejan los derechos humanos, laborales y sociales y el medio ambiente –por ejemplo, a través de una concepción de “ciudadanía global”, o de la agenda global de desarrollo sostenible– con una regulación inclusiva de la inmigración. [...] Tanto como movimientos sociales, como en términos de apoyo electoral, están en retroceso.

c) Soberanistas y “desglobalizadores” de izquierda, que agrupan fuerzas anti-europeas y anti-occidentales –Syriza, en Grecia, o movimientos bolivarianos, en América Latina–, así como movimientos sociales y ambientalistas que reivindican la autogestión y las economías locales. [...] En la estela de la crisis registran cierto avance en la OCDE, pero su apoyo es reducido, y retroceden en otros lugares, como América Latina.

d) Los “nuevos patriotas”, soberanistas y nacionalistas, y en la UE, profundamente euroescépticos; contrarios a la liberalización económica y, en ocasiones, a la gran empresa y las multinacionales, tradicionalistas en materia de religión, prácticas sociales y género, recelosos de la diversidad social, nativistas, xenófobos, anti-inmigración, y en ocasiones, abiertamente islamófobos. Serían una expresión de nuevas formas de “cesarismo” surgidos de una crisis de hegemonía. En su visión del mundo y de la política exterior, cuestionan la sujeción a normas e instituciones multilaterales y a los acuerdos globales sobre desarrollo sostenible o cambio climático, y en la defensa del interés nacional, en clave geopolítica, oscilan entre el aislacionismo y la política de poder. [...] Se trata de las fuerzas políticas más dinámicas, en términos de agencia, y al calor de la crisis global, están claramente en ascenso. (Ibíd., p. 71-72)

Reformulando por cuenta propia lo que antecede, aquí se considerará el “eje vertical de los intereses”, donde se mide cuán arriba o abajo es la posición, y el “eje horizontal de las ideas”, donde se mide la ubicación a izquierda o a derecha. Se tendría así cuatro cuadrantes, parecidos pero no iguales a los de Piketty y esencialmente análogos a los de Sanahuja:

1. Cuadrante del NO (o arriba y a izquierda), de los intereses favorecidos por la globalización y de las ideologías de izquierdas.
2. Cuadrante del SO (o abajo y a izquierda), de los intereses perjudicados por la globalización y de las ideologías de izquierdas.

3. Cuadrante del NE (o arriba y a derecha), de los intereses favorecidos por la globalización y de las ideologías de derechas.
4. Cuadrante del SE (o abajo y a derecha), de los intereses perjudicados por la globalización y de las ideologías de derechas.

Cada cuadrante es un espacio potencial, que por lo general en cada país o región no estará completamente ocupado por fuerzas políticas realmente existentes. Estas no necesariamente serán casos puros, contenidos en un solo cuadrante: la porción de superficie que la representa en cada caso estará frecuentemente casi toda dentro de un cuadrante, pero puede desbordarlo. Representar cada fuerza política por una superficie y no por un punto permite incluir una cierta variedad de sensibilidades e intereses; en general, las direcciones partidarias y las candidaturas pueden estar en promedio más arriba que los respectivos electorados en lo que hace a su posición material.

En el hemisferio izquierdo (cuadrantes SO y NO), se asigna prioridad a la igualdad y la redistribución, que fueron asuntos estelares durante el ciclo progresista de América Latina. En el hemisferio derecho (cuadrantes SE y NE), se prioriza el orden y la seguridad, temas que incidieron altamente en las recientes derrotas de varias fuerzas progresistas en la región.

En los cuadrantes del Norte (hemisferio de arriba) se tiende a dar más importancia al mercado que en los del Sur (hemisferio de abajo), en los cuales se prioriza al Estado.

En el cuadrante del NO, la postura de izquierdas y la preocupación por la inequidad llevan a regular el mercado y a poner trabas a su dominio por el capital global, así como a promover políticas sociales y la ampliación de derechos. Su ideología progresista apunta al crecimiento basado en la empresa privada y combinado con la redistribución desde el Estado para disminuir la pobreza; puede ser denominado cuadrante “social liberal”. Corresponde a lo que Sanahuja denomina “progresistas cosmopolitas”.

El cuadrante del NE minimiza el papel de las políticas sociales, maximiza el del mercado, respalda netamente al empresariado y celebra la globalización, lo cual se traduce en políticas de apertura, desregulación y disminución del sector público. Su ideología es ante todo individualista; puede ser denominado cuadrante “neoliberal cosmopolita”. Corresponde a “Davos o globalistas de derechas” según Sanahuja.

El cuadrante netamente enfrentado al NE es el del SO, desde donde se ve a la nación amenazada por el capitalismo global y se quiere disminuir las disparidades materiales, por lo cual se reivindica un

muy amplio papel del Estado para defender al país y a los de abajo. Allí tienen su lugar las izquierdas de tradición marxista; a menudo se trata de un cuadrante caracterizado por el predominio ideológico de lo “nacional popular”. A los sectores que Sanahuja agrupa en esta posición los llama “soberanistas y desglobalizadores”.

El cuadrante que enfrenta netamente al del NO es el del SE, desde donde se ve a las izquierdas, a la globalización y a lo extranjero como causas de la degradación de las identidades y condiciones de vida tradicionales y jerárquicamente ordenadas. Ante todo ello, corresponde restaurar la autoridad y la protección que debieran emanar del Estado, por lo cual en este cuadrante lo “chovinista autoritario” tiende a cobrar fuerza. Sanahuja habla al respecto de “nuevos patriotas, soberanistas y nacionalistas”.

El esquema esbozado modifica en pequeña medida el de Sanahuja, particularmente sugiriendo denominaciones que se consideran más adecuadas sobre todo para América Latina. La utilidad de considerar tanto izquierda y derecha como arriba y abajo parece clara asimismo en otros lugares, por ejemplo en Alemania, donde tanto la extrema derecha de “Alternativa para Alemania” (AfD) del cuadrante SE como “La Izquierda” del cuadrante SO votan mejor en la antigua RDA que en el Oeste, lo cual es comprensible pensando en las distintas consecuencias relativas de la globalización en una y otra región.

El cuadrante NE de arriba y a la derecha se liga directamente con el poder económico; las fuerzas que lo integran tienen por lo general una relación directa con el poder militar. Este último permanece más bien alejado de la coyuntura política en las poliarquías consolidadas. Pero en períodos agitados los sectores del NE suelen apelar al poder militar, de Chile 1973 a Bolivia 2019. Estos sectores tienen también relación directa con las fuerzas policiales, que juegan papel relevante en sus estrategias electorales y políticas de “mano dura” en materia de seguridad. Si esto se registra más bien en las periferias, en el Oeste central y sobre todo en Estados Unidos la plutocracia tiende a erosionar a las poliarquías, como en otra sección se destacó. El “camino del NE” hacia el autoritarismo parece basado no en el recurso directo al poder militar, sino más bien en la hipertrofia del poder económico, que va subordinando al poder político y afirmando su poder ideológico mediante el control de gran parte de los medios de comunicación. La posición de este cuadrante en relación con la democracia es en suma variable según los países y *grosso modo* ambigua.

El cuadrante NO de arriba y a la izquierda tiene relaciones más bien débiles con los poderes fácticos de la propiedad y las armas. Sus intereses afirman, pues, su compromiso político con la democracia.

El cuadrante SO de abajo y a la izquierda está por lo general bastante o muy enfrentado al poder económico. La relevancia asignada al Estado para afirmar la posición externa del país y para modificar la situación interna en beneficio de los económicamente menos favorecidos a menudo lleva, en este cuadrante, a tratar de usar el poder de las Fuerzas Armadas para impulsar estrategias políticas. También aquí la posición en relación con la democracia es variable según los países y *grosso modo* ambigua.

En el cuadrante SE de abajo y a la derecha las posturas ante el poder económico pueden ser matizadas. Se adversa a sus élites globalizadoras y antiestatistas en nombre del nacionalismo y del papel del Estado en la defensa del país y del nivel de vida de sus ciudadanos, pero por cierto no de los inmigrantes, sino todo lo contrario. La reivindicación de la propiedad privada vincula a los sectores políticos de este cuadrante con amplias capas del empresariado. Los lazos con el poder militar y las fuerzas policiales son aquí directos y juegan un papel central en sus políticas de orden y seguridad, al punto tal que en el cuadrante SE pueden encontrarse auténticos “partidos militares”. La posición respecto a la democracia y a la institucionalidad civil no es ambigua, sino más bien descalificadora.

Al nivel muy simplificado y reduccionista del esquema de los cuadrantes, se podría agregar, a los ejes de los intereses y de las ideas, una recta bisectriz de los cuadrantes NE y SO, que separa las posiciones ante la democracia: favorables arriba y a la izquierda, desfavorables abajo y a la derecha.

Toda la obra de Piketty sustenta la idea de que “estar arriba” y salir bien parado de la globalización es algo que tiene que ver con la propiedad, pero también y crecientemente con el nivel educativo. Esa obra es un apoyo decisivo para el hilo conductor de esta elaboración que destaca el papel del conocimiento en el análisis del poder y de su democratización en las políticas de las izquierdas. Desde este punto de vista, el cuadrante del NO es frecuentemente la ubicación de lo que Piketty denomina la “izquierda brahmán”. En general, es el espacio donde los intereses condicionados por niveles educativos superiores a la media se encuentran con las ideologías de izquierda, y las condicionan a su vez.

Lo anotado en el párrafo precedente constituye una vía diferente para retornar a una cuestión central que ya ha sido discutida varias veces. Dada la centralidad del conocimiento, la eficacia de las políticas de izquierda dependerá no poco de lo que hagan –o dejen de hacer o adversen– los izquierdistas con niveles educativos relativamente alto, es decir, quienes pueden ser ubicados en el cuadrante NO. En principio, sus intereses no los impulsan a promover políticas igualitarias en

lo que hace a la educación superior, ni tampoco a la universalización de una educación media que prepare a sus egresados tanto para acceder a ocupaciones dignas como para continuar estudios terciarios, lo cual parece requisito imprescindible para generalizar la formación avanzada y permanente.

Una transformación semejante de la educación media y superior no está próxima a los intereses más o menos inmediatos de la gente ubicada “abajo” o en el “hemisferio Sur”, bastante lejos de las ideas prevaletentes en el cuadrante SO y mucho más lejos de las que caracterizan al cuadrante SE.

Por supuesto, esa transformación es frontalmente rechazada en el cuadrante NE de arriba y a la derecha; aquí los intereses se vinculan ante todo a la propiedad, pero también y cada vez más a la educación. Milanovic (2019) muestra que en los ingresos de las élites tienen cada vez más importancia retribuciones ligadas a la formación. Desde el NE se impulsa activamente la limitación del ingreso a la educación superior y su carácter pago con matrículas que tienden a subir, así como su privatización, que asegura desigualdad educativa mediante barreras de acceso y costos. Por estas vías se afianza el vínculo entre propiedad y nivel educacional formal como clave de privilegios y poder diferencial.

Surge de lo anterior que una tarea decisiva de la política de izquierdas, en lo ideológico y lo comunicacional, es elaborar las razones generales por las cuales la transformación mencionada de la educación favorecería a los intereses de las grandes mayorías, particularmente en lo que hace a la sustentabilidad y a la disminución sostenida de la pobreza y la desigualdad. Si esa tarea tiene éxito, se podrá afianzar la unidad de acción del “hemisferio Oeste (o izquierdo)”, disminuir la base social de las políticas propias del cuadrante SE y ampliar el apoyo a las izquierdas.

CIERTAS SUGERENCIAS PARA LA POLÍTICA DE IZQUIERDAS

A) IMPULSAR CONVERGENCIAS PARA FRENAR A LAS DERECHAS EXTREMAS, AUTORITARIAS, ANTIIGUALITARIAS Y CHOVINISTAS

Los casos de Trump y Bolsonaro son tan aterradores como aleccionadores. Demagogos irresponsables, que parecían incapaces de ocupar más que un pequeño espacio dentro de la extrema derecha chovinista, lograron una audiencia enorme y, contra todo pronóstico, ganaron las elecciones presidenciales.

El caso de Trump parece relativamente claro en el esquema de los cuatro cuadrantes: de estar ubicado en un núcleo aparentemente reducido en el cuadrante SE pasó a dominar claramente todo el

cuadrante chovinista y autoritario; a continuación, antes y después de su victoria electoral, fue ampliando su influjo al cuadrante NE como lo indica el dominio que conquistó en el Partido Republicano, derrotando a sus élites cosmopolitas y más ortodoxamente derechistas. Así surge de análisis citados antes, en particular de Castells.

Menos claro parece el análisis de los apoyos a Bolsonaro. Da la impresión de que encarnó una reacción anti-Lula-PT mucho más fuerte todavía que el rechazo al gobierno de Obama que Trump capitalizó; constituye un caso extremo de las reacciones contra las izquierdas a las que dio lugar el “ciclo progresista” latinoamericano.

Sea como sea, esos dos casos deberían bastar para encender luces rojas intensas. Que en los primeros meses de 2020 la reelección de Trump fuera considerada posible e incluso muy probable remueve casi cualquier certeza sobre la estabilidad hasta de las poliarquías aparentemente más firmes. Desde Hitler no se ha visto un demagogo chovinista, reaccionario, autoritario y aún violentista con tamaña proyección.

Peligros de ese tipo se plantean, con variados niveles de intensidad, en muchos países. En todos harían falta estrategias de defensa de la democracia y las libertades que atiendan a las especificidades de cada uno. Las izquierdas tienen entre sus reflejos inmediatos las denuncias netas de los avances de las derechas extremas; no siempre tienen también el reflejo de responder a tales avances buscando las convergencias más amplias que sean viables. Medio siglo atrás el dirigente comunista uruguayo Rodney Arismendi repetía que “en política lo decisivo es quien aísla a quien”. Para el problema aquí señalado, la validez de tal afirmación no debiera estar en discusión.

La noción de democratización resalta que profundizar la democracia es inseparable de defenderla y *viceversa*. Para defender la vigencia de la democracia en lo político hace falta no solo amplitud en ese terreno, sino también capacidad para simultáneamente impulsar la democracia en otros terrenos, de maneras compatibles con aquel propósito; en esto último está casi todo el problema. Quizás la distinción entre poder colectivo y poder distributivo ayude a encararlo. Cuando las reacciones contra las izquierdas multiplican sus apoyos y asumen modalidades que ponen en riesgo a la democracia política, sería poco razonable responder impulsando una redistribución del poder que expanda la propiedad estatal. La democracia está especialmente en riesgo cuando gran parte de la ciudadanía no la considera preferible a un régimen autoritario; frecuentemente la cuestión se vincula con la capacidad de los regímenes democráticos para atender a los problemas prioritarios de la gente. Cabe decir que lo que está en juego es el poder colectivo del Estado democrático para afrontar crisis y enfrentar

grupos que lesionan la convivencia. Si la eficiencia del Estado aumenta en diversos terrenos por las iniciativas y la participación en la cosa pública de grupos ubicados dentro y fuera de la maquinaria estatal y por el desempeño de los funcionarios públicos, cabe suponer que mejorará la percepción ciudadana de las capacidades del Estado democrático; la democracia se fortalecerá. La pandemia en curso podría mostrarlo en grado sumo.

B) RENOVAR COALICIONES IGUALITARIAS PARA UNA TRANSFORMACIÓN SOLIDARIA

Este texto aspira a elaborar mínimamente ciertos elementos que puedan ayudar a pensar estrategias de transformación con valores de izquierda y especial atención a la educación y al conocimiento. Una sección anterior está dedicada a recapitular parcialmente tal afirmación. Aquí se está considerando la dimensión específicamente político-electoral de semejante perspectiva.

En especial, se apunta a establecer vínculos entre la idea orientadora de este texto, conjugar trabajo, educación y conocimiento como cimiento de las estrategias de transformación solidaria, y la renovación del “estado fiscal social” que propone Piketty. Esta última se plantea como una vía para retomar en el contexto europeo el avance hacia la igualdad que caracterizara al período que va de los cincuenta a los ochenta, en el entendido de que los cambios acontecidos desde entonces, particularmente en materia de clivajes o divisorias políticas y electorales, hacen improbable la emergencia de nuevas coaliciones igualitarias sin una “redefinición radical” de sus fundamentos ideológicos y programáticos (Piketty, 2019, p. 61).

Algo análogo podría decirse en relación con el “giro progresista” de América Latina a comienzos de este siglo. Las fuerzas políticas que lo impulsaron desde el gobierno pueden ser vistas como coaliciones igualitarias. Sus limitaciones, particularmente en lo que tiene que ver con el conocimiento y la educación, no han sido pocas. Necesitan también una “redefinición radical”.

Sin desmedro de ello, corresponde preservar el rechazo a la “mala economía” (Banerjee y Duflo, 2019) que impulsó los regalos fiscales a los ricos, estrujó al estado de bienestar, vendió la idea de que el Estado es impotente y corrupto mientras que los pobres son haraganes, sostuvo que el comercio libre beneficia a todos. Esa mala economía, dicen los autores recién mencionados, se ha mostrado ciega ante la explosión de las desigualdades, el alza consiguiente de la fragmentación social y el inminente desastre ambiental, lo que ha demorado quizás irremediablemente el cambio de rumbos. Para afrontar tamaños retos, las coaliciones igualitarias remozadas deberán combinar

la sensatez económica, que estuvo ausente en algunos casos del ciclo progresista latinoamericano, con una perspectiva del desarrollo que no estuvo mayormente presente en casi ninguno de ellos. Esa perspectiva incluye una visión de largo plazo de los procesos y las ideas de la economía, una visión en la cual el desarrollo económico es ante todo el pasaje a actividades de complejidad creciente (Reinert, 2007). Desde hace ya tiempo, ello exige la incorporación de altas calificaciones y conocimiento avanzado a toda la producción de bienes y servicios socialmente valiosos.

Si el imperativo de progreso recién evocado no recibió toda la atención debida durante el ciclo progresista latinoamericano, lo que vino después apuntó en la dirección contraria.

El retorno a tambor batiente de las políticas neoliberales en Argentina (2015-2019) tuvo consecuencias simplemente catastróficas; intenta afrontarlas un “quinto peronismo”, que empezó tejiendo acuerdos internos dentro de ese inmensamente complicado campo político y avanza en condiciones muy difíciles. En octubre de 2019 emergió en Chile una movilización inédita de protesta contra la desigualdad, cuya traducción en un cambio de rumbo luce difícil, tanto por razones generales como por la fragmentación política que en ese país caracteriza al arco progresista en sentido amplio. Ambos procesos subrayan que, para afrontar los desafíos mayores de nuestra época, hacen falta amplias coaliciones políticas de orientación igualitaria.

Coaliciones semejantes tendrán por delante problemas que el covid19 hará singularmente más difíciles de lo que ya lo eran en 2019. En ese contexto muy exigente a corto plazo deberán afrontar la cuestión a mediano y largo plazo decisiva: producir más y mejores bienes y servicios socialmente necesarios a la vez que transitar hacia la sustentabilidad. Difícilmente lo logren si no tienen nuevas políticas para la democratización del conocimiento al tope de su agenda.

A lo largo de este capítulo se han sugerido algunos criterios para combinar las políticas económicas, fiscales, sociales, laborales, educativas, ambientales, científicas y tecnológicas de las coaliciones necesarias. No se ha tenido otra pretensión que la de ejemplificar, primaria y muy parcialmente, ciertos aspectos de una tarea de gran hondura, que seguramente requerirá el protagonismo de una nueva generación de militantes: la reformulación programática integral de las propuestas progresistas. Este texto en su conjunto procura mostrar que para ello puede ser fecundo impulsar, de maneras varias y plurales, izquierdas democratizadoras de inspiración socialista.

A comienzos del siglo pasado, cuando Uruguay avanzaba en medio de conflictos no menores hacia la construcción de una democracia política basada en el sufragio universal y de una democracia social

impulsada por legislación de avanzada, ciertos sectores progresistas consideraban que el Estado debía y podía ser el “escudo de los débiles”. Una transformación solidaria de largo aliento, que permita cambiar el rumbo prevaleciente y caminar hacia más sustentabilidad y menos desigualdad, requiere que los Estados no sean solo escudos, sino también impulsores de los sectores subordinados que se comportan no como pacientes, sino como agentes.

RECAPITULACIÓN: ¿PUEDEN TOMAR CUERPO PROYECTOS MAYORES?

Los intereses objetivos de grandes grupos humanos pueden llevarlos a respaldar ciertos programas de acción prioritaria. La degradación ambiental ha puesto a la Humanidad en una trayectoria de colisión. A otra escala probablemente, el desborde del capitalismo –la extensión de sus lógicas al conjunto de las actividades humanas que la *financiarización* pone a la vanguardia– afecta de una u otra manera a la mayoría de la gente. Ante todo, dificulta la preservación ambiental, erosiona la democracia política e incrementa la desigualdad. Problemas de semejante calibre abren ciertas posibilidades para articular intereses en torno a programas que, muy en especial, apunten a compatibilizar el incremento sobre todo cualitativo de la producción con la preocupación ecológica y la disminución de la desigualdad, particularmente a través de procesos de democratización del conocimiento.

Programas de ese tipo no pueden sino incluir protagonistas múltiples y también cambiantes. Sus motivaciones incluirán medidas diversas e inestables de intereses materiales, imperativos éticos, energía emocional. ¿Pueden así desplegarse cuotas grandes de agencia?

Una perspectiva relativamente optimista surge de la experiencia histórica de la izquierda político-social. En ella se han desplegado capacidades de *agencia e identidades fuertes*. En efecto, los logros democratizadores de grandes movimientos sociales –sindicalismo y feminismo ante todo– reconocen una influencia variable pero considerable de la ideología de izquierdas. También lo hacen el ambientalismo y los procesos de redemocratización política con protagonismo de “la sociedad civil”. Sin embargo, en esta última inciden sobre todo los intereses particulares y los movimientos “monotemáticos”. Sin objetivo obviamente compartido –como lo ha sido terminar con las dictaduras– o alguna fuente de articulación, las “resistencias” pueden disgregarse y aun enfrentarse entre sí, mientras que las “reformas” suelen tener patas cortas.

En cualquier caso, los antecedentes históricos incluyen logros en regiones más o menos amplias del mundo en los cuales, sin desmedro de no pocas sombras, predominan o han predominado las luces: la

democracia política, el estado de bienestar, la descolonización, la sostenida ampliación de derechos, la expansión de la salud y la educación de carácter público. En cada uno de esos procesos, muchas son las carencias que experimentan quienes están dentro de ellos, pero por lejos la mayor carencia es quedar fuera.

Los enfoques de tipo normativo, interpretativo y propositivo convergen en la pregunta a través de la cual se va de la especulación a la práctica: ¿a quiénes y cómo se convoca para la acción?

La historia sugiere que la construcción de alternativas a nivel macro pasa por ciertas identificaciones con causas y opciones definitorias. Por ejemplo: contra Bolsonaro, con Sanders, junto a los pueblos de Chile y Hong Kong. Son ejemplos de resistencia democrática y/o de compromisos democratizadores. Cabe conjeturar que grandes actores colectivos progresistas de hoy y mañana serán articulaciones cambiantes motorizadas por jóvenes que sienten su futuro comprometido por el cambio climático, aspiran a poder estudiar y trabajar dignamente, se movilizan por sentimientos morales. Ellos aportan lo imprescindible: *militancia, entusiasmo, compromisos*. Defienden su derecho a buscar la felicidad, seguramente sienten el deber de luchar por los demás, quizás encuentren la felicidad de la búsqueda.

Izquierdas revitalizadas debieran respaldarlos, en la elaboración de alternativas y sobre todo en las prácticas consiguientes. Cuando grandes peligros se agigantan, es hora de priorizar la construcción de grandes coaliciones por la sustentabilidad, la igualdad y la democracia. Ellas deben contribuir a afirmar las resistencias, a que se logren cambios quizás bastante parciales pero significativos, a que se abran espacios en los que puedan germinar transiciones de sociedad.

EPÍLOGO: LA DISCUSIÓN Y LA ACCIÓN

Si los historiadores de mañana tienen ocasión de explicar cómo la Humanidad logró capear los temporales que hoy la amenazan, registrarán probablemente que ello fue el fruto de una inusual activación participativa. Si la inmensa mayoría de la gente se ocupa realmente solo de sus asuntos privados y si los pocos que se involucran en lo público atienden sobre todo a intereses grupales o personales, muy débiles serán las respuestas a los grandes desafíos globales. Afrontarlos con alguna perspectiva de éxito exige expandir los compromisos colectivos para la discusión de alternativas y para la acción que las pueda hacer realidad. ¿Cómo atraer mucha más gente a la discusión y a la acción?

Se ha caracterizado a la democracia como gobierno a partir de la discusión y a la ciencia como conocimiento a partir de la discusión. Se trata, por supuesto, de intercambios de ideas donde ni se pretende tener toda la verdad ni se descalifica al que discrepa, como tan a menudo sucede en las discusiones de la vida real, conducta desgraciada que Marx practicó con todo su talento y tantos imitan sin ese talento. El revelador paralelo entre la democracia y la ciencia debiera orientar a las izquierdas que aspiran a mejorar la sociedad desde el conocimiento de algunas de sus dinámicas fundamentales. Tal paralelo apunta a discusiones abiertas, plurales, interesantes y aun disfrutables, en las cuales se aprende colectivamente. Ese clima, que invita a participar, resulta fecundo para la acción conjunta.

Más bien lo contrario sucede cuando los debates se desgarran en confrontaciones donde supuestos maquiavelismos implican que todo vale. Lo único en verdad realista es enfrentar los realismos miopes y sectarios, que espantan a casi toda la mejor gente, impulsándola a priorizar los compromisos privados.

Este texto se cree realista, en especial por su atención a la cuestión del poder y a las dinámicas de los intereses. Estas tienden a debilitar los involucramientos públicos que, sin desmedro de las proteicas aspiraciones individuales, tengan además fuerte raigambre ética. Se ha dicho que en general intereses, pasión y razón gobiernan el comportamiento de las personas, en modalidades donde lo usual es el predominio de los intereses egoístas, salvo cuando pasión y razón se combinan para subordinarlos. Así lo muestran las mejores experiencias de la militancia de izquierdas.

Construir respuestas a la altura de los desafíos de la época pasa por forjar resistencias masivas a las dinámicas de poder prevalecientes y, simultáneamente, por multiplicar las innovaciones deseables a todos los niveles; en breve, se trata de *resistir innovando*. Hacerlo requiere acción de muchos, que se alimenta a sí misma cuando entusiasmo, hace sentir la felicidad de la búsqueda y forja grandes identidades colectivas.

Esa militancia naufraga y habitualmente pierde la partida cuando campea la violencia. En tal caso, se multiplican los sufrimientos, se distorsionan los proyectos más generosos y se conforman terrenos propicios para las élites poderosas, que pueden aislar a las minorías activistas e ignorar sin mayor costo las aspiraciones de las mayorías reducidas a la pasividad. La democratización tiene que incluir, como objetivo y como método, la superación de las distintas formas de violencia. Cuando esta última se expande, no es la partera de las transformaciones sociales deseables, sino más bien su enterradora.

El realismo auténtico muestra que hay posibilidades ciertas de afrontar los inmensos retos de estos tiempos solo si la discusión y la acción para la transformación son dimensiones atrayentes y valiosas de la vida de mucha gente.

BIBLIOGRAFÍA

- Altbach, P., Reisberg, L. y Rumbley, L. (2009). *Trends in Global Higher Education: Tracking an Academic Revolution*. París: UNESCO.
- Amsden, A. (2007). *Escape from Empire*. Cambridge: MIT Press.
- Arocena, R. (2018). *Conocimiento y poder en el desarrollo. Hacia estrategias democratizadoras*. Montevideo: Universidad de la República Uruguay.
- Arocena, R. (2020). The Socialism of Yesterday, Today and Tomorrow. En C. Brundenius (Ed.), *Reflections on Socialism in the Twenty First Century. Facing Market Liberalism, Rising Inequalities and the Environmental Imperative* (pp. 229-248). Cham: Springer.
- Barzun, J. (2000). *From Dawn to Decadence*. London: Harper Collins Publisher.
- Banerjee, A. V. y Duflo, E. (2019). *Good Economics for Hard Times*. S/d.: Public Affairs.
- Berlin, I. (2004). *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza.
- Bértola, L. y Ocampo, J. A. (2013). *El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Bobbio, N. (1995). *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Santillana.
- Bobbio, N. (2009). *Teoría general de la política*. Madrid: Trotta.
- Brundenius, C. (Ed.) (2020). *Reflections on Socialism in the Twenty First Century. Facing Market Liberalism, Rising Inequalities and the Environmental Imperative*. Cham: Springer.
- Brynjolfsson, E. y McAfee, A. (2014). *The Second Machine Age. Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*. Nueva York: Norton.
- Caetano, G. (2014). Itinerarios conceptuales de la voz “democracia” en Iberoamérica (1770-1870). En J. F. Sebastián (Dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (Tomo II) (pp. 15-39). Madrid: Universidad del País Vasco.
- Calderón, F. y Castells, M. (2019). *La nueva América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2018). *RUPTURA. La crisis de la democracia liberal*. Madrid: Alianza.
- CEPAL (1990). *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL-UNESCO (1992). *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Dahl, R. (1985). *A Preface to Economic Democracy*. Berkeley: University of California Press.
- Dahl, R. (1971). *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haen: Yale University Press.
- Deaton, A. (2013). *The Great Escape. Health, Wealth, and The Origins of Inequality*. Princeton: Princeton University Press.
- Diogo, M. P. y Van Laak, D. (2016). *European Globalizing. Mapping, Exploiting, Exchanging*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Elster, J. (2015). *Explaining Social Behavior. More Nuts and Bolts for The Social Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Estefanía, J. (2018). *Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Fajnzylber, F. (1984). *La industrialización trunca de América Latina*. México: Centro Editor de América Latina.
- Fanon, F. (1961/2018). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fontana, J. (2011). *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado y Presente.

- Freud, F. (1979). Teoría de la libido. En *Obras completas* (Tomo XVIII) (pp. 250-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Geels, F. y Schot, J. (2010). The Dynamics of Socio-Technical Transitions: A Socio-Technical Perspective. En J. Grin, J. Rotmans y J. Schot (Eds.), *Transitions to Sustainable Development New Directions in the Study of Long Term Transformative Change* (pp. 11-101). Nueva York: Routledge.
- Geels, F. W. (2010). Ontologies, Socio-Technical Transitions (to Sustainability), and The Multi-Level Perspective. *Research Policy*, 39(4), 495-510.
- Geels, F. (2011). The Multi-Level Perspective on Sustainability Transitions. Responses to Seven Criticisms. *Environmental Innovation and Societal Transitions*, 1, 24-40.
- Geels, F. (2014). From Sectoral Systems of Innovation to Socio-Technical Systems Insights about Dynamics and Change from Sociology and Institutional Theory. *Research Policy*, 33, 897-920.
- Gerth, H. H. y Wright Mills, C. (1958). *From Max Weber*. Nueva York: Oxford University Press.
- Halperin Donghi, T. (1992). Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia. *Claves de razón práctica*, 21, pp. 2-11. Buenos Aires.
- Harman, C. (2008). *A People's History of the World. From the Stone Age to the New Millenium*. Nueva York: Verso.
- Herrera, A., Scolnick, H., Chichilnisky, G., Gallopin, G., Hardoy, J., Mosovich, D., Oteiza, E., Romero Brest, G. Suarez, C. y Talavera, L. (2004). *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano 30 años después*. Ottawa: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo.
- Hirschman, A. (1978). *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hirschman, A. (1998). *Crossing Boundaries. Selected Writings*. Nueva York: Zone Books.
- Hodgson, G. M. (2018). *Wrong Turnings: How the Left Got Lost*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hodgson, G. M. (2015). *Conceptualizing Capitalism. Institutions, Evolution, Future*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hodgson, G. M. (2001). *ECONOMICS AND UTOPIA: Why the Learning Economy is Not the End of History*. Hoboken: Taylor & Francis.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.

- Johnson, B. y Lundvall, B-A. (2020). Possible Socialisms and the Challenges of the Globalizing Learning Economy in the Anthropocene Age. En C. Brundenius (Ed.), *Reflections on Socialism in the Twenty First Century. Facing Market Liberalism, Rising Inequalities and the Environmental Imperative* (pp. 17-45). Cham: Springer.
- Johnson, B. y Lundvall, B.A. (1994). The Learning Economy. *Journal of Industry Studie,s* I (2), 23-42.
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- Kershaw, I. (2015). *To Hell and Back: Europe 1914-1949*. Nueva York: Penguin.
- Kershaw, I. (2018). *The Global Age: Europe 1950-2017*. Nueva York: Penguin.
- Kolmosy, A. (2018). *Work. The Last 1000 Years*. Londres: Verso.
- Mann, M. (1986). *The Sources of Social Power: Vol. I. A History of Power from the Beginning to AD 1760*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (1991). *Las fuentes del poder social: Tomo I. Una historia del poder social desde los comienzos hasta 1760 d.C*. Madrid: Alianza.
- Mann, M. (1992). *States, War and Capitalism*. Oxford: Blackwell.
- Mann, M. (1993). *The Sources of Social Power: Vol. II. The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (2006). The Sources of Social Power Revisited: a Response to Criticism. En J. Hall y R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power. The Social Theory of Michael Mann* (pp. 343-396). Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (2012). *The Sources of Social Power: Vol. III. Global Empires and Revolution, 1890-1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (2013). *The Sources of Social Power: Vol. IV. Globalizations, 1945-2011*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McNeill, J. R. y McNeill, W. H. (2003). *The Human Web. A Bird's-Eye View of World History*. Nueva York: Norton.
- McNeill, J. R. y Engelke, P. (2014). *The Great Acceleration. An Environmental History of the Anthropocene since 1945*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Milanovic, B. (2019). *Capitalism Alone*. Harvard: Harvard University Press.
- Milanovic, B. (2016). *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization*. Harvard: Harvard University Press.

- Moore, B. (1978). *Injustice. The Social Bases of Obedience and Revolt*. Nueva York: Sharpe.
- Moore, J. W. (2015). *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*. Londres: Verso.
- Noble, D. E. (1986). *Forces of Production. A Social History of Industrial Automation*. Nueva York: Oxford University Press.
- OXFAM (2016). *An Economy for the 1%. How Privilege and Power in the Economy Drive Extreme Inequality and How This Can Be Stopped*. Oxford: Oxfam GB.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge/ Londres: Belknap Press/Harvard University Press.
- Piketty, T. (2019). *Capital et idéologie*. París: Seuil.
- Pinker, S. (2018). *En defensa de la Ilustración*. Barcelona: Paidós.
- Reinert, E. S. (2007). *How Rich Countries Got Rich... And Why Poor Countries Stay Poor*. Nueva York: Public Affairs.
- Roberts, J. M. (2002). *The New History of the World*. Oxford: Oxford University Press.
- Sabato, J. y Botana, N. (1968). La ciencia y la tecnología en el desarrollo futuro de América Latina. *Revista de la Integración*, 3, 15-36.
- Sábato, J. (Ed.) (1975). *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Barcelona: Paidós.
- Sanahuja, J. A. (2017). Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos. En M. Mesa (Coord.), *Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras*. Anuario 2016-2017 (pp. 41-77). Madrid: CEIPAZ.
- Sanders, B. (2016). *Our Revolution: A Future to Believe In*. St. S/d: Martin's Press.
- Schor, J. (2011). *True Wealth*. Nueva York: Penguin.
- Schot, J. y Kanger, L. (2018). Deep Transitions: Emergence, Acceleration, Stabilization and Directionality. *Research Policy*, 47 (6), 1045-1059.
- Schot, J. y Steinmueller, E. W. (2016). *Framing Innovation Policy for Transformative Change: Innovation Policy 3.0*. University of Sussex/DRAFT. Disponible en <http://www.johanschot.com/wordpress/wp-content/uploads/2016/09/Framing-Innovation-Policy-for-Transformative-Change-Innovation-Policy-3.0-2016.pdf>
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Sen, A. (2009). *The Idea of Justice*. Cambridge, Ma.: Belknap Press/Harvard University Press.

- Singer, P. (Ed.) (1994). *Ethics*. Oxford: Oxford University Press.
- Smith, A. (2009 [1759]). *The Theory of Moral Sentiments*. Londres: Penguin.
- Spitz, J. F. (2019). El capitalismo democrático: ¿el fin de una excepción histórica? *Nueva Sociedad*, 282, 69-82.
- Srinivas, S. y Sutz, J. (2008). Developing Countries and Innovation. Searching for a New Analytical Approach. *Technology in Society*, 30, 129-140.
- Stewart, F., Ranis, G. y Samman, E. (2018). *Advancing Human Development. Theory and Practice*. Oxford: Oxford University Press.
- Stiglitz, J. (2019). *People, Power, and Profits. Progressive Capitalism for an Age of Discontent*. Nueva York: Norton.
- Stiglitz, J. (2012). *The Price of Inequality*. Nueva York: Norton.
- Sutz, J. (2020). Towards a Socialist Technology. En C. Brundenius (Ed.), *Reflections on Socialism in the Twenty First Century. Facing Market Liberalism, Rising Inequalities and the Environmental Imperative* (pp. 211-228). Cham: Springer.
- Tilly, C. (2005). *Identities, Boundaries, and Social Ties*. Boulder: Paradigm Publishers.
- UNDP (2019). *Human Development Report 2019. Beyond Income, Beyond Averages, Beyond Today: Inequalities in Human Development in the 21st Century*. Nueva York: United Nations Development Programme.
- Weber, M. (1977). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Westad, O. A. (2018). *La Guerra Fría. Una historia mundial*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Wright, E. O. (2015). *Understanding class*. Londres: Verso.
- Wright Mills, C. (1956 [1973]). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zuboff, S. (2018). *The Age of Surveillance Capitalism. The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Nueva York: Public Affairs.

SOBRE EL AUTOR

Rodrigo Arocena es uruguayo, veterano docente y militante de izquierda.

Es Licenciado y Doctor en Matemática y Doctor en Estudios del Desarrollo por la Universidad Central de Venezuela de la que fue docente de 1976 a 1986.

Su tesis doctoral en Matemática fue dirigida por Mischa Cotlar y su tesis doctoral en Estudios del Desarrollo, “Sobre la propuesta socialista”, fue dirigida por Heinz Sontag.

En la Universidad de la República, Uruguay, fue Profesor Titular de Matemática y Profesor Titular de Ciencia y Desarrollo de la Facultad de Ciencias. Fue Rector de la Universidad (2006-2014), electo y reelecto a propuesta del orden estudiantil para impulsar una nueva Reforma Universitaria.

Es Miembro de la Academia Nacional de Ciencias del Uruguay, Doctor Honoris Causa de la Facultad de Ciencias, Investigador nivel III en Ciencias Sociales del Sistema Nacional de Investigadores y Miembro del Comité Editorial de *Universidades*, revista de la Unión de *Universidades* de América Latina.

Se ocupa de la democratización del conocimiento como estrategia para el Desarrollo Humano Sustentable.

Lo que se plantea en este texto es que alternativas renovadas de izquierda, con inspiración socialista, son necesarias para afrontar las fuertes tendencias a la degradación de la calidad de vida colectiva, hoy y más aún mañana. La discusión de semejante afirmación no puede sino ser de índole pragmática: hay que elaborar sus contenidos, formular claramente las propuestas resultantes y contrastarlas con la realidad.

De la Introducción general.